BETSY REAVLEY

Fragilidad



UNA HIJA DESAPARECIDA.
UNA FAMILIA DESTROZADA.
UN MONSTRUO ENTRE ELLOS.

DEBILIDAD

BETSY REAVLEY

CONTENIDOS

ılogo
ɔítulo 1
ɔítulo 2
ɔítulo 3
ɔítulo 4
ɔítulo 5
ɔítulo 6
ɔítulo 7
ɔítulo 8
ɔítulo 9
ɔítulo 10
ɔítulo 11
ɔítulo 12
ɔítulo 13
ɔítulo 14
ɔítulo 15
ɔítulo 16
ɔítulo 17
ɔítulo 18
ɔítulo 19
ɔítulo 20
ɔítulo 21
ɔítulo 22
ɔítulo 23
ɔítulo 24
ɔítulo 25
ɔítulo 26
ɔítulo 27
ɔítulo 28
ɔítulo 29
ɔítulo 30

pítulo 31
pítulo 32
pítulo 33
pítulo 34
pítulo 35
pítulo 36
pítulo 37
pítulo 38
pítulo 39
pítulo 40
pítulo 41
pítulo 42
pítulo 43
pítulo 44
pítulo 45
pítulo 46
pítulo 47
pítulo 48
pítulo 49
pítulo 50
pítulo 51
pítulo 52
pítulo 53
pítulo 54
pítulo 55
pítulo 56
pítulo 57
pítulo 58
pítulo 59
pítulo 60
pítulo 61
pítulo 62
pítulo 63
pítulo 64
pítulo 65

radecimientos

Copyright © 2016 Betsy Reavley

El derecho de Betsy Reavley a ser reconocida como autora de esta obra ha sido afirmado por ella conforme a la Ley de Derechos de Autor de 1988.
Reeditado en 2023.
Publicada por primera vez en 2016 por Bloodhound Books
Salvo cualquier uso permitido por la ley de derechos de autor del Reino Unido, esta publicación solo puede reproducirse, almacenarse o transmitirse, en cualquier forma o por cualquier medio, con el permiso previo por escrito del editor o, en el caso de producción reprográfica, de acuerdo con los términos de las licencias emitidas por la Copyright Licensing Agency.
Todos los personajes de esta publicación son inventados, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Para Alexina

Ni siquiera el futuro más brillante basta
Ni siquiera el futuro más brillante basta
porque ningún camino conduce de regreso

a lo que vino antes – a la inocencia
de la niñez.

Jo Nesbø

¿Qué es la tolerancia? La consecuencia
de la humanidad. Todos estamos tejidos de fragilidad
y error; perdónense mutuamente
las nimiedades de cada uno — esa es la primera ley

de la naturaleza.

Voltaire

PRÓLOGO

Miro a mi alrededor, pero no veo nada. Todo me parece raro... Lejos, pero demasiado cerca. Tengo miedo. De verdad que lo tengo. ¿Alguien...?

«Mamá?»

«Mamá, ¿me escuchas? No sé dónde estoy. La oscuridad me da miedo. Por favor... déjame salir. Por favor. Seré buena. Lo siento. Por favor.»

«Mamá...»

Espero un sonido. Cualquiera. Un eco. Mi propia voz… pero no hay nada.

Sigo esperando que mis ojos vean algo. Cualquier cosa. Pero nada. Sigo envuelta en negro. Se pega a mi piel como un vaho pegajoso. Debería haber viento. Siempre lo hay. Sale de la nada y agita los árboles. Pero aquí no. No en este lugar. Aquí las reglas cambian. Y yo ya no entiendo nada.

¿Cómo llegué hasta aquí? ¿Qué hice para merecer esto? Intento recordar. Trato de ver mi vida en mi cabeza. Lo intento. Lo intento con todo lo que me queda. Me duele como cuando trataba de recordar las tablas. Cierro los ojos y bloqueo la oscuridad. Normalmente escucharía mi respiración… pero solo hay silencio. Este lugar no emite ni un susurro. Para entender qué me está pasando, abrazo mis rodillas. Pero no tengo frío. No siento nada.

«Papito?»

Quiero moverme, explorar este lugar, así que extiendo las manos en la negrura amarga, tratando de sentir algo. Mi cerebro le dice a mis pies que avancen, uno tras otro, pero no sé si puedo ahora. Nada que ver. Nada a donde ir.

Caminando. Al menos, creo que camino. Sigo y sigo, buscando algo. Espero que aparezca un hilo de luz, algo que ilumine el camino. Que mis manos encuentren algo que me diga dónde estoy.

Después de horas o segundos —no sé cuáles—, me rindo. Dejo que la oscuridad me devore. No puedo escapar. Es como el universo: infinito. Así dijo mi profesor. Que no tenía fin. No lo entendía entonces. Nada dura para siempre, ¿o sí?

De pronto, todo lo que creía saber, todo lo que era real, se aleja de golpe, y el miedo vuelve… a trepar. Como un monstruo vivo que se esconde en la oscuridad y me espera. Me recojo en una bola y trato de desaparecer. Pero lo siento acercarse. Está aquí. *Dentro* de este lugar. Lo que sea. Se aprieta. Me va a coger. Lo siento… y sabe que estoy aquí. Pero no puedo escapar. No hay adónde esconderme. Mamá… por favor…

Espero que diga algo. El silencio se arrastra hasta mí.

Me sujeto la cabeza, tratando de recordar dónde diablos estoy. Pero no lo recuerdo. Grito. Y grito. Y grito

1

Agosto 2013
Libby

«Se fue. ¡Te lo digo, se fue! No sé dónde está». Mi respiración se acelera, pero la mujer al otro lado del teléfono no entiende mi pánico.

«¿Cuándo vio por última vez a su hija, señora?»

«Ya te dije: hace unas horas. Ya debería estar en casa. Ella nunca se va así. Algo le pasó. Por favor… envíen a alguien aquí.»

«¿Podría estar con los vecinos o con algún amigo?» La voz plana por el auricular me está fastidiando.

«Tiene ocho años. Sabe que tiene que volver directamente cuando va a la tienda.» Miro mi reloj. «Hace casi dos horas y media.» Bajo la vista hacia Gracie, sentada en el sofá, metiéndose los dedos en un fromage frais y manchándolo todo. «He ido a la tienda. He preguntado a los vecinos. He llamado a sus amigas. Nadie la ha visto. Tienen ocho años. Le ha pasado algo. Te lo digo.»

«Voy a mandar a alguien pronto, señora.»

«¡Diles que se den prisa! Mill Cottage, Frogge Street, Ickleton.»

«Mantén la calma y quédate junto al teléfono. Si llaman con noticias de dónde está, necesitamos responder enseguida. Un agente estará allí en minutos.»

Dejo el auricular con las manos temblando y me giro hacia Gracie otra vez. Sus ojos azules, redondos, brillan de preocupación. No entiende del todo lo que pasa… pero sabe que algo está mal. Me acerco al sofá y me siento a su lado, evitando las manchas de yogur seco en la tela, y la abrazo por los hombros, tan delgados que casi puedo tocar los huesos.

«¿Estás segura de que no has visto a Hope?» Intento sonar despreocupado.

«No, mami. Hope se fue a la tienda.» Se chupa los dedos cubiertos de yogur y mira el potito vacío. «¿Me das más yogur, mami?»

«Sí.» Suspiro. «Te traigo otro.» Me levanto y camino hacia la cocina.

«Frambuesa, por favor.»

«Sí. Frambuesa.» Las lágrimas me subieron a los ojos y me volví hacia la puerta, antes de que mi hija de tres años me viera llorar.

Una vez en la cocina, abro la nevera y me quedo allí un rato, dejando que el aire frío me bañe la piel y seque mis lágrimas. Es agosto, y el calor ahoga como si Inglaterra sufriera una ola de calor histórica. La semana entera he vivido en mi vestido de algodón y chanclas.

Meto la mano en la nevera para sacar un pequeño pots de yogur y me doy cuenta de lo morenos que se me ven los brazos. Entonces recuerdo que teníamos planeado ir a Bretaña la semana que viene. Espero que no tengamos que cancelarlo ahora. O quizá... cuando ella vuelva a casa, eso sea exactamente lo que todos necesitaremos.

Mis pensamientos se vuelven extrañamente tranquilos. Cierro la puerta de la nevera y saco una cuchara del cajón de la cocina. Gracie no la usa: prefiere comer con las manos. Pero no me detengo. Un día usará la cuchara.

Vuelvo con el yogur a la sala y se lo entrego. En un rincón, el ventilador eléctrico gira como si tratara de escapar del calor: inútil, pero sigue intentándolo.

«¿Tee-tee?» Gracie toma el tarro de yogur de mí y mete sus deditos en la crema.

«Vale. Solo un ratito.» Sonrío y cojo el mando. De pequeña, Gracie no podía decir «televisión»… así que la llamaba «tee-tee». Y así se quedó. Danny y yo también lo decíamos. «Tee-tee.»

Cuando sé que está absorbida en un episodio de Mr. Tumble, me levanto y vuelvo a la cocina, apretando el móvil.

Por quinta vez ya, intento llamarle al móvil.

«Hola. No puedo atender tu llamada en este momento. Si me dejas un mensaje, te devolveré la llamada.» Beep.

«Llámame. Es urgente. Llámame de vuelta.» Dejo el mensaje y cuelgo.

Danny se fue justo después del almuerzo a jugar tenis con un amigo. Fui a las canchas a buscarlo… y fue entonces cuando me di cuenta de que Hope no estaba. Nadie por allí. El partido ya debía haber terminado, y él se había olvidado de encender el teléfono otra vez. Probablemente estaba en un bar, tomándose una cerveza al sol, tranquilo como si nada.

Por un segundo casi salí a buscarlo, pero recordé lo que me dijo la operadora. Tenía que quedarme aquí y esperar a los policías. ¿Dónde demonios estaban?

No sabía qué hacer conmigo misma, así que me quedé en el umbral de la cocina, mirando cómo Mr Tumble se movía sin rumbo, sin oírle ni una palabra. Estaba apagada. El mundo, en silencio. Ni siquiera las risas de Gracie llegaban hasta mí. Todo lo que podía hacer era esperar el golpe en la puerta. No podía tardar mucho.

Salté casi fuera de mi piel cuando sonó mi móvil.

«¿Hola?» No miré la pantalla.

«Hola, Lib. ¿Qué pasa? ¿Está todo bien? Acabo de recibir tus mensajes.» La voz rica de Danny llega por el teléfono.

«Llevo llamando... llamando. ¡Vuelve! ¡Ahora! No encuentro a Hope.»

¿Qué? ¿Que no la encuentras?

«Ha desaparecido. Salió a la tienda hace unas horas y no ha regresado. ¡Ven a casa YA!» Las lágrimas vuelven a caer.

¿La has buscado ya? Intenta parecer tranquilo, pero escucho el pánico en su voz.

¡Claro que la he buscado! Fui a la corte a ver si estaba ahí, viéndote. Estuve en el parque, llamé a sus amigos, a sus vecinos... Nadie la ha visto. NADIE. La policía viene. Vuelve YA.

Vale. Vuelvo en diez.

La línea se muere. Vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo del vestido, y entonces la veo: su rostro pequeño asomado por encima del respaldo del sofá, clavado en mí. El sol que se filtra por las ventanas francesas rebota en el papel tapiz desvaído, rosa miel, y lo proyecta sobre su cara, iluminándola con una claridad casi cruel.

«¿Dónde Hope?» Sus dedos, empapados de yogur, se hunden en el respaldo del sofá.

«Hope volverá pronto, nena. No te preocupes. Solo mira a Mr. Tumble.» Mi sonrisa no llega. Gracie me mantiene la vista un instante… y luego decide que la pantalla le interesa más.

Vuelvo a la cocina por un vaso de agua. El calor me golpea como una pared, y de pronto el mundo da vueltas. Miro el reloj otra vez. Han pasado casi veinte minutos desde que llamé al 999. El número aún parpadea en la pantalla. Mi pulgar se detiene sobre el botón. Cada fibra de mi cuerpo grita por llamar de nuevo, por suplicarles que se den prisa. Pero no lo hago. No todavía. No hasta que recupere el control.

Luchando contra el shock que me embarranca el cuerpo, me apoyo en la mesa de la cocina y bebo sorbos pequeños, uno tras otro. No puedo dejarme ir. Tengo que pensar con claridad. Tengo que encontrarla.

Un golpe súbito en la puerta me hace reaccionar de golpe. Apoyo el vaso sobre la mesa y me lanzo al pasillo. Respiro hondo —una última bocanada de calma— giro el pomo y tiro de la puerta.

Los dos policías están en el porche delantero, bañados por el sol brillante.

«¿Señora Bird?»

«Sí, pasen.» Me aparto y los dejo entrar. «Adentro,» les indico con la cabeza, volviéndome hacia la carretera—como si pudiera verla

caminando hacia casa.

Gracie viene corriendo hacia mí y se aferra a mi vestido, manchando de yogur rosado el algodón blanco. Sus ojos van de los agentes a mí, llenos de desconfianza. Sin decir nada, la levanto en brazos.

«Hola», le sonríe la policía a Gracie.

«Tranquila, nena. Han venido a ayudar a encontrar a Hope». Gracie asiente, y la bajo suavemente al suelo. «¿Por qué no vas a ver a Mr. Tumble, mientras yo voy a la cocina a hablar con los policías simpáticos?»

Ella se encoge de hombros y se va corriendo al sofá mientras yo llevo al policía y la policía de uniforme a la cocina.

Me hundí en una de las sillas de la granja y me enterré la cara entre las manos. Su llegada no hizo la situación más seria: la hizo sin salida.

«Soy el sargento Hughes, y esta es la sargento Larkin. Tenemos algunas preguntas. Queremos saber qué pasó. ¿Cuándo la vio por última vez?» El oficial apoyó la punta del bolígrafo sobre el papel y la mantuvo allí, inmóvil.

«A la una y quince me pidió que le comprara algo. Le había dicho esta mañana que, si limpiaba su cuarto, podría tener una revista. Ya va sola a la tienda desde siempre. Está justo al final de la calle.»

La culpa me ahoga. ¿Acaso soy una mala madre por haberla dejado ir sola?

«¿Alguna vez ha llegado tarde antes?» El sargento Larkin tiene una cara amable que me da confianza.

«No. Nunca. Está a solo unos minutos. Debía tardar quince minutos como mucho. Cuando pasaron treinta y cinco y todavía no había vuelto, puse a Gracie en el cochecito y salí a buscarla. El tendero, un hombre amable, dijo que la había visto hace un rato. Había comprado una revista y se había ido. Fui al parque. Tampoco estaba allí. Entonces pensé… tal vez fue a ver jugar a su padre. Él volverá pronto. Lo llamé. Nadie en la pista. Me entró el pánico. Corrí a casa y llamé a sus amigas. Nadie la ha visto. Revisé cada rincón de la casa. Por si había vuelto mientras yo estaba fuera. No está aquí —»

«¿Te importa si echo un vistazo?» interrumpe el agente varón. «A veces a los niños se les ocurre esconderse. Lo mejor es echar un vistazo.»

Vete. No está aquí.

Sargento Larkin se sienta frente a mí. Lleva la uniforme pegada a la piel, sudada y cargada. Le ofrezco una bebida.

Sí, por favor. Me vendría bien un vaso de agua.

«No es de las que se dan a la fuga. Algo le ha pasado. Lo sé.» La mano me tiembla mientras se lo alargo.

«Tenemos que asegurarnos.» Sonríe con ternura antes de tomar un largo trago. «¿Así que nunca había desaparecido antes?»

«No. No es así. Es una buena chica. Tiene miedo de los extraños y de estar sola.»

¿Y nada en la escuela o en casa la tiene inquieta?

«Oye, para ti es sábado, pero para nosotros es vacaciones. Ella es feliz. En casa todo está bien.» Me oigo defendiéndome.

«Tengo que preguntar esto.» La oficial se mueve en el asiento.

«Ella definitivamente no está en la casa.» Hughes aparece en la cocina, sudado y sacudido. Reparo en las manchas oscuras de sudor en su camisa blanca.

«Ya te lo dije.» Mi angustia atraviesa el aire.

«Vale, señora Bird, ¿qué traía puesto?»

«Tengo una foto, si ayuda.» Me giro para salir, pero Larkin me agarra el brazo.

«Perfecto. Pero antes… ¿nos describes cómo era?»

«Vale.» La energía se me esfumó al volver a sentarme en la mesa. «Tiene el pelo marrón claro, hasta los hombros, liso. Nunca lo lleva recogido.» Sonreí pensando en cómo se le deslizaba, sedoso, sobre los hombros. «Ojos azules.» Me cubrí la cara con las manos y retorcí la mente, buscando cualquier detalle, cualquier prenda. «Llevaba una camiseta de algodón, blanca y verde, con tiras finas. Pequeñas florecitas verdes en el dobladillo… parecían tréboles. Y pantalones cortos de denim azul, justo por encima de las rodillas.» Me temblaban las manos. «Su piel, morena, tan bonita que dolía. Su

abuela es india, y Hope heredó lo mejor de ella.» Me forcé a mirar hacia abajo. «Y en los pies… sus zapatillas de tela rosadas. Las que siempre se ponía.»

«¿Llevaba algo más… una bolsa, tal vez… cuando desapareció?» Larkin se inclina hacia mí, la voz baja, casi un susurro.

«No. No creo.» Revolví la mente, buscando algo más. «Le di un billete de cinco libras, y lo metió directamente en el bolsillo de los pantalones cortos.»

«Bien. Esos detalles sirven. Nos ayudarán. Lo has hecho bien», me dice Larkin con calma. «Ahora, vamos a circular una descripción de Hope entre todos los agentes de la zona. Ya le avisaré al centro de mando que está desaparecida. Enviaremos patrullas. La búsqueda empieza en el pueblo y sus alrededores.» Se gira hacia mí, expectante. «¿Puedes mostrarme la tienda donde compró la revista? Necesitamos hablar con el vendedor.»

2

OCTUBRE 2004
Libby

Cuando descubrí que estaba embarazada, sentí que el mundo se me venía abajo. Tenía veinticuatro años, era una idiota y me daba igual todo. Lo único que quería era emborracharme con mis amigos, y a veces me gastaba lo que ganaba como camarera en coke. Pero yo no era una puta ni una adicta. Solo me gustaba divertirme. Todos lo hacíamos. Los días aburridos los aguantábamos por lo que prometían las noches. Vivía en una casa compartida con tres amigos hombres, todos igual de dispuestos a irse en una nube de alcohol o drogas que yo. La universidad me enseñó a divertirme.

Me gradué de Oxford Brookes con un humilde 2:2. Mis padres se sintieron destrozados. Si al menos me hubiera esforzado… Pero no lo hice. Al menos, no en lo que a los estudios se refería. Estaba demasiado ocupada haciendo amigos y saliendo de fiesta. ¿En serio? Era todo inofensivo. Egocéntrica, sí… pero inofensiva.

Oxford fue lo único que quise después de los A-levels, porque mi mejor amigo iba allí. Éramos amigos desde los trece, y él, por alguna razón, había decidido que Oxford era su destino. Yo solo quería estar donde él estuviera.

Durante los cuatro años que viví en Oxford, acumulé más recuerdos de los que pude sostener. Tuve algunos novios y aventuras sin peso, pero nada serio. No era de las que se tomaban las cosas en serio. No buscaba amor ni romanticismo como otras. Incluso si lo hubiera hecho, habría sido difícil: la mayoría de mis amigos eran hombres, y eso los asustaba.

Siempre me habían gustado más los chicos que las chicas. En parte porque, como yo, estaban todo el tiempo haciendo el tonto. Las chicas de mi edad, cuando se juntaban, parecían pasar el tiempo entero preocupadas por los hombres. Yo no lo entendía. Me encantaba el quilombo, los chistes tontos, el rollo—como si tuviera diez hermanos. El sexo a veces lo jodía todo, normalmente por algo que alguien se había metido o por un cigarrillo de más. Pero siempre lo superábamos. Al final, siempre lo hacíamos.

A veces las cosas se torcían. Alguno se echaba encima, o yo me emborrachaba y me convertía en una tonta. Me habían roto el corazón un par de veces, y ya no buscaba nada de eso. Así era más fácil.

Entonces, un septiembre, conocí a Danny. Era amigo de un amigo, y ninguna de nuestras rutas se había cruzado antes. Esa tarde de sol, un grupo de nosotros nos colgábamos en el jardín de un bar, recuperándonos de una juerga de dos días. Él estaba sentado en una esquina, con la gorra calada hasta las cejas. Llevaba una camisa de lino color oliva de abuelo, y lo vi revolviendo la manga, arrancando hilos con los dedos. Cuando levantó la vista y me miró, me quedé helado por el color de sus ojos: azul-verdosos. Su bronceado oscuro los hacía brillar como vidrio. Le sonreí, me tiré el tequila de un trago y volví a la conversación con mi compañero de piso sobre planear unas vacaciones en México.

Esa noche, la fiesta volvió a encenderse y regresó a mi casa, que siempre era el centro de todo. Me vi sentado en nuestro sofá navy, lleno de pulgas, hablando con Danny. Me contó que se había pasado un año viajando por la India y Nepal. Me dejó boquiabierto. Lo más que yo había hecho era pasar unas semanas en una isla tailandesa,

y lo único que me llevé de eso fue una quemadura de esas que te dejan pelando y una visita a la clínica de ETS cuando volví al Reino Unido.

Danny sacaba tragos de un porro mientras me contaba algunas de sus experiencias. Me dejaba sin aliento. Parecía tan maduro que me sentía un niño pequeño a su lado; cuando apoyó la mano en mi rodilla e inclinó la cara para besarme el cuello, me dejé llevar.

Al día siguiente, al despertarme y encontrarlo durmiendo a mi lado, roncando, salí de la habitación de puntillas y bajé las escaleras con solo una camiseta vieja y enorme, y los pantalones que había recogido del suelo.

Abajo había una sala abierta, con cocina, comedor y salón juntos. En el sofá, un par de caras conocidas dormían medio despiertas. Otro tipo que no reconocía estaba acurrucado en una posición fetal en el sillón.

La cocina olía a cerveza pasada y humo. No había una sola superficie limpia entre latas y botellas vacías. Me arrastré hasta la nevera, saqué media Coca sin tapa y lo que quedaba del whisky. Necesitaba un trago. Pelo de perro.

Le tiré las botellas a una silla, me agarré un vaso sucio, lo enjuagué a ciegas en el fregadero y lo llené de whisky y Coca. Estaba frío, dulce y fuerte. Abrí un cajón de la cocina y busqué cigarrillos. Allí, clavado detrás de los cubiertos, encontré medio paquete. Siempre guardaba un paquete de emergencia.

El sol se colaba por la ventana de batiente, y la abrí deCandidates to dejar entrar el calor y ahuyentar el olor de la fiesta. Con la mano temblorosa, encendí un cigarrillo y aspiré hondo, largamente. Levanté la vista hacia el reloj de la cocina: eran las siete y media. Solo había dormido unas pocas horas.

El silencio en la casa me empezaba a incomodar hasta la médula. Ansiaba volver a mi cama, tirar la colcha sobre la cabeza y desaparecer dentro de ella, pero saber que Danny todavía estaba allí me mantuvo paralizado. No lo quería en mi cama. Lo quería fuera.

Ya me arrepentía de haberme acostado con él. Ni siquiera nos conocíamos desde hacía doce horas.

Arrojé el resto del cigarrillo por la ventana abierta, me froté los ojos con las palmas de las manos y traté de ahogar la vergüenza. El pánico —el del alcohol y las drogas— me venía encima, así que me puse a limpiar la cocina. Al menos tenía algo bajo control.

Arranqué una bolsa negra del rollo y empecé a llenarla con latas vacías, botellas y el contenido de los ceniceros esparcidos por todos lados. No me importaba si despertaba a los que dormían en la sala. Solo necesitaba deshacerme de las pruebas. Lo necesitaba fuera. Mirarlas y olfatearlas me hacía sentir vergüenza.

El extraño en el sillón entrecerró un ojo y me clavó la mirada antes de darse la vuelta y enterrar la cara en la tela del sillón, como si yo no existiera. Cuando estuve seguro de que no me veía, le di el dedo. Nadie me miraba así en mi propia casa.

Cuando llené la segunda bolsa, empecé a respirar mejor. Entonces Danny apareció en el marco de la puerta, frotándose los ojos como borrando el sueño. Parecía tan mal como yo me sentía.

«Buenos días.» Me puse a atar las bolsas, evitando levantar la mirada. Él se quedó allí, callado, como si esperara que hablara. Regresé a la cocina y terminé la coca sin gas y el whisky. Dos segundos después, lo sentí tras mí: una sombra que no se movía, pero que me devoraba el aire.

«¿Qué vas a hacer hoy?»

«Dormía.» Mi tono fue cortante, y al darme la vuelta, lo vi: su cara tenía ese aspecto derrotado. Yo la había hecho.

«Ah.» Volvió a revolverse con la camisa y bajó la mirada al suelo. «¿Te apetece comer algo?»

«No. No tengo hambre. Nunca desayuno.» Lo dejé en el fregadero y me alejé por el pasillo. «Nos vemos.» Me di la vuelta e intenté sonreírle. No pude.

Danny se quedó en la cocina, desconcertado, mientras subí las escaleras como una loca y me encerré en mi cuarto.

Así pasaron las cosas un tiempo. Me perseguía y yo me retiraba, salvo cuando nos emborrachábamos — entonces bajé la guardia. Danny no se daba por vencido. Me mandaba mensajes y seguía adelante, aunque le cortara las comunicaciones. Hubo varios intentos fallidos… hasta que, al final, vi lo que tenía.

Al año siguiente, en junio, finalmente nos juntamos. Íbamos a citas como parejas de verdad. Era hermoso. Hablábamos por horas, convencidos de que lo arreglábamos todo. Era brillante. Su mente me hipnotizaba.

Danny acababa de terminar su carrera de filosofía y, como yo, daba vueltas por Oxford sin saber bien qué hacer a continuación. Pero a diferencia de mí, se había sacado una nota soberbia… y claro, la vida le iba a abrir todas las puertas.

Para agosto estábamos desquiciados el uno por el otro, pegados como sombras. Después de una semana tendidos en una playa de Bretaña, decidimos mudarnos a Brighton. Eramos juntos solo desde hacía unas semanas, pero ya no veíamos forma de vivir sin el otro. Sabíamos que era una locura, y eso era precisamente lo que nos atraía. Él había heredado dinero de un abuelo que nunca había conocido, y soñábamos con comprar un bar y hacerlo funcionar juntos, justo donde el mar se estrellaba contra el paseo marítimo.

Danny estaba tan decidido a saltar a lo desconocido como yo. Por fin había encontrado a la persona que sentía lo mismo que yo.

Luego, en octubre, todo cambió. Mi regla no llegó. Lo había negado durante semanas, pero dentro sabía. Me fui a visitar a mis padres y a mi hermano, y solo cuando estuve lejos de Oxford… y de él, me atreví a enfrentarla. Recuerdo ese momento como si hubiera sucedido ayer.

Mis padres habían salido a cenar, y Alex, abajo en la cocina, bebía vino con su novia.

Entré en el baño y cerré la puerta con llave antes de sacar el test del bolsillo profundo de mi sudadera. Un paquete doble—por si acaso. Esta vez, no había margen para dudas.

Me senté en el frío asiento del inodoro, coloqué la varilla blanca entre las piernas y oriné. Intenté... y fallé... en no mojar mis manos. Cuando vi que había absorbido suficiente, la apoyé sobre el borde de la bañera, dispensé el agua y me lavé las manos.

Fue el minuto más largo de mi vida. Marché de un lado a otro, fijando la pantalla del teléfono, contando los segundos. Finalmente, sonó el temporizador. Era hora de mirar el test. No quería tocarla. Incliné el rostro hacia la ventanilla indicadora. Dos rayas rosadas: embarazada. Una: no.

Dos líneas rosadas brillantes se alzaban en la ventanilla. Alcancé la caja de la segunda prueba, la saqué y desgarré el envoltorio de aluminio. Volví a ponerme en cuclillas sobre el inodoro, oriné otra vez y repetí el proceso. Tres minutos después, miré los resultados. Dos líneas rosadas.

Me sentí mal y empecé a temblar. Bajé tambaleándome hasta la cocina, donde Alex y su novia Daisy compartían una botella de vino tinto y unas aceitunas. Alex levantó la mirada, me vio la cara blanca como el yeso, y preguntó — ¿qué te pasa?

— Estoy embarazada. — Estoy… jodidamente embarazada.

Daisy, que apenas conocía, no dijo nada mientras me deshacía en llanto. Alex se levantó de su silla y me atrajo contra él. Tenía dos años más joven, pero era seis pulgadas más alto.

Lo único que recuerdo, aparte de la presencia física de mi hermano, es el miedo. Un miedo que me desgarraba por dentro y me sacudió hasta los huesos.

Quizá estaba embarazada o enferma. No sabía si una cosa o la otra.

Estaba enamorada por primera vez... de alguien que le importaba algo de mí. La idea de perderlo me aterraba más que cualquier cosa que hubiera imaginado. No podía pensar. Cada pensamiento que intentaba formar me destrozaba por dentro.

Cuando desperté dos días después, lo supe. Lo quería. Quería a Danny. No queríamos un bebé. No todavía. No así. Fui al médico y me programé una cita. De pronto, la decisión fue sencilla. Cuando lo decidí de verdad, estuve lista para enfrentarlo.

La realidad no fue ni remotamente lo que había imaginado.

«Estoy embarazada.» La voz me salió seca por el teléfono, como si estuviera a mil millas de él. «Pero no te preocupes»—lo interrumpí antes de que pudiera gritar o colgar—«tengo cita. Ya lo tengo under control.»

Silencio.

«Por favor, di algo. Cualquier cosa. Fue un error.»

«Lo siento, ahora no es buen momento. Te llamo después.» Y ya. La línea se apagó. Sostuve el auricular y clavé la mirada en él, helado.

«He colgado.» Mi mirada se deslizó hacia mi hermano y Daisy. «Acaba de colgar.»

Las siguientes veinticuatro horas fueron tortura. Lloré, grité, maldije y luego me derrumbé. Casi rezar. Casi.

Solo me aferraba a que tenía un plan. Hacía lo único que sabía hacer.

Mis padres nunca supieron. No aguantaba ni sus opiniones ni su decepción.

Alex era mi baluarte. Siempre lo ha sido. Nunca juzgaba. Tenía esa capacidad de ver más allá de la mierda y decirte la verdad sin filtro.

El día de la cita con el médico, por fin logré callar la tormenta. ¿Creía en el aborto? No. No lo hacía. Era todo nuevo para mí. Lo único que sabía era que quería a Danny en mi vida. Perderlo no era una opción. Hice lo posible por ahogar la imagen de algo que crecía dentro de mí.

Me tomó por sorpresa: apareció de la nada en el viejo y roto Toyota familiar de sus padres. Ya había decidido hacer esto solo. No quería que estuviera allí. Pero ahí estaba, en el porche, llamando a la puerta con los nudillos, como si hubiera hecho algo malo—y mirando como si lo supiera.

«¿Qué haces aquí?» Mis palabras salieron secas. Traté de esconder el pánico.

«Necesito hablar contigo.» Sus ojos, grandes, se hundían tras la sombra del sombrero.

«Ya es un poco tarde.» Cruzé los brazos y disimulé el desinterés.

«Mira, lo siento, ¿vale? Me dejó without wind.» Sonaba tan razonable. No se me había ocurrido que fuera así de simple. Me habían abandonado.

«Ya lo tengo manejado. No necesito tu cara aquí. Todo está resuelto.»

Y así pasaron los siguientes veinte minutos. Después de dejarlo entrar y explicarle a mis padres su visita inesperada, subimos corriendo a mi habitación de adolescente y nos tumbamos en la cama, fijos en el techo de vigas, discutiendo si realmente existía el cacahuete que había tomado hogar en mi útero.

Una hora después nos encontrábamos en su coche, en camino a Cambridge, dejando atrás el falso abrigo de un pueblo tranquilo.

Ninguno de los dos habló. Creo que la radio iba encendida. No habríamos aguantado el silencio.

Finalmente, llegamos al aparcamiento de hormigón que había brotado de la nada y ahora dominaba el sur de la ciudad. Él estacionó y nos dirigimos al Cineplex en silencio. No nos tomamos de la mano; no habríamos podido aguantarlo.

Una vez en la pista de bolos, nos quedamos clavados allí, como dos tontos, mirando a la chica detrás del mostrador que mascaba el chicle como si quisiera triturarlo. Ninguno de los dos habló. Creíamos que iba a decir algo. Pero ella solo nos miró.

«¿Quieres jugar?»

Nos miramos, sin decirle nada.

¿Quieres un juego?

«No.» Lo solté. «Quiero una cerveza.»

Sonrió —los labios finos separándose— para mostrar un chicle rosa brillante. «La barra está allí.» Asintió hacia ella, haciendo rebotar el chicle de un lado a otro en la boca. «Siguiente.»

Danny y yo nos desplazamos a un lado.

Vamos. Al bar.

Al amanecer, estaba decidido. íbamos a ser padres.

3

AUGUST 2013
Esperanza

Este lugar es raro de verdad. Todo huele mal—raro, como nada de lo que he conocido. Mamá dice que tengo nariz de perro, siempre oliendo cosas, pero aquí… no son solo distintas. Son erradas. Nada se siente bien. Me late la cabeza sin parar, y me siento mareado todo el día, cada día.

Si no tuviera tanto miedo, podría jurar que estoy de vacaciones. Todo es tan distinto a lo que conozco… pero esto no son vacaciones. Y sí. Tengo miedo.

Cuando me encierro en una bola, mis propias manos me dan miedo. Como si no fueran mías. Como si fueran de alguien más. Eso es lo que hace la oscuridad: crea monstruos. Papá dice que no existen, pero ahora sé que sí. Estoy en este lugar—sea lo que sea—y los siento. Se deslizan. Cerca. Demasiado cerca.

«Papá… ¿estás ahí?»

Cuando tenía pesadillas y creía que había una bruja debajo de la cama, mamá me hacía mirar. Yo sabía que la vería escondida, así que me escondía detrás de ella, agachándome lo más que podía. Pero no había ninguna bruja. Mamá tenía razón. Pero aquí no pasa así. Si mirara, sé que vería algo horrible. Tal vez debería agradecer

que estoy en la oscuridad… pero mi imaginación no deja de traerme cosas terribles. Cada vez más feas.

No entiendo nada de esto. Es tan vago… no como cuando soñé con la bruja.

Cuando me muevo, oigo un chasquido, fuerte, como ollas y sartenes, y sé que soy yo. Es como ese ruido de raspar con una cuchara de metal en la sartén de mamá. El sonido es frío. No sé describirlo de otra forma.

«Mamá… quiero ir a casa.»

Cuando lo sé —que el ruido es por mi movimiento— extiendo los dedos y siento en la oscuridad. Cuando toco la cadena pesada, me hace querer llorar.

Alguien me tiene atado aquí, a una cadena más gorda que mi brazo, y sé que nunca voy a salir de aquí.

No me atrevo a moverme. No sé dónde estoy, ni si hay un lugar adonde ir. Lo mejor es quedarme quieto y esperar que alguien venga. Tal vez esté aquí por un error. Tal vez este lugar sea como Narnia, y yo esté metida en un armario.

No sé por qué estoy aquí. No quiero estar aquí. Solo quería una revista. ¿Cómo llegué aquí? ¿Por qué no recuerdo?

Por favor, no dejes que sea una pesadilla. No dejes que la bruja o los monstruos sean reales.

¿O tal vez soy como el niño que gritó "¡lobo!" y terminó atrapado en un pozo? Esto huele a pozo: todo humedo, frío, como si el aire mismo sudara. Pero si fuera un pozo, vería luz arriba. No la veo. Ni siquiera veo mis manos.

‘Mami?’

‘Sigo oyéndote… pero no lo hago. Solo yo.’

4

JULIO 2005

Libby

Danny vivió algo totalmente distinto. Nunca lo llenaron de gas y aire, ningún anestesista le inyectó medicamentos directamente en la columna. No tuvo comadronas hablándole de los papeles de alta, ni mujeres desconocidas agitándole diagramas esqueléticos en la cara para mostrarle cómo se "expandía" su pelvis. No solo estábamos en salas diferentes: estábamos de lados opuestos de una valla, mirándonos a través, desesperados por encontrar algo —cualquiera cosa— que siquiera se pareciera a lo que yo estaba sintiendo.

Y cuando miro atrás, hoy lo veo así.

La primera vez que la vi en una pantalla… fue cuando todo se quiebra. Hasta entonces, todo había sido un sueño extraño, irreal. Sus padres. Mis padres. Asintieron —aunque no lo creyeran— y juraron ayudarnos. El poder de prometerte un nieto es más fuerte de lo que uno imagina. No lo entendía… hasta entonces.

Nunca tuve una buena relación con mis padres. Con mi madre, siempre fue algo envenenado. Cuando dijeron que se mudaban a Cornualles, no me sorprendió. Su primer nieto iba a nacer, y se iban al otro lado del país… llevándose a Alex con ellos.

La decisión la tomamos —más o menos—, y al día siguiente anunciamos la buena nueva al mundo. ¿Lo creíamos? ¿Acaso importaba?

De repente, dos familias, prácticamente desconocidas, se vieron arrojadas una contra la otra. Intentaron apoyarse, sí, pero las sospechas se cernían en el aire.

Él corrompió a mi hija.

Ella es una puta.

Eran cosas que asumían sin pensar. Nadie quería hacerle daño. Solo estaban con la guardia alta, y fue eso—esa incertidumbre—lo que la empujó a huir tan lejos. No podía quedarse a verme fracasar.

Cuando Hope se revolvía en mi vientre, pateándome las costillas, le prometí que siempre la protegería y que daría lo mejor de mí. No la conocía. Ni siquiera sabía que llevaba una niña dentro. No lograba imaginarla. Era algo. Una sensación. Pero no era real. No lo era de verdad. No en esos días.

Recuerdo juntar retales de tela bonita para coser un colchón. No era ese tipo de mamá de la tierra que solo compra verduras orgánicas y se queja por el cambio climático, pero tener a alguien creciendo dentro de mí me llevó a hacer algo cálido, tranquilo y auténtico. Algo humilde para dar la bienvenida a esa niña.

Danny se desgastaba entero para que nuestro pequeño nido tuviera todo lo que necesitaba. Odiaba su trabajo, lo mataba por dentro, pero seguía allí. Nunca se quejó. Él era mi roca.

Mientras él se pasaba horas detrás del escritorio, tecleando sin parar, yo preparaba la habitación del bebé en casa. Una habitación para un niño que nadie había visto jamás. ¿Rosa, azul o amarillo? Eso era todo lo que me preocupaba. Y cuando él volvía a casa, forzando una sonrisa para esconder su desesperanza, desabrochándose la corbata y solo anhelando hundirse en el sofá con una cerveza fría, yo le soltaba mi dilema de colores. Así fuimos ajustando las cosas. Sin decirlo. Así fue como llegamos a aceptarlo.

Éramos unos críos. A excepción de nuestros padres, que parecían de otro mundo, nunca habíamos conocido a otros padres. Él y yo fuimos los primeros del grupo en tener un bebé.

Mi hermano solía decir que ella era producto de tequila y cocaína. No estaba tan equivocado. Me lo robé. Pero con el tiempo ya no podía decirla. Ella era más que eso. Mucho más.

Me di cuenta de que había usado esa broma para aliviar la presión sobre mí. Si decía que era solo una tontería, quizás así dejaría de doler. Parte de mí quería creer en esa profecía autocumplida: un pase de libertad. Decir que todo era fácil, que todo estaba bien… y que, por decirlo, así sería.

Hubo momentos durante el embarazo en los que juré que estaba enferma, no embarazada. Ella pesaba como un peso en mis huesos. ¿Se habrán equivocado los médicos? ¿Era cáncer? ¿Qué demonios era eso que crecía dentro de mí? Pero entonces, un codazo suave. Y sabía: se daba la vuelta. Buscando un sitio cómodo. Cuando nadie me veía, apoyaba la mano en mi vientre y le hablaba. A veces, hasta le cantaba. Le encantaba el rock and roll. Con cada bombo, cada guitarra, sentía cómo se movía. Bailaba. Mi corazón se derritió. Eso me hacía sonreír. Empecé a creer que la conocía. Pero no sabía que era una niña. Durante semanas, creí que era un niño.

Danny y yo nos movíamos a tientas en la oscuridad. Me parecía normal que tuviéramos un hijo. Por alguna razón, un hijo parecía menos complicado. Pero ya es tan lejano… y tanto ha ocurrido, ya no puedo volver a ese modo de pensar. Soy otra persona. Nada… es igual.

Juraba que la sabía niña. ¿Y quién lo sabe? ¿Y quién le importa? La historia se reescribió sola.

Fue entonces cuando supe cómo todos nos mentimos a nosotros mismos. La maternidad trae consigo una nueva mentira. Y yo apenas empezaba a contármela.

Los tres nos sumergimos en el fondo, y todo lo que se necesitó fue el sexo. Eso fue todo. Sí, había amor, atracción, deseo... pero fue el sexo lo que cambió todo. Creó una vida. Una vida pequeña, perfecta, extraña.

Eso era todo. Mis pesadillas se inundaban de cosas: el miedo al parto, el frío real del dolor, lo desconocido que se movía dentro de mí. ¿Mi cuerpo volvería a ser mío? ¿Nacería viva? ¿Sería capaz de

darle lo que necesitaba? ¿Sobreviviría? Tal vez la medicina no era más que humo. Yo iba a descubrirlo. Ya no había vuelta atrás.

El embarazo fue una pesadilla. El parto? Peor. Fue un caos sangriento y gritón de carne, metal y batas blancas. Y entonces... allí estaba ella. Gritando, recubierta de sangre, azulada y luego rosada, diminuta y desesperada. Danny estaba listo. Siempre lo había estado. Yo no. Le supliqué a mi cuerpo que se despertara, imploré a aquello primordial que había dentro de mí que hiciera simplemente lo que debía hacer. Y de alguna manera... lo hizo.

Él la sostenía en sus brazos, envuelta en una manta empapada de sangre, y vi cómo le caían las lágrimas, lentas, pesadas, como si el tiempo se hubiera detenido. Por un instante, solo ellos dos existían. ¿Yo? Solo era un escombro en la cama del hospital: agotada, jadeante, anestesiada por los fármacos, mirando un mundo que ya no era el mío.

Aún tenía miedo. Por primera vez, tenía una responsabilidad de verdad. No como cuidar al labrador de la familia cuando mis padres se iban de vacaciones de golf, sino una carga de vida o muerte sobre mis hombros. Pero cuando él la puso en mis brazos, envuelta en esa manta empapada de sangre, la atragué—no la abracé, la atragué—y le prometí el mundo. Todo miedo se esfumó. Lo que quedó fue algo más primitivo. Algo que no pensaba. Algo que solo sentía.

De la nada, era mamá.

Al día siguiente nos recogió del hospital. Ese mismo maldito Toyota, cubierto de abolladuras. Ahora lo admito: lo odiaba. Ahora lo confieso: lo odiaba con todo lo que tenía.

La llevé en brazos, como si fuera de porcelana, y la metí en la sillita del coche. El gobierno ya decía que todos los niños tenían que ir en una. Ya no te podías limitar a poner a un niño en el regazo y salir a comprar. Todo se había vuelto mucho más complicado.

Ninguno de los dos sabíamos cómo enganchar la silla de bebé al cinturón. Era peor que un cubo de Rubik. Estaba hecho para joder. Danny y yo nos crispamos. Nadie quería admitir que no teníamos ni puta idea de lo que hacíamos. Así que, como dos perros rabiosos, nos caímos encima.

Dicen que tener un hijo destroza el matrimonio. Nos reconciliamos enseguida, pero algo se había quebrado entre nosotros.

Ella engañó a todos. Era tan hermosa, esa niña, que incluso nuestros padres dejaron de mirarse como rivales. Por un momento, hasta actuaron como un equipo.

Danny y yo nos sentamos en medio del caos y dejamos que se desplegara a nuestro alrededor. Queríamos que funcionara. Y ellos lo hicieron posible.

Por supuesto, el hecho de que fuera intoxicante facilitaba todo. Sus ojos azules eran pozos sin fondo. Veía cómo la gente se hundía en su mirada. Pero era pura. Solo una niña bonita, de rostro en forma de corazón, piel que parecía luz y una sonrisa que te dejaba sin aire. Sin duda, su nombre sería Esperanza.

Lo supe antes de que naciera. Danny y yo nunca lo mencionamos. Como tantas otras cosas.

Cuando la llevamos a casa, la sacamos del coche y la colocamos con cuidado en una esquina de la habitación, acolchada hasta el absurdo. Luego, ambos retrocedimos un paso y nos quedamos observando en silencio a la diminuta criatura que se agitaba bajo la manta de algodón. Mi cuerpo dolía… pero de alguna manera, lo aguantaba.

Danny sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo, y salimos al aire fresco de la noche de verano. Solo unos minutos, pero más que suficientes. La nicotina, caliente y densa, me invadió la lengua como un recuerdo que no sabía que extrañaba. Nueve meses sin tocar uno... y de pronto, todo lo que quería era otro. Solo faltaba un dedo de whisky.

Llevaba unos pantalones de pijama y un top flojo. Podría haber sido cualquier día normal en Oxford. La mañana después de la noche anterior. Pero no era así. Todo era distinto. Ella estaba allí, a solo un metro de nosotros… dentro… dormía en paz.

He and I didn’t say a word. Just sat there on the back step, staring up at the stars, letting the raw edge of childbirth fade into the night.

Entonces empezó a llorar, y la realidad nos golpeó. Un frío pánico nos cruzó antes de que apagáramos los cigarrillos y nos acercáramos al bulto. En un instante, él y yo dejamos de existir. No había nada más que esperanza.

Estaba orgulloso —tan orgulloso— pero no fue fácil llegar ahí. Por un tiempo, me paralicé. Ella brillaba, esa criatura minúscula y deslumbrante, y no dejaba de preguntarme: ¿Cómo diablos voy a sostenerla? ¿Cómo cuidar algo tan frágil? No estaba seguro de tener lo necesario. Se merecía a alguien mejor. Una madre más fuerte. Más segura.

Pero el tiempo pasó, sin que ninguno de los dos lo notara, y poco a poco nos volvimos a la vida, uno al lado del otro.

Su pequeña mano siempre me buscaba, y un día, de pronto, lo entendí: no importaba lo que pasara, yo era su mamá, y tenía que hacerlo. Ella nunca dudó de mí. Y yo, simplemente, esperaba que nunca creciera lo suficiente como para descubrir cuánto la defraudaba.

Danny tardó un poco, pero al final me pidió que me casara con él. Todo había sucedido tan rápido que ninguno de los dos había tenido tiempo de detenerse a pensar. Entonces, un día, cuando volvió del trabajo y estábamos cenando en la cocina, Hope adherida a mi pecho mientras yo, con una sola mano, luchaba para cortar el pollo, me dijo: "Casémonos."

Lo había pensado. Me gustaba la idea de ser su esposa. Hope ya llevaba su apellido—así que, obviamente, acepté. Ella tenía cuatro meses entonces, y planeábamos casarnos seis meses después. Más que suficiente tiempo para organizar la fiesta.

Ninguno de los dos era religioso, así que no íbamos a casarnos en una iglesia. Decidimos hacer casi un trámite en el registro civil, seguido de una fiesta de las que dejan el techo volando para todos nuestros amigos y familiares. Queríamos celebrar nuestro matrimonio y el nacimiento de nuestra hija. Yo necesitaba que el mundo supiera lo orgullosa que estaba de ellos dos, y era la excusa perfecta para celebrar como si el mundo se acabara mañana.

Danny se dejaba llevar. No le importaban los detalles pequeños: qué flores poner, qué color llevar las servilletas. A mí sí me importaban —aunque hoy no entiendo por qué. Miro atrás y casi río. ¿Cómo aguantó todas mis listas? Esas llamadas interminables a su madre, de ida y vuelta, sin parar. Su paciencia era insoportable. Y eso —eso era una de las cosas que más amaba de él.

5

AGOSTO 2013

Libby

Los dos días siguientes se funden en un caos. Nada. Ni rastro de Hope. Ya los medios han invadido nuestro pequeño pueblo de Cambridgeshire. Los veo por la ventana, hablando con los vecinos, acechando a los padres angustiados. Se quedan en los bordes, como si no existiéramos, como si nuestro dolor no fuera cosa nuestra.

Durante gran parte de mi vida sentí que algo me faltaba. Mi hermana gemela murió el día que nacimos, y hasta que nació Hope, siempre me sentí incompleta. Ahora, vuelve.

Me esfuerzo por estar siempre dentro, lejos de las cámaras y las preguntas que me devoran. Danny se une a la policía y a las hordas de extraños que se ofrecen a buscar por ahí. Si no fuera tan monstruoso, le agradecería a todos… pero no puedo salir de mi propio infierno. No puedo pensar en ellos. Solo en ella.

Hoy hemos acordado asistir a una conferencia de prensa. El inspector Will King nos lleva por cada paso. Dice que nos ayudará. No paran de hablarnos, dándonos consejos, tratando de que no nos desviamos. Estoy luchando por mantener la calma. Estoy luchando por no romperme.

I hold onto her pillow every moment—never let it out of my hands, never let it leave my sight. It smells like her. That one scent—no one else on earth has it. Gracie? She smells like soap and crayons. But Hope… Hope smells like sweet, warm earth. Just mine. A secret between us. Our smells. She knows mine. I know hers. So I keep her pillow close. The one she clutches when she's beat after school, half-asleep on the couch, cartoons flickering across the screen, her breathing slow and small against the fabric.

Entre el maremágnum de drama, está Gracie. Es tan pequeña… y frágil. Sus ojos azules escudriñan los rostros de los adultos, buscando entender lo que les está pasando. Pero es solo una niña. ¿Cómo se espera que una niña de tres años entienda algo así? Yo no entiendo.

Los padres de Danny llegaron ayer y han estado cuidándola. Mi suegro, Paul, ha sido una ancla. Ha mantenido la cabeza fría durante todo este tiempo. Es un hombre práctico, y su presencia, ese silencio firme, ha sido lo único que nos ha mantenido unidos. Él se encarga de cocinar, de hacer que comamos, aunque nadie tenga hambre. Pero incluso él, cuando cree que nadie lo ve, deja que el horror le surja en la cara. En los últimos dos días, todos hemos envejecido una década.

Mi suegra, Clare, pasa todo el tiempo intentando mantener a Gracie entretenida. Llora, pero lo hace con una valentía constante, por nosotros. No aguanto verla con ella. Duele demasiado. Salgo de la habitación cuando empiezan a jugar.

Vuelvo una y otra vez a esa tarde, dándole vueltas y vueltas en la cabeza, buscando algo que se me haya escapado, algún detalle mínimo que pueda abrir la puerta a su paradero. Pero no hay nada. Nada estaba fuera de lugar. Nada cambió ese día. Sí, la policía tuvo que considerar la posibilidad de que se hubiera ido—pero lo sé con toda certeza: ella no se habría ido. No así. No nunca.

Su padre y yo le enseñamos a tener miedo de los desconocidos. Hope sabe que nunca debe hablar con extraños. Es una niña huidiza, a diferencia de Gracie. Jamás hablaría con alguien que no conociera. Eso me lleva a pensar… tal vez sí conozca a la persona

que la tiene. Era pleno día. ¿No habría gritado? ¿No habría llorado…? No soporto ni siquiera imaginarlo, pero tengo que hacerlo. Necesito saber dónde está.

La policía ha hablado con todos los que conocemos. El teléfono no deja de sonar. Todos quieren ayudar, pero no quiero oírlos. Solo quiero que mi niñita vuelva a casa.

Nuestra casita se ha convertido en una Piccadilly Circus. Han revuelto todas sus cosas, y esta mañana se llevaron la computadora, porque les dijimos que a veces le dejábamos usarla.

Han puesto a una oficial de enlace familiar con nosotros. Kerry es muy amable, pero su presencia me ahoga. No para de ofrecerme té. No quiero maldito té.

Y luego están todos los demás policías, mis suegros y amigos que no paran de llegar a apoyar. No puedo respirar.

Mientras estoy sentada en la cama, tratando de encontrar un espacio lejos de todos los que inundan la casa, alguien llama a la puerta. Ni siquiera cinco minutos me dejan estar sola.

«Pasa»,

«¿Libby?» El inspector King asoma la cabeza por el marco de la puerta. «¿Puedo entrar?»

«Sí, por supuesto.» Tener a un hombre que no es mi marido en nuestra habitación… habría sido extraño. Pero nada… ya no se siente normal.

King se arrastra hasta el interior y se queda de pie, incómodo, las manos hundidas en los bolsillos de sus pantalones grises. La habitación es un horno, el aire pesado y pegajoso, y el ventilador que hay en mi tocador gira en círculos, soplando un viento tibio directo hacia él.

«Tengo que hablarte de lo de la apelación.»

«Ya lo dije: lo haré. Danny y yo lo decidimos. Haremos cualquier cosa para traerla de vuelta a casa.»

«Bien. Ya hablé con la prensa. La llamada pública es mañana al mediodía. Si prefieres, yo hago el discurso, pero la verdad — el

público responde mejor cuando son los padres los que piden ayuda directamente. Sé que esto es un infierno para los dos, y si sienten que no pueden con esto, hablo yo en su lugar.» King inclinó la cabeza, un poco, y me clavó la mirada con esos ojos marrones oscuros que no parpadean. «¿Qué dices, Libby?»

«El que hable será Danny o yo. Nosotros nos encargamos.»

«Qué tan valientes son.»

"Encuéntrala." Se me formó un nudo en la garganta.

«Hacemos todo lo que podemos.» En ese segundo, algo se deslizó por su rostro… y se esfumó antes de que pudiera agarrarlo.

«Ya bajo. ¿Ha vuelto Danny?»

«Aún no. Han extendido la búsqueda hasta los rieles.»

¡Ella no pondría un pie allí!

«Estoy seguro de que tienes razón»—calló.

«¿Estás buscando un cuerpo?» Lo entiendo de pronto.

«Buscamos cualquier pista de su paradero.» No me mira a los ojos. Aprieto la almohada con todas mis fuerzas y me encogí en una bola sobre la cama. «Solo necesito cinco minutos.» Cierro los ojos. Ya no quiero verlo más.

«Vale.» Oigo sus pasos, luego el clic de la puerta de mi dormitorio al cerrarse. Cuando sé que ya no está cerca, grito en la almohada.

6

Hope

¿Cuánto tiempo llevo aquí? Alguien. Por favor. Alguien.

Está tan, tan oscuro. 'Mamá, ¿estás ahí?'

Y entonces se me revuelve la piel. Al menos, eso creo. Un cosquilleo cerca del tobillo, y la piel se tensa sobre los huesos.

Sigo sola. ¿O… no? 'Por favor… escúchame. Puedo sentirte, o alguien. ¿Quién eres? ¿Dónde estás?'

«Mami…?»

«Estoy aquí…»

Está tan oscuro… «Ayúdame. Necesito encontrarte. Te seguiré si me llamas… Solo… grita.»

Dijiste que no debía tener miedo… Por favor, ayúdame a no asustarme. Quiero ser valiente.

Quiero abrir los ojos. Lo intento, de verdad. Tal vez si cuento, como tú dijiste… ¿Te acuerdas? Contar ovejas. Eso fue lo que dijiste. Imagínalas como nubes… que pasen, pero no dejes de contarlas. Que cada una cuente. Así lo dijiste. Y todavía lo recuerdo. Es a eso a lo que escucho. Tus palabras son lo único que existe. El susurro que envuelve la oscuridad viva me detiene… por un segundo, por un suspiro… y por un momento, no me siento tan solo.

«Papá?»

«Sé que cuando vea luz… todo se arreglará. Lo único que quiero son abrazos. ¿Puedo tener a mi osito? Lo dejé en el sofá, dormido bajo una manta. Hacía calor… pero él tenía frío. Así que lo envolví bien. Si lo consigo… seré callado. Lo juro. ¿Puedo?»

Pero no hay respuesta. Me pregunto si estaré dormida… o si solo hablo conmigo misma.

Siento cómo se balancea mi cabeza, buscando en todas direcciones. Pero no hay lados. Solo un pozo negro.

¿Cómo llegué aquí?

¿Cómo puedo salir?

«Mamá, por favor… voy a ser buena. De verdad, voy a ser buena.»

7

Libby

No me he lavado desde que desapareció. Tengo miedo de que, si estoy en la ducha, no oiga el teléfono sonar. Es absurdo, lo sé—la casa está llena de gente, apiñada en esta cabaña diminuta—pero es mi responsabilidad estar aquí. Esperar. Escuchar. Es mi hija. No la de ellos.

Nada más importa en este momento. El negocio que Danny y yo llevamos juntos está detenido, por ahora. Armamos cuadros desde casa. Él es un artesano con eso. Yo manejo los pedidos, él hace el trabajo físico. Es extraño, pero me gusta estar cerca de quienes aman el arte. Trabajamos con algunos artistas, compradores, galeristas… Ningún día se parece al otro. Tenemos suerte de disfrutar lo que hacemos. El dinero no es mucho, pero nos mantiene a flote. Y nos permite estar juntos. Se queda en casa. Me ayuda con los niños. Ya no hay horarios de oficina ni la muela de planchar camisas. Somos un equipo.

Pero ahora incluso eso ya no es lo mismo. No nos miramos. Todo lo que decíamos se apagó. Siento que me culpa. Como si yo hubiera hecho algo.

También lo odio. ¿Y si fue a buscarlo a la pista de tenis y no estaba? ¿Y si allí fue donde la atraparon? Sé que es irracional… pero

no me deja en paz.

Son casi las seis y quince, y estoy sentado solo en la mesa de la cocina, mirando una rebanada de pan tostado fría que jamás tocaré. El sol ya se trepa, y un rayo cálido atraviesa la ventana, trazando sombras en el suelo de piedra. Llevo horas despierto… y no he hecho nada. Me gusta la paz cuando todos los demás duermen. Danny está en nuestra habitación. No aguanto dormir allí con él, pero no sé por qué. Prefiero estar en su habitación, rodeado de todo lo que queda de ella.

Gracie comparte cama con sus abuelos. Quiere estar cerca de alguien… pero no puedo abrazarla. Siento culpa porque ella recibe amor y protección, mientras Hope está ahí fuera, sola. Asumo que tiene miedo. No tiene sentido que la castigue por no ser Hope, pero no me queda espacio en la cabeza para cargar con ambos ahora. Y Hope me necesita más que Gracie.

Miro el vacío en la nevera donde antes estaba la foto escolar de Hope, sujeta por ese estúpido imán de una coccinela. La policía se llevó la foto y la repartió por todos los medios. En esa imagen parecía tan hermosa... y ahora no puedo dejar de pensar: quizás fue ese su rostro lo que la hizo desaparecer.

Hoy tengo que enfrentarme a las cámaras. Danny y yo acordamos salir en directo, pedirle a la gente que nos ayude a encontrar a Hope. Sin darme cuenta, me toco la cara. Por lo general me preocuparía cómo luzco… pero hoy no me importa. Tengo el pelo marrón oscuro recogido en un moño deshecho, puesta una de las camisetas de Danny y unos pantalones cortos de algodón que apenas llegan a cubrirme el trasero. Demasiado caliente para seguir fingiendo.

Deslizo el pan tostado a un lado y subo de nuevo las escaleras, avanzando en silencio junto a la habitación principal donde Danny yace solo, y luego junto a la habitación de invitados donde Gracie se acurruca entre sus abuelos. Normalmente comparte habitación con Hope… pero Hope ya no está, y Gracie no se atreve a quedarse sola.

La habitación está hecha un desastre. Le di cinco libras por la revista porque, al menos, recogió todos esos malditos trozos de Lego que me pinchaban los pies cada vez que entraba. Hope nunca

aprendió a ordenar tras de sí, por mucho que la regañara. Pero la verdad es que yo tampoco soy un ejemplo. No recuerdo la última vez que limpié el polvo. Ni siquiera sé si tenemos un plumero. ¿Acaso he comprado uno alguna vez… o solo he fingido que sí?

La cesta de la ropa rebosa de prendas rosas. Cuando eran pequeñas, juré que no les pondría colores de niña. Las vestí de azul desde bebés… pero luego, en la calle, viejas me decían: "Qué niño tan bonito." Así que me rendí. No era por lo que quería, era por lo que temía. Ni yo ni su padre les deseábamos ser iguales que todos… pero tampoco queríamos que se vieran distintas, o—dios no lo permita—que las acosaran. Las decisiones que tomas como padre rara vez tienen que ver con los ideales que decimos sostener.

Me dejo caer en su cama individual, y me recuesto sobre la sábana, dejando que los pies empujen el edredón decorado con hadas hasta el final de la cama. La ventana está abierta, como si, por un segundo, creyera que podría volver a entrar. No quiero que nada la detenga. Tal vez, como Peter Pan, la niña regresará a su mundo por esa ventana. El pensamiento me quiebra.

El recuerdo de la conferencia de prensa me impide hundirme en el colchón. Hope lleva semanas pidiendo una nueva funda de edredón, pero le dije que no la necesitaba. Si volviera ahora, le daría lo que fuera.

Aunque es apenas mañana, ya siento el sudor frío escurriéndose por la frente. Este calor me aplasta, como si las paredes se cerraran más cada segundo. No tengo otra opción: necesito una ducha fría.

Dejo el dormitorio tal como lo ha estado desde hace días, cierro la puerta con suavidad y avanzo de puntillas por el pasillo hasta el baño. La ventana está cerrada y la pequeña habitación embaldosada ya se siente como una sauna.

Desesperado por aire fresco, abro la ventana de par en par y dejo que mi cabeza cuelgue fuera. Abajo, el jardín silencioso me mira. El césped está demasiado largo, los bordes desgarrados y el manzano se ha vuelto monstruoso. De pronto, nada de lo que tengo parece pertenecerme ya. Me viene la tentación de entrar en el dormitorio y sacudir a Danny. Debería haber segado el césped. Debería haber mantenido el árbol recortado. Debería haberla

protegido. Y entonces, al recordar mis propios fracasos, me derrumbo en el suelo.

No debería haberla perdido de vista.

No era como los demás niños. Siempre pegada a mí. Necesitaba que todo tuviera su lugar. Horas enteras ordenando sus juguetes por tamaño. Antes pensaba que era obsesiva. Pero conforme crecía, la casa se iba volviendo un caos, y aprendí a relajarme. Era más parecida a mí de lo que creí. Por fin entendía por qué era así. De pronto, tensas, teníamos algo en común. Pero sus manías solo me recordaban las mías. Y en realidad, no era tan blanda. Ahora desearía haberlo sido. Desearía haber ignorado todas esas tonterías, haber dejado de presionarla por ordenar su cuarto o sentarse a la mesa a la hora de cenar. ¿Qué importa? ¿Acaso sería peor niña si su habitación estuviera hecha un desastre y comiera pizza delante del televisor? Son cosas tontas que todos hacen. Cosas de todos los días. No somos eso.

Me levanto del suelo y alcanzo la ducha. El agua fría ni siquiera duele como debería. Nada encaja.

Unas horas después, estoy limpia. Más o menos. El aire pegajoso me acaricia la piel, listo para hacerme sudar otra vez en cualquier momento.

La casa respira ahora. Mis suegros revolotean por la cocina, ofreciéndole a Gracie un desayuno que ella no quiere saber. Arriba, el ritmo constante de la ducha me dice que Danny se prepara para el día que lo espera. El mismo golpe. La misma pelea.

Sentado en el viejo sillón que fue de mi abuela, que aún huele a ella, me tomo la taza de té a pequeños sorbos. Por primera vez en días no llevo esa camiseta y esos pantalones cortos viejos. Me deslicé en unos pantalones limpios y una camiseta verde nueva. Clare lo sugirió. Tiene razón, claro. Las apariencias importan. La prensa me colgará si les doy una sola excusa. No me importa una mierda lo que piensen. Pero necesito su ayuda para encontrar a Hope. Si no les caigo bien, pueden decidir no buscarla con el mismo esfuerzo.

Olor a cruasanes calentándose en el horno. Se esparce por el aire tibio y se mete en toda la planta baja. A Hope le volvían loca los cruasanes. Compraba un paquete en el supermercado y se los zampaba todos antes de que nadie más pudiera siquiera acercarse. Nunca duraban más de unas horas en esta casa.

Dejo la taza de té fría sobre la mesa de centro y me acerco a las ventanas francesas. El jardín está quieto. Demasiado quieto. Me acuerda de cómo Hope y Gracie, hace poco, se empeñaron en convencernos —a Danny y a mí— de que compráramos un perro. Ahora las veo: esas caritas, con ese esfuerzo tan pequeño y tan desesperado. Danny y yo nos reímos. Nunca dos críos habían mentido tan dulcemente. Nos gustaba. Nos encantaba. Prometimos —sí, prometimos— que lo pensaríamos. El año que viene.

Mientras sigo fijo en la ventana, perdido en otro mundo, siento una mano apoyarse en mi hombro. No me toca nadie desde que desapareció. Cada contacto me hace sentir que la engaño. Lo sé.

Cuando me doy la vuelta, esperando encontrar a alguien de mi familia, me quedo helado al ver a Kerry, la oficial de enlace, de pie tras mí.

«¿Qué haces aquí?» No puedo evitar ser brusco.

«Ha habido un avance en el caso.» Tiene las mejillas rojas como sangre, y no puedo evitar pensar que se le ve al borde de un desastre inminente.

«¿Qué pasa?»

«Buscaron en el registro ViSOR de delincuentes,»

«Lo siento, pero te olvidaste de que no hablo tu idioma. ¿Qué es eso?» Mi frustración se siente en el aire, y la veo moverse inquieta.

«Sí, perdón. El registro ViSOR. Salió un nombre.»

«¿Quién?»

«Señor Chadrad.»

‘¿Amit? ¿El que corre la tienda del pueblo?’

"Sí. Está en la estación, nos está ayudando en la investigación."

Libby

«¿Sigues queriendo ir por la apelación?» Danny y yo estamos sentados en extremos opuestos del sofá, mirando a Kerry, perchada en la silla frente a nosotros.

«En este momento, el señor Chadrad solo está respondiendo preguntas. No lo han detenido.»

Nos miramos.

«Pero debes creer que sabe algo si lo arrastraste hasta la comisaría.» Aferra sus rodillas al descubierto. Los pantalones cortos se le subieron hasta los muslos morenos. Instintivamente alargo la mano y dejo la mía sobre la suya. Me mira, y por un instante, su rostro se relaja.

«¿Sabes por qué Amit estaba en la lista de registados sexuales?»

«No puedo hablar de eso.»

«Vaya, qué útil.» Danny exhala por las mejillas hinchadas y se hunde de nuevo en el sofá.

«La conferencia de prensa es a la una y treinta. ¿Sigues decidido?»

«Sí, claro. Si crees que va a ayudar.»

«Alguien allá afuera sabe lo que le pasó a Hope. Tu presencia puede desencadenar un recuerdo.»

Danny y yo asentimos sin decir nada mientras Kerry se levanta y se retira.

«Amit. No puedo creerlo… de verdad. Siempre fue tan tierno con ella.» Se hunde las manos en el rostro. «Que Dios lo ayude si le hizo daño.»

«No sabemos eso.» No puedo dejar de pensar que cuanto más tiempo pasemos sin encontrarla, menos chances tenemos de encontrarla viva.

«Aquí dentro se está poniendo de puta madre.» Danny se levanta y cruza la habitación hasta las ventanas francesas, las empuja hacia afuera con un golpe y exhala un suspiro largo, roto. «Me siento… completamente inútil.» Su voz se quiebra. Quiero levantarme, ir hacia él, abrazarlo y decirle que todo va a estar bien. Pero no me muevo. No puedo.

«Vamos a librarnos de esta apelación de una vez. Aún no sabemos nada con certeza. Tal vez la policía se equivocan.»

«Tal vez sí lo están.» Se gira hacia mí, los ojos desbordados de lágrimas.

Las siguientes horas antes de la apelación se arrastran como apestan. Paso todo el tiempo en el jardín, observando desde lejos cómo Gracie salta en la piscina inflable, solo con los pantalones. Su cuerpo desnudo me hace sentir mal, y quiero gritarle que se ponga la ropa. Pero no digo nada. Sé que es irracional. Ella ríe, feliz, mientras Clare se senta bajo la sombra del manzano, mirándola como si el mundo fuera suyo.

I study my mother-in-law’s face. She’s got sharp cheekbones and beautiful eyes—really beautiful—but her smile never reaches the sadness in them. Worry has carved itself into her forehead, deep and permanent. Right then, I made up my mind: they need to go. Keeping Gracie here is tearing me apart. No kid should have to breathe in this heavy, suffocating tension that’s grown roots in every corner of our home.

Mientras Gracie arranca puñados de hierba y los deja caer en el agua, me acerco a Clare y coloco la mano sobre su hombro. Se vuelve hacia mí y forzó una sonrisa.

«¿Todo bien?» —susurra, pero el miedo se le desgaja en la voz—.

«Sí…» Me encojo un segundo, sin saber cómo decírselo. «Lo estáis haciendo todo bien. Esto os está matando.»

«La amamos.» Clare traga.

«Sé que lo haces, y no sé qué habría hecho estos últimos días si no estuvieras aquí.» Ambos nos giramos al mismo tiempo cuando Gracie suelta un gritito. No es un grito de miedo. Es de alegría. «Clare… esto me está desgarrando. Y no sé cómo decírtelo… pero necesito pedirte un favor.»

«¿Qué, corazón?»

«Necesito que Paul y tú se lleven a Gracie un tiempo.»

«¿Qué quieres decir…?»

«Por favor, vuelve a casa, Clare. Llévatela lejos de esto. No debería tener que pasar por esto. Es tan pequeña. No quiero que esté aquí.» Clare me mira un momento, y en ese silencio, sé que lo entiende. «Sé que tú y Paul quieren estar aquí, que queréis participar… pero no pueden hacer nada. Dios… nadie puede hacer nada, ¿verdad? Llévate a Gracie a tu casa. Déjala ser niña. Que ría, que juegue. Sácala de esta pesadilla.»

Asiente.

«Hay una condición.» Sus ojos marrones, fríos y penetrantes, se clavaron en los míos. «Me mantienes al tanto de cada detalle, por mínimo que sea. Me vale un comino la hora que sea: llámame. Ahora.»

«Sí. Por supuesto.» Quiero echarme a llorar.

«Voy a decírselo a Paul. Hacemos las maletas y nos vamos.»

«Gracias, Clare.» La miro mientras se levanta de la silla de jardín y lleva una toalla hacia Gracie.

«Vamos, cariño. Vamos a secarte. Vas a vivir un tiempo con la abuela y el abuelo. ¿No te parece emocionante?»

«¿Vamos a los columpios a casa de la abuela?» Gracie deja de salpicar y se planta en medio del sol, gota a gota, el cabello pegado al cuello fino y pálido como porcelana.

«Sí, y después helado.» Clare le sonríe a su nieta, la envuelve en una toalla azul claro y la saca del agua, como si la sacara de otro mundo.

«¡Helado! ¡Helado!» Gracie aún no dice bien algunas palabras —al igual que Hope cuando era pequeña—. De pronto calla, se queda quieta, y me mira por el jardín. «¿Viene mami a casa de la abuela?»

Me levanto de los talones y me acerco a mi hija.

«Esta vez no, nena. Vas a tener una aventura de niña grande. Mami y papá se quedan en casa.»

«¿Y esperar a Hope?» Se me cortó la respiración.

«Sí, cerditita. Y espera a Hope.» Clare se limpió en seco una lágrima y se alejó hacia la casa cargando a Gracie. «Sé buena con la abuela y el abuelo, ¿de acuerdo?»

«Vale, mami», dice ella, agitando la manita mientras se amplía el espacio entre nosotras. Luego enlaza los brazos alrededor del cuello de su abuela y se desvanece de nuevo dentro de la casa.

Cuando sé que están a salvo dentro, me caigo al suelo y lloro, y lloro, y lloro.

No me atrevo a despedirlos con la mano. Nos despedimos dentro de la casa. Beso a Gracie y la aprieto con fuerza, sin querer soltarla. *¿Estoy haciendo lo correcto?* Ya no me reconozco. No confío en mí misma.

Danny recoge el equipaje y lo lleva al coche, haciendo como que no ve a los pocos periodistas que siguen rondando por ahí, como si fueran un hedor que nadie quiere reconocer.

Cuando vuelve, nos abrazamos en la sala de estar, sin decir nada, como si soltarnos fuera perder lo poco que nos quedaba.

«¿Hemos hecho bien?» —me desgarré de su agarre y levanté la mirada hacia su cara—.

«Sí.» Danny me apartó un mechón que se había soltado del moño, fuera de los ojos.

Sé que tiene razón… pero cada cosa que hago me hace sentir culpable.

«La casa está demasiado callada.» Nos quedamos de pie, solos en la sala, por primera vez en tres días.

«La vamos a traer de vuelta.» Danny habla con tanta seguridad que me helan los huesos… ¿o será que él realmente lo cree? «Apúntate. El auto llega en minutos.» Mira el reloj en su teléfono—una y otra vez.

«¿Tú vas a hablar?»

«Sí. Ya lo haré.»

«Gracias. No estoy segura de poder aguantar.»

«Nadie espera que lo hagas, Lib.»

Treinta minutos después, hubo un toque en la puerta.

"¿Listo?" Danny me mira y me agarra la mano.

—No, pero eso no viene al caso. —Sonrío con lo mejor que puedo, tratando de ignorar las mariposas que se revuelven en mi estómago.

Salimos al calor, pero el sol se escondió tras una nube gris, pesada y pegada al pueblo.

Nadie abre la boca y el aire en el coche es opresivo mientras avanzamos hacia la comisaría, donde habían montado una sala para la apelación.

Danny y yo bajamos del coche y seguimos al inspector King hacia el interior del edificio.

«Vamos a esperar a que nos llamen. Están reuniendo a la prensa.» King está tenso. Nadie de nosotros está acostumbrado a estar en la tele.

«Listos para usted, señor,» dice un sargento, asomándose desde el umbral.

Sigo aferrando la mano de Danny con fuerza mientras seguimos a King hasta la sala de conferencias, donde filas de periodistas esperan frente a una mesa larga, las cámaras brillando bajo la luz fluorescente. King se deja caer en su silla, reorganiza los papeles frente a él como si quisiera parecer en control, pero sus dedos no dejan de revolver su uniforme. Danny se sienta justo en el medio, entre nosotros, en silencio, firme—y su mano, pequeña y cálida, no suelta la mía bajo la mesa.

Al fondo de la sala, una fila de cámaras y luces brillantes nos apunta sin piedad.

King se aclara la garganta y se dirige a la sala. «Gracias por estar aquí». Su voz se pierde en el aire, como si viniera de otro mundo, y sus manos tiemblan sin control. No puedo permitir que esto le dé ventaja a la prensa — que piensen que somos débiles. «Voy a decir lo que necesito decir. Después, la familia hablará. Pero hasta entonces, ni una sola pregunta». Sus dedos se mueven sobre los papeles, fingiendo orden, como si apilar hojas pudiera detener el tiempo.

«Hacemos un llamado a la comunidad para información sobre Hope Bird, una niña de ocho años desaparecida el sábado por la tarde en el pueblo de Ickleton. Sale de su casa a las 13:15 para ir a la tienda y comprar una revista. El dueño confirma que entró, pagó y se fue. Nadie la volvió a ver. Llevaba una camiseta de algodón verde y blanca, shorts vaqueros azules y zapatillas deportivas de color rosa. Estamos profundamente preocupados por su paradero. Si tienen cualquier dato, llamen a la policía de Cambridgeshire. Ya se está buscando en los alrededores, y agradezco a todos los voluntarios que se han unido.» Veo cómo los temblores iniciales se desvanecieron. Ahora mira directamente a la cámara, fijo, sereno — como si no estuviera hablando de una niña desaparecida, sino leyendo un guion. Y no siento admiración. Siento escalofríos.

Antes de que Danny pueda hablar, un periodista se mete sin permiso, empujándonos un dictáfono directamente en la cara.

«Tom Daler, de *The Mirror*. Inspector King, ¿quiénes es el tipo que arrestaron en este caso?» Danny y yo damos un respingo, volteando hacia King. «¿Es esto un secuestro sexual…? Como tiene antecedentes penales.»

King, claramente desconcertado, responde con la calma que le deja el pánico: "Lamento, pero su información está equivocada. No hemos hecho ningún arresto. Hay un hombre colaborando con nosotros, respondiendo preguntas—nada más. ¿Siguiente?"

«¿No es el dueño de la tienda donde vieron por última vez a Hope viva? Fuentes confirmaron que Amit Chadrad está registrado como delincuente sexual por tener relaciones con una menor. ¿No es

eso lo que dicen?» La sonrisa de condescendencia del periodista me da náuseas. *¿Cómo puede estar disfrutando esto?*

Antes de que Danny pueda levantarse y soltar su ira, nos sacan del salón. El click de las cámaras se ahoga bajo el embate de preguntas.

9

Esperanza

Tengo tanto frío. La pierna me duele y está rígida, como si me hubieran sujetado el tobillo con hierro, pero todavía no veo nada. Así que, ¿quién sabe?

Creí oír un sonido y me paralicé, encogiéndome en una bola. Escucho en la oscuridad. ¿Se repetirá? ¿Qué fue eso? Parecía el eco de una puerta que se cierra de un portazo. Pero no vuelve. Sigo sola en el silencio. Lo único que oigo... es mi respiración.

Sigo intentando pensar en cosas que me hacen feliz—como columpiarme con Eva. Es mi mejor amiga. Estamos en la misma clase y lo hacemos todo juntas. Tiene ese jeito de convertir hasta lo más aburrido en una aventura. Ojalá estuviera aquí. Mamá no viene. Grité por papá—grité hasta que me dolía la garganta—pero nadie me oye. Nadie. Estoy atrapada en este lugar oscuro y silencioso, totalmente sola… y no entiendo por qué.

Tengo frío... y hambre de verdad. Me late el estómago y la boca me sabe a pegamento seco. Me comería hasta una hoja de lechuga si fuera lo único que hubiera. Así de hambrienta estoy. Pero lo que realmente quiero es pizza. La de pepperoni: mi favorita, con el queso chorreando, la salsa dulce y el toque picante. Luego, un cuenco enorme de helado de chocolate, más frío que el aire de aquí,

y una botella bien fría de Coca-Cola. Eso es todo. Eso es todo lo que pienso.

Eso fue lo que me dieron en mi cumpleaños, en la fiesta. Mamá dijo que era una cosas especial: helado y Coca-Cola. Y aunque ya había comido todo, me dio otro trozo de tarta de chocolate. Papá me lo puso en la mano con un guiño y me susurró: "No se lo digas a Gracie, que se pondrá celosa". Así que fui a la casita de Wendy, al final del jardín, y me lo comí de un bocado, rápido, antes de que me viera. Ese fue un buen día. No como hoy.

Hoy no me gusta. Nada me gusta ahora. Es malo.

Sentada en este espacio negro, me doy cuenta de que los pantalones están mojados. No recuerdo cuándo fui al baño por última vez... ¿Tal vez se me escapó?

Me avergüenza. Los niños de ocho años no se hacen pipí encima. Eso lo hacen los bebés. No quiero ser un bebé.

Muevo la mano en la oscuridad, toco la parte frontal y me estremezco. Duele. Está húmeda. Dolorida. Al retirar la mano, siento el líquido pegado a mis dedos. Y entonces lo percibo: un olor. Agudo. Metálico. No es orina. Nada que ver con orina. Huele a sangre.

Y ahora tengo miedo de nuevo. Se me borró la fiesta de cumpleaños. No hay nada más que dolor.

¿Cómo llegué hasta aquí? ¿Por qué me duele abajo? ¿Dónde están Mummy y Daddy? Quiero a Mummy y Daddy. «¿Alguien… alguien me puede sacar de aquí? Quiero ir a casa.»

10

Libby

«¿Es cierto, joder?» Danny se alzaba sobre el inspector King, que de pronto parecía insignificante.

«Está en el registro, pero no estoy autorizado a comentar por qué.»

«A la mierda de la prensa le encanta soltarlo. ¿Así va a ser de ahora en adelante? ¿Que nosotros tengamos que enterarnos por ese puto periodista?»

Estoy sentado en una silla con la cabeza entre las manos mientras el mundo gira.

«Hacemos todo lo que podemos para encontrar a Hope.» El inspector, igual que nosotros, está jodido.

«Si se la llevó, entonces puedes encontrarla ahora.» Levanto la vista. Nadie parpadea. Todas esas caras me miran sin decir nada.

Que quede claro: no lo hemos detenido.

«¿Por qué no?» gruñe Danny. «Si un delincuente sexual vive en nuestra puerta y mi hija desaparece, no hace falta ser un genio para ver la conexión.»

Necesitamos pruebas. No hay ninguna.

«Salvo que él fue la última persona en verla viva.» Eso cuelga en el aire.

«Esto no tiene ni pinta.» Danny se acerca y me pone la mano en el hombro. «Estamos perdiendo el tiempo. Vámonos a casa.»

Me levanto y lo sigo fuera de la habitación sin decir nada.

Fuera de la comisaría de Cambridge, miro de un lado a otro por la calle, preguntándome cómo vamos a volver a casa. En el parque de enfrente, un grupo de chicos juega al fútbol.

«Voy a encontrar a ese periodista», dice Danny en un susurro que apenas llega a mis oídos. «Él sabe cosas… cosas que podrían llevarnos a Hope.» Se mete la mano en el bolsillo, saca la billetera con un gesto rápido, casi mecánico. «Toma esto.» Me la lanza casi sin mirar—billetes doblados, huecos de un mundo que ya no nos pertenece. «Toma un taxi y vuelve a casa.»

«No.» Le rechazo la mano. «Voy contigo.» Sabe que no puede discutírselo. Guarda el dinero en la billetera y asiente. «¿Cómo lo encontramos?»

«Dijo que trabajaba para *The Mirror*. Los llamamos.»

«Vale, pero vámonos a casa. Odio no estar ahí ahora. ¿Y si ella llega y no estamos?»

«Sí, vale.»

Nos sentamos en la parte trasera del Mercedes plateado en silencio. Los asientos de cuero negro pegajosos me abrasan la piel. El conductor africano, de cara redonda y sonrisa fija, silba una canción por la radio. El aire acondicionado sopla frío desde los ventiladores delanteros, y se me erizan los vellos. El olor a limpiador artificial, dulce y asfixiante, cuelga del espejo retrovisor, balanceándose al ritmo de la canción.

Cuando la canción odiosa termina, el DJ anuncia las noticias.

«La búsqueda de Hope Bird continúa hoy. La pequeña de ocho años lleva ya tres días desaparecida. La policía busca en los alrededores del pueblo de Ickleton, donde la vieron por última vez. Un hombre está ayudando a la policía en la investigación...»

Danny y yo nos quedamos rígidos en la parte de atrás del coche. Es aterrador que nos estén escuchando... por todo el mundo.

«Animal.» El conductor murmuró, clavando la mirada en nosotros por el retrovisor. «Si pilla a ese cabrón, mejor ni decir lo que le voy a hacer. Nunca más tocará a esos niños. Esos padres de mierda… Jamás los encontrarán vivos.»

De repente me sube el vómito. Mis dedos zozobran contra el botón de la puerta, tratando de bajar la ventanilla, necesitando aire, cualquier aire. Danny, sintiendo mi pánico, apoya la mano sobre mis rodillas y aprieta, suave pero firme.

«¿Conocen a esos tíos? Van pa' Ickleton, ¿verdad?»

Danny y yo nos miramos.

«No, no conocemos a la familia.» Solo yo noto el temblor en su voz.

«Nosotros vamos a ponerle flores a la nena.»

«No está muerta.» Salgo las palabras entre dientes, como si cada sílaba la arrancara de mis muelas.

«Solo porque aún no han encontrado ni cuerpo.» El conductor hace un chist entre dientes.

Quisiera gritar, darle un puñetazo al respaldo del asiento… pero estoy paralizado. Es la primera vez que alguien lo dice en voz alta. Durante días, he estado aplastando esa idea bajo mi pie, fingiendo que no existía. Ahora está ahí, desnuda y cruel, y no hay forma de escapar de ella.

Danny y yo nos miramos. Se nos llenan los ojos de lágrimas; la desesperación callada entre nosotros podría tocarse.

Él la murmura como una oración: "Está viva."

«¿Cuál es el número que queréis?» El conductor levantó una ceja y empezó a frenar mientras doblábamos hacia el pueblo.

«Aquí, junto a la iglesia.» Danny actuó sin pensarlo.

«Vale, jefe.»

Mientras el coche toma la curva a la izquierda hacia la calle de la Iglesia, pasamos frente a la tienda de Amit: cerrada, las ventanas a oscuras. Afuera, los periodistas han invadido el lugar, apiñados como moscas, micrófonos en alto y cámaras listas.

«Ese debe ser el tienducho del que mató al animal», masculla el conductor, con la mira clavada en el edificio inofensivo mientras nos arrastramos past él.

«Aquí sirve.» Siento la desesperación de Danny por salir del coche mientras saca un billete de la billetera y se lo tira al conductor, que echa el cuello para echar un vistazo a la escena. «Quédate con el cambio.»

Salimos del coche y lo vemos alejarse en el coche.

«Eso fue horrible.» Me escondí en el hombro de mi marido, agotada. «¿Cuándo va a terminar esto?»

Danny me abraza con fuerza, los brazos apretados a mi torso, como si yo fuera el único punto fijo en un mundo que se desmorona. «Pronto va a volver. La van a encontrar. Lo sé.» Pero los dos entendemos que es una mentira que ni siquiera quiere creer.

Bordeamos el pueblo y cruzamos el campo hasta la parte trasera de la casa, para evitar a los periodistas. El sol quema nuestros hombros.

Cada esquina, cada árbol, cada matorral… nos detenemos a buscar a Hope. ¿Y si se escondió, después de todo? Pero no hay rastro de ella.

Vuelvo a la casa y le sirvo a ambos un vaso grande de limonada fría.

«Voy a llamar a *The Mirror*».

«Van a pedir una entrevista. Lo sabes.»

«Entonces se la damos. Pero que nos suelte todo lo que sabe». Danny se encoge de hombros y saca el móvil del bolsillo del short verde.

Menos de dos horas después, Tom Daler está sentado en nuestro sofá sorbiendo una taza de té. Es un tipo repulsivo: cara enjuta, gafas redondas apoyadas en la punta de su nariz aguda. Lleva encima un aire de superioridad moral y una sonrisa autocongratulatory que nunca se le borra. Es solo la segunda vez en mi vida que estoy en esta habitación con él… y ya desearía no estar aquí.

Pone la taza en la mesa de centro, se echa hacia atrás y cruza las piernas, como si ya poseyera la habitación.

«Sé que esto tiene que ser increíblemente difícil para ti…»

«Deja de joder.» Sale antes de que pueda contenerme. Tom se endereza, atónito. «Tú quieres una historia. No te importa un comino lo que mi marido y yo estamos pasando. Quieres una historia, y nosotros queremos lo que tú sabes. Acabemos ya con esto. No tenemos tiempo para juegos.»

En la esquina del ojo, lo veo sonreír.

«Sí, bueno.» Tom se remueve con incomodidad en el sofá y reajusta las gafas. De pronto, ya no es el mismo hombre que entró. «¿Cuánto sabes sobre Amit Chadrad?»

«Es el tendero del barrio. Siempre ha sido simpático. Eso es todo. Nunca le di ni un pensamiento… hasta que soltaste eso en la conferencia de prensa.» Lo sigo mirando, me reclino en la silla y me atasco el pelo en un moño despeinado.

Tom me mira por encima de las gafas. «Hace once años lo detuvieron por tener sexo con una menor. Tenía treinta y dos. El caso nunca llegó a juicio: la víctima se negó a declarar. Le dieron una condena suspendida y lo registraron.»

«¿Cómo puede un hombre adulto que ha tenido sexo con una niña escapar así? Lo pusieron en el registro, así que sabían que era un peligro. No tiene sentido alguno.» Danny se pasa los dedos por la frente, borrando el sudor.

«No puedo contestarte. Tendrías que hablar con la policía.»

«Pero no nos van a decir mucho», gruño.

«¿Quieres decir que te están escondiendo algo que podría decirte dónde está tu hija?» Se le iluminan los ojos a Tom.

«¿Ese es el ángulo de tu historia, entonces?» espetó Danny entre dientes apretados.

«Estoy aquí para reportar los hechos.» Su nariz puntiaguda se alza hacia el aire.

«¡Vete!»

«¿Qué?» La confusión en su rostro es preciosa.

«Me oíste» —Danny da un paso al frente— «vete de mi casa.»

«Pero la entrevista…» Tom quedó paralizado como un ciervo frente a los faros.

«Vete de mi casa. Ya lo sabíamos todo. No sabes un carajo.»

«Eres un ratón.» Me levanto de la silla y me acerco a Danny. «Mi niña está ahí fuera.» Danny me rodea los hombros con el brazo.

«No lo vuelvo a decir. Vete, o te vas a arrepentir.»

«Me voy.» Tom toma su iPad, lo mete en la mochila y se escabulle de la habitación.

Nos hundimos en el sofá.

«¿Y ahora qué?» Volteo hacia mi marido, buscando una respuesta en él.

«De verdad, Lib, no lo sé.»

«¿No crees que Amit la tenga?»

«No lo sé. Nunca habría dicho que era ese tipo de tío, pero supongo que nunca se sabe bien.»

«Debe haberla conmocionado mucho a Simran. ¿Crees que sabía que su marido era un…?» No pude decir la palabra.

«Dudo. Nadie aguantaría a un tío así si supiera lo que es.» Danny cierra los ojos un segundo y apoya la cabeza en el respaldo del sofá. «Este calor... no ayuda.»

«Pero dijeron que todavía no lo han detenido… así que quizás no tenga nada que ver.»

«Quizás… pero donde hay humo…» Danny se calla antes de terminar la frase.

Entonces sonó el teléfono, cortando el silencio.

«¡Yo lo cojo!» Me levanto de un salto y corro al librero. «¿Hola?» El corazón me galopaba a mil por segundo.

¡Lib!

«Mike.» Ese acento australiano, inconfundible, me llega por el auricular y se me hunde el corazón.

«¿Algo?»

«No. Nada de nada.»

«Esta mañana ayudaba en la búsqueda, pero los pararon pa' que se fueran a almorzar. Hace un calor del diablo. Como si estuviera otra vez en Oz.»

Se alarga la pausa. No sé qué decir.

«¿Es mala hora para llamar? Solo que Eva está fatalmente preocupada.» Eva, la hija de Mike, es la mejor amiga de Hope. Padre e hija se trasladaron al pueblo hace cuatro años, tras la muerte de Emma, su esposa, que luchó contra el cáncer como una heroína. Eva entró en la escuela de Hope y, en cuestión de días, las dos niñas eran prácticamente siamesas. Mike conoció a Emma cuando ella viajaba por el mundo tras graduarse, y ambos volvieron a Inglaterra. Dos años después de nacer Eva, le diagnosticaron cáncer de huesos. Luchó como una heroína durante casi dos años… hasta que la enfermedad la llevó. Nunca la conocí, pero la forma en que Mike hablaba de sus cosas caritativas me dejó claro que había sido una mujer increíble. Vivían en Linton, un pueblo grande a diez millas de Ickleton, cuando murió Emma. Mike decidió que Eva necesitaba un nuevo comienzo. No podía aguantar vivir en una casa cargada de recuerdos que le dolían hasta el alma.

«Debe de estar aterrada… ¿Será Eva o Hope?»

«Si hay algo que necesites, ya sabes, solo dime.»

«Gracias, Mike. Eres buena gente.»

«Cualquier momento. Nos vemos.» La línea se queda muerta.

«¿Qué quería?»

«Nada. Solo estaba viendo cómo andábamos, creo.»

«Es un buen tipo. Esa niña le hace honra. No sé cómo la crió después de que su mamá murió. Si algo te pasara a ti… no sabría vivir.»

«Hope.» Nos quedamos mirando.

«Ahora sí.» Se levanta. «Voy a bañarme con agua fría y luego vuelvo a salir a buscar.»

«Te ves tan cansado.» Me acerco a él.

«No voy a parar.»

«Voy contigo.»

«¿Por qué? Aquí hace un calor infernal y la prensa anda acechando. Quédate.»

«Esto me vuelve loco estar en esta casa. Tengo que hacer algo, de verdad.»

«Alguien tiene que esperar aquí. Por si vuelve.» Los dos sabemos que es improbable, pero nadie lo dice. «Y Kerry estará cerca. No vas a estar solo.»

«Prefiero estar solo.»

No empieces ahora.

«No lo soy.» Tiene razón, pero no lo voy a decir.

«Bien. Me voy a duchar.»

'Vale. Voy a triturar Twitter y Facebook para armar una tormenta. Alguien, en algún lugar, tiene que saber algo.'

11

Libby

Ha pasado una semana… y ni una palabra sobre Hope.

Amit no fue arrestado. Lo dejaron ir tras responderle a la policía, pero King insiste: no hay ninguna prueba que lo ligue con su desaparición. Hablar con él era de rutina—por su historial.

La prensa lo tiene destrozado. Ya no aguanto leer los periódicos ni encender la tele. Tanta especulación. Tantas cosas horribles que los sacan a la luz. seguro que Danny y yo también estamos siendo despedazados por la prensa. Prefiero ni verlo ni oírlo. No ayuda a encontrarla. Solo les llena los bolsillos a los diarios y les da qué hacer a los reporteros. Eso es todo.

Cuando todo esto empezó, jamás se me ocurrió que terminaríamos en el centro del foco. Pensé que la prensa estaría de nuestro lado, que toda la atención se centraría en encontrar a Hope. Pero estoy aprendiendo de forma dura: así no funciona esto.

Danny está al borde del colapso. Ya suspendieron la búsqueda tras diez días interminables. Como el taxista que conocimos, todos dan por muerta a ella. Pero yo no lo acepto. Soy su madre. Si algo así hubiera pasado, lo sabría. Está viva. Lo siento en los huesos, y no voy a dejar de buscarla.

La búsqueda no dio ningún resultado. King murmuró algo sobre perdidos de tiempo y unos cuantos callejones sin salida, pero nada más.

¿Cómo se esfuma una niña en el aire? Nada tiene sentido.

Me duele la cabeza como si me la estuvieran partir, y mi cuerpo funciona solo, en piloto automático. No puedo comer. No puedo dormir.

Nuestro médico de cabecera vino a casa. Fue un gesto raro —no hacen visitas domiciliarias—, pero por lo que pasó aceptó venir. Me recetó una dosis baja de Valium. "Para el estado de choque", dijo. El doctor Marcus Vogler es delgado, de unos cuarenta, con gafas sin montura que se posan al final de su nariz ancha. Es amable. Pero ya no miro a la gente como antes. ¿Y si él…? Ahora todo el mundo es sospechoso.

No puedo dejar de repasar ese día una y otra vez, y lo que no me deja en paz es que Danny estaba jugando al tenis cuando se fue. Si al menos hubiera estado en casa… quizás habría ido con ella a la tienda, o habría cuidado a Gracie y yo podría haber caminado con Hope. Solo unas coincidencias malditas… y ahora estamos en la oscuridad, sin saber dónde está nuestra hija.

Kerry aún merodea por la casa, tratando de ofrecer su apoyo. Pero es una extraña, y tenerla tan metida en algo tan íntimo… es raro.

El teléfono no para de sonar. O bien periodistas malditos, o amigos que quieren ayudar… o familia. Hablo con Clare al menos cinco veces al día. Ella quiere saber cada detalle. Ojalá pudiera darle alguna buena noticia, pero no hay nada. Nada. Es como vivir en el limbo, y cada vez que suena ese maldito aparato, es un recordatorio brutal.

Gracie está mejor fuera de esto. La echo de menos. He pasado de ser madre de dos a no tener hijos. Me duele en el cuerpo, pero tengo que protegerla. Con Hope no pude. No voy a cometer el mismo error.

Cuando Gracie toma el teléfono y empieza a hablarme, aprieto el teléfono contra mi mano para que no escuche mis sollozos. La pobre niña está tan confundida, y no puedo consolarla. Pero al menos está a salvo. Eso. Tengo que recordármelo. Siempre.

Justo cuando me sirvo otro vaso de pinot, el teléfono vuelve a sonar. Gimo. Son casi las diez de la noche. Danny está en la oficina, metido en la computadora. Lanzamos la campaña: *Traed de vuelta a Hope*. Tenemos que hacer algo antes de que nos ahogue la impotencia.

Alcancé el teléfono al otro lado de la mesa y lo levanté.

«¿Dígame?»

«Lib, es Mike.»

Sé que probablemente no es nada de Hope… pero cada vez que suena el teléfono, me quedo sin respirar.

«Hola, Mike.» Suspiré largo.

«Perdón por llamar tan tarde, pero hace un minuto pasé por tu casa y vi la luz encendida. Vine a ver si podía pasar. Traigo una botella de tinto que está llamando a ser bebida.»

Estoy a punto de decir: «¡Claro que tenemos las luces encendidas!», pero me callo.

«Vale, ven.» No tengo energía para armar una excusa. «¿Y Eva? ¿No está dormida?»

«Se fue a casa de Abby a dormir, así que me quedé solo.» Al recordar lo solo que él es, mi voz se ablanda. «Trae el rojo. Me servirá.»

«Nos vemos en un santiamén.» Cuelgo el teléfono y pienso que sería un alivio tener una distracción, aunque sea un ratito.

Dejo mi copa de vino abandonada sobre la mesa de pino de la cocina y me dirijo a la oficina para avisarle a Danny que vamos a tener compañía. Al empujar la puerta, lo veo dormido en el sillón de la esquina. Una luz naranja suave de la lámpara de escritorio llena la habitación. Me acerco en silencio hacia la pantalla brillante para ver en qué estaba trabajando, pero lo que encuentro no es lo que esperaba: ha estado investigando secuestros de niños. Hay páginas

y páginas de noticias abiertas en el escritorio. Me deslizo en la silla giratoria de cuero y hojeo cada pestaña.

Con horror, veo caso tras caso de niños que fueron llevados y nunca regresaron con vida. Me giro hacia mi marido, dormido en el sillón. Tiene el rostro contraído, como si incluso en sueño lo atormentara algo que no puede evitar.

Entonces… esto es lo que ha estado haciendo.

Danny guarda todo para sí. No es de esos hombres que llevan el corazón en la manga. La mayoría lo encuentra impenetrable. Puede parecer distante, y muchos lo confunden con grosería. Pero debajo de esa fachada altiva y segura de sí mismo es, en realidad, una persona tímida y suave… como si temiera que lo descubrieran.

Tratando de borrar de mi cabeza las historias horribles que acabo de ver, apago la computadora, me levanto y salgo de la habitación. Él necesita dormir. Pero la imagen de la niña de Linton no me deja.

Vuelvo a la mesa de la cocina y recojo mi vaso de vino, ahora tibio, como si fuera lo único que me mantiene unida. Tal vez cuando llegue Mike, le diga que necesito dormir, que vuelva otro día. Pero ahora… no estoy segura de poder mirarlo a los ojos.

Danny y yo siempre le hemos sido amables. Criar a su hija solo... no es asunto nuestro. Nuestros hijos son amigos. Por eso siempre fuimos amables. Pero esta noche... no tengo fuerzas para poner una sonrisa.

Mientras me armaba para despedirlo, un golpe tímido en la puerta principal me arrebató toda voluntad de mentir.

Aún agarrando mi vaso, abro la puerta y lo dejo pasar. Lleva unos pantalones cortos caqui, ya viejos, y una camiseta naranja desgastada.

«Danny está durmiendo, así que bajemos la voz.» No sé por qué, pero me siento como un adolescente metiendo a un amigo por la puerta trasera.

«Mierda, Lib, si no es buen momento, me voy.» Se rascó la nuca y se quedó ahí, incómodo, sin saber bien qué hacer.

«Tranquilo. Si no te quería aquí, ya te lo habría dicho.»

«Aquí tienes el merlot,» me dice, pasándome la botella.

«Gracias.»

Nos vamos a la cocina y él se sienta a la mesa mientras yo busco el abridor de botellas.

«¿Qué tal están?»

«No lo sé.» Saco el corcho de la botella. «Es como una pesadilla que sigo esperando despertar.»

«No puedo imaginar lo que deben de estar pasando. Si algo le pasara a Eva–» Se interrumpe, tomando la copa que le ofrezco.

Me senté frente a Mike y suspiré—largo, agotado.

«Estoy harto de esta angustia. Tengo un nudo en el estómago que no se va. Nada de lo que hago sirve. Solo tenerla de vuelta hará que desaparezca. Pero no sé cuándo va a pasar.» Me froté los ojos con los dedos, intentando no cerrarlos.

«¿No hay ninguna noticia? ¿Nada?» Ni Mike lo cree.

«Nada.»

¿O hablaban con Amit Chadrad, no?

Pero no piensan que tenga nada que ver.

¿Y por qué le hablaban? Mike frunció el ceño.

'Por lo que hizo. Tiene ficha.'

«Sí, lo leí en los diarios. Me han multado un par de veces por estacionar mal, pero eso no significa que la policía venga a buscarte cada vez que hay un atropello con fuga.» Su acento australiano era extrañamente reconfortante. La forma en que las dice las hace parecer menos amenazantes.

«Es más complicado que eso.» No quiero volver a esto.

«Porque lo metieron por acostarse con un niño.» La cara de Mike estaba seria y gris.

«Por favor, Mike. No puedo seguir torturándome. Tengo que creer que puede haber algo bueno. Tengo que.»

«Sí, claro. Perdona, Lib. Mi maldita boca.» Se toma un sorbo de vino y se hunde en el asiento. Un rato no decimos nada.

«No puedo dejar de pensar, sobre todo de noche, como ahora, con esta oscuridad que me ahoga, que debe de estar hecha un pánico. Odio que esté en la oscuridad, así, fuera. ¿Cómo va a sobrevivir ahí, en la oscuridad, sola?»

Mis manos tiemblan. Mike se inclina sobre la mesa y apoya su mano grande sobre las mías.

«Tienen a media ciudad buscándola. Ya la van a encontrar.»

«¿Y si no la encuentran?» Sollozo, me limpio la nariz y me seco las lágrimas.

No pienses así, Lib.

«Ahora mismo me vienen mil cosas a la cabeza. Nadie ha visto ni rastro de ella. Es como si se hubiera esfumado en el aire. ¿Cómo mierda es posible?» La angustia empieza a amainar, pero la ira me invierte. Mike se encoge de hombros. Al ver su reacción, me derrumbo otra vez. «Lo siento, Mike. Me he perdido.»

Asiente y se bebe el resto del vino de un sorbo.

«No debería haber venido. Lo único que necesitas es descansar. Termina ese vaso de vino y vete a la cama.»

«No voy a pegar ojo.»

«Quizás no, pero beber más no va a salvarte ni a Hope. Acuéstate. Cierra los ojos. Ponte a bañar… lo que sea. Solo intenta apagar la mente.»

«Suena como un hippie ecologista.» Sonrío, sin creerlo, porque es la primera vez que digo algo con ganas de hacer reír en días.

«Dame un porro y llámame Skippy.» Mike guiña un ojo y se levanta. «Me largo. Si necesitas algo, llama.» Me aprieta el hombro al pasar. «Estoy aquí. Para ti. Para Dan.»

I hear the front door open—and click shut— and I’m alone with my thoughts again.

12

Esperanza

Ojalá pudiera ver. Mamá y papá me dijeron que si comía mis zanahorias podría ver en la oscuridad. Así que las comí todas. Pero no ha servido de nada. Me duermo un ratito, pero no sueño. Solo oscuridad. Luego despierto... y sigo aquí. En esta oscuridadinterminable, opresiva.

El tobillo se siente raro. Quiero tocarlo… pero no quiero saber si duele.

I want to scream, but I don't bother. My throat is raw—no one's coming. If they could hear me, they'd already be here. But Mummy and Daddy… they won't give up. They'll keep looking. They have to.

I miss them—and Gracie. She's totally annoying—I'll admit I've called her "poo face" more than once—but she's also got this weird way of being hilarious. I like having a sister. Except when she smashes my toys. Every night, after the lights go off, she sneaks into my bed and curls up next to me. She smells like laundry and warm milk, and even though she kicks and wiggles like a fish out of water, I don't mind. Not when it's raining. The drumming on the window freaks me out, but with her there, it feels like we're hiding together. Safe. I wish she was here right now. But she's probably with Mummy

and Daddy… and that hurts, because I want to be with all of them. All of them. I just want to be home.

Cuando trato de recordar cómo llegué aquí, no hay nada. Solo un hueco gigante en la cabeza… y duele. Todo duele. Así que empiezo a llorar, sollozando en la negrura. Pero entonces lo oigo… y me quedo muda. Era respiración. Contengo el aliento. Escucho. Otra vez. Y otra.

Ahí. Ese ruido. Y de repente… tengo miedo. ¿Será él? ¿La persona que me metió aquí… viene por mí? Me arrastro hacia atrás, sin saber de dónde viene. Pero se acerca. Más. Cada segundo, más.

«Déjame solo…» Sollozo en la oscuridad.

El ruido se detiene. Y espero. Escuchando. Para que vuelva.

«¿Hola?» El eco se clava en la oscuridad. ¿Hay alguien…?

Nada.

Entonces, de pronto, un remolin de pasos en la oscuridad: ratas corriendo sobre el suelo. Y el terror vuelve. Odio las ratas. Dientes afilados, garras, colas largas y viscosas. A mamá le encantaban. Tuvo una de mascota cuando era niña. Pero yo… las detesto. Son horribles. ¿Y si tienen hambre? Aquí no hay nada que comer. Van a morderme los pies. No quiero que me coman. La idea… me hace gritar.

Entonces el ruido vuelve otra vez, más cerca aún. Giro la cabeza, tratando de ver dónde está—pero no sirve. Sigo sin ver nada. Y sin darme cuenta, me orino. Quema. Quema tanto que me encogí, quería alejarme… pero no puedo. Me persigue. Siempre.

Vete… — lloro.

Shh.

No me muevo.
«¿Quién dijo eso?»
«Shhh.» Otra vez.
«¿Quién es? Ya no lloro. No tengo miedo.»

«Está todo bien.» La voz era de un ángel. «No te asustes.»

«¿Quién... eres tú?»
«Soy tu amigo.»
«¿De dónde… viniste?»

«He estado aquí… mucho tiempo.»

«¿Por qué… no dijiste nada antes?»

«No pude localizarte. No sabía que estabas aquí. Ya nos metieron juntos.»
«No entiendo. Quiero ir a casa.»

«Yo también.» El ángel se deshace en sollozos.
«Por favor, no llores.» No aguanto oír llorar.
«Lo siento.» El ángel se seca los ojos y deja de llorar.

«¿Por qué estamos aquí? ¿Cómo podemos salir?»
«No sé.»

«¿Cómo acabaste aquí?»

«No recuerdo.»

«Ni yo.»

«¿Cuál es tu nombre?»

«Zoe Jones.»

«Hola, Zoe Jones. Soy Hope Bird.»
«Hola, Hope.» Siento la presencia del ángel, pero no sabría decir dónde está. Tiene que estar cerca.
«¿Eres... un ángel?»
«No… no creo.»
«Ah…» La decepción me invade. «¿Puedes sacarnos de aquí?»

«Lo intenté.» Las palabras quedan en el aire.
'Me too.'
Estamos juntos en la oscuridad, sin saber qué hacer.
«¿Cuántos años tienes?», pregunta Zoe.
«Tengo ocho años.»
«Tengo siete años.»

«¿Eres un niño?» Me sorprende.

«Sí.»

«Bueno, como soy mayor que tú, estoy al mando». Le digo. «Cuidaré de ti. Tengo una hermana pequeña, y también la cuido.»

«¿Tienes un plan… Hope?»

«Aún no. Pero creo que podemos hacer un plan juntas. Si encontramos una puerta, podemos salir de aquí. Así como en Scooby-Doo.»

«Vale.» Zoe suena esperanzada. Y de pronto, me doy cuenta... qué bien tener a alguien.

«¿Tienes comida?»

«No. No he comido desde que llegué aquí.»

«Tampoco. Tengo hambre.»

'Me too.'

«¿Qué comida te gusta más?»

«Mermelada y sándwiches de queso.»

«Me gusta la mermelada.» Es algo, al menos, más que estar aquí.

«Bueno, tal vez podamos comer mermelada cuando salgamos de este lugar. ¿Te vienes a mi casa a juguetear?»

"Bien." Zoe suena contenta. Solo pensar en salir de aquí ya es algo.

«¿Dónde vives, Zoe? Vivo en Mill Cottage, Frogge Street, Ickleton.»

«Vivo en Linton, en el número 43. Es blanca, con una puerta roja.»

«Me gusta el rojo, pero mi color favorito es rosa.»

«Mi color favorito es morado.»

«A Gracie le gusta el morado. ¿Tienes una hermana?»

«No. Ni hermano. Solo soy yo y mi mamá.»

«¿Dónde está tu papá?»

'Él vive en Cambridge, y mamá dice que es un desecho.'

«Mi papá es buen chico. Es gracioso. Siempre hace caras raras y me lleva a andar en bici.»

«Quisiera que mi papá fuera así.» Se oye triste, y no sé qué decirle.

«Oye, mi papá ya vendrá a buscarnos. Nos va a sacar de este lugar.»

«Espero que sí.» Zoe no suena segura.

«Lo hará. Sé que lo hará.»

13

Libby

Despierto con una resaca —un latido sordo detrás de los ojos, nada más—. Sé que beber no soluciona nada, pero es lo único que calla el ruido lo suficiente como para dejarme dormir. Y si no duermo... soy un lastre. Para todos. Sobre todo para mí misma.

Anoche dormí en el sofá. Al despertar, alguien pega golpes con furia en la puerta. Me arranco del sofá, aún con la ropa de ayer, y me arrastro hacia el caos.

«Vale, vale.» Me enredo con la cerradura Chubb.

Al abrir la puerta, Mike está ahí—deshecho.

«Mejor te bajas a casa de Amit.»

«¿Por qué?» Me froto los ojos, cegado por el sol.

«La policía revolotea por doquier. Creo que algo se está moviendo allí. Supe que tenías que saberlo.» Retrocede, me mira. «Lo siento, Lib… ¿te desperté?»

«Sí, pero eso no importa. ¿Qué hora es?» Mi cabeza es un caos.

«Casi las diez.»

«¡Dios mío!» El bombeo en mi cabeza se desata. «Vale, perdón, entra, Mike. Voy por Danny.» Me aparto y lo dejo pasar.

«¿Danny? ¡Danny!» Grito hacia las escaleras, pero no contesta. Entonces veo la nota sobre la mesa.

Me fui temprano a buscar. Tengo el móvil. Pensé en dejarte dormir. Llámame cuando te despiertes.

No me dejó ni un beso.

'Mierda.' Lo maldigo entre dientes, arrugando el papel en una bola y lanzándolo a la papelera, pero la culpa me persigue igual.

«Vamos, Lib, tenemos que bajar ya.»

«Vale, sí.» Trato de pensar con claridad. No soy de mañanas. Me tomo un poco de agua y nos vamos. Entro en la cocina. ¿Qué viste? ¿Qué pasa?

«No tengo ni idea. Vi un coche de la policía pasar como un rayo por la casa y salí corriendo a ver qué diablos pasaba. Lo seguí hasta que lo vi parar frente a la tienda de Amit. Había policías dándole fuerte contra la puerta, y luego apareció un equipo en trajes blancos. Algo pasó.»

Me dio un vuelco el estómago y me bebí el vaso de aguita tibia.

«Vámonos.»Cogí las llaves y las gafas de sol de la mesa de la cocina y me adelanté.

Salimos otra vez a la luz del día y cerré la puerta de un portazo antes de movernos hacia el lugar.

La tienda de Amit está a unas setecientas yardas de mi puerta, y corremos como locos, entre caminando y echándonos a correr. Me late como si fuera a salirse del pecho y tengo ganas de vomitar.

Al virar la esquina de Frogge Street y Church Street, veo un coche de la policía alejándose con Amit en la parte trasera. Él no me ve, pero tiene el rostro blanco como el papel. No me gusta esto. Algo está muy, muy mal.

Segundos después, la tienda se me aparece. Una multitud de vecinos está apiñada fuera, mirando la cinta amarilla de la policía que aisla el lugar.

Corro hacia el oficial más cercano. Todos me miran.

«¿Qué pasó?» Le pregunto al tipo de cara de piedra vigilando el perímetro. «Soy su madre. La madre de Hope. ¿Qué pasa?» El pánico en mi voz lo dejó helado.

«Tendrá que hablar con la detective, señora.» Su expresión es grave, y temo lo peor.

¿La encontraron? ¿Encontraron a Hope?

«Voy a mandar al encargado. Espere aquí.»

Ya sé que Mike está a mi lado.

¿Qué es?

«No sé. Aún no me dicen nada. Viene a hablarme ahora.» Mi voz tiembla y las piernas me tiemblan.

«Tengo la sensación de que deberías llamar a Dan.» Mike habla con suavidad. «Necesita estar aquí contigo.»

«Sí. Tienes razón.» Hurgue en el bolsillo en busca del móvil. «Mierda. Lo dejé en casa. Llámalo. Que venga ya.»

«OK, Lib. Lo hago.» Mike se aparta. Cuando un agente emerge de la tienda y se acerca.

«Señora Bird.» El hombre gordo, de unos cincuenta, se quita los guantes de látex azules de las manos.

«Sí.»

«Soy Dale Roth. Llevo el lugar del crimen.»

«¿Qué pasa?»

«Nos llamaron esta mañana. Los recolectores encontraron algo.»

«¿Qué significa eso?» No respiro, sin saber si de verdad quiero que responda.

«En un contenedor de esta tienda encontraron una zapatilla rosa. Encaja perfectamente con la descripción de los zapatos que llevaba tu hija cuando la vieron por última vez.»

«¿Qué significa eso?» Me quedo, brazos cruzados. La voz me tiembla.

«La zapatilla irá al laboratorio para probarla.»

«¿Y entonces?»

«Bien» —Dale se inclina hacia mí por encima de sus gafas— «tenemos que confirmar si la zapata es de Hope.»

«Lo entiendo.» Intento mantener la calma. «¿Y entonces? ¿Encontraron algo más?» Se me fue el color de la cara.

«Estamos revisando cada rincón de la propiedad. Pronto tendremos respuestas.»

«¿Y qué pasa con Amit?» Danny corta la tensión.

«Lo arrestaron. Tienes que hablar con el oficial a cargo.» La expresión de Dale se suavizó, compasiva, pero no daba ninguna pista útil.

«Esto es una puta pérdida de tiempo.» Agarro el brazo de Danny. «Vámonos a la comisaría.»

Danny asiente y dejamos a Dale plantado allí, mirándonos alejarse del escenario del crimen, aún repleto de actividad.

«Perdón por anoche.» Digo, cuando ya vamos por la mitad.

«Lo sé. No te derrumbes, Lib. También te necesito. Nosotros también.»

«Lo sé. Perdón.»

Caminamos tan rápido que nos empapamos en sudor. Caen gotas por mi cuello, desde la línea del cabello. No es culpa del aire húmedo. Lo que realmente nos está matando es el miedo y la angustia.

Al volver a entrar en casa, salgo corriendo hacia la cocina. Tengo la garganta reseca y necesito echarme agua fría en la cara.

«Voy a llamar a mamá y decirle lo que pasa.» Danny coge el teléfono fijo y empieza a marcar mientras yo me inclino bajo el chorro de agua fría que cae del grifo y dejo que el agua me empape la cara. Hoy no ha salido como esperaba. Ningún día desde que desapareció ha estado bien. Todo está mal. Y ahora, después de encontrar su zapato, todo se ha vuelto peor. Estoy intentando no pensar en que lo hallaron en un contenedor. Esa idea me hace querer encogerme y desaparecer. Nada que sea suyo debería terminar en un contenedor. Ella *amaba* esos zapatos. Se los compré en primavera. Fuimos de compras juntos en Cambridge. Después la llevé a Pizza Express. Se comió el trozo más grande de tarta de chocolate que había visto en mi vida. Fue el mejor día que pasamos. Solo nosotros dos.

Si su zapato estaba ahí… no puede ser nada bueno. Quiero ignorarlo, pero no puedo dejar de pensarlo. Y no cualquiera… es el contenedor de Amit. Amit. El tipo que tiene antecedentes por abusar de chicas.

No escucho—porque si lo hago, oiré su dolor. Y el de ella. Torcido por su voz. Ya tengo bastante horror propio que cargar. No puedo partime en dos para aguantar más.

Tras beberme una pinta de agua de un trago, me lanzo escaleras arriba para quitarme esta ropa de ayer. Sobre una silla de terciopelo azul desgastado, hay una montaña de ropa limpia pero arrugada. La tiro al suelo y revuelvo entre las piezas, buscando algo que no huele a ayer.

«¡Vamos, Lib, vámonos!» Danny grita desde las escaleras mientras me pongo un vestido maxi verde de algodón.

«¡Voy!» Me agacho, meto la ropa sucia en la cesta que ya se desborda, y salgo corriendo sin mirar atrás. Limpiar ya no importa. Desde que Hope se fue, nada más tiene sentido.

«Bien.» Danny tiene las llaves en la mano, y lo sigo hasta la puerta, dejándome el estómago en la habitación.

Cuando llegamos a la comisaría, nos bombardean con olas de periodistas que quieren saber qué ha pasado.

Nos abrimos paso entre la multitud, rechazando responder a las preguntas macabras que nos gritaban, y logramos entrar en la recepción. La veo de inmediato: Kerry, allí, como si nos hubiera aguardado.

"Por aquí," y nos guía por uno de los pasillos hasta la sala familiar.

«Quiero saber qué ocurre.» Danny sigue de pie mientras yo me aferro al borde del asiento, la tela áspera rozando mis piernas.

«Chadrad lo detuvieron por el secuestro de Hope. Lo están interrogando ahora. Pronto sabremos más.»

«¿Y la tienda? ¿Han hallado algo más?»

«Por lo que sé», dice Kerry, sentándose a mi lado y posando su mano, cálida y firme, sobre la mía, «el zapato es lo único que tienen hasta ahora. Lo enviaron al laboratorio. Los resultados deberían estar listos en cualquier momento.»

«¿Puedes decirme», mi voz tiembla, «cómo estaba el zapato?»

Kerry se retira, retirando su mano de la mía y enderezando la espalda con un gesto casi imperceptible.

El zapato no tenía sangre.

Levanto la mirada hacia mi marido, anhelando conectar, necesitando compartir el alivio que me desmorona, pero su rostro está destrozado, al borde de desmoronarse.

«¿Por qué tendría su zapato? Él sabe dónde está. La secuestró». Danny se pasa las manos por la cara y se endereza. «Si él está aquí, ella está ahí fuera… sola. Tenemos que encontrarla. Vas a revolucionar su casa. Su tienda. Lo vas a destrozar hasta encontrarla».

«Los agentes de la escena del crimen están volcando todo en esto. Si aparece algo nuevo, tú serás el primero en enterarte. Si Chadrad se llevó a Hope, es casi imposible que la tenga cerca de la tienda. Hay casas justo al lado, y tiene esposa y un bebé pequeño. El inspector está destripando cada pista para llegar al fondo de esto. Sé que es insoportable… pero por ahora, tienes que aguantar. No puedes desmoronarte ahora.»

«Hemos estado haciendo eso desde hace once días. ¿Y qué hemos logrado? Lo tenías encerrado… y lo soltaste. ¿Quién coño sabe qué le habrá hecho ya?» Danny tiembla como una hoja. Me levanto y me acerco, lo abrazo con fuerza, apretándolo contra mí como si pudiera detener el tiempo.

«No te desmorones, por favor. Necesito que aguantes. La vamos a encontrar. Lo sé. Lo sabría si…»

Kerry se levanta y se disculpa, dejándonos a solas en la habitación, con solo los pensamientos oscuros respirándonos en el cuello.

14

SEPTIEMBRE 2013

Libby

Han pasado treinta y seis largas y agonizantes horas desde que encontraron el zapato en las papeleras de la tienda. Kerry, que ha estado en casa con nosotros la mayor parte del día, recibe una llamada que confirma que la zapatilla es de Hope. Cuando nos lo dice, ya no puede disimular la angustia.

«El zapato pasará a análisis químico por si deja rastros de huella». La profesionalidad de Kerry no vacila ni por un momento. «Si lo ligamos a Chadrad, lo detendrán definitivamente. Ya tienen autorización para retenerlo más tiempo».

«Creo que me voy a desmayar». Salí tambaleándome de la sala y me incliné sobre el fregadero en la cocina. Cerré los ojos, tratando de detener el mundo que daba vueltas. Un segundo después, sentí una mano cálida sobre mi espalda, frotándome suavemente.

«Toma aire… despacio, Libby». La voz de Kerry es bajita, firme.

Me mantuve inclinada sobre el fregadero hasta sentir que la náusea se había ido, luego me derrumbé en un montón sobre el suelo de azulejos de la cocina.

«Sabía con certeza que estaba bien. Todo este tiempo estuve segura de que la encontraríamos. Pero ya no siento eso… Se me escapó. Y no sé qué hacer ya.»

Kerry se agacha sobre los talones, bajando hasta quedar a mi altura.

«Aún no sabes nada. Sigue creyendo. No pares.»

En ese preciso momento, Danny aparece en la puerta. Kerry hace lo correcto y nos deja solos con la noticia.

«¿Por qué solo un zapato? ¿Dónde está el otro?» Danny se acerca y se baja al suelo junto a mí.

«No lo sé, Lib.» Cierra los ojos y apoya la cabeza contra el armario, como si tratara de desaparecer dentro. «No tengo ni idea de qué pensar ahora.»

«Sé que la mandamos fuera, pero ojalá Gracie estuviera aquí. Solo quiero abrazarla. He perdido a mis dos niñas.»

«¡No hables así!» Danny se levanta de un salto. «Fuiste tú quien la mandó lejos. No te paraste a pensar en lo que yo quería. Esto no es sobre ti, por la puta.»

«¡No, tienes razón! ¡No lo es!» Me se me calienta la sangre. «¡Es nuestra hija, que lleva casi dos semanas desaparecida, y nadie sabe nada de dónde está o qué le ha pasado!» La ira, seguida de las lágrimas que me salen segundos después, me da vueltas la cabeza. «Esto no puede estar pasándonos a nosotros.» Empiezo a llorar. «Solo quiero que vuelva a su sitio.»

«Yo también.» Danny se derrumba un poco. «Solo me siento malditamente desesperado. No aguanto más esperar sin saber nada.»

«Vale.» Me seco las lágrimas y empiezo a armar un plan. «Vamos a verla. Si Amit se llevó a Hope, ella debe saber algo. Tal vez sabe dónde la llevó. Es su esposa. ¡Tiene que saber algo! Ya no aguanto más esperar. Vamos a buscarla.»

Me levanto, agarro la mano de Danny y nos deslizamos por la puerta principal antes de que Kerry vuelva.

«Vamos.» Danny me toma de la mano al salir al aire pegajoso de verano. Sobre nosotros, nubes oscuras y bajas se amontonan,

pesadas, amenazando con lluvia.

Caminamos en silencio por el camino que lleva a la tienda. Mi mente zozobra. No sé qué le vamos a preguntar, ni siquiera si Simran querrá vernos… pero tenemos que intentarlo.

«Déjame hablar — es más propensa a confiar en otra mujer. Y tú… la vas a asustar.»

«Como si yo la asustara.»

«No lo hace de propósito… pero lo haces. Te delata.»

«¿Y tú no?» escupe.

'¡Claro que sí! Pero déjame hablar. Mujer a mujer. No entres.'

«Ni siquiera sabemos si va a hablar contigo.»

«No lo sabemos — pero vamos a intentarlo.»

Los últimos cientos de yardas no me deja de rondar la imagen del zapato de Hope. Lo veo allí, entre la basura. ¿Por qué solo uno? ¿Dónde está el otro? ¿Dónde está ella?

Vemos que algunos periodistas han acudido, esperando devorarlos. Decididos a no desviarnos, caminamos sin siquiera dirigirles la mirada hacia la puerta de madera a la izquierda de la tienda. Me sorprende que esté entreabierta. Entro y la empujé con fuerza tras de nosotros, para mantener a raya a la prensa que nos acechaba.

Ninguno de los dos había entrado por aquí. Nunca habíamos visto el jardín de Amit y Simran. No teníamos ni idea de cómo era el interior del piso encima de la tienda. Y entrar en su casa sin invitación… era demasiado extraño.

«Vale», jadeo, «tú quédate aquí». Danny y yo estamos en un patio de hormigón al fondo de la tienda. Las malas hierbas han irrumpido entre las losas, desgarrando el suelo como si quisieran llevarse todo lo que queda.

Danny asiente mientras me acerco a la puerta trasera y llamo. Ahogo la respiración. Espero. Nada. Vuelvo a llamar. Nada.

«Simran» — doy un paso atrás, la voz apenas un hilo — «soy Libby. Ábreme, por favor. Solo quiero hablar contigo». Arriba, la cortina de gasa se mueve. Está aquí. «Simran… solo unos minutos. No vine a armar lío. Solo quiero hablar contigo.»

La cortina no se mueve más. Quedo allí, con la respiración contenida, sin saber si va a responder.

La puerta trasera se abre un poco, apenas un hilo, y ahí está ella: Simran, asomada por la rendija.

«Ningún problema. Mi bebé duerme.»

«Hola, Simran.» Avanzo un paso, lentamente, bajando la voz. «Solo te pido cinco minutos.»

«No sé nada de lo que está pasando. Tengo miedo… por mí… por mi hijo.»

«Lo sé. Yo también. Mi niña… lleva una semana desaparecida. Solo quiero que esté a salvo en casa. Por favor… háblame. Solo quiero preguntarte algo.»

«Ya hablé con la policía. No sé dónde está. Me da vergüenza que investiguen a mi familia... Somos buenas personas.»

«Sé que sí eres, Simran. Sé que nunca le harías daño a un niño. Eres madre; debes saber lo desesperada que estoy. Te pido solo cinco minutos... y luego me voy. Lo prometo.»

Simran abre la puerta apenas una ranura y lo mira a los ojos—a Danny.

«Solo yo. Danny espera afuera.»

«Bien.» Simran se aleja, agotada, y me deja entrar antes de cerrar la puerta de un golpe y subir corriendo las escaleras para verificar que esté bien.

No entiendo por qué, pero una oleada de adrenalina me invadió. Miro mis manos: temblaban. La sigo hasta arriba, al apartamento.

Una vez arriba, veo que la policía lo ha desbaratado todo. Su vida ha dado vuelta por los cimientos, y por un segundo me siento satisfecha. Ahora sabe cómo me siento. Pero me detengo y recuerdo que ella no es responsable de la desaparición de Hope.

Simran vuelve de la habitación de su hija y asiente, satisfecha. La hija todavía duerme.

Te prometo que no me quedo mucho. No vine a armar lío.

«No sé qué quieres que te diga. No me lo puedo creer, Amit no le haría daño a tu hija. Es un ángel con los niños. Es un hombre bueno. Yo lo sabría.»

«¿Y el zapato?»

«Cualquiera podría haberlo dejado ahí.»
«Bien. Punto válido. ¿Y su pasado?»

Simran me clava la mirada—unos ojos marrones oscuros que parecen ver hasta el fondo de mí. Es una mujer hermosa, y ese bindi rojo en su frente no solo le queda bien: le da un aire de misterio que no puedes ignorar.
«Tiene un historial criminal. No puedes hacer la vista gorda.»
«No voy a. Es lo nuestro.»
«Simran» —me acerco al sofá y me siento a su lado—, «¿lo sabías antes?»
«Es mío. No quiero hablarte de eso.»

«Necesito saberlo. Cualquier cosa. Cualquier pista que nos lleve a Hope. Si es inocente, tú también quieres encontrar al que realmente lo hizo. Dime lo que sabes. Por favor.»
«Amit no es un pervertido. Eso es todo.»

«Simran, mi pequeña ha desaparecido. No sé si está viva o muerta. Su marido lo han arrestado y lo tienen en la comisaría. Esto no se va a borrar. ¿Por qué no me ayudas?»

Simran ajusta su sari turquesa y fija la mirada en sus manos.
«Yo fui esa chica.»
«¿Cómo? No entiendo.»
«Yo fui la chica que Amit acusó de violar.»
«¿Te violó?» Me reclino, sin aliento.
«No. Nunca. Es un buen hombre. Yo tenía quince años cuando lo conocí, y él, treinta y dos. Nos amábamos. Mis padres no lo aceptaban. Querían que me casara con alguien de una familia más adecuada. Así que, cuando descubrieron que estábamos juntos, nos denunciaron.»
De repente, todo lo que entendía se viene abajo antes de mí.

«Él no iba a ir a la cárcel, pero pusieron su nombre en esa lista. Cuando cumplí los dieciocho, nos fuimos de Londres y nos mudamos a Luton, donde nos casamos. No he vuelto a hablar con mi familia desde que salí de casa. Eligí a Amit.» Su acento, cálido.

«¿Se lo contaste a la policía?»

«Sí, pero luego encontraron el zapato» —se encoge de hombros — «y ahora ni siquiera quieren escucharnos.»

Desde la otra habitación, se despierta el bebé.

«Ya les dije todo lo que sé. Amit no le haría nada a su niña. Yo también tengo una hija. Lo siento por lo que están pasando… pero tengo mi propia familia a la que proteger.»

«Lo entiendo.» Me levanto del sofá y le extiendo la mano. Ella la toma, como si tuviera miedo de tocarla. «Lamento sacar cosas del pasado… pero necesito encontrar a Hope.»

Simran me mira con lástima. «Espero que la encuentres.» La expresión en su cara no engaña: cree que esto va a terminar en desastre. «Tú y tu familia estarán en mis oraciones.»

Al girarme para irme, una idea me atravesó.

«Si Amit es inocente, será liberado.»

«Lo hará.» Susurra Simran mientras se acerca a su bebé.

Al regresar al jardín, lo encuentro va y viene como un tigre atrapado.

«¿Y bien?» Se lanza hacia mí, como si yo fuera la única que puede sacarlo de esta pesadilla que nos devora.

«No dijo nada útil.»

«Putain, Lib. Quizás debería intentarlo yo», dice, girándose hacia la puerta, pero le agarré el brazo.

«Déjalo. Vámonos a casa. Allí te lo cuento.»

15

Esperanza

"If you could have anything… what do you want now?" I whisper into the darkness, hoping she's awake.

«Un cerdo.» Zoe se ríe.

«Me gustaría una bola de algodón de azúcar… la rosada de la feria.»

«Nunca he ido a una feria.»

«Mi mamá nunca me lleva.»

«Cuando salgamos de aquí, ven con nosotros. Mi papá es buenísimo en los juegos de tiro, siempre se lleva un peluche. Uno para ti, seguro.»

«Me gustaría.»

«Tendría que tirar tres veces, porque Gracie se pondría triste de verdad si ella no consigue uno también. Entonces todos podríamos tener algodón de azúcar. Está tan rico en mi barriguita.»

«No creo que lo haya probado.»

«Es superdivertido ver cómo lo hacen en ese bol grande de plata. Es como algodón de azúcar rosa que gira y gira, y cuando te arrancas un trozo, se pega todo en los dedos y luego te los lames.»

Casi lo puedo saborear, tanto lo pienso. Zoe se ha quedado otra vez en silencio. Prefiero cuando habla, así sé que está ahí… y que no me siento tan asustado.

«¿Zoe… estás ahí?»

«Sí.» Su voz suena apagada y lejana.
«¿A dónde…?»
«A ningún lado. Estoy atrapada aquí contigo.» Se echa a llorar.

«No llores. Todo va a estar bien.» Ni siquiera estoy segura de que sea cierto… pero no puedo dejar que tenga miedo. Tengo que ser la que aguanta. Tengo que cuidarla, como con Gracie.
«Solo quiero irme a casa.»

«Sí. Yo también.»

No sé qué decir para que nos sintamos mejor. Entonces entiendo que si nos tomamos de la mano… eso podría ser suficiente.
«Zoe, sigue mi voz. Ven hasta donde puedas y abre los brazos.»
«No veo nada.»
«Lo sé. Tantea en la oscuridad, yo voy a intentar encontrarte. Sigue hablando, y nos encontraremos. ¿Sí?»
«Vale.» Un atisbo de luz en su voz. Y por fin, me siento mejor.

Tateando en la oscuridad total, no sé qué toco. Es madera—sigo el borde.
«Sigue hablando Zoe.»
«Vale.» Su voz está ya casi al oído, y por primera vez, creo que esto puede funcionar.
¿Sabes izquierda y derecha?
«Solo si puedo ver mis manos.» Su voz está aún más cerca.
«Creo que ya estás muy cerca.» Por primera vez en años, algo dentro de mí se enciende. «Pon las manos frente a ti.»
«Soy.»
Bajo mis dedos, solo madera lisa… hasta que algo nuevo toca mi piel: tela.
Zoe lanza un grito agudo, un alarido que me hiere los oídos.
‘¡Soy yo!’ No aguanto más de felicidad. ‘Ya está… soy yo.’

Zoe empieza a llorar otra vez. «Creí que era un monstruo.»

«Siente mi mano.» No me muevo. No la pierdo otra vez. Las manos agarra la tela de lo que creo que es la parte trasera de su camiseta. «Da la vuelta.» La tela se me escapa, y el pánico me asalta. «¡No me sueltes!»

Entonces una mano pequeña y fría me agarra la muñeca, y sé que por fin nos tenemos frente a frente. Nos acomodamos uno contra el otro, y nos aferramos, sin soltarnos, durante lo que parece una eternidad.

«Por fin te encontré.» La voz se me quiebra. No aguanto más ser fuerte. «Sentémonos aquí, juntas... y no sueltes mi mano, ¿sí?»

«Vale.»

Apreté su mano y nos hundimos, quedando en silencio sin saber qué hacer después.

«Estaba pensando que podrías venir a vivir conmigo cuando salgamos de aquí. Mi mamá no tendría problema. Podrías dormir con nosotras. Sería genial. Podrías ser nuestra hermana.»

«Me gustaría.» Zoe me aprieta la mano.

«Entonces podrías tener un papá de verdad.»

«Primero, tenemos que irnos.»

«Lo sé. ¿Recuerdas cómo terminaste aquí?»

«No. Nada.»

«Si entramos, podemos salir. Tiene que haber una puerta por aquí.»

«Pero no vemos nada.»

«Tendremos que avanzar a tientas, como cuando nos encontramos.»

«Cansado.»

«Y yo.» Solté un suspiro. «Vale, descansemos un poco y luego buscamos una puerta.»

«Solo quiero dormir.»

«Yo también. Pero no debemos soltarnos de la mano.»

«No.»

«Yo tampoco.» Me siento tan bien teniendo a alguien tan cerca que puedo tocar, aunque no vea su cara ni sepa cómo es. «Bueno, vamos a descansar un poco... y luego empezamos a buscar.» Tener a Zoe cerca me deja agotada. Mis párpados pesan como plomo.

«Tengo un lazo en el pelo», me dice Zoe. «Podríamos atarnos las manos… como si fuéramos perros.»

«Esa es una idea muy buena.» No me lo esperaba. «Sácalo. Yo lo ato a nuestras muñecas.»

«Ah, bien, porque no soy muy buena para hacer nudos.»

«Está bien. Soy buenísima con los nudos. Me los ato yo misma.»

¿En la oscuridad?

«Bueno, nunca lo he hecho, pero en la oscuridad no debería ser tan difícil. Voy a intentarlo.»

Siento la seda entre mis dedos y me pregunto qué color tendrá mientras la enredo y ajusto alrededor de mi muñeca.

«No es muy larga, pero alcanza para unirnos. Dame tu mano.» Ella me la da y me trabo al atarla. «Ahora tira.» Tiramos al mismo tiempo, y la cinta se mantiene firme. «Ahí.» Es la primera vez que siento algo desde que llegué aquí. «Vamos a dormir.»

«Vale. Buenas noches.» Zoe suelta una risita.

«Dulces sueños. Nos vemos por la mañana.» Río. «Eso decía siempre mi mamá.» Y otra vez, la tristeza vuelve.

CAPÍTULO 16

Libby

«Tuvieron que dejarlo ir», dice Kerry sin mirarme. «No hubo pruebas físicas que lo vincularan con el zapato. Lo siento.»

«Entonces estamos de nuevo desde cero.» Me apoyé la cabeza en las manos.

«No del todo. Tenemos el zapato.» Kerry es buena para sonar positiva hasta en las peores situaciones.

«Pero dijiste que el zapato no puede probar nada.» La voz de Danny está ronca. No puede más.

«Prueba que alguien puso el zapato ahí dentro. Esos contenedores se recogen una vez a la semana, y el zapato estaba encima de la basura.»

«O sea que alguien lo puso ahí recientemente», interrumpo, levantando la vista.

"Precisamente," sonríe. "Si Chadrad no lo puso ahí, entonces es alguien local."

«Quizás alguien intentó culparlo.» Miro a Danny, fijado en la ventana, donde la lluvia baja como lágrimas.

«Podría ser.»

'¿Entonces la persona que secuestró a Hope está tratando de desviar la pista?'

«Todo puede pasar.»

‘Pero ahora nos volvimos a quedar sentados en el culo esperando algo más.’

«Sé lo dura que debe ser.» Kerry se voltea hacia Danny.

«¿En serio? ¿Tienes hijos, Kerry? ¿Sabes cómo es esto, de verdad?»

Kerry se sonroja y niega con la cabeza, evitando la mirada. Hay vergüenza pura en su rostro.

«Entonces, no te hagas la que entiendes, porque no es así». Le está costando cada vez más mantener la calma, sobre todo ese maldito enfado que le sube por la garganta.

«Estamos gastos». Digo, buscando explicar el comportamiento de mi marido. «Cuanto más pasa, más cuesta creer que vaya a salir bien». Danny me clava la mirada y se va.

Kerry se afana, sin mirar. «¿Te hago una taza de té?»

«No quiero, gracias. Ya me bastó con este té para toda la vida.» Trato de sonreírle; solo quiere ayudar. «Hazte tú una.» Le hago un gesto con la mano hacia la cocina y me recliné, sola con mis pensamientos.

Cuando Kerry regresa con una taza de té humeante, decido que quiero saber más sobre la mujer que está tan metida en nuestras vidas.

«¿Cuánto tiempo llevas en la policía?» le pregunto mientras se sienta y aprieta las manos contra la taza.

«Seis años como enlace familiar, pero antes fui sargento.»

«¿Te gusta tu trabajo?» No puedo imaginar vivir lo que ella vive, cada día, sin pausa.

«Sí, me gusta.» Me mira con calma. «No es fácil todos los días, pero sé que hago lo que nadie más puede hacer. Cuando todo se viene abajo, los familiares necesitan una cara que no los juzgue. Creo que... soy alguien con quien soltar el alma.»

“Lo eres.” Le sonrío.

«Gracias.» Se lleva el té a los labios, lento.

«¿Has tenido un caso así antes?»

Hace unos años hubo uno parecido: un secuestro de niño. Se endereza en la silla, tensa, como si pudiera escapar de la palabra misma. Sé que no quiere hablar de eso. Pero no voy a dejarla en paz.

«¿Qué pasó?» Me inclino hacia adelante.

«Un niño pequeño desapareció de su casa. Su madre llamó, desesperada. Le faltaban la mochila y otras cosas suyas. Ella temía que se hubiera ido a ver a su padre, que los había abandonado seis meses antes. Mandamos un coche a interrogarlo, pero no estaba. Resultó que un vecino lo vio subir con su hijo a un coche lleno de maletas. El padre era de Turquía, ya ves. Así que llamamos a los aeropuertos y difundimos su descripción—al niño y al hombre.»

«¿Y entonces?»

«Nos llegaron tarde. El padre ya había abordado el avión con el niño en Stansted y ya iban de camino a Ankara.»

«¿Era capaz de hacer eso?»

«Legalmente, debería haber consultado a la madre, pero, como ves, era difícil detenerlo. La madre estaba deshecha, imagínate.»

«¿Lo consiguió?»

«El caso fue a parar a Interpol, y estalló una guerra legal.»

Me acomodo en la silla y me pregunto qué fue de ese niño… Es muy distinto a lo que estamos pasando. ¿Nunca te ha pasado algo así?

«Nunca. No suele pasar que extraños se lleven a un niño.»

¿Y si no es un extraño… como Amit? ¿Y si es alguien que conocía?

"Es posible, pero hasta que lo demuestren, partimos de la base de que el secuestrador es un extraño."

¿Pero no están revisando a alguien que conocemos?

«No puedo revelarte eso.» Se obliga a tomar otro sorbo, lenta, para ganar segundos. «Hay unas cuantas líneas que estamos siguiendo.»

«¿Como qué?» No sabía eso. Ella sabe algo... y no lo dice. «¿Qué sabes tú?»

«Estamos investigando la posibilidad de que este caso esté vinculado a otro secuestro.» Las palabras me golpearon como una bomba.

«¿Quieres decir que otro niño ha sido secuestrado?» Creo que voy a desmayarme.

«No precisamente. Tenemos un caso antiguo en la mira.»

«Tengo derecho a saber lo que pasa.»

«Hasta que mi inspectora no confirme nada, no puedo revelar nada.» Kerry habla casi en un susurro, temiendo que Danny irrumpe en la habitación exigiendo respuestas. «Te lo juro: en cuanto sepa algo, serás el primero en enterarte.»

17

OCTUBRE 2013

Libby

— Bien. Cuelgo.

— Me van a negar el zapato. Ya no sé qué más decir. Me giro hacia Danny. Tiene la cabeza entre las manos.

No duda ni un segundo: agarra el jarrón pequeño, el regalo de boda, y lo estrella contra la pared.

— ¿Y eso por qué? — Mis ojos rastrean los cachos de porcelana esparcidos por el suelo.

— Solo me siento jodidamente inútil.

De reojo, una telaraña colgando en la esquina.

Sé que esas criaturas de ocho patas me esperan en sus redes, agazapadas, ansiando atraparme. Las he temido desde que era un niño. Hay algo malo en la forma en que se deslizan, en cómo chupan la vida de sus presas. ¿Qué clase de criatura mantiene a su víctima viva solo lo suficiente como para saborear cada grito?

La policía ha mantenido a Amit bajo vigilancia constante durante semanas. A todos nuestros amigos y vecinos los han revisado. Pero nada... nada. Es como si se hubiera esfumado en la nada.

Kerry y el inspector King, tras tanto retraso, nos hicieron sentar a Danny y a mí para confirmar que investigaban la desaparición de una niña de su hogar, del año pasado. Nos dijeron que había algunas similitudes inquietantes y que, en ese momento, no tenían ningún sospechoso.

Con el paso de las semanas, la investigación policial se fue apagando. El número de agents se redujo, y a Kerry la trasladaron. Era como si la vida de los demás hubiera vuelto a la normalidad. Pero nosotros estamos en un limbo, perdidos sin nuestra niña.

Gracie volvió a casa, y Danny y yo hicimos todo lo posible por mantener una fachada de alegría por ella. Aun así, preguntaba todos los días dónde estaba su hermana mayor. Le dijimos que Hope se había ido de viaje, pero volvería pronto. Lo único que pudimos decir.

En la guardería, cuando la dejé, las otras madres me miraban con compasión. Dejaron de hablarme y evitaban estar cerca de mí. No les culpo. No sabían qué decirme. Me sentía como una leprosa, expulsada de la vida normal.

«¿Le vas a celebrar el cumpleaños a Grace?», me preguntó una de las madres hace tres días.

«Lo vamos a dejar en familia.» Me ruboricé, sabiendo que le privaba a mi hija menor. «Es un momento difícil para nosotros.»

Hayley, una mujer atractiva de largo pelo rubio, siempre impecable, me dio una mirada comprensiva.

«Bendita.» Me fastidió, pero no pude reaccionar: ya se había girado hacia otra madre que lideraba la asociación de padres.

Danny se volvió obsesivo con su búsqueda de Hope. Nada más importaba. Pasaba horas al teléfono, metido en la computadora, tratando de sacudir a la gente, de que no dejaran caer el caso. No iba a soltarlo. No ahora. No nunca.

La única cosa que podía hacer era poner toda mi energía en que Gracie fuera feliz. Se lo debía. No la dejé que también se arruinara.

Cuando llegó el otoño, empecé a vivir sin ella. La extrañaba hasta el núcleo, y aún quería que estuviera en casa, pero dejé de esperar

que la encontrara dormida. A pesar de todo, ella seguía ahí. Sus juguetes, su ropa... un trozo enorme que faltaba en nuestra vida.

Evitaba pasar frente a la escuela de Hope. No soportaba la idea de que otros niños reían en el patio, aprendiendo cosas nuevas, mientras yo me preguntaba sin cesar: ¿dónde estaba ella? ¿Qué le había pasado?

Los padres de su amiga nos evitaban. Al principio me partía el alma… pero en realidad era un alivio camuflado. Tuve que ser fuerte por Gracie.

Con el tiempo, incluso la prensa dejó de interesarse por nosotros. Una parte de mí agradecía que ya no estuvieran… pero Danny decía que eso significaba que nadie les importaba ya. Y eso… era peor que todo.

Lo más extraño de aquella época era que la vida seguía. La casa seguía pidiendo ser aspirada, la compra no podía esperar, la ropa arrugada gritaba por ser planchada, las facturas acumulaban silencio y nos obligábamos a levantarnos. Las tareas cotidianas tenían que hacerse—igual que siempre—y el mundo continuaba girando. Pero nada era igual.

Aprendí que el pueblo lo había boicoteado. La desconfianza aún persistía. Los Chadrads, antes el núcleo de la comunidad, ahora estaban aislados. Los niños habían pintado con spray las palabras 'pedo' y 'perverso' en las paredes y ventanas de la tienda. A pesar de todos los intentos de Amit por borrarlas, las letras rojizas seguían allí, pálidas como cicatrices. Lo habían sellado. Y nada que hiciera cambiaría eso.

No lograba entender qué sentía por él. Después de hablar con Simran, empecé a dudar de que tuviera algo que ver... pero no conseguía sacarme de la cabeza la sensación de que estaba ahí, escondido en alguna esquina. Claro, era absurdo pensar que quien se llevó a Hope sería tan descuidado como para tirar su zapato en su propia basura. Pero alguien lo hizo. Y tal vez, solo tal vez, esa

persona contaba con que los de la recogida serían demasiado perezosos, demasiado distraídos, demasiado normales para fijarse.

Lo absurdo era que quería el zapato de vuelta. Era parte de Hope, y necesitaba sostenerlo. Pero la policía se negó a entregármelo. Estaba en una bolsa como prueba, y metido en alguna caja. La idea de eso me desgarraba. ¿Cómo podía alguien encerrar algo así… algo tan mío?

Ese viernes por la mañana fui a despertar a Danny en la oficina. Estaba echado sobre el escritorio, tras haber trabajado hasta tarde y beberse todo el whisky.

«Vete a la cama un poco.» Dejé el café a su lado. «Voy a llevar a Gracie a los columpios. Duérmete. Esto te ayudará a volver a estar cuerdo.»

«No estoy borracho.» Se limpió la boca con el dorso de la mano y se tomó un gran trago de café. «Déjame en paz.»

«Estás como un oso malo. Vete a la cama. Te veo más tarde.» Mientras salía, lo oí maldiciendo entre dientes.

En la sala de estar, Gracie miraba dibujos animados y se metía a empujones un plátano en la boca.

«Termina el desayuno. Y después al parque.»

«¡Sí!» chilló Gracie con la boca llena. Sonreí a mi hija menor y traté de no desear que fuera Hope quien me devolviera la sonrisa.

«Mamá se toma su café… y luego, ¿listas?»

«Vale, mamá.» Los ojos de Gracie no se despegan de la pantalla.

En la cocina, me acerco al calendario y agarro un rotulador negro. Tacho la fecha con una cruz enorme. Hacía exactamente doce semanas que no veíamos a Hope. Algunas semanas se arrastraron, lenta y dolorosamente. Otras... desaparecieron en un suspiro.

No podía creer que ya hubiera perdido doce semanas de su vida. ¿Cuánto habrá crecido? ¿Será diferente en algo más? Tal vez se le había caído otro diente. El simple hecho de no saberlo me volvía loca.

Al acercarme al marco de la puerta, recorrí con los dedos el lugar en la madera donde habíamos marcado su última medición con lápiz. Parecía que todavía estaba aquí. Pero no lo estaba. Tragué las lágrimas y me senté a la mesa de la cocina. Me sentía sola. Totalmente sola. Había perdido a Hope. Y ahora… estaba perdiendo a Danny.

Hacía mucho que dejamos de hablar. Solo habitábamos el mismo espacio. Se volvía un extraño cada vez que bebía, y su borrachera se había convertido en algo incontrolable. En cierto modo, lo tenía peor: no podía perdonarse no haberla protegido como un padre debe.

No lo culpaba—but that didn't change a thing about how he felt. As the man of the house, he'd seen it as his job to keep us safe. And he believed he'd blown it. Danny couldn't shake the image of himself sitting in some dull pub, clutching a beer with a buddy, while they took Hope. The cruel twist? To drown the guilt, he drowned himself in bourbon—chasing answers he knew wouldn't come.

Afortunadamente, Gracie era aún joven enough para no entender del todo lo que pasaba cuando su padre estaba borracho, pero cada vez que tambaleaba fuera de su despacho para agarrar otra cerveza o un whisky, ella se alejaba de él.

El doctor Vogler vino a ver a Danny, a mi petición. Lo hice pasar al salón y le ofrecí una taza de té. Se sentó erguido y declinó educadamente.

«Por favor, dime qué puedo hacer, Libby.» Sus ojos avellana, tiernos, se clavaban tras las gafas.

«Ya no aguanto más. Está borracho todo el tiempo. Le está asustando a Gracie.»

El médico se recostó en la silla y se frotó la barbilla, pensativo.

«¿Qué quieres que haga?»

«No sé. Háblale. Cree que necesita ayuda.»

«No puedes obligar a un adicto a aceptar ayuda si no quiere.»

«Lo sé… pero tal vez» —solté un suspiro largo— «tal vez necesita un medicamento.»

«¿Para dejar la bebida?»

«No. Para que aguante lo que está pasando. Algo que lo ayude a dormir, sin tener que beber tanto. Y está deprimido. Claro que sí. Se culpa.»

Marcus asintió y se inclinó hacia delante. «¿Y tú?»

«No lo sé.» Me encogí de hombros. «Estoy viva. Solo eso.»

«No puedo ni imaginar lo que tú y tu marido están sufriendo.» Los ojos de Marcus se llenaron de lágrimas. «Nada es peor que esto. Lo siento… tanto.»

«No es saberlo.» Bajé la mirada al dobladillo de mi jersey azul y empecé a morder el agujero pequeño. Marcus asintió y se contuvo.

«Bien. Voy a hablar con Danny. Estoy seguro de que podemos darte algo para aguantar, al menos por ahora.» Se levantó del sofá y enderezó los pantalones de color marrón. «También te sugiero que consideres una dosis baja de antidepresivo. Solo para que puedas pasarte el día.»

«Si crees que ayudará.» Me levanté y me giré hacia él.

«Creo que todos necesitan toda la ayuda que puedan ahora.»

Esbocé una pequeña sonrisa y le estreché la mano. «Gracias.»

«Te la tengo lista para la tarde. Haz que Danny te consiga una cita.»

«Haré lo que pueda.»

18

NOVIEMBRE 2013

Libby

Hay un murmullo de Navidad en el aire. En las tiendas, en la televisión, parece que es lo único en lo que la gente piensa; no para mí. Tenemos que enfrentar nuestra primera Navidad sin Hope. No quiero celebrar nada. Me aterra la idea de no verla abrir su calcetín la mañana de Navidad. Pero tenemos que seguir adelante para Gracie. No debería tener que sufrir más de lo que ya ha sufrido. Cada vez que la Navidad asoma, hago lo posible por alejarla. Navidad se convierte rápidamente en una palabra maldita en nuestra casa.

Después de hablar con la doctora Vogler, Danny decidió dejar de beber. Nos sentamos, no dijimos mucho, pero sabíamos que necesitaba salir de allí, alejarse un poco antes de que se le rompiera la cabeza. A principios de noviembre, hizo una maleta y se fue a pasar una semana con un amigo en Escocia.

Simon Perry, nuestro padrino de boda, vive en Edimburgo con su novia. Es actor de teatro y escribe piezas para sacar unos ingresos extra. Lo conoció en el colegio, junto a Danny, y desde entonces son inseparables. No se ven tanto como quisieran —vivir en polos

opuestos del Reino Unido no ayuda—, pero cuando pueden, se reúnen. Se saben ahí, siempre. Sin necesidad de palabras.

Solía envidiar un poco su vínculo. No tengo ningún amigo de la infancia que aún importe. La mayoría se desvanecieron sin más: no soy de esos que mandan mensajes, que hacen el esfuerzo, que mantienen las cosas vivas. Hay unas cuantas sombras de mi pasado que aún me gustaría tener cerca, aunque ya han pasado demasiados años y no sé ni por dónde empezar.

La vida tiene esa forma rara de hacer las cosas. Gente que juras que será tu amiga para siempre, de repente se desvanece. Tus caminos se separan: alguien se casa con un tío que ni te cae bien, la carrera lo explota todo, y un día te das cuenta de que ya no tienen nada que contarse. Yo habría dado cualquier cosa por tener más gente cerca, especialmente porque mi familia —bueno, mejor dicho, no era gente de fiar.

Afortunadamente, los padres de Danny son unos ángeles. Viene una vez por semana a llevarla de paseo todo el día. Creo que les ayuda estar cerca de nosotros. Tenían miedo —y con razón— de quedarse fuera de todo, y supongo que decidieron que ayudar les daba un rol —como si lo necesitaran— y, con eso, algo de control.

Fuera de la familia, ya nadie menciona a Hope. Todo el mundo sabe que el caso está prácticamente cerrado y que no hay nada nuevo. Para nosotros, todo cambió. Pero para los demás, fuera de nuestro mundo, la vida sigue igual. Salvo Amit y Simran, que se vieron obligados a cerrar la tienda después de que los vecinos los boicotearan, todos siguen con sus vidas como si nada hubiera pasado. Supongo que para ellos, en efecto, nada ha cambiado. Una niña ha desaparecido. Nada más.

Un día fue noticia, pero ahora, meses después, es un recuerdo lejano. A nadie le gusta que el caso siga sin resolver, y probablemente les revuelve el estómago pensar que la persona responsable sigue suelta por ahí. Imagínate lo que yo siento.

Cada día es como vivir una pesadilla. En algún momento —lentamente, sin darme cuenta— dejó de parecerme extraña. Se volvió mi realidad. El dolor en el fondo del estómago siempre está

allí. Ya no es algo que llevo: es lo que soy. Dicta mis decisiones y define cómo vivo.

En cuanto Gracie desaparece de mi vista, me derrumbo. Al final, después de no poder dormir más, la saqué de la guardería. No soportaba dejarla allí. Así que busqué grupos en Cambridge donde podamos ir juntas —clases de ejercicios para mamás y bebés, que me vuelven loca, pero a ella le encantan. Al menos ella se ríe.

Es mejor estar lejos del pueblo. Allí empezaba a ahogarme, rodeada de caras que conocían cada detalle de nuestra situación. En Cambridge, nadie me mira dos veces. No conocía a ninguna de las otras madres, y ellas no sabían quién era yo. Incluso usé otro nombre al inscribirme, por si acaso.

Nuestras fotos y las de Hope estaban por todas partes, así que es probable que nos reconozcan. Pero como no están seguros, dudan en acercarse. Nadie con un ápice de sentido común se diría a un desconocido y le preguntaría: "¿Eres la madre de esa niña desaparecida?".

A veces siento las miradas de otros padres—algunas cargadas de compasión, otras agudas de curiosidad.

Esa mañana de jueves, fría y empapada, supe que no estaba escondida.

Danny, lector obsesivo de periódicos incluso antes de que se llevaran a Hope, siempre hacía que les entregaran el suyo en casa cada mañana. Desde que desapareció, se aseguraba de recoger cada ejemplar que llegaba. Recogía el correo, se hacía un café y una tostada, y se encerraba en su oficina con el periódico, pasándolo página tras página, buscando cualquier mención de ella.

Esa semana fue distinta. Él no había venido a recoger los periódicos. Esa mañana, al agacharme para recogerlos del felpudo, mi mirada se clavó en la portada del tabloide de arriba. Y allí estaba Danny, caminando por una calle con el brazo alrededor de otra mujer. Me quedé helada.

DAN DESPERADO DEJA A LIB EN LA ESTACADA

Maldiciendo, dejé caer el periódico y me lancé escaleras arriba, pasando junto a Gracie, que masticaba una manzana mientras

modelaba Play-Doh, para agarrar mi móvil.

Temblando, marco a Danny.

«Hola.» Suena como un muerto que acaba de despertar. Y aún no son las ocho.

«¿Qué cojones crees que estás jugando?»

«Lib...» Su voz aún está pegada al sueño.

¿Ya leíste la prensa?

«No. Acabo de despertar. ¿Qué pasó?»

Tú. Tú eres el problema.

«Mira, cálmate ya. ¿Qué carajos está pasando?» No le gustó que lo despertaran así.

«*The Mirror*. Te tienen en la portada.»

«¿Qué?»

«¡Con el brazo sobre la maldita Lara!»

«¿Qué?» Ahora sí está despierto.

«Montan que tienes una aventura y que te has ido de mí.»

«Pero no.»

«Le grito al teléfono. ¡Pero ellos no!»

«¿A quién le importa lo que piensan? Es difamación. Vamos a hacerles retirar la historia. Tendrán que disculparse.» Escucho los engranajes girando en su mente.

«No es eso,» gruño.

«Lo siento, Lib, pero no entiendo por qué te pillar así por esto. Es solo una noticia de tabloide de mierda.»

«Pero hace que parezca que ya no nos importa ella. Si la gente piensa que hemos dejado de buscar–» Me derrumbo sobre la cama, no pude seguir.

«¿Lib?»

«Sí»

«Basta. Vuelvo a casa.»

19

Esperanza

«Zoe, ¿estás despierta?» Le sacudo el brazo con suavidad, porque el silencio es demasiado. Ella no responde. «Zoe, por favor.»

Escucho un suspiro largo—and de pronto, dejo de respirar. Por un segundo, pensé que estaba muerta. La idea de quedar atrapada en la oscuridad con un cadáver... eso es lo que te congela la sangre.

«Esperanza.» Susurra casi sin voz, y mi cuerpo se encoge. No está bien. No está bien. No está bien.

«Está bien. Estoy aquí.» Hablo como lo haría mi madre, si aún estuviera.

«No puedo quedarme aquí.» La voz de Zoe apenas existe.

«Tenemos que hacerlo. Solo un poquito más… alguien nos encontrará y nos sacará de aquí.»

«Ya no viene nadie.» Ya ni siquiera puede llorar.

«Vendrán. Sé que vendrán.» Tengo que. Tengo que. «Alguien nos encontrará. Verás.»

Nos sentamos en la oscuridad total, perdidos en nuestros pensamientos. Sé que Zoe no está muy feliz. Y me esfuerzo—de verdad—por no dejarme arrastrar por su tristeza. Tenemos que seguir felices. Eso decía mamá. Y lo intento. Lo intento de verdad. Pero llevamos tanto tiempo aquí dentro. Como no podemos ver

nada, no sé si es verano o invierno. No hay tiempo en este lugar. Podríamos estar aquí desde hace unos días… o años. No lo sé. Y eso es lo que más me aterra. Estamos tan escondidos, donde sea que estemos, que tal vez Zoe tenga razón. Que nunca nos encontrarán.

Recuerdo una noche que me escurrí hasta el rellano mientras Mamá y Papá veían una película sobre un tipo enterrado vivo. No debería haber salido de la cama—tenía que estar dormida—, pero hacía un calor asfixiante, no aguantaba. Así que salí sigilosamente, como una sombra, solo para ver qué estaban viendo. Me escondí entre las sombras y vi la película entera sin que ellos lo supieran. Era aterrador. El tipo estaba encerrado en un ataúd, enterrado en medio del desierto, con nada más que un encendedor y un móvil. Seguía llamando, rogando por ayuda, pero nadie tenía ni la menor idea de dónde buscarlo. Como Zoe y yo.

Vuelvo a preguntarme dónde estamos. Como no veo nada, es difícil saberlo. Hay un olor dentro, y sigo intentando descifrarlo, pero no logro identificarlo. Huele a setas… y las odio.

Recuerdo que una vez salí a caminar por el bosque cerca de casa, con Mamá, Papá y Gracie. Y ahí, en el suelo, un árbol viejo se había caído, y encima tenía este hongo enorme, como algo raro, de otro planeta: grisáceo, marrón, gordísimo, como una pelota de fútbol con los bordes ondulados. Papá y yo nos acercamos a olerlo. Olía a madera podrida y barro. Papá dijo que era porque crecía de eso. Y de pronto se me mete en la cabeza: ¿y si nosotros también estamos metidas en el barro? Como el tipo de esa película, enterrado vivo. No quiero pensarlo. Pero si logro entender dónde estamos… tal vez podamos salir de aquí.

«Zoe?» susurro su nombre, por si está dormida. No contesta. Desengancho lentamente mi brazo del suyo, giro en la oscuridad con la mano extendida, buscando la pared. Mis dedos tocan una superficie empapada y rugosa. Quiero echarme atrás. Pero no puedo retroceder.

Recorro con las manos la pared —o lo que sea— durante lo que parece una eternidad, buscando una grieta, una rendija, algo donde encajen mis dedos y pueda empezar a cavar. Cuando vi esa película,

no dejaba de pensar: ¿Por qué no se excavó él solo? Ahora lo entiendo. Voy a hacerlo. Solo necesito una fisura —ni siquiera grande— para empezar. Dudo en despertar a Zoe… pero su respiración es débil, entrecortada, como si ya estuviera medio perdida. No la sacudiré. No ahora. Ella se rinde… pero yo no lo haré. Esta es mi lucha. Mis manos. Mi tierra. Mi salida.

No sé cuánto tiempo paso arrancando mis dedos por los bordes de este lugar. Los deslizo sobre la superficie, buscando una grieta, cualquier fisura. No tengo ni puta idea de qué es, pero sigo pensando en esa madera húmeda… en el árbol con ese hongo enorme, podrido, escurriendo como una herida abierta. Si es madera húmeda, puedo atravesarla. Solo necesito un trozo que se desmorone. Una rendija que ceda con un crujido. Algo que se rompa bajo mis uñas. Algo que me deje salir.

Eso es lo que voy a hacer ahora, de hoy en adelante. Ya no me voy a quedar sentado aquí esperando. Voy a seguir cavando, sin parar, hasta que nos saque de este lugar. Voy a ser valiente como la princesa Leia en *Star Wars*. Ella no se asusta. No se rinde. Siempre salva a todos. Pues bien, esa soy yo. Y si Zoe quiere, que sea R2-D2.

No necesito la Fuerza como Luke. Soy la princesa Leia. Soy lista. Guapa. Valiente. Vamos a derrotar al malo y sacarnos de este hoyo oscuro y húmedo.

20

DICIEMBRE 2013

Libby

Danny ya lleva más de una semana en casa. Como predijo, la historia absurda del periódico se borró de los titulares. Pasamos a ser noticia vieja… y sí, fue un alivio. Pero yo quería que siguiéramos bajo los reflectores. Si la gente la olvida, la búsqueda se desvanecerá. Si es necesario que nos ensucien los tabloides, ¡que lo hagan! Lo haría todo por encontrarla. Cualquier abuso que me caiga encima, lo aguantaré.

Desde que volvió de Edimburgo, Danny ha estado mudo. No es un hombre ruidoso, pero ahora parece ausente, como si su mente hubiera dejado su cuerpo. Por un segundo, se me cruzó la idea de que tal vez hubiera algo entre él y la novia de Simon. Pero ya había conocido a Lara: una veterinaria amable, normal, sana… casi imposible. Aun así, algo lo devora. Lo intento unas cuantas veces, tratando de abrirlo, pero no sirve. Ha bajado las persianas. Me quedo ahí, fuera… y él no me mira.

Molesta por su cambio de humor, me callo. Lo único que puedo hacer es esperar. No hay forma de forzarlo. Es terco. Cuanto más lo presiono, más se cierra. Me vuelve loca. Y no tengo elección.

Como siempre, me refugio en Gracie. Se moja la cama casi todas las noches, algo que no hacía desde los dos años. Es claro que el ambiente en casa le está partiendo el alma. La pobre no entiende por qué mamá y papá están tan tensos, tan tristes. Ya no dice el nombre de Hope — aprendió que cada vez que lo hacía, alguien se derrumbaba. Sé que la extraña. Que la quiere de vuelta. Y no entiende por qué Hope no está aquí. En los primeros días, cuando esperábamos que volviera, nos lo preguntaba una y otra vez. Danny y yo no sabíamos qué decirle. No teníamos respuestas.

Esta mañana de jueves es igual que todas las demás. Danny se hizo su café y su tostada y desapareció en la oficina. Yo me siento a la mesa de la cocina con Gracie, intentando que se coma la Marmite en la tostada.

«Vamos, cariño, tú lo pediste. Come algo.» Me inclino hacia adelante, sosteniendo un pedazo de tostada fría, hecha un desastre.

«No. No tengo hambre.» Cruza los brazos y me clava la mirada.

«Gracie, por favor. Solo este pedazo, y ya puedes bajar de la mesa.»

Casi se levanta. Pero se queda sentada.

«No, mami. Estoy llena.»

«Pero solo has probado un bocado. Vamos, luego vamos a Tumble Tots… si no comes, te vas a quedar sin fuerzas.»

Me mide la cuarta parte de tostada que le estoy ofreciendo, sacude la cabeza y se da la vuelta.

«Vale.» Resoplé. No tengo energía para pelear.

Mis noches se rompen con pesadillas. Escucho a Hope llamándome... pero no la encuentro. Cada vez que creo que la estoy alcanzando, su voz se aleja... hasta desaparecer. A veces, el sueño cambia: la veo al otro lado de una pared de cristal, y bateo los puños contra el vidrio, gritándole que vuelva aquí. Pero ella no me ve, no me oye. Solo la miro mientras entra en un coche extraño... y la llevan. Siempre son estos dos sueños. Las mismas pesadillas. Una y otra vez. Noche tras noche. Muchas veces despierto en plena noche, empapado en sudor, con lágrimas que rodaban por mi cara. Después, es imposible volver a dormir. Quedo allí, entre sábanas

empapadas, exigiéndole a mi mente que se calme... que me deje dormir.

Gracie sonríe con esa misma sonrisa de victoria, se deja caer de la silla y zapea hacia la sala, ya con el iPad en mente.

Limpio la mesa, empujando las migas al suelo con la palma de la mano, antes de cargar el lavavajillas. Cuando me doy la vuelta para salir, Danny está en el marco de la puerta. Me mira.

«Me asustaste.» Retrocedo.

«Perdón.»

«¿Todo bien?»

He's got that weird look again. "Yeah, I've been thinking."

No sé por qué, pero no me va a gustar lo que va a decir.

«De verdad, deberías llevarte a Gracie y visitar a tus padres. Necesitas salir un par de días, te hará bien. Se moriría de ganas de verlos.»

«Sabes que no puedo dejar esta casa.» Cruzo los brazos sobre el pecho. El miedo de no estar aquí si llega algo… me hiela.

«Pero yo estaré aquí. No me moveré. Por favor, véte. Solo unas noches. Creo que necesitas alejarte un poco. Ese tiempo con Simon me vino de maravilla. Me ayudó a ordenar lo que había en mi cabeza. Me siento… mucho mejor. Tú debería hacer lo mismo.»

«Quizá sí... supongo.»

«Eso es más como hablar. Ya miré el tren: no sale tan caro, y preferiría cualquier cosa antes que aguantar seis horas en el coche con Gracie.»

«No. Lo siento, pero necesito el coche. Si algo llegara a pasar y tuviera que volver a casa ya, no voy a quedarme esperando un tren. Si voy, conduzco. Gracie va a estar bien. Voy a tener que parar cada pocas horas... y no olvidar ese maldito CD de nanas.»

«Bueno. Si eso es lo que quieres, llama a tus viejos y avísales cuándo vas a ir allá.»

«Si al menos no estuvieran en maldita Cornualles. Qué lejos está.»

«Podría estar peor… vivir allí.»

«Sí, es verdad.» Me paso las manos por el pelo, tratando de deshacer los nudos. «Ya le llamaré.»

«Intenta irte pronto. No vale la pena esperar.»

«¿Por qué siento que estás queriendo deshacerte de mí?» digo, medio en broma. Pero sé que algo no cuadra.

«No digas tonterías.» Danny se acerca y me abraza. «Extrañaré a los dos.» Me besa en la coronilla. «Sal de aquí un rato. Que el viento de la costa de Cornualles se lleve un poco de ese polvo que te corre por dentro.»

«Tienes razón. Gracias. Te quiero, mi imbécil.»

«También te quiero, Lib.»

«Vale», me deshago de su apretón. «¿Dónde está el móvil?»

¡Eso es, vieja!

«Basta ya de 'vieja'.» Le di un golpecito suave en el brazo al pasar. «A Gracie le va a encantar. Se volverá loca por la playa, aunque hace un frío que corta.»

El típico clima británico: te quita el aliento.

«Estoy hasta aquí. Estoy hasta aquí de todo.»

No le doy tiempo a responder. Me alejo en busca del teléfono. Danny tiene razón: cuanto antes me quite de aquí, mejor. Este lugar me asfixia. Estoy al límite. Estoy hasta la coronilla de rezarle a algo que, en el fondo, ni siquiera existe.

Nuestra puerta de entrada es un portal al pasado, y cada vez que la miro, veo a Hope irse por última vez. Si solo la hubiera detenido… o le hubiera pedido que me esperara. Si solo…

Encuentro el teléfono, clavado entre los cojines del sofá, y pulso los números de mis padres.

«Hola.» Mi padre contesta.

«Papá. Hola. ¿Cómo estás?»

«No tengo queja, Libby, ninguna. ¿Y tú?» Me habla como si fuera una cajera de supermercado. Y entonces, de pronto, lo entiendo: un padre normal —un verdadero padre— habría asumido que llamaba por algo sobre su nieta desaparecida.

«Nos las arreglamos. ¿Está mamá?»

«No, no está.»

«Ah. Bueno, pensé que Gracie y yo podríamos venir a quedarnos unos días.» El silencio se arrastró por la línea. «Ya sabes, hace demasiado que no te vemos. Necesitamos escapar un poco.»

«Te conviene hablar con tu madre sobre esto.»

«Pues no puedo: ella no está, así que hablo contigo.»

«Umm… bueno, ¿cuándo pensabas venir?»

«Lo antes posible», digo, preguntándome si acaso es verdad.

«Vas a tener que compartir habitación con Gracie. Y Alex está aquí.»

«Está bien. Estoy deseando verlo.»

«¿Cómo vas a llegar aquí?»

«Conduzco.»

«Es un largo viaje. ¿De verdad vale la pena? Solo por unos días.»

«Tal vez nos quedemos una semana. No lo sé, papá… solo necesito alejarme.»

«Bueno, si tú lo dices. Le digo a tu madre que prepare la habitación de invitados.»

«Gracias. Nos vamos mañana.»

«Entonces… ¿te esperamos a la cena?»

«Si no es pedir demasiado.»

«Tu madre no lo va a tomar bien. Ya sabes que le molesta que no la avisen antes.»

«Dile que soy su hija, que mi hijo ha desaparecido, y que necesito estar con mi familia.» Silencio. «¿Y?»

«Por supuesto.» Ahora suena como un empleado de oficina rígido y distante. ¿De verdad este hombre es mi padre?

«Gracias. Dile a mamá que no se moleste con la cena. Me paso por un puticlub de pescado y chips en el camino.»

«Buena idea.» Su alivio se siente en el aire. Todo lo que nunca deja de preocuparlo es mamá.

«Nos vemos mañana.»

«Nos vemos, entonces.» La línea se cortó. ¿Por qué voy ahí? ¿Creí que mis padres se habían vuelto otra persona por la desaparición de Hope? La decepción trató de agarrarme, pero no iba a dejar que lo hiciera. Necesitaba un cambio de escenario, Gracie necesitaba ver a sus otros abuelos, y siempre estaba Alex. Verlo me repondría. Necesitaba desahogarme, y ponerme al día con mi hermano era lo ideal.

«¿Listo ya?» Danny aparece detrás de mí.

«Sí. Era papá. Encantador como siempre. Ni siquiera mencionó a Hope.» Una ola de ira me sube por dentro.

«No te enojes. Simplemente no saben decir lo que sienten. Te aman.»

«¿De verdad?» Miro a Gracie, que juega con una muñeca, peinándole el pelo. «Vamos a ver al abuelo y a la GG. ¿No?»

Gracie se encoge de hombros y se vuelve a concentrar en su juego.

«Te va a hacer bien.» Danny me pone una mano en el hombro y aprieta, fuerte.

«No sé por qué voy.» Estoy otra vez miserable.

«Necesitas un descanso, Lib.» Danny me envuelve con los brazos y me aprieta contra él.

«Están tan bloqueados. No creo que estar rodeada de gente emocionalmente estúpida sea la solución.»

«Alex no es así, y creo que te va a interesar verlo, ¿verdad?»

«Sí.» Posé la frente en el pecho de Danny y supe lo cansada que estaba. «No sé cuánto más voy a soportar de esto.»

«Justo por eso necesitas irte.» Su insistencia me está empezando a fastidiar.

«¿Por qué insistes en que vaya con mis padres? Ni siquiera los soportas.»

«No empieces otra vez.» Suspira, retrocede. «Ve ya. Por Gracie, aunque no sea por ti. No podemos seguir descansando en ellos.»

«Tenés razón. Perdón.»

CAPÍTULO 21

Libby

Al día siguiente ya estamos preparados. Aunque es un viaje largo, solo planeo quedarme tres o cuatro noches. Más de eso y es casi seguro que mataría a mis padres… o a mí misma.

Mi relación con ellos siempre ha sido tensa. Aunque me iba bien en la escuela y nunca metí la pata de verdad, siempre fui una decepción. Lo que no ayudaba era que, al nacer, era gemela. Mi hermana nació muerta y le rompió la vida a mi madre, lo que significó que no pudo conectarse conmigo. Era un recordatorio vivo de su hijo muerto.

De adolescente, no los compadecía. Los odiaba por no amarme lo suficiente. Cuando nació Alex, todo cambió. Llegó al mundo saltando de alegría, y mis padres se enamoraron de él en un instante. Era su hijo favorito, y yo era la oveja negra que a veces se preguntaba si habría sido mejor si yo también hubiera muerto.

Era raro crecer sabiendo que compartí el vientre con una persona que nunca conocería. A veces, de noche, de niña, soñaba que la conocía, y hablábamos durante horas. En mis sueños, era perfecta. Solo éramos las dos. Luego me despertaba y me quedaba sola, vacía.

Los sueños se acabaron cuando entré en la adolescencia. Aún la extraño, como a un fantasma que no logro dejar ir.

Los cumpleaños eran lo peor. Lo que debería haber sido reír y abrir regalos se ignoraba por completo. No me maltrataban, ni nada de eso, pero simplemente no podían ni siquiera celebrar. No tenían fiestas para mí porque les habría dolido demasiado. Crecí sabiendo eso, pero seguí soñando con ser como los demás. Luego llegó Alex, y todo cambió. Celebraban su cumpleaños, y desde que nació, fueron padres como se debe.

Parte de mí quería odiarlo. A veces sí. Pero cuando crecí, supe que no tenía sentido culparlo. No eligió nacer. Ni por un momento quiso que nuestra hermana muriera. No tenía la culpa—ni de lo que hicieron, ni de lo que dejaron de hacer.

Cuando tuve edad suficiente para irme a la universidad, todo cambió. Me alejé de quienes no me querían y me hacían sentir mal conmigo mismo. De adulto, entendí lo difícil que debió haber sido para ellos. Solo después de tener hijos míos supe lo que se siente perder a uno. Entonces, Hope desapareció, y de pronto, yo era ellos. Solo deseaba, con toda mi alma, no estar en su lugar.

Pero había una diferencia. Ellos tenían una tumba a la que ir. Sabían lo que le había pasado a mi hermana. Yo no tenía ese lujo. Mi familia estaba en limbo.

De repente, sentada en la cama mirando mi maleta ya hecha, quiero cancelar el viaje. No es por evitar a mis padres—es algo que no encaja. Salir de casa y dejar a Danny solo me deja una pesadez en el pecho. Debería quedarme, por si vuelve. ¿Y si volviera y sabía que me había ido de vacaciones a Cornwall con Gracie?

Justo cuando iba a bajar a decirle a Danny que había cambiado de idea, aparece en el umbral con una taza de café. —Toma.

—Gracias. Me levanto de la cama y tomo la taza.

—¿Lo tienes todo?

—Sí, pero—

—No, Lib. Ni un pero. Ve ya. Por favor.

Quiero quedarme. Quiero compartir mis dudas. Quiero estar cerca de las cosas de Hope. Pero no quiero discutir con Danny, así que asiento, callada, y me llevo el café a los labios.

—Vale.

—Bien. Gracie está abajo. Se llevó unas cosas en su mochila de Peppa Pig. Solo puedo imaginar qué diablos habrá metido ahí dentro.

—Ah, tranquilo. Déjala llevárselo. No pasa nada.

Danny ladea la cabeza, sólo un poco. —¿Estás bien?

—No. Ni siquiera eso. Y ya no sé si algo volverá a estar bien.

—Ven aquí. —Abre los brazos y me atrapa—. Vamos a sobrevivir esto. Voy a traerla de vuelta.

—¿Cómo vamos a…? Hacemos TODO lo que podemos. No sirve de nada.

—No, no lo es. Déjalo en mis manos. Vamos a encontrar a Hope. Te lo juro.

No entiendo de dónde sacó esa creencia repentina, pero no tengo fuerzas para exigírselo. Tengo un largo viaje por delante. Creo que lo mejor es ponernos en camino.

—Esa es mi chica —Danny aparta el pelo de mi cara y me pone un beso en los labios. Es lo más cerca que hemos estado desde que se la llevaron. Ninguno de los dos puede hacerlo.

—Nos vemos en unos días, entonces. Llama si— No puedo terminar la frase. ¿Tienes el número de la casa? ¿Y el teléfono de Alex?

—Sí, sí. No te preocupes. Ve, disfruta un poco.

Danny se quedó en el camino de entrada, despidiéndonos con la mano, mientras el coche se alejaba y la cabaña se empequeñecía en el espejo retrovisor. Un nudo me apretaba el estómago. Algo no cuadra. Me obligué a ahogar mis instintos, presioné el acelerador y salí del pueblo, asegurándome de mantener los ojos en la carretera y no echar siquiera una mirada hacia la tienda de Amit y Simran.

Cuando nos sumamos al flujo matutino de la M11, empiezo a relajarme. Gracie canturrea una canción de *Frozen* de Disney,

absorta en su mundo, mientras avanzamos lentamente por la neblina gris que ahoga el campo del sur de Cambridgeshire.

«¿Va a haber nieve allá, mamá?»

«No, cariño… no creo que haya nieve.»

«¡Pero quiero hacer un muñeco de nieve como Olaf!» Está de morros porque no va a poder construir su propio Olaf en mucho tiempo.

'Quizás va a nevar pronto. No lo sé, de verdad.'

«Pero quiero que sea como *Frozen*.»

Venga, chica, esto va a estar genial. No te pongas así.

«Pero quiero ser como *Anna*.»

«Lo eres, Gracie. Eres igualita que *Anna*.» ¿Qué demonios...? ¿De dónde saca esto?

«Yo no... ya no tengo hermana.»

Esas siete palabras me agarrotan. Por un segundo, olvido que conduzco bajo una niebla espesa. Justo antes de chocar contra la cola de un camión, me agarré del volante y pise el freno… justo a tiempo.

«No hables así.» El corazón se me subió a la garganta, y ojalá no estuviéramos atrapados en la autopista.

«Es cierto. La esperanza se murió. No volverá.»

«Gracie, no...» No sé qué decirle. «No es momento para esto. Cuando paremos, hablaremos de ella. ¿Entiendes?»

En el espejo la veo asentir en silencio, y sé que lo único que puedo hacer es poner la radio para ahogar el silencio.

Esto no era como pensé que iba a ser mi mañana.

22

Danny

Mientras les muevo la mano para despedirlos, una calma extraña me invade. Todo el día he estado nerviosa, pero ahora, viendo cómo se aleja nuestro coche, sé lo que tengo que hacer.

Saco la bolsa que había escondido bajo la escalera y me quedo un momento mirando el desastre del salón. La casa se siente vacía sin Lib ni Gracie. Dejo la bolsa en el suelo y subo de un salto las escaleras hasta el rellano, luego entro corriendo en la habitación de los niños. Evito venir aquí lo más que puedo. Estar rodeada de las cosas de Hope—sus vestidos, sus juguetes, el eco de su risa—me aprieta el pecho. Pero entiendo por qué Lib lo necesita. Ella necesita sentirla cerca. Me siento en la cama de Hope, pasó los dedos por la almohada y la levanto hasta la nariz. Aún huele a ella—débil, dulce, como el sol sobre el algodón. Solo por un segundo, me dejo creer que todavía está aquí.

Laying the pillow back down, I smooth the case with my hand—still, the fabric feels too cold.

«Voy a llevarte a casa, monito. Lo prometo.» Hablarle a la habitación vacía no me parece extraño… como si me desahogara.

Salgo de la habitación, bajo al piso de abajo, me encargo la mochila al hombro y cierro la puerta tras de mí. Miro el teléfono: son

casi las 11. Es hora de tomar el autobús a Cambridge. La primera fase ya está en movimiento.

23

Esperanza

«Zoe, por favor, dime algo.» No la encuentro en ningún lado. Ya me ahogo con el pánico.

«Lo siento… solté. Trataba de encontrar una salida. Por favor… dime algo. Podemos volver a encontrarnos. Lo hicimos antes.»

Nada. Ni un susurro. Aunque estuviera dormida, no puede seguirlo. He estado gritando.

Este espacio en el que estamos atrapados parece encogerse sin parar. Huele a asco. Intento no pensar en qué podría estar pisando o sentándome.

Lo que aún no entiendo de este lugar es dónde está la puerta. Es como una pesadilla de esconderse: me toca buscar a tientas en la oscuridad a mi amigo.

Una vez vi un programa en la tele que mamá y papá estaban viendo: una mujer metida en una caja llena de gusanos, serpientes e insectos, buscando a tientas estrellitas de plástico para que sus amigos en la jungla pudieran comer. Y las cámaras la grababan. Es como si estuviera haciendo eso otra vez. Pero lo que no entiendo es que alguien me obliga a esto. Alguien me metió aquí, y yo no pedí venir. La de la tele entró por su cuenta. Recuerdo haber pensado… que eso era raro.

Pero ahora no quiero pensar en eso, porque si me acuerdo de todos los bichos que vi en la tele, empezaré a imaginar que están aquí dentro… y entonces no me moveré ni un centímetro, aunque sé que tengo que hacerlo. Porque quiero encontrar a Zoe.

Ya estoy casi segura de que llevamos mucho tiempo aquí. No siento el paso del tiempo, pero sé que el pelo me ha crecido… es más largo que antes. Y las uñas… también. Las siento largas, como si hubieran estado creciendo en la oscuridad.

«¡Vamos, Zoe!» De golpe, la ira me quema. Estoy harta de este lugar. Todo este tiempo he luchado por salir… y ella ni siquiera se molesta. Ni habla. «No te encierres. Levántate y ayúdame.»

Silencio.

Entonces me envuelve un chirrido agudo. Me duele cada diente. Levanto las manos y me tapo los oídos. La vibración me recorre el suelo, y me encierro en una bola, apretándome hasta doler, convencida de que las paredes de mi prisión van a derrumbarse. De repente, todo se calla. El sonido desaparece. Bajo las manos.

«Zoe», susurro frenéticamente, «¿lo oíste? ¿Zoe?». Ningún sonido de mi amiga.

«Se fue». Una voz rasposa resuena en la habitación. «Ahora solo tú».

Tengo tanto miedo que me orino encima: la orina caliente resbala por el interior de mi pierna y me quema la piel como ácido.

«Por favor», sollozo, sin saber a quién le estoy hablando, «por favor, tráela».

«Se ha ido.» Esta vez la voz está enfadada, y me arrincono, tratando de desaparecer.

«Ya solo estás tú.» La voz se suaviza, y no sé si es hombre o mujer.

«Por favor, déjenme salir. Quiero ver a mi familia. Por favor… no les diré nada.»

Una risa estalló por todos lados.

«No te mueves de aquí. Te quedas aquí. Por ahora.»

«¿Por qué la soltaste?»

«Ya era hora de que se fuera.»

«No… no entiendo.»

«No, no lo entiendes. Y hasta que lo hagas, permanecerás aquí.»

De pronto, la voz se va.

Quiero gritar, pedirle que regrese, pero no lo hago. No sirve de nada. La voz se fue; Zoe se fue; y mi coraje también.

24

Danny

El viaje en autobús se arrastra como si nunca terminara. La bestia grande y torpe titubea de pueblo en pueblo, deteniéndose en cada maldita parada para recoger a los niños que van al cine o a los viejos con ganas de ir de compras.

Las ventanas se empañan de nuevo en segundos tras limpiarlas. Al final, dejé de intentar mirar el paisaje desolado.

Una hora después, el autobús se detiene en Hills Road, en Cambridge. Asentí con la cabeza al conductor, de cara de pocos amigos, y salté directamente dentro de un charco, empapándome hasta los tobillos antes de emprender el camino hacia Newmarket Road, al este de la ciudad.

Avanzo bajo la llovizna, el corazón me late como un tambor en el pecho. Mi mente es un huracán de ideas. Llevo más de una semana planeando esto... y por fin, todo empieza a moverse.

Cuando la lluvia cae más fuerte, siento cómo la mochila a la espalda se vuelve más pesada, empapada hasta la costura. El golpe de las gotas contra el asfalto late como un ritmo en el suelo, y me calma, aunque sea un poco. No puedo flaquear. Tengo que mantener la calma—todo bajo control.

Cuando llego a la agencia de alquiler, estoy empapado hasta los huesos. El tipo detrás del mostrador suelta una risita al verme, pero no me saca ninguna sonrisa. La sonrisa se le quiebra en cuanto lo clavo con la mirada desde el otro lado del mostrador.

«Vengo a por la furgoneta.»
«¿Tu nombre?»

«Bird.»
«Vale.» Tapa en el teclado, buscando la información. «¿Una semana, no?»
«Exacto.»
«¿Un Ford Transit? ¿Solo por una semana?»
«Ajá.»

«Déjame ver tu licencia.»
Saco la bolsa mojada de mi mochila, extraigo los papeles del compartimento con cremallera y se los doy.
«Entonces,» recorrió con la mirada los papeles antes de devolvérmelos, «¿de viaje o es por negocios?»
«Negocios, supongo.» Que se calle.
«Bien, si firmas aquí y aquí,» señaló con el dedo sucio, «te doy las llaves.»
Veinte minutos después estoy al volante, abriéndome paso entre el tráfico parado. Los compradores de Navidad tienen estacionados sus coches por todas partes, y tengo que apretar los dientes para no explotar.
Tras arrastrarme por la ciudad con la maldita lluvia, deteniéndome en cada luz roja, por fin vi que Cambridge quedaba atrás.
Cuando la furgoneta se incorpora a la autovía, el pulso me vuelve a acelerar. Esto va a ser lo más jodido que tenga que hacer. El simple pensamiento me revuelve el estómago, así que bajo la velocidad, abro la ventana y agarrando bocanadas de aire frío como si fuera la primera vez que respiraba, para ahogarlas.
Mirar mi mochila empapada me calma. Todo lo que necesito está ahí. Lo planifiqué hasta el último detalle, y si no me salgo del plan,

nada saldrá mal. Me lo repito una y otra vez, pero sigo teniendo miedo de lo que viene. Soy solo un tío corriente. Esto es cosa de la SAS, mierda… pero en tiempos así…

Sé exactamente lo que tengo que hacer al salir de la autovía y pasar por Duxford.

Necesito encontrar un escondite perfecto para aparcar. Luego, no mover un músculo y mantener la calma. Eso es lo único que importa: mantener la calma. Si me descontrolo, todo se va al diablo.

Tomo el camino más largo de vuelta… así llego por el otro lado. Es ahí donde tengo que esperar.

Tomo una carretera campestre, tranquila, en las afueras de Duxford, y al pasar junto al arroyo donde solía llevar a Hope a jugar, me detengo. Sé que no tiene sentido. Bajo de la furgoneta. Necesito regresar a cuando aún éramos felices — todos. Si puedo quedarme un minuto allí, donde eso fue real, quizá encuentre algo. Algo que me dé fuerza para seguir.

Caminé unos pasos y, a mi derecha, los árboles se abrieron. Allí, el arroyo bajaba con suavidad. Recuerdo a Hope chapoteando, riendo, con su traje de baño turquesa, mientras yo le salpicaba y su madre, a la sombra, sostenía a la recién nacida Gracie. Ese día… fue feliz. El sol brillaba. Después del agua, comimos en la orilla. De pronto, la imagen: Hope comiendo fresas, el jugo rojo cayéndole en gotas por la barbilla. Por alguna razón, eso me hace temblar. Como si alguien hubiera pisado mi tumba.

El recuerdo de ese día debería alegrarme, pero no lo hace. No hay ningún momento, en estos últimos meses, en que alguno de nosotros haya sido así de feliz.

Me inclino y recogo una piedra pequeña, lisa. Le paso el pulgar encima. Está helada. Como un cadáver. De pronto, la ira me alcanza. La arrojo al aire. La veo golpear el agua, salpicar… y hundirse.

«Voy a cazarte.» Levanto los ojos hacia las nubes grises, listas para descargar más lluvia. «Voy a enderezar esto.»

Regresar al furgón me hizo notar que tiemblo. Pero no por el frío. Antes de poner el motor en marcha, me quedé sentado, mirando la

bolsa sobre el asiento del copiloto. La bolsa era mi futuro. Ahora se ha encogido.

Cuando el furgón arrancó con un rugido, pise a fondo el acelerador y me alejé a toda velocidad del lugar que guarda esos recuerdos. No sirve de nada volverse sentimental. Solo tengo que seguir adelante y terminar lo que empecé.

Al llegar a Ickleton por Brookhampton Street, reduje la velocidad hasta casi detenerme, buscando un lugar donde pasar desapercibido. Aparqué sobre la acera, junto al patio de la iglesia. Desde ahí, me escondo bien. Dejé la batería encendida para escuchar la radio. Necesito ruido. Podría estar aquí horas.

Entonces alcé la mano, agarré la bolsa y liberé las correas. Al deslizar el cierre, algunos objetos se derramaron sobre el asiento del copiloto. Lo vi al instante: la gorra de béisbol. Me la puse, tiré la visera hasta cubrirme los ojos y oscurecerme el rostro. Empujé el resto de las cosas de vuelta dentro, dejando solo la pequeña botella de vidrio y la jeringa sobre el asiento.

Cuando puse la radio, Justin Bieber me salió con una canción sin ritmo. Odio a ese mocoso sudado. Es un pendejo presumido, pero entiendo por qué las chicas se vuelven locas por él: tiene la cara limpia, sin arrugas, sin barba, como un niño. Volví y revolví el botón, decidido a no escuchar esa vaina, y por fortuna encontré algo que no me hiciera querer arrancarme los oídos en Radio Uno.

Me vibró el móvil en el bolsillo. Libby.

Nos estamos atragantando con McDonald’s en el servicio, en las afueras de Bristol. Llamo cuando lleguemos a Chez Hardy xxx

Sonrío al imaginar la boquita de Gracie, toda pegajosa y roja de kétchup.

Espero que no se maree. ¡Disfrutad y no os preocupéis por mí! Os quiero xxx

Necesito comer, pero el plátano en el bolsillo pesa como un ladrillo—no tengo ni un asomo de hambre. La última cosa en la que quiero pensar es en comida. Aun así, lo saco, me llevo los dedos a la piel y la arranco. La pulpa está marrón, abollada, hecha mierda, apenas se parece a algo comestible. Pero es todo lo que traje. Así que lo comeré. Si quiero salir con vida de esto, no puedo permitirme

distracciones. Ni un estómago que gruñe como si estuviera a punto de salírseme por la garganta. Enfócate. Solo enfócate.

Dos horas metido en esta furgoneta y ya me falta el aire. La adrenalina se esfumó hace rato. Solo estoy ahí, clavado al asiento, mirando el mismo maldito paisaje por el parabrisas, con ese pop de mierda sonando en la radio. Lo único que me queda es la noche. Se está poniendo oscura de verdad. Perfecto. La oscuridad se comerá lo que voy a hacer. Miro el reloj: tres y media. No puedo creer que ya sea tan tarde. No puede tardar mucho más. No, joder. No puede tardar mucho más.

Me retuerzo en el asiento, con ganas de bajar y estirar las piernas, pero no puedo. No cuando un solo error podría echarlo todo a perder.

Entonces, sale de la esquina. Camina hacia mí. Tengo que fijar la mirada —no puedo equivocarme— hasta que da unos diez pasos más. Ya la veo. Actuar ahora. La adrenalina me vuelve a llenar cuando encaro la botellita de cristal, la giro boca abajo y clavo la aguja en la tapa de aluminio, tirando la dosis. Mantén la calma. Mantén la calma. Mantén la calma. La frase no deja de dar vueltas en mi cabeza.

Con la mayor calma que pude fingir, salgo de la furgoneta y me dirijo hacia la trasera para abrir las puertas. Segundos después, mientras acomodo la manta en el suelo, la figura aparece en mi visión periférica. No pienso. Me lanzo sobre él. Se revuelve en mis manos, y el cigarro que fuma me quema la palma con un siseo agonizante.

Después de clavar la aguja en su cuello y liberar el fármaco, menos de un minuto y el cuerpo se derrumba, inerte. Arrastrando el peso muerto, lo meto forcejeando en la parte trasera de la furgoneta. Jadeando, agarro las cinchas de plástico y le ato los brazos y las piernas, luego le pego cinta aislante en la boca. Con las manos temblorosas, termino en segundos, antes de que aparezca alguien o pase un coche. Cierro las puertas, verifico que estén bien cerradas, me desplazo hasta el conductor y subo. Reviso los espejos: nadie me vio. Arranco el motor y conduzco hasta la casa.

Dejo el motor en marcha y entro de un salto. Apago el móvil y lo dejo sobre la almohada. Una carta para Lib, junto a él. Cierro la casa. Vuelvo a la furgoneta. Arranco. Rumbo a la autovía.

Soy tan criminal como ellos, y ahogo el pensamiento con fuerza. El viaje hasta Escocia es largo, y no me puedo permitir dudar ni un segundo. Lo fácil ya quedó atrás. Lo que viene… eso sí será la prueba de verdad.

25

Libby

After hours on the road, I finally pull up at my parents' house, tucked on the edge of St Austell, where the Cornish coast crashes into the storm. The rain isn't falling—it's slashing sideways, turning the narrow lane into a blur of black asphalt and flashing headlights. I can't see a thing. But I know where I'm going. And I know what's waiting.

Outside, the sky is choked with night clouds. I kill the engine and sit frozen, staring at the house—flooded in the brutal glare of my headlights. The wipers slap back and forth, desperate for clarity, giving me seconds of the place I thought I'd forgotten. It hasn't changed a damn thing.

En la parte trasera del coche, Gracie está dormida, la boca abierta y la cabeza colgando hacia un lado.

Hace tanto tiempo que no volvía aquí que salir del coche me cuesta como si estuviera cruzando una línea que no debería haber vuelto a atravesar. Algo me susurra—no, me grita—que dé la vuelta, que acelere y deje atrás este tramo de costa para siempre. Lo he sentido desde que salí esta mañana, aunque Danny me juró que estaba bien, que tenía que hacerlo. Pero la culpa no escucha la lógica. Al menos, no la mía. Así que empujo la puerta. El viento me

golpea como un bofetón: sal, arena y algo más antiguo, más pesado... el olor de un hogar que recuerda cada cicatriz que dejé atrás.

Me arrastro el abrigo sobre el cuello y la boca mientras tanteo el cinturón de Gracie, tratando de desabrocharlo sin despertarla, bajo la lluvia helada que me golpea la cara. No se mueve cuando la saco del asiento. Su cabeza cuelga sin fuerza sobre mi hombro, como si siempre hubiera pertenecido allí.

Las maletas pueden esperar. Cierro la puerta y me giro hacia la casa: Alex está en el porche, esperándome.

«Vi tus faros», dice contra el viento.

«Hola», formo, sin querer despertar al niño dormido en los brazos.

Alex, enchanado en unas zapatillas de viejo, se arrastra hacia nosotros, me quita a Gracie de los brazos y me planta un beso en la mejilla. A sus veinticinco años, su elección de calzado es, como mínimo, rara.

«Qué bien verte, hermana.»

«Y tú», me seco la lluvia de la frente, «adentro.»

En cuanto cruzamos el umbral, un olor me envuelve: la comida de mamá, mezclada con el ambientador que le gustaba usar. La cena huele deliciosa. El ambientador… huele a mentira.

Siguiendo a Alex a la sala, lo veo sentado en su butaca, revolviendo los papeles. Se levanta y me abraza como si fuera un trámite. Nunca fue bueno con eso.

«Hola… papá.»

«Bien, chica.» Me escruta por encima de las gafas. «Así que has venido.»

«Supongo que sí.»

Alex desliza a Gracie con cuidado fuera de sus brazos, la acomoda en el sofá y la envuelve en una manta.

«¿No ha crecido mucho?», dice papá. Tengo que morderme la lengua para no decirle que si alguna vez se dieran el tiempo de verla, no les parecería tan… grande.

Alex siente mi tensión y desactiva la situación en un instante.

¿Te animas a una copa, hermanita?

«Sí, por favor. Grande.»

Guiña un ojo y entra en la cocina, donde oigo a mamá golpearlo todo.

«¿Cómo estás, chica?»

«Mierda. En serio.»

Mi padre se rascó la nuca y miró el suelo. «Qué maldito asunto», murmura.

«¿Cómo estás, papá?» No tengo más remedio. No aguanto esto ahora.

«No tengo para qué quejarme. La rodilla me vuelve a dar la lata, esa mierda. No entiendo por qué no me la cambian y ya.» Se hunde en el sillón y aprieta los dientes. «Tu madre está armando un revuelo en la cocina.»

«Genial. Estoy hambriento.» Mi madre siempre se refugia en la cocina, preparando algo para evitar tener que enfrentarse a mí. Es su forma de ser buena conmigo sin decirme una palabra. Ya me acostumbré. «¿Qué nos preparamos?»

«Algo de tarta o así, supongo.» Papá ya volvía a mirar su periódico.

'Fui a buscar el pescado y las patatas fritas.'

«Tu mamá no lo dejaría pasar.»

Alex aparece justo a tiempo, agitando una copa enorme de vino blanco.

«A ver si lo digieres,» dice, llevándose un trago largo a la cerveza.

Gracie empieza a despertarse en el sofá.

'Gracias, Al. Voy a llamar a Danny y decirle que llegamos.' Digo, saliendo de nuevo al pasillo y sacando el móvil del bolsillo.

Con el teléfono pegado al oído, tomo un trago largo y lento del vino. La dulzura me sorprende. Recuerdo que mi madre no sabe saborear. El teléfono llama y llama… hasta que salta el contestador.

«Hola, soy Dan. No puedo atender ahora, pero déjame un mensaje y te llamo luego. Chau.» Bip.

«¿Dónde estás? Bueno, solo te aviso que ya llegamos. Papá ya me insultó y estoy bebiendo un vino blanco que da asco. Todo lo demás, bien. Llámame luego. Te quiero, de verdad.»

Cuando cuelgo, no puedo evitar sentir que el nudo en el estómago ha vuelto.

Al volver a entrar en la sala, veo a Gracie sentada en el sofá, frotándose los ojos. Está descolocada.

«Estamos en casa de Papá Abuelo.» Me siento a su lado y le pase la mano por la espalda.

«Da-da.»

«Lo tengo en el coche. Lo cojo un poco después.»

«Da-da» es como llama a su muñeco. De bebé no sabía pronunciar la palabra y así se quedó. Aunque ya casi tiene cuatro años, sigue diciéndolo. Y desde que desapareció Hope… no tengo el corazón para pedirle que deje de hacerlo. Ya se le ha llevado demasiado.

«Hola, lío.» Alex se acerca, cerveza en mano, y le sonríe a su sobrina.

Lo mira como si fuera una amenaza, y le recuerdo que es su tío, el que habla con ella cada semana por Skype. En cuestión de segundos, su desconfianza se derrite y se acerca, llena de curiosidad.

«Eres muy grande.» Ella lo escudriña: seis pies tres de altura.

«Y tú eres muy pequeñita.» Le revuelve el pelo, como si le bastara un dedo para deshacerla.

«No soy pequeña. Soy una chica grande.», lo corrige Gracie con una sonrisa.

«No tan grande como para esto.» En un movimiento, Alex la alza por encima de su cabeza y la deja sentada sobre sus hombros. Gracie ríe de puro goce.

"Voy a ver si Mamá necesita ayuda." Los dejo solos.

Al abrir la puerta de la cocina, el olor a carne cocinándose me golpea. Mi madre tiene la espalda vuelta y se inclina sobre la estufa, removiendo algo con ferocidad en la olla.

«Hola Mamá.»

Ella se gira de golpe para enfrentarme, con las mejillas encendidas por el calor.

«Ya llegaste.» Mi madre siempre dijo lo obvio.

«Sano y salvo.»

«Solo les hago una cena.» Su delantal de flores está espolvoreado de harina.

«¿Necesitas ayuda?»

«Lo tengo todo bajo control.» Vuelve a remover lo que hierva en la olla.

«Entonces…» No soporto el silencio. «¿Cómo estás?»

«Ocupada. Estoy más metida en el consejo parroquial. Estamos intentando juntar dinero para arreglar el techo de la iglesia… Está una pena.»

Nadie menciona que mi hermana gemela yace en el cementerio de la iglesia de la que habla mamá. Fue después de que ella muriera que mamá encontró consuelo en la religión. El problema de ella fue que puso demasiado tiempo y esfuerzo en la iglesia, y muy poco en lo que ya tenía: en mí.

«Me alegra que tengas un hobby.» Lo sabe.

«¿Cómo está Danny?» Sigue removiendo la olla, desviando el tema deliberadamente.

«No podría estar mejor.» Me lo bebo de un trago. «Todos estamos muy bien.»

«Me alegra saberlo, amor.»

Al golpear la copa sobre la encimera, mamá salta — y por fin me mira.

«¿Qué pasa?» Se seca las manos en el delantal, como si no entendiera nada.

«¿¡Qué pasa?! ¿Estás de broma, en serio?» Nunca le gusta que diga palabrotas, y me clava la mirada. «Mi hija ha desaparecido. No sé dónde está, ni quién la llevó, ni siquiera si aún vive. Lleva meses

desaparecida y mi familia se está partiendo en pedazos. Y tú preguntas por Danny. ¿En serio? ¿O acaso ya la sabes?»

«Bueno, Libby… sabía que lo dirías cuando estuvieras lista. No quería presionarte.»

«¡Por Dios, es tu nieta! ¿Y ni siquiera la has saludado? ¿Qué coño te pasa? Pensé que tú, de todos, entenderías lo que estoy pasando.»

Al alzar la voz, Alex entró.

«¿Qué quieres que te diga, Elizabeth?»

«No lo sé. Algo. Cualquier cosa que me diga que te importa algo.»

«Vamos» —dijo Alex, intentando contener la tensión—.

«No. No me vas a callar. Vine aquí buscando apoyo, y lo único que me sacan es un sermón de papá y el silencio helado de mamá. Estoy aquí desde hace cinco malditos minutos.»

Entonces se me rompe en lágrimas. Alex me pone el brazo al hombro y me lleva al pasillo.

«¿Cómo puedes vivir aquí?»

«Papá está con Gracie. Está bien. Tómate cinco minutos para ti. Estás al límite.»

«Claro…» murmuro entre sollozos.

«Ojalá me hubieras dicho que te estabas derrumbando.»

«¿Y para qué? Nada.»

«Tendría que hacer más. Ven a verme.»

Sin ofender, pero tengo toda la ayuda que necesito. Los padres de Danny han sido increíbles. Siempre supe que no podía contar con mamá y papá para nada. Sé que viven a kilómetros de aquí y que no es fácil, pero otros padres habrían movido el cielo y la tierra. Hope es su primer nieto. Yo soy su hijo. Sé que las cosas siempre han sido un lío... pero si hubo un momento para dar un paso al frente, ahora sí.

«Tienes razón, Lib. No sé qué decir.»

«Creo que voy a pasar unos días en una pensión antes de volver a Cambridge. Qué locura venir aquí. ¿Qué pensaba que iba a encontrar? Danny me empujaba a venir.»

Me alegra verte. No quiero que te vayas.

No puedo quedarme aquí, Al. No puedo más.

'Vale. Lo entiendo.' Sus ojos azul oscuro reflejaban tristeza.

'Voy a decirle adiós a papá y a ir a buscar a Gracie. Lo siento… no quería venir aquí y liarlo todo.'

«Te he echado de menos.» Alex me abraza, y por un segundo, mi ira se desvanece. «Se me ocurrió algo: ¿por qué no vamos al The King's Arms, en Luxulyan?» Susurra, como si temiera que alguien lo oyera. «Comen mejor que mamá—y tienen habitaciones. Podemos cenar, tomar unas copas... ¿Qué te parece?»

«Mamá no va a perdonar esto.»

«¿Cuándo ha sido?» Alex se ríe entre dientes.

26

Esperanza

Hace mucho que no oigo esa voz. Sigo mirando el lugar donde creí que provenía... vacío. Siempre vacío. ¿Y Zoe? Se fue. No solo se fue: se fue para siempre. Lo he aceptado. Estoy solo aquí. Realmente solo. Y este miedo... es distinto. Es más pesado. Porque sé —sé— que alguien me está mirando. Aunque ya no hagan ruido, aunque el aire ya no tiemble... los siento. Como un aliento detrás del cuello. Como si nunca se hubieran ido. Tal vez nunca lo hicieron.

Si al menos recordara cómo llegué hasta aquí. Todo está borroso, como cuando te despiertas por la mañana y, por un segundo, no sabes dónde estás porque estabas en otro lugar. Luego te frotas los ojos, miras a tu alrededor… y tarde un poco en recordar cómo es el mundo. Porque estuviste en otro lado. Muy diferente. Así es todo el tiempo para mí. Porque no puedo ver.

Por primera vez desde que me encerraron en la oscuridad, me pregunto: ¿y si soy ciego? ¿Y si no es que el mundo es negro, sino que mis ojos ya no miran? Tal vez... me los cegaron.

Levanto las manos lentamente, paso los dedos por donde deberían estar mis ojos… y sin querer, toco uno. Me duele como si me quemaran. Pero me importa un bledo. Al menos funcionan. Solo que es demasiado oscuro. Eso me hace pensar en la voz. ¿Cómo me

ven en la oscuridad? ¿Tendrán eso… eso que pone todo verde? Lo vi en un docu… sobre animales. Filmaban de noche. Porque los tejones salían entonces.

Me alegra haber recordado a los tejones. Me gustan. Son lindos, como unos perritos pequeños, y por fin puedo pensar en algo que no me da miedo. Pero entonces me viene algo que nunca me había pasado por la cabeza: ¿y si estoy bajo tierra? Como en una madriguera de tejones. Si es así, Mummy y Daddy nunca me encontrarán. Podría estar en cualquier parte del mundo. Pero sé, con una certeza que no entiendo, que aún estoy en Inglaterra. Aquí huele a Inglaterra.

El ojo aún me duele, y me corre agua desde que metí el dedo. Me detengo. Y entonces lo entiendo: no es agua. Soy yo. Otra vez me he hecho encima. Duele. Y sé que estoy sentado en un charco de mi propia orina.

CAPÍTULO 27

Danny

«Lo tengo. ¿Estás en el sitio?» Sostengo el prepago entre el hombro y la oreja mientras me arrastro por el camino de tierra.

«Bien. Ya casi llego. Creo que estoy cerca. Nos vemos dentro de poco.» Dejo caer el móvil en el regazo y trato de ver a través del parabrisas, buscando algún hito familiar en la oscuridad. En esta zona no hay farolas. Aquí solo viven ovejas. De vez en cuando, una cruza el camino, se espanta con la luz cegadora de la furgoneta y desaparece en la oscuridad.

Tengo la sensación de que llevo horas arrastrándome por este camino maldito, y cada vez que paso por un bache, se me detiene el corazón: estoy seguro de que lo voy a despertar de su letargo drogado. ¿Un hombre enfadado y asustado retorciéndose en la parte trasera? No tengo ni idea de cómo manejar eso. Afortunadamente, recordé lo que Lara me dijo: cómo darle la IV.

Ahora lo veo: debe de ser la cabaña en ruinas, pues hay luz dentro. El corazón se me acelera al pisar el acelerador, aunque sé exactamente lo que me espera.

Estaciono la furgoneta detrás del edificio en ruinas. Bajé y estiré las piernas tras seis horas y media de conducir desde Ickleton hasta

este lugar perdido en medio de la nada. Solo me detuve una vez para hacer pis, y no me permití ni un solo descanso más: tenía miedo de que alguien descubriera que llevo un hombre atado en la trasera.

Hace un frío que te clava los pulmones, y mi aliento se convierte en niebla. Arriba, el cielo negro se llena de estrellas. Me detengo un segundo, breathless, antes de darme la vuelta y enfrentarme a lo que ya no puedo deshacer.

La cabaña del pastor, abandonada hace décadas, queda entre Cleish —a unos diez kilómetros al norte de Dunfermline— y el embalse de Loch Glow. Nadie la ha usado desde hace años. Perfecta para traer a mi prisionero.

Una luz amarilla sale del interior, y me acerco al cristal mugido para asegurarme de que no hay nadie dentro. Una silla en el centro de la habitación. Una mesa con un cubo de agua. Una lámpara de gas sobre una mesita. Al fondo, Simon se apoya en la pared, mordiéndose las uñas. Doy tres leves golpes en el cristal. Él salta, luego frunce el ceño con desagrado y asiente hacia la puerta.

«Me asustaste hasta los huesos», gruñe Simon antes de abrazarme. «¿Cómo te fue?»

«Está atrás, en la furgoneta.» Me encogí de hombros. No tenía nada más que decir.

«Así que lo de Lara funcionó.»

«Está fuera de combate. Me entró un miedo de los buenos al meterle la aguja, pero hice lo que ella dijo… y funcionó.»

Tener a una veterinaria de novia tiene sus ventajas.

«Al final... no quiero que nada de esto le vuelva en contra. Ya sabes, si nos capturan o algo así.» Suelto una mueca.

«Ni yo,» dice Simon con nerviosismo. «¿Y nadie te vio?»

«No. Nadie me vio. Tiré el teléfono también. He visto demasiado en la tele como para no saber que esos malditos trastos te localizan en tiempo real.»

«Bien, pues. O algo así.»

«¿En serio?»

«¿Estás empezando a dudar?»

«¿Qué piensas?»

«No lo sé. Esta es tu partida, tío. Tú decides qué pasa ahora.»

«Joder.» Aprieto los puños y estrello la pared hasta partirla en los nudillos. «Esto no soy yo.» Simon me clava la mirada, vacía. «No secuestro gente. Esto es una locura.»

Suelta cerca de su tienda. Si no te ve, no pasa nada.

Suspiré y fijé la vista en la silla que está en medio de la habitación.

'Tengo que hacerlo. Por Hope. Por Lib. Por Gracie. Necesitamos que regrese a Si… o al menos algunas respuestas. ¿No nos lo debemos?'

«Claro, compa. Te ayudo, como dije. Solo dime si lo haces o no.»

Miro a mi viejo amigo y no entiendo cómo diablos llegamos a esto. Simon y yo antes íbamos a Ámsterdam a fumar hierba, nos paseábamos por Europa en tren buscando botella atrás. No somos de esos que parten cabezas. Pero la desesperación me llevó hasta aquí… y ya no hay vuelta.

«Sácalo del furgón.» Miro el reloj. «Va a empezar a abrir los ojos.»

«Sí, Dan. Está bien. Vamos a hacerlo.» Simon finge seguridad con habilidad.

'Gracias por todo lo que has hecho, pero no tienes que seguir aquí. Anda. Sal de aquí y haz como si nunca hubieras sabido nada. Esta es mi lucha, no la tuya.'

«Esa niña lo es todo para mí también. No me muevo.» Se inclina hacia mí y me aplasta el hombro con la mano. Simon es su padrino no oficial, aunque nunca la bautizamos.

Conmovida por su lealtad, asiento en silencio, sin derrumbarme.

«Vale», me obligo a no inmutarme, «tú le agarras las piernas, yo los brazos. Lo metemos adentro y lo amarramos a la silla.»

«Ya está.» Simon se frotó las manos, tratando de ahuyentar el frío.

«Tiene una bolsa en la cabeza. Aunque esté consciente, no sabrá quiénes somos hasta que estemos listos.»

«Ya está listo. Como lo planeamos.»

«Vale. Hagámoslo.»

La choza del pastor, en ruinas, ni siquiera está tibia. Al salir de nuevo a la noche helada de diciembre, el viento me corta la respiración. Imagino que la lámpara de gas dentro daba algo de calor, y que las paredes nos protegían del viento que rugía por las colinas negras.

«¿Listo?» Simon se queda junto al maletero de la furgoneta.

«Listo como voy a estar.» Saco las llaves del bolsillo y, con la mano temblorosa, luchaba por encajarlas en la cerradura. «Aunque esté despierto, no hay problema. Está atado con cable.»

«Esto es cosa de una película B de mierda.» Simon, el actor, hace una cara como si con eso pudiera aliviar la tensión.

Con un clic, la puerta se abrió de golpe. Escuchamos. Nada. Empujé la puerta unos centímetros más y asomé en la oscuridad. Una figura inmóvil yacía en el suelo de la vagoneta.

«Aún está inconsciente», susurra Simon. «Eso es bueno.»

«Vamos a traerlo adentro.» Metí la mano dentro de la vagoneta, agarré sus tobillos y empecé a arrastrar el peso muerto hacia mí.

«¡Este gordo cabrón!» resopla Simon.

Aunque éramos dos, el cuerpo de Amit rodó fuera de la furgoneta y se estrelló contra el suelo frío con un golpe sordo.

«¡Mierda!» Retrocedo, helada. ¿Está… muerto de verdad?

«¡Busca el pulso!» —dice Simon, ya en pánico—. Le sigo el hilo, me arrodillo sobre él y le jalé el suéter hacia atrás hasta revelarle la muñeca.

«Está vivo.» Exhalo un suspiro de alivio y me acomodo atrás. De pronto, el sudor me gotea por el cuello. «Vamos, ayúdame a

levantarlo.» Metí las manos bajo sus axilas.

'Okay, okay,' —Simon jadea—

'Agárrate a las piernas. Listos. Uno. Dos. Tres.' Con un esfuerzo que nos desgarró, lo levantamos del suelo y rezamos hacia atrás, hacia el edificio, sin soltarlo.

Una vez dentro, depositamos a Amit en el suelo con cuidado extremo, antes de derrumbarnos, sin aire.

«Ahora solo falta ponerlo en la silla.» Simon se ríe entre dientes, y gracias a Dios que está conmigo. No lo hubiera aguantado solo.

«Pensaba que estaba en forma.» Me limpio el sudor de la frente con la manga de la chaqueta y trato de no derrumbarme.

«Sí, tío. Con todo el tenis que juegas, deberías estar en forma.»

«No he tocado la raqueta desde que se la llevaron.»

«Lo siento. Debería haberlo pensado.» Simon se frota la nuca, abre una botella de agua y se bebe un tercio en un trago antes de ofrecérmela. Acepto el agua como un rescate, y el líquido helado se desliza por mi garganta como un alivio de verdad.

«Bien», aprieto la tapa hasta que no puedo más, negándole el paso a lo inevitable. «Vamos a hacerlo.»

28

Libby

Cuando abro los ojos en la pequeña habitación de dos camas del The King's Arms, se me borra dónde estoy. Debería estar despertando en la habitación de invitados de mis padres. Entonces recuerdo la discusión de anoche con mamá. Giro sobre mí y hundo la cara en la almohada, con ganas de hundirme otra vez en la oscuridad. Y entonces veo a Gracie: acurrucada contra mí, su rostro medio escondido bajo el edredón. Se debe haber deslizado a mi lado durante la noche.

Giro con cuidado para no despertarla y me inclino hacia el suelo, buscando mi móvil, que carga a oscuras. La habitación sigue sumida en penumbra; entorno los ojos hacia la pantalla, buscando un mensaje de Danny. Nada.

La hora en el móvil marca las 8:50. ¿Dónde coño está? ¿Por qué no me ha llamado? Le mandé un mensaje tarde anoche diciéndole que me había registrado en el pub por la pelea con mamá. Él es de los que se levantan temprano, nunca se queda despierto después de las ocho, así que ¿por qué no ha respondido? Acerco el móvil al oído y vuelvo a marcar. Me siento tan lejos de él. Quiero oír su voz, pero de nuevo el teléfono cae directo al contestador. Ni siquiera me

molesto en dejar otro mensaje. Y no quiero arriesgarme a despertar a Gracie, que ronca apenas, por un resfriado leve.

La habitación está gris y desgastada, anhelando un rayo de sol. Un televisor descomunal de otro siglo se yergue torcido sobre una cómoda de pino naranja que ya no recuerda cómo era tener días mejores. Una capa fina de polvo cubre la tapa de plástico plateado del televisor, como si todo esto hubiera dejado de importar. Esto no es donde debo estar.

Pasé una noche genial con Alex. Realmente quiero a mi hermano. Es una buena persona: amable, con ese ingenio suyo. Ojalá nos viéramos más. Con Gracie es un natural. Y algún día, si se calma, va a ser un padre increíble.

Haciendo todo lo posible por no volver a revivir la pelea con mamá, me deslizo fuera de la cama con cuidado y me dirijo al baño. Al apartar la cobija, el frío me corta la respiración. Envuelvo bien a Gracie en la colcha y reacomodo su cuerpo un poco, para que no se caiga. Luego, me lanzo hacia el baño privado y enciendo el agua para la bañera.

Cuando un chorro poderoso de agua humeante se ahoga al salir del grifo, no aguanto el viaje de vuelta. Es demasiado largo, y Gracie ya no se duerme en el coche como antes… pero solo quiero estar con Danny. Sentada al borde de la bañera, viendo subir el vapor, mientras el aire frío me chilla contra la piel, decido parar a dormir en el camino. Le prometí a Gracie algo divertido. Y eso es lo que va a tener.

De puntillas, volví a la habitación, recogí el teléfono del suelo y busqué en internet un lugar donde parar. Encontré un hotel precioso —pero caro— en Bath, con piscina, y nos compramos una noche allí. A Gracie le encanta el agua. Es una auténtica pececita.

Cuando tenía dos años, de vacaciones en Turquía, lo vi caminar por una pasarela de madera. A mitad del camino, aunque aún no sabía nadar, decidió saltar al mar. Nunca me moví tan rápido en mi vida. Por suerte llevaba un bañador con flotadores incrustados.

Segundos después la arrastraba fuera del agua. Al principio parecía aturdida… pero apenas pasó un segundo y una sonrisa enorme se le despertó en la cara. Y me pidió que lo volviera a hacer. Nunca ha tenido miedo.

Cuando el agua está lo suficientemente caliente y profunda, me deshago de la camiseta y los pantalones cortos y los dejo caer al suelo. Me deslizo dentro, con la puerta del baño abierta —necesito ver a Gracie, y que ella pueda entrar si se despierta. Hace años que no me baño en paz. Pero es lo que te toca vivir cuando eres mamá.

Recordar cómo le dije a Hope que se jodiera solo para poder bañarme en paz me persigue, y ahora quisiera no haberlo dicho nunca. Debería haberla dejado entrar conmigo esa vez. Estaba agotada, de mal humor, y solo quería un momento para mí. Ahora desearía poder borrarlo. Pero no puedo. Y lo peor de todo es que ni siquiera puedo decirle que lo siento.

Las lágrimas se deslizan mientras hundo la cabeza en el borde de la bañera, los ojos cerrados, consciente de que, aunque el agua me envuelve, mi piel sigue helada.

No ni siquiera he tomado mi primera taza de café, y ya sé que el día va a ser interminable. La preocupación me consume. Estoy agotada todo el tiempo, pero no puedo parar. Tenemos que encontrar a Hope, y tengo que ser una buena madre para Gracie y una buena esposa para Danny. No me importa si me gusta o no— este es mi papel.

Dejo que la cabeza se hunda, bajo el agua. Sola en el calor, flotando sin peso, como si el desagüe me tragara en cuanto se vacíe. Contengo la respiración hasta que el pecho arde, y me imagino ahogándome en el mar. No me asusta como debería. Mi mente está lejos, tratando de escapar. La muerte parece la única salida fácil.

Me levanto del agua y atajo un aliento agitado: Gracie está junto a la bañera, me mira, con el pulgar en la boca y la otra mano arrastrándose los ojos.

Buenas, mono.

She nods, but she's not ready to talk yet.

"¿Descansaste bien?"

Vuelve a asentir.

"¿En qué soñaste?"

She pulls her wet thumb from her mouth, tilts her head slightly, and pauses. "Elephants eating cucumbers."

"Qué bonito sueño."

"Muchos pepinos." Sonríe, mostrando sus pequeños dientes blancos.

"¿Quieres venir conmigo a la bañera?" Abro las piernas un poco para que entre.

Ahora no. Después.

¿Después de qué?

Después del desayuno.

«Ah, vale. Déjame un minuto para salir del baño, secarme, y luego bajamos a comer algo.»

¿Lo vemos hoy?

«No, bebe, perdón.»

La decepción se dibuja en su rostro.

«Pero» —aliento— «vamos a un hotel con piscina. ¿Te gustaría?»

Me mira un momento, vacilando. «Sí, pero no tengo anillo hinchable.»

«Te compro uno nuevo», le digo, preguntándome dónde demonios voy a encontrar un anillo hinchable en Inglaterra en pleno diciembre. Me envuelvo en una toalla vieja y desgastada. El suelo de azulejos está frío como el hielo bajo mis pies desnudos; salgo del baño y piso la alfombra azul marino del dormitorio.

«¿Estará Dada?» Gracie se mete el pulgar en la boca y se arrastra hasta el calorcito de la cama.

«No. Está en casa.» Me froto el pelo con fuerza, tratando de calentarme la cabeza empapada. «Pongamos la tele a ver si encontramos algo de dibujos.» Agarro el mando viejo y lo apunto hacia el televisor, esperando que la pantalla prenda. Después de

saltar de canal en canal, por fin lo encuentro. Los ojos azules de Gracie se clavan en las imágenes brillantes mientras yo me vista a toda velocidad. Esta habitación está helada. Voy a quejarme con alguien del personal al bajar a desayunar.

Me pongo unos vaqueros y un jersey de mohair verde de un tirón y vuelvo a mirar el móvil. Nada. Ni mensaje ni llamada perdida. ¿Qué demonios está haciendo? Vuelvo a llamar… y otra vez vuelve a ir al contestador.

«Por favor, llámame. No he tenido noticias tuyas… y estoy empezando a asustarme.»

Tiro el móvil sobre la cama, frustrado. Gracie se sacude de la pantalla sólo para fruncir el ceño hacia mí.

«¿Por qué lo tiraste?»

«Porque me está volviendo loca.» Revuelvo la maleta buscando algo limpio y cálido para vestirla. «Vamos, muñeca, es hora de vestirse.» Gracie saca el labio inferior y se mete bajo las sábanas, desapareciendo por completo. «Cariño, estoy cansada. Por favor, sé buena. Si te vistes, podemos ir a desayunar… y así dejamos de pelearnos.»

«No tengo hambre.» Las palabras se pierden dentro de la manta.

«Vale», pierdo los estribos, «no comas nada, pero al menos vístete.» Me quedo ahí, con las manos en las caderas, esperando. Nada. «¿Gracie?»

¡No tengo hambre!

«Ni hotel ni piscina.» Observo sus piernas retorcerse bajo la tela, bufando gimoteos bajos, gritos ahogados. «No vale con hacer la tarada.» Tiro con fuerza del edredón —la tiene agarrado con todas sus fuerzas—. «¡Bájate de la cama YA!» Se desata una pelea. Sé que no debo tirar con fuerza: es pequeña. Pero cada tirón suyo enciende algo en mí, y siento que se me escapa la cabeza. Entonces, algo en mí se apaga. Suelto la colcha y me enderezo.

«Hasta tres. Fuera de ahí y vístete. Uno,»

«Hmpf.» Veo cómo se encoge en una bola.

«Dos»

«Noo...»

«Dos con media. No estoy bromeando, Grace. Si no sales ahora, te vas a sentar en el coche solo con tus pantalones, y lo digo en serio: está congelante. Dos con tres cuartos…»

Lentamente, el edredón se desliza, revelando la parte superior de su cabeza y sus ojos grandes, clavados sobre él.

Me siento en la cama y separo un par de calcetines rosas doblados.

«Lo siento, mamá» —me mira, sabe que no estoy para tonterías —.

«Está bien. Ahora sé una buena chica y ven a vestirte. Si nos movemos ya, llegamos al hotel antes de que se haga de noche.»

Gracie me abraza —sabe perfectamente que nunca cancelaría nuestros planes.

«Vamos, rápido, niña», le arranco el suéter por la cabeza, «¡o no queda ni un bocado!»

«Yogur. Rambuesa.» Gracie sonríe como una loca.

¿Ves? Sabía que tenías hambre. Tal vez no lo tengan… pero si no lo tienen, te ponemos algo más riquito.

Asiente, satisfecha, mientras me extiende las piernas para que le ponga los pantalones de pana rojos. Son de Hope, de antes… y de golpe mi corazón se revuelve al acordarme de cómo la vestía a ella cuando era pequeña. Era tan distinta de Gracie, a los tres años. No podrían ser más distintas. Y nunca dejo de preguntarme cómo Danny y yo terminamos con dos niñas tan diferentes.

Ver crecer a Hope fue… un regalo. Sigo esperando que esto no sea el final, que algún día vuelva, y podamos seguir siendo nosotros. Quiero saber qué mujer se volverá. Quiero verla casada, con hijos propios. Que su padre le dé en matrimonio el día de su boda. Nos tocaba llevarla a la escuela grande, luego a la universidad. Así era supposed to end. No así. No así…

29

Danny

Llevamos horas esperando a que se despierte. Cuando lo trajimos al edificio y lo atamos a la silla, la adrenalina me corría como un río, pero ahora estoy vacío. Sentado aquí, esperando, me ha consumido por dentro. Simon y yo no hemos dormido ni comido nada. Hace un frío que se mete en los huesos, y ya no estoy seguro de haber hecho bien en dar este paso.

El pánico ya me tiene, y me levanto una y otra vez para verle el pulso. Está vivo. Lo sé.

La mayor parte del tiempo, Simon y yo no hablamos. El silencio nos estrangula a los dos.

Frustrada por no hacer nada, me levanto del suelo y empiezo a dar vueltas por ese lugar diminuto.

Simon me vigila al ir y venir. «¿Todo bien, compa?»

«¡No! Esto lleva demasiado. ¿Por qué no se despierta de una vez?» Me acerco a la figura hundida en la silla y lo sacudo por los hombros.

«Ojo», dice Simon.

No estamos aquí para hacer amigos.

«Lo sé. Solo ten cuidado. El tipo está hasta las cejas de pastillas.»

Le lanzo un ojo a Simon. Ya sabe que fue un error compadecerse.

Sabiendo que tiene razón, me alejo de Amit y vuelvo a caminar de un lado a otro. «Cuanto antes se despierte, antes lo soltamos.»

«Estamos agotados y con hambre. Dame las llaves de la furgoneta. Voy a por suministros. Esto no avanza como creíamos. Si se despierta, habla con él. No hagas nada… sin mí.»

Asiento. La comida ayudará a apagar la frustración que sube.

«No te demores, ¿sí?»

«No lo haré.» Simon agarra las llaves y se levanta la capucha, desapareciendo del edificio.

Vuelvo a mi sitio, sentado en el suelo, con la espalda pegada a la pared de piedra helada. La dureza áspera me hiere incluso a través de la chaqueta. Simon tiene razón: necesito comer algo. Tenemos que mantener la energía. Porque este frío… me está matando.

Como Amit sigue sin moverses, salgo a dar un paseo alrededor del edificio. La habitación me ahoga.

Cierro la puerta de madera chirriante tras de mí, me frote las manos y miro el paisaje. El cielo es un blanco pesado y sin relieve, ahogado de nubes. Debajo, las colinas verdes de Cleish y el embalse de Loch Glow se extienden en silencio, infinitas—peaceful in a way that almost hurts. Nada parecido a esos campos llanos y sin vida alrededor de Cambridge.

Respirar ese aire puro me da un segundo de claridad. Necesito hacer un fuego. Hace demasiado frío para estar encerrado aquí sin calefacción, y lo último que necesitamos es hipotermia—Amit incluido.

Con una determinación desesperada, escruto el entorno del edificio en ruinas. Claramente, los locales lo usan como basurero: neumáticos podridos, trozos de madera retorcida, chatarra y hasta un coche calcinado yacen desperdigados por el perímetro. Al final, lo veo: un tambor de aceite oxidado. Lo hago rodar hasta la puerta. Perfecto para un fogón. Ahora recojo tanta madera como pueda, de mano, para llenarlo.

Cuando termino, sudopuro. La furgoneta y Simon se acercan en la distancia. Después de forcejear con el tambor de aceite para

meterlo por la puerta estrecha, lo empujo al centro de la habitación, a un metro y medio de Amit—que también va a necesitar este fuego. Recogí la madera, la traigo adentro, la apilo en una pila alta. Miré a mi alrededor. ¿Qué uso para encenderlo? En el bolsillo interno llevo un flasquito de whisky. Una gota bastará. Pero necesito papel, hojas secas… algo que lo absorba y arda.

Simon aparece en el marco de la puerta con una bolsa de plástico repleta de comida y bebida.

'¿Aún dormido?' Asiente al otro lado, hacia Amit, cuya cabeza cuelga débilmente de un lado.

«Estoy intentando encender un fuego. Este sitio está congelado, joder.»

«Déjame ayudarte.» Simon deja las bolsas y se acerca para mirar dentro del barril de metal vacío.

«Necesitamos algo para encenderlo. La recogí toda.» Señalo hacia ahí, a la pila.

«Esto es purísima de Ray Mears.» Simon sonríe con una sonrisa traviesa.

«Tengo un encendedor y whisky.» Le muestro el flasco de plata, antiguo y sólido. Me lo dio mi padre en su boda.

«¡Lo sé!» Simon vuelve a revolver la bolsa y saca un paquete de papel de cocina. «Pensé —ya sabes— si necesitábamos cagar.»

«Estoy seguro de que sí, después de digerir toda la chicharrona que trajiste.» Abro un paquete de Doritos y me meto un puñado entero en la boca. «Eso sí va a encender el fuego.» Agarro el papel de cocina y lo desgarré con los dientes.

«Casi me llevo unas cervezas, pero no me pareció buena idea. Parece que tú ya tenías eso cubierto.» Simon clava la vista en mi termo, el gesto lleno de desprecio.

«Solo es un trago, tío. Para darte valor si hace falta.»

«Vale. Pero sin rodeos.»

«Sé que sí.» Sofoco trozos de papel de cocina y los pongo en torno al palo más delgado que encuentro. Esto va a hacerlo. Me alejo un paso y me quedo mirando lo que armé, antes de acercar la llama, despacio, al papel empapado.

Llamas naranjas y azules lamen el interior del tambor, buscando qué devorar, hasta que finalmente se ciernen alrededor del palo como brujas alrededor de un caldero.

Metí un puñado más de patatas fritas en la boca y me relajé para ver el fuego... pero justo cuando empezaba a soltarme, algo en mi visión periférica me clavó la mirada. Cepillé la cabeza y lo vi: Amit recuperándose.

«Se está despertando», chilló Simon.

«Vale.» Dejé las patatas y me limpié las migas de la barba corta con el dorso de la mano. «Esto es todo. Ya no puedes largarte.» Me giro hacia Simon: «Tú aún puedes largarte.»

«Me quedo.» Infla el pecho mientras los gruñidos emergen de la bolsa.

«Dame la botella de agua.» La adrenalina otra vez, y de pronto me siento listo para encararlo. «Va a querer beber.» Simon asiente y me la pasa. Sus manos también tiemblan.

30

Libby

Cuando llegamos a Bath, ya casi era de noche. El viaje había sido interminable y una pesadilla: un muro de vehículos se arrastraba con una lentitud irritante por la M5, atrapado tras un accidente con un camión volcado. Conductores curiosos reducían la velocidad para mirar la carnicería del lado sur de la carretera, exacerbando el atasco. Agotada de la frustración, salí de la autovía y decidí tomar la ruta que pasa por Glastonbury, en vez de eso.

Los dioses no estaban de mi lado. No solo me atascé detrás de una maquinaria enorme que avanzaba laboriosamente por la carretera, sino que luego me encontré con una señal de vía cerrada y terminé perdida tras seguir lo que debía ser un desvío. Cuando llegamos al hotel, ya solo quedaba la luz del crepúsculo, y llevaba demasiado tiempo atrapada en el coche con Gracie, que cantaba a todo pulmón canciones de *La Sirenita*. Estaba envenenada.

«Bájate ya, Grace» —solo la llamaba así cuando estaba furiosa— «llevamos demasiado tiempo en el coche». Con un osito de peluche apretado bajo el brazo y el pulgar en la boca, finalmente se movió. «Recuerda que tiene piscina. Y si eres una niña buena, después de que mamá se tome un café, puedes nadar. ¿Deal?»

Ella pone los ojos en blanco—respuesta más que suficiente.

El hotel está en las afueras de la ciudad. La web prometía setenta acres de jardines y bosques, y la mansión de piedra de Bath con vistas que se extienden sin fin sobre el valle. Sonaba como el paraíso cuando lo leí… Y ahora, con la noche cayendo, la lluvia y la niebla arrastrándose sobre nosotros, no es donde quiero estar. Ni de lejos.

Arrastro a Gracie hasta la recepción y anuncio nuestra llegada. Una mujer de más de cuarenta, con maquillaje suficiente para hundir un acorazado, clava los ojos en la pantalla y teclea… lentamente. Demasiado. Me imagino trepando por el mostrador y empujándola para atrás, hasta que la silla se vacía bajo ella.

«Bird. Sí. Doble.» Su voz nasal es tan irritante como su cara.

«Eso es todo.» Sonrío con los dientes apretados, sabiendo que esta mujer no es la única responsable de mi ira… pero no puedo sentir nada más que un hambre de rabia que no se calma.

«Habitación 11.» Me lanza la llave y no puedo dejar de preguntarme cómo sus pestañas no se rompen bajo el peso de tanta máscara. «Toma el ascensor hasta el primer piso, la habitación está a unas puertas más allá, a la izquierda. El desayuno es de 7:30 a 10. Disfruta tu estancia en el The Combe Grove Hotel.»

«Gracias.» Tomo la llave, recupero mi bolso de viaje del suelo junto a mis pies y le arrastro lejos de una planta de interior grande y desaliñada que estaba deshojando como una loca.

Un segundo después de que el ascensor haga *clic*, justo antes de dar el paso adentro, mi móvil empieza a sonar dentro del bolso. Espero, con una punzada de fe, que Danny haya decidido por fin devolverme la llamada. Rastreo como una loca entre el desastre de maquillaje, bolígrafos y toda la mierda que llevo a cualquier parte, como si fuera algo que merece ser salvado.

Finalmente, mi mano encuentra la pantalla y lo saco sin molestarme en ver quién está llamando.

‘¿Danny?’

‘¿Es la señora Elizabeth Bird?’ Las esperanzas se derrumban cuando me doy cuenta de que no es mi marido.

«Sí», luchaba por no soltarle la mano a Gracie mientras ella se estiraba hacia la planta indefensa.

«Es el inspector King, señora Bird. ¿Tiene un momento?». Dejé ir a Gracie y, sin darme cuenta, me llevé la mano a la boca. El corazón se me paró y no podía hablar.

«¿Señora Bird?» —repite King.

«Sí»... sale en un susurro apenas.

«Es sobre su marido.» El tiempo se congeló.

«¿Qué ha pasado? ¿Está bien?» Logro sacar las palabras, sin saber si lo que siento es alivio... o pánico.

«Lo estamos buscando. ¿Sabes dónde está?»

«Eh… en casa, creo. ¿Por qué? ¿Qué pasa?» El miedo me apretó el estómago.

«Tenemos que hablarle sobre algo. ¿Cuándo fue la última vez que lo hablaste?»

«¿Por qué me haces estas preguntas? ¿Qué pasó?»

«Por favor, señora Bird, solo colabore. Ayudaría mucho.»

«Lo llamé ayer. Estaba con mi familia en Cornualles. Ya voy de regreso. ¿Es por Hope?»

«No puedo dar esa información ahora, pero queremos hablar con su marido sobre algo urgente.»

—No contesta el teléfono —mi voz se quiebra.

—Hemos intentado rastrear sus llamadas, pero la última que contestó fue la que llamó a su número ayer. ¿Tiene alguna idea de dónde puede estar?

—No. Debería estar en casa.

—Bien, señora Bird. Gracias por su tiempo. Si se comunica con él, avíseme dónde se encuentra.

—Sí. Pero ¿no puedes simplemente–

—No puedo darte ninguna información ahora. Lo siento. —La interrupción de King fue demasiado corta.

—Vale. Me estoy poniendo pesado.

—Llámanos en cuanto tengas noticias de él.—Si, si es que alguna vez tengo noticias de él, pienso, y de pronto entiendo por qué ha

estado ignorando mis llamadas. «Gracias por su tiempo.» La línea se cortó antes de que pudiera preguntar nada más.

La misma náusea sutil que me invadió antes de dejar Ickleton vuelve a apretarme el pecho mientras miro el móvil en mi mano, preguntándome qué demonios acaba de pasar. Detrás de mí, dos gigantes americanos se abren paso a empujones fuera del ascensor, ruidosos y sin disculpas, como si el aire fuera suyo.

Alzo la mirada y veo que Gracie vuelve a maltratar la planta. Sé lo que hace, pero no logro moverme; estoy clavada en el sitio, atrapada por el miedo. Cuando abro la boca para llamarla, no sale ni un sonido, y de pronto el mundo da vueltas. Apoyo la mano en la pared limpia para no derrumbarme. *No me lleves también a Danny, por favor*, ruego, como si alguien pudiera oírme.

Tras un minuto intentando recomponerme, sé que tengo que irme a casa. No puedo volver a decepcionarla. No puedo romper otra promesa. Me acerco a la recepción.

—¿Te ayudo? —La mujer con el rímel levanta la mirada hacia mí.

—Sí. Ya no voy a necesitar la habitación esta noche. Ha surgido algo personal… pero ¿estaría bien si llevaba a mi hija a darse un chapuzón antes de irnos? Le prometí que podía ir a la piscina.

La recepcionista me mira como si acabara de pedirle que se quedara desnuda.

—Mira, no estoy pidiendo devolución por la habitación. ¿Puedo llevarla a darse un chapuzón?

La expresión de diversión se le queda pegada en el rostro, pero su ceño se frunce hacia Gracie, que aún le hace la vida imposible a la planta.

—La piscina está por allá.

—Gracias.

—Vamos, chica —digo, intentando sonar normal, como si nada—. Es hora de nadar. Suelta la hoja destrozada con la que jugaba, da unas palmadas y sale corriendo por el suelo de piedra, chillando como una banshee. —Solo un chapuzón, ¿vale? —Voy adelante hacia la piscina—. Tenemos que irnos ya.

—Vale, Mami. —Me acompaña saltando. Le da igual que no nos quedemos a pasar la noche, y agradezco cualquier pequeño respiro.

No necesito que arme un escándalo.

Empujé la pesada puerta para que Gracie entrara, y el simple pensamiento de meterme en la piscina me heló. Era lo último que quería hacer, pero no podía fallarle. No después de lo que pasó en Cornualles.

«Solo un rápidito, ¿sí?» Entramos al cambio.

«¿Un dulce después? Por favor, mami.» ¿Quién podría resistir esa carita?

«Sí, si te sales de la piscina sin hacer drama.»

«¡Sí, sí!» Brinca sin parar, y sus zapatillas rosas y manchadas rechinan sobre el suelo. Entonces me doy cuenta: ninguna de las dos tiene el traje de baño. Mierda.

«Gracie», me inclino y le acomodo un rizo detrás de la oreja, «mamá no puede entrar en la piscina porque no tiene su bañador». Gracie ya empieza a dar patadas, pero la interrumpo justo a tiempo: «Pero puedes nadar con los pantalones puestos un rato… y yo me quedaré en el borde, agarrándote».

Ella se encoge de hombros, como si no fuera nada, y se inclina para desabrochar las hebillas de velcro de sus zapatos.

La miro un instante, sin sospechar lo que se viene. No importa lo que pase, mi misión es clara: cuidar a Gracie. Fallé a Hope, y no voy a volver a equivocarme así.

31

Danny

Al quitarle la bolsa de tela de la cabeza, lo veo apretar los ojos como si la luz lo quemara.

"Toma esto," le presiono la botella contra los labios.

Sin ni siquiera mirarme, abre la boca, sediento. El agua se le escapa por el mentón mientras devora el líquido. Cuando siento que basta, le arrebato la botella y vuelvo a ponerle la tapa, observándolo jadea, aliviado. Simon permanece atrás, a pocos pasos, y Amit no percibe su presencia.

Me acerco a la mesa improvisada, apoyo la botella y me giro hacia él, cruzados los brazos.

«¿Qué quieres?» Su acento indio, cargado y grueso, ahoga el silencio.

«Quiero saber qué hiciste con mi hija.» Le clavo la mirada, el hombre sentado frente a mí, y me siento más calmada de lo que esperaba.

«No tuve nada que ver con eso.» Sacude la cabeza como si pudiera deshacerse de la acusación.

«No te creo.» Chasqueé los labios, dando vueltas a su silla, y lo volví más inquieto.

«Por favor, señor… lo siento tanto por su hija. No la toqué.»

«Ya has tocado niñas, ¿verdad, Amit?»

Sus mejillas cobriza se le tiñen de un rojo intenso y baja la mirada. "Mi pasado es asunto mío."

«Ahora también es asunto mío.» Me giro frente a él y le clavo la cara hasta casi rozar sus narices.

«¡No puedes hacerme esto!» Se abalanza hacia adelante y su frente estalla contra mi nariz. Retrocedo, sorprendido, como si alguien me hubiera descerrajado un puñetazo en plena cara.

«Cálmate.» Simon grita desde el otro lado de la habitación. Amit gira en su silla, buscando el rostro detrás de la voz.

«No voy a calmarme. Me secuestraste. Esto es un crimen.»

Me levanto, me sacudo los pantalones.

«El crimen es que te llevaste a mi hija.» Aprieto los puños y doy un paso hacia él mientras se encoge, sin salida.

«Este es un error... un error terrible.» Amit suplica, sus ojos marrones, desorbitados, clavados en los míos, buscando una chispa de piedad.

Allí, en pie, por encima del perverso que se desmorona, empiezo a saborear, poco a poco, el poder que tengo. Saco la bolsa de su cabeza de mi bolsillo y sacudo la cabeza.

«No, Amit. Respuesta equivocada.»

Sus ojos se dilatan aún más cuando se da cuenta de que lo van a meter otra vez en la oscuridad. «Por favor, señor... no puedo respirar ahí dentro. ¡Por favor!» Sacude la cabeza de un lado a otro, desesperado, luchando contra lo inevitable.

Con una mano le agarré el cabello en la nuca, en un puño, para mantenerlo quieto. «Duerme, duerme.» La tela se desliza otra vez sobre su rostro.

Giré la cabeza hacia Simon, que observa como si no le concernsen, y le silencio con un dedo antes de deslizarme de vuelta a la esquina.

La cabeza de Amit se sacude como una loca, tratando de librarse del saco, pero no sirve de nada. Cinco minutos de gritos y

contorsiones, y luego... se detiene. Silencio. Solo se escuchan los sollozos bajo la tela. Me giro hacia Simon. Se encoge de hombros, esperando ordenes. Levanto el dedo hasta los labios. Sin palabras. Silencio es la única táctica que queda. Asiente, comprende, y se deja caer contra la pared. Cierra los ojos. Intenta no oír esos sonidos.

Me preparo para lo que viene. Al principio, creí que sería rápido. Me equivoqué.

CAPÍTULO 32

Libby

Cuando llegamos a casa, estoy hambrienta. No he comido nada desde la mañana, así que arrastro a Gracie—aún dormida, después de quedarse fuera casi al llegar a casa—hasta su habitación y la meto en la cama. Necesita dormir. Se cepillará los dientes mañana. No tengo fuerzas para afrontar la marabunta de la rutina nocturna.

Danny no aparece por ningún lado. La casa está oscura y en silencio, como si nadie la hubiera habitado nunca. He estado fuera menos de dos días. ¿Cómo diablos pudo cambiar tanto en tan solo dos días?

Enciendo la luz de la cocina y revuelvo la nevera buscando algo que calme ese hambre que me carcome. Saco un Brie en avanzado estado de descomposición y me pongo a buscar unas galletas de avena, que sé que están escondidas en alguno de esos armarios deshechos.

Coloco un plato, un cuchillo y una fuente de mantequilla sobre la mesa, tomo una botella abierta de vino tinto y me sirvo una copa bien grande. Antes de sentarme a comer, de golpe, me rompo en llanto. Nunca en mi vida me había sentido tan sola. ¿Cómo es posible que dos personas de mi familia se hayan evaporado como si nada?

Lloro sin control, con mocos cayéndome por la barbilla, los ojos me queman. Dejo caer la cabeza pesada sobre la mesa, solo un segundo—solo un minuto—deseando despertar en la piel de alguien más. Sé que la autocompasión no lleva a ningún lado. Pero Dios, estoy demasiado cansada para importarme ya.

Cuando se secan las lágrimas, me lo trago de un trago: la mitad de la copa de vino. Extiendo un queso pegajoso, echado a perder desde hace años, sobre una galleta. Muerdo fuerte, sin importarme la basura que dejo. La comida y el vino bajando por mi estómago me calman por dentro, y por un segundo, dejo de temblar.

Después de tres galletas de queso y media copa de vino, algo dentro de mí se quiebra. Ya no me siento triste ni sola: estoy furiosa. Furiosa por Danny, que se esfumó. Furiosa porque de Hope ni rastro. Furiosa porque mi madre es una mierda de madre. Y furiosa porque el maldito inspector King le jodió el único respiro que merecía.

Recogí las migas por todas partes y tiré el plato en el fregadero. Mañana llamaré a King y le exigiré respuestas. Mi marido ha desaparecido, la policía lo busca… y yo no tengo ni puta idea de qué carajo está pasando. No voy a ser esa mujer que pierde la cabeza. Soy mejor que eso. Mañana, después de dormir como una muerta, voy a partirlo todo en pedazos.

Apago la luz de la cocina, agarré mi maleta y subí las escaleras arrastrando los pies. La puerta del dormitorio crujió al empujarla despacio, y allí estaba: la silueta de la cama, hundida en la oscuridad. Por un segundo, juré verlo: Danny, tirado de bruces, dormido como siempre, como lo vi tantas veces a lo largo de los años. Solo respirando. Solo ahí. Pero no está. No está ni rastro de él.

Suspiré y tiré la bolsa al suelo con un golpe seco. Mi mano buscó el interruptor de la mesita. La luz se encendió, tenue y cremosa, iluminando la habitación como si nada hubiera cambiado. Mi mirada cayó sobre la almohada. Un sobre. Con mi nombre. De su puño y letra.

Saqué la hoja plegada: papel blanco, crujiente.

Suspiré y tiré la bolsa al suelo con un golpe seco. Mi mano buscó el interruptor de la mesita. La luz se encendió, tenue y cremosa, iluminando la habitación como si nada hubiera cambiado. Mi mirada cayó sobre la almohada. Un sobre. Con mi nombre. De su puño y letra.

Saqué la hoja plegada: papel blanco, crujiente.

Lib,

No fui el marido que quería ser. Desde que se fue Hope, nada está bien.

Es mi deber proteger a esta familia… y he fallado.

Por favor, sabes que todo lo que hice, lo hice por nosotros. Sabía que si te hubiera contado lo que planeaba hacer, me habrías detenido. Lo siento… pero no pude decírtelo.

Tengo que hacer algo. Merecemos saber dónde está ella. Merecemos encontrar la paz.

Si sale bien, por fin tendremos las respuestas… cuando todo acabe.

No pienses mal de mí. Te amo. A ti. A Gracie.

Dan xxx

Leí las palabras una y otra vez, tratando de encajar lo que Danny quiere decirme. No entiendo. ¿Qué ha hecho? ¿Qué va a hacer?

Me late la cabeza mientras me desplomo contra la almohada, sosteniendo la carta al frente solo para leerla una última vez. Esto no es una nota de suicidio. No puede ser. Él no nos haría algo así... ¿verdad?

Doblo la carta y la guardo en el sobre, me maldigo por haber ido a Cornualles. Debí haber confiado en mi instinto. Sabía que algo no estaba bien. ¿Por qué dejé que me convenciera? Y entonces lo entiendo: todo tenía un propósito. Él propuso el viaje para que me alejaran. ¿Pero por qué?

Demasiado cansada y emocionalmente agotada para pensar con claridad, me encogí en una bola y me envolví en la colcha, todavía vestida. Decidí dejarlo para mañana.

33

Danny

Levanté la cabeza hacia la puerta. Simon entendió al instante. Nos levantamos y lo dejamos atrás. Fuera, la luz apagada de la mañana nos envolvía. Me acerqué a la furgoneta, abrí la guantera y saqué un paquete sellado de cigarrillos.

«¿Quieres uno?» Le di el paquete.

«¿No habías dejado ya?» Él toma el paquete y comienza a desplegar el celofán.

«Ya.»

Fumamos en silencio, mientras la nube de humo nos envuelve en el silencio de la mañana.

«¿Tienes Spotify en el teléfono, Si?» pregunté, rompiendo el silencio.

«Eh... sí. ¿Por qué?» Me mira como si acabara de volverse loco.

«Recuerdo verlo en una película o un documental o algo así: le ponían música a todo volumen a un sospechoso de terrorismo para desgastarlo y sacarle información. El silencio no nos lleva a nada, así que pensé que podría funcionar.» Lanzo la colilla al suelo helado y la aplasto con la bota. «Solo lo pensé.»

«No, hombre, suena bien. Pero no creo que mi móvil aguante bastante volumen.»

«Sí, si le atamos el teléfono con cinta adhesiva a la maldita cabeza.» La mirada de Simon me clava. «¿Qué? Esto no es juego. Necesito romperlo.»

«Sí, lo sé, Dan. No me imaginé que iba a ser tan jodido. Pensé que cuando lo trajeras aquí, estaría tan acojonado que se rompería. Pero no se rompió.»

«No, no ha hablado. Así que tenemos que hacer algo.»

Simon asiente y da una patada al suelo rudo con la punta de los zapatos.

«¿Qué planeas?»

«No sé... metal duro o algo así. Confesaría hasta lo peor si me lo pusieras sonando mucho tiempo.»

—Exacto —Simon levanta las manos al cielo—. Quieres una confesión real.

—No fue lo que quise decir… pero vale la pena intentarlo.

—Pero no podemos dejarlo solo allí dentro, así que también tenemos que aguantar esa mierda. Es un buen punto… y dime si no, no se me había ocurrido.

—Nos quedamos en la furgoneta. Él no se mueve de ahí. —Le tiendo la mano. Mi téléphone, Simon.

—Si crees que va a funcionar. —Simon me lanza su Samsung como si le costara una parte de él.

—Una hora, máximo. Una excitación extraña me invade. —Siéntate en la furgoneta— lanzo la orden por encima del hombro, entrando en el edificio—. En un minuto estoy contigo. ¿La cinta de carrocero está sobre la mesa, verdad?

34

Libby

«Creo que realmente me debes una buena explicación.» Sostengo el teléfono entre el oído y el hombro mientras untamos mantequilla en el pan tostado de Gracie.

«No puedo dar ningún comentario en este momento, señora Bird.» El inspector King no cederá un milímetro.

«Mi marido no está. Esto es lo mío. ¿Por qué no me lo dices?»

«Está activa.»

«¿Activa?»

«Cuando tenga algo que decirte, te aviso.»

«No basta.»

«Esto es una situación delicada. Hasta que no sepamos más, no puedo hablarte de esto.»

«Estoy preocupado, inspector. Encontré una carta que escribió Danny.»

«¿Ah?» Lo ha intrigado.

«Estoy preocupado.»

«Necesito ver la carta. Vengo ahora.»

«No vas a ver nada si no me dices qué pasa.»

«Ya voy,» cuelga King, dejándome prendido.

Le doy el desayuno a Gracie y luego marco los números de los padres de Danny. Está desaparecido. Tienen que saberlo.

«¿Sí?» contestó Clare.

«Clare, soy Libby», digo. No sé qué decir.

«Hola, cariño. ¿Y tú?»

«No estoy bien, la verdad.» Se me forma un nudo en la garganta. «Es Danny.»

Se alarga el silencio antes de que hable.

«¿Qué ocurre?» Su tono es grave.

«Él... ha desaparecido.»

«¿Qué…?»

«No sé qué está pasando. Fui a ver a mis padres a Cornualles. Él sugirió que fuera... y de vuelta, me llamó la policía. Me preguntó si sabía dónde estaba él. Volé a casa. Y cuando llegué... encontré esto. Dejó también el móvil. No sé dónde está. ¿Te dijo algo... algo que no me contó?»

«Ni una palabra. ¿Qué pusieron en esa carta?»

«Ya no entiendo nada.»

«¿Crees que se ha lastimado?» Ella traga saliva.

«No lo sé.» Las lágrimas empiezan a brotar.

«Estamos bajando. Hablo con Paul. Estaremos allí para la tarde.»

«Gracias, Clare»—me di cuenta entonces de que la había llamado.

«Gracias, Clare»—me di cuenta entonces de que la había llamado —y de inmediato: «Hago la habitación de invitados.»

Justo cuando me dispongo a cambiar las sábanas, resuena un golpe seco en la puerta. Corro hacia ella, esperando... aunque sé que no es él.

La mujer que hay al otro lado de la puerta es la última en quien habría pensado.

«Simran». En sus brazos aprieta a su bebé.

«¿Qué le hiciste a mi marido?» Sus ojos, rojos e hinchados, estaban vacíos de cansancio.

«¿Perdón?»

«¿Dónde está Amit? ¿Dónde lo tienes?»

El mundo gira mientras todo encaja de golpe.

«Danny ha desaparecido»—oigo decir las palabras, como si no fuera yo quien lo dijo.

«Y mi Amit también. No volvió a casa hace dos noches. Estoy al borde de la locura.» El bebé en sus brazos estalla en llanto, sintiendo el vacío de su madre.

«¿Has hablado con la policía?» Nos quedamos de pie en la puerta, el frío clavándose en la piel.

«Sí. Lo buscan. Él nunca nos dejaría. Algo le ha pasado.»

«¿Qué te hace pensar que Danny está metido en esto?» Me defiendo sin querer.

«No soy una tonta.» Me mira a los ojos, y me siento expuesto.

«Oye, no sé qué pasa. Si hablo con Danny, vas a ser la primera en saberlo.»

«Quiero a mi marido en casa.» Mira al bebé que llora en sus brazos. «Estos meses nos han partido.»

«Mi hija sigue desaparecida,» le digo.

«Lo sé, y lamento eso, pero no tiene nada que ver con mi marido.» Gira sobre sus talones, su hermoso sari turquesa agitándose en el viento helado, y se aleja con el mentón en alto.

35

Danny

Llevamos un buen rato sentados en silencio. Simon mira por la ventana, hundido en sus pensamientos, fumando como si no pudiera dejar de hacerlo. Tiene el labio inferior saliente, igual que el chico resentido que conocí cuando viajábamos por Europa.

Mi pierna derecha no deja de sacudirse. Sé que me detesta por ello, pero no puedo evitarlo. Tengo demasiada energía encerrada.

«Eso ya bastó, ¿o no?» Me giro hacia Simon, que sigue con la cara de pocos amigos.

«No sé. Supongo.» Cruza los brazos.

«Voy a ver. ¿Vienes?»

«No. Me quedo aquí.» A pesar de la calefacción, estar dentro de la furgoneta es un inferno. Las ventanas luchan por empañarse o congelarse.

Bien. Como quieras.

Salgo de la furgoneta, le doy un portazo y cruje la grava bajo mis botas mientras avanzo hacia la puerta. Me detengo, echo un vistazo por la ventana sucia: todavía atado a la silla. No se ha soltado.

Lo que tengo ante los ojos es patético. Está hundido, con la bolsa aún sobre la cabeza, firmemente atada con cinta de carrocero, y el

teléfono agarrado al oído.

El lenguaje corporal de Amit dice que ha renunciado. Avanzo con paso seguro alrededor del edificio hasta la puerta. La abro, despacio, y dejo que sepa que he llegado.

¿Disfrutas esto? —grito por encima del ruido. No se mueve. Ni un parpadeo. ¿Está muerto? ¿Un infarto? ¿O un ictus?

«¡Amit!» escupo, agachándome sobre su cuerpo derrumbado. Su cabeza se mueve—solo un poco—pero suficiente para saber que todavía respira. «Perfecto.» Tiro del teléfono con fuerza, pero la cinta aislante no cede. Su cráneo se desploma hacia un lado y Amit gruñe.

Al cerrarle el cuello, logro arrancarle la bolsa. Un crujido. Luego, su cabeza rebotó hacia atrás, rígida y derecha.

Solo llevo unos segundos en la habitación, pero ya me cansé de este ruido. Los gritos —si quieres llamarlo canto, adelante— suenan exactamente como imagino el infierno.

«No puedes dejarme aquí así.» La voz de Amit está rota, ronca como si no bebera agua desde hace días.

Le arranco la bolsa de la cabeza y la arrojo al suelo. Entorna los ojos como si la luz invernal fuera una cuchilla. Espero. Luego recojo la botella de agua y, a pocos pasos de él, la abro lentamente. Sus ojos se inflan de deseo, como si estuviera viendo porno, mientras tomo un largo trago... y suspiro, lento, satisfecho.

«Ahhh,» sostengo la botella, admirando el destello del agua, «así está mucho mejor.» Tardo en volver a cerrar la tapa, y lo miró mientras la esperanza se apagaba en sus ojos marrones, profundos como un pozo sin fondo.

«Esto puede acabar. Depende de ti, Amit. Solo tienes que decirme qué le hiciste.»

Amit deja caer la cabeza otra vez sobre el pecho y la sacude, sin palabra.

«¿Qué es eso? ¡No te escucho!» grito.

Él se queda inmóvil y callado… y eso me enciende.

«Maldito puto.» Le meto la cara justo en la mía, con ganas de morderle la nariz de un mordisco. «Vas a hablarme… o vas a sufrir.»

«Mi conciencia está limpia.» Una lágrima gruesa aparece y se desliza por su mejilla. Furiosa, me levanto y le propino una bofetada con el dorso de la mano. Una gota de sangre se forma en su labio inferior y se arrastra lentamente por su barbilla.

«¿Por qué haces esto? Eres un hombre decente. Esto… no es correcto. ¿Y tu mujer? ¿Sabe cómo te comportas conmigo… y se queda callada?»

«Mi mujer no es asunto tuyo, mierda. Esto es tu culpa si lo hago.»

"Eso es de ti."

Sí, lo eres. Desde que le quitaste a mi hija, ya no tenías salida. Eres un padre.» La idea me revuelve el estómago. «Hazte una cosa, honey: haré cualquier cosa para recuperar a Hope.»

"Si la tuviera… te la daría," suplica Amit.

Mal. Agarro la bolsa y se la vuelvo a poner sobre la cabeza.

«No la música…», solloza.

«No, Amit, no la música.» Bajo la cabeza, recojo la botella del suelo y desenroscó la tapa. Paso tras él, le clavo un brazo al cuello y le tiro la cabeza hacia atrás antes de verterle el agua sobre la tela que le cubre la boca.

Escupe, ahogándose, se retuerce en mi agarre. Retiro la botella —solo un segundo— y la vuelvo a hundir sobre su boca. Es entonces cuando lo oigo. Un sonido. Me giro de golpe. Simon está allí. Mirando. Paralizado. El horror le gotea del rostro como sangre.

«¿Qué carajo estás haciendo?»

Suelto a Amit, y se desploma entre toses roncas, jadeando como un hombre sacado del fondo de un pozo: desesperado, agónico, anhelando aire como si fuera su última respiración.

«¡Estoy tratando de obtener respuestas!» Me revienta la manera en que Simon me está mirando así.

«Vamos Dan, se pasó.»

«Ya te lo dije: si no te gusta, pues lárgate.»

Amit se ahoga en palabras: «No, por favor… no me dejes con este loco.»

Simon barre hacia él y se lleva la bolsa de encima de la cabeza. Los ojos de Amit están inyectados en sangre, hinchados como si hubiera llorado hasta quedarse sin lágrimas.

«Casi lo matas.»

«Está bien.» Bebo un sorbo, me bebo la botella entera, la aplasto hasta que crujirá y la arrojo a una esquina de la habitación.

Simon se tambalea hacia atrás, alejándose de Amit como si temiera tocarlo.

«No puedo hacer esto, tío.» Me mira, sacudiendo la cabeza. «Quiero encontrar a Hope, pero no de esta manera.» Siempre la reina del drama.

«¿Qué creíste que íbamos a hacer? ¿Charlar?»

«Lo siento. Me voy. No te preocupes, no le digo a nadie dónde estás, pero no puedo ser parte de esto.» Antes de que pueda responder —o defenderme—, ya se fue del edificio.

Sacudido por la ira, avanzo y retrocedo.

«¡Dime dónde está, carajo!» le grito a Amit.

«No puedo.» Sus ojos se llenan otra vez de lágrimas cuando mi puño se estrella contra su nariz: se quiebra con un crujido siniestro, y la sangre salpica su rostro.

36

Hope

Le hablo a la voz, rogando por una respuesta… no hay nadie que responda. ¿Por qué solo me miran, ahí parados? ¿Por qué no dicen nada?

Extraño a Zoe tanto. No entiendo por qué se fue ni adónde la llevaron. Era mi única amiga aquí. Y sí, era bueno tener a alguien. Uno puede estar solo en el mundo… pero aquí, es puro pánico.

Me duelen los brazos y las piernas. Todo me duele, como si me hubieran roto por la mitad. Me pregunto… si logro salir de aquí, ¿podrá el doctor volverme a armar?

Zoe se escapó. ¿O quizá encontró una salida? Pero entonces recuerdo la voz… y sé que no hay salida. Ninguna.

37

Libby

A las dos, Clare y Paul ya han llegado. Ambos lucen igual que esa vez. Todos estamos reviviendo ese momento.

«Cariño», me estruja en un abrazo, limpiándose las lágrimas que le corrieron por las mejillas en el camino desde Tunbridge Wells. «¿Alguna noticia?»

«No.» Prefiero no decir que Amit no ha dado señales. No sirve de nada asustarlos hasta que algo… algo real… se confirme.

Paul, con el ceño fruncido, se agacha y levanta a Gracie en brazos como si fuera la cosa más frágil del mundo.

«Voy a traerles un té.» Los llevo al salón y dejo que jueguen mientras Clare se desliza en la cocina conmigo.

«¿Qué demonios está pasando, Libby?» Quiere todos los detalles... y sabe que le estoy escondiendo algo.

«No entiendo realmente, Clare. Esto es un caos.»

«¿Qué? ¿Dónde está él?» Se detiene, los brazos cruzados apretados sobre el pecho, me clava la mirada.

«Ha hecho algo de lo más estúpido.» Me dejo caer en una silla y me entierro la cara entre las manos. «Amit ha desaparecido.»

«¿Amit? ¿El tendero?» Tira de una silla y se sienta a mi lado.

«Sí. Su esposa llamó a la puerta esta mañana. Cree que Danny se lo llevó. Y yo creo que ellos también lo sospechan.»

«¿Lo ha llevado? ¿Por qué?» Aún no le ha caído la ficha.

«Porque sabe que Amit le hizo algo a Hope.»

«No. Danny nunca le haría daño a nadie. Esto tiene que ser un error.» Sacudió la cabeza de un lado a otro, tratando de creer que esto no estaba pasando.

«Me dejó esta nota.» La saqué del bolsillo y la deslizé hacia ella. «Es mucho para digerir.» Apoyé la mano en su brazo y le apreté suavemente.

Clare saca unas gafas de lectura de su bolso y despliega el papel con meticulosidad. La veo recorrer las palabras una vez, luego otra, como si buscara alguna salida en el texto que no estaba allí.

«Dios Santo.» Se echó hacia atrás en la silla y se sacó las gafas como si el mundo, de pronto, no pudiera soportar ser mirado. «Tenemos que encontrarlo.»

«Lo sé.»

«¡Venga, Libby, piensa! ¿Dónde se habrá metido?»

«No lo sé. Me he destrozado la cabeza toda la mañana intentando entenderlo.»

«Lo van a detener. Va a la cárcel por esto. Tenemos que encontrarlo antes que la policía.»

No había llegado tan lejos. Cárcel. Jesús. «Tienes razón. Pero no sé por dónde empezar.» Mi frustración se extiende por la habitación.

«¿Le has hablado a sus amigos? Alguien tiene que saber algo.»

¡Simon! Voy a llamarlo. Estuvo con él hace poco. Quizá le dijo algo a Si.

«Bien. Voy a hacer unos bocadillos. Todos necesitamos mantenernos con energía.» Se acerca a la parrilla, la enciende… algo que yo ni siquiera pensé en hacer.

Me disculpo y los dejo a Paul y Gracie haciéndose los locos en la sala, y subo corriendo a hacer la llamada.

«Hola,» responde Simon.

«Ah, Simon. ¿Dónde está Danny?»

Largo silencio.

«Simon. No consigo localizar a Dan. Es vital. ¿Lo has llamado desde hace dos días?»

Silencio.

«Simon. Necesito tu ayuda. Si sabes algo...»

«Libby, yo…» Suspira, hondo y lento.

«¿Dónde está?»

«No tenía que ser así.»

«¿Qué no? ¿Sabías todo… y no lo detuviste?»

«Está destrozado, Lib. Piensa que os ha fallado a todos. Solo quiere encontrar a Hope.»

«¡Joder, Simon, ¿crees que no lo sé?»

«No, perdón, claro que sí. Es mi mejor amigo. Me pidió ayuda y–»

«Dime dónde está.»

«Esto se está yendo de madre.»

«¿Qué quieres decir ahora? Simon, por favor… ayúdame. Necesito hablar con Danny antes de que lo metan en la cárcel.»

«Prometí no decirlo.» Simon sonaba como un niño que acaba de ser regañado.

«Esto no es un juego.»

«Lo sé. No debería haberlos dejado solos. Dan estaba furioso.»

«¿Estabas con ellos? ¿Está en Escocia?» No pude ocultar el asco. «¿Estabas metido en esto?»

«Solo lo queríamos asustar.»

«Madre de Dios… ¿qué has hecho?»

«¡Nada! ¡Nada!» Simon se desespera. «No lo toqué ni siquiera, ¡lo juro!»

Todo mi cuerpo temblaba. Respiré profundo, varias veces, y logré hablar con calma.

«Simon, voy a Edimburgo. Cuando llegue, me llevas con Dan.»

«No lo sé.»

«Eso está pasando.» Interrumpo. «Si no me ayudas, ya voy a llamar a la policía y les digo que eres cómplice.»

«Vale, vale.» Simon siempre fue débil.

«No llames a Dan. No le digas que hablaste conmigo. No está pensando con claridad, y no quiero que se asuste.»

«Vale. Lo juro.»

Ni menciono que Simon también le prometió a Danny.

Quédate. Voy a estar allí lo antes posible. Si te llaman, no les digas nada. No lo has visto. ¿Entendido?

«Claro, Lib.»

«Bien. Eres un imbécil, Simon. Estoy tan cabreada que podría darte una bofetada.»

«Lo siento. Solo quería ayudar a mi amigo. Estaba tan seguro de que iba a funcionar.»

'No sabe ni siquiera dónde está,' digo, sintiendo de pronto que soy la que manda aquí. '¿Cómo pudiste ser tan estúpido?'

Simon no responde. No hay nada que decir.

«Quédate ahí. Te veo pronto.» Cuelgo el teléfono y lo lanzo sobre la cama. Rebota y cae al suelo. «Mierda, mierda, mierda.»

Clare irrumpió en la habitación.

¿Qué pasa? Te oí gritar.

«Danny se llevó a Amit a Escocia. Está intentando que confiese que se llevó a Hope.» Mi voz no me suena a mí.

«No puedes estar serio.» Clare se queda de pie, la boca entreabierta.

«Voy a ir allí ahora a convencerlo de que regrese a casa.» Me levanto, le arranco un suéter y unas bragas al cajón y las tiro dentro de una bolsa de viaje. «Todo va a estar bien.» No estoy segura de a quién estoy tratando de engañar.

«Vamos contigo.» Clare se gira y sale.

«No. Tienes que quedarte aquí y cuidar a Gracie. Lo bajaré.»

«Lo siento, Libby, pero no es suficiente.» Clare se planta con las manos en las caderas. «Nosotros somos sus padres, y en este caso... necesita a su padre. Va a escucharlo.»

«Lo único que va a hacer es empeorar las cosas. Sabes cómo es. Lo vas a ver.»

«Vamos contigo, y punto.» Cierra la puerta con suavidad, dejándome parado allí como un niño.

Me acerco a la mesita de noche, saco una botella de pastillas del cajón y me llevé dos a la boca, las tragué sin un trago de agua. No las tomaba desde que Hope desapareció, pero las necesito. Ahora.

'¿Qué dijo qué?' La voz retumbante de Paul sube por las escaleras. Perfecto, pienso. Justo lo que nos faltaba: otro loco enojado que aguantar.

38

Danny

Sentado en el suelo, devorando una barra de chocolate, observo cómo los labios de Amit se vuelven azules. Hundí sus pies desnudos en un balde de agua helada. A las tres ya oscurece, y aunque el fuego devora el bidón de aceite, la habitación se congela. El vidrio de las ventanas está cubierto de hielo, y cada exhalación se vuelve nube.

Ha intentado de todo para derribarla, pero no hay forma. Sus piernas están atadas a la silla, los pies inmóviles. Su rostro es una masa ensangrentada: los ojos, tan hinchados que apenas pueden abrirse, por la nariz rota; y sobre su labio superior, una costra carmesí, gruesa y oscura, como la última muestra de su caída.

"Por favor… tengo mucho frío," le castañeteaban los dientes sin control.

«¿Dónde está ella?» Muerdo otra vez la barra de chocolate, la dulzura en la lengua.

«Te juro que no sé.»

«Bien.» Me levanto sacudiéndome los pantalones. «Entonces vuelve a la oscuridad hasta que decidas hablar.»

«No. No siento los pies. Por favor… estoy muriendo.»

«No seas melodramático.» De verdad, ya no me da ni lástima, pero al acercarme veo que se orinó encima. Me aparto, asqueado. «¿No te tienes ni un poco de respeto?» El olor a orina me llena la nariz.

«¿Me habrías dejado ir al inodoro?» El sarcasmo le escapa, crudo y despiadado.

«No te pongas seguro, imbécil.» Al final, me da igual. Con un pie, empujo el balde de agua helada lejos de él. Él suelta un grito, como si el frío le partiera la piel.

«Vamos a probar otra táctica.» Le doy la vuelta al balde y el agua se derrama por el suelo. Me acomodo encima a poca distancia de él. «Quiero que mires esto.» Meto la mano en el bolsillo, saco mi cartera de cuero maltrecha y saco la foto de Hope que llevo guardada en uno de los separadores. La beso. Se la muestro.

«Esto es lo que quiero. Esta niña tan hermosa que me arrebataron en agosto.» Me sube un nudo en la garganta. «Me vas a decir dónde está ahora.»

Amit baja la cabeza otra vez y suelta un gemido profundo, lento, como si le costara sacarlo de las entranas.

«¿Está viva?» La pregunta se me escapa antes de poder contenerla. Amit menea la cabeza.

«¿La has matado, verdad?» Me lanzo en pie, enviando el cubo rodando y dejando caer la foto, y le clavo las manos al cuello. Sus ojos, ya hinchados, se le salen más aun mientras le aprieto hasta sufocarlo.

«No» —jadea, como si cada aliento fuera un clavo en su pecho— «no le he hecho daño.»

Solté.

«¿Dónde está ella?» ¿Por fin lo había quebrado?

«Te digo que no sé. No toco a tu hija.» Las palabras se le escapan entre jadeos quebrados.

Abumida por la decepción, empiezo a llorar. Sentada en el charco de agua fría sobre el suelo, lloro y lloro y lloro hasta que no me quedan más lágrimas.

Cuando por fin levanto la vista, me ve con compasión.

«No me compadezcas». Me levanto, me seco la nariz con la mano y me dirijo a la chimenea para alimentarla antes de que se muera.

«No puedo ni imaginar lo que estás pasando. Si le pasara algo a mi hija, ya no tendría razón para seguir viviendo; pero créeme: no le hice nada a tu hija.»

«Explícame el zapato.» Tengo la espalda vuelta y me paro sobre el bidón de aceite, calentándome las manos.

«No puedo.»

«Eso no es suficiente.»

«¡Alguien me ha montado!»

«Eso sí que te estás agarrando a pajitas, ¿no? No me trates como a una estúpida.»

'¿Y crees que soy tan tonto como para dejar un zapato en la basura?'

'Está bien, tal vez tengas razón, pero estás en la lista, Amit. Eres pedófilo. Quizá te equivocaste, te entró el pánico… no lo sé.' Al verla flotando en un charco, me arrojo al suelo. Ya se había destrozado. La froté contra mi chaqueta como si con eso pudiera chuparle el agua.

«Te equivocas sobre mí. Me pusieron en esa lista por error. Mi esposa te lo jurará.»

«Ya hablé con tu esposa. Hace mucho tiempo.» Amit me mira como si no lo supiera. «¿No te lo mencionó?»

Mientras sacude la cabeza, sonrío.

«Eso es lo que digo. Todos guardamos secretos.»

39

Libby

El viaje hasta Escocia fue un infierno. El coche estaba cargado de tensión. Clare y Paul se habían desquichado discutiendo cómo manejar a Danny—e incluso Gracie, que nunca se queda callada, estaba tranquila como un ratón. Eso fue lo más aterrador de todos.

Paul condujo la mayor parte del camino, apretando el volante como si estuviera al borde de la locura mientras aceleraba por las autovías. Clare, sentada en el copiloto del Audi azul grande, tenía los brazos cruzados y no dijo una palabra, fija en la oscuridad que desfilaba fuera de la ventanilla.

Como ellos conocen a Simon desde antes que yo y además son mayores, los animé a tomar la iniciativa una vez que llegamos a la casa. Paul no opuso resistencia y llamó a la puerta con la certeza de quien no espera permiso.

Me siento en el sofá del pequeño apartamento de Simon, entre Clare y Paul, que aún no se dirigen la palabra, mientras Gracie se revuelca en mi regazo enredando mis mechones. Simon se apega al sillón de enfrente, tenso, como si cada centímetro de cuero lo quemara.

«¿Dónde está?» Paul se inclina hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas. Sin rodeos.

«No quería que se saliera de control.» Simon clava la vista en el suelo y roza la alfombra con la punta del zapato. El pelo oscuro le cae desordenado sobre la frente, y lleva días sin afeitarse.

«Necesitamos saber, Simon. Ya no son unos chicos. Esto no es un juego.»

«Había un lugar viejo y abandonado en las colinas donde grabé algo una vez. Está completamente silencioso... y él recordó que lo mencioné. Me pidió que se lo prestara.»

«Eres un maldito idiota.» Paul se levanta y se va de un portazo, dejándola avergonzada.

«¿Dónde está, Simon?» Paso a Gracie al sofá, entre Clare y yo.

«En las colinas al otro lado de Dunfermline, cerca de Cleish. Te lleva cuarenta y cinco minutos.»

«Gracias.» Me levanto. No puedo perder ni un segundo más. «Vamos.» Me giro hacia Clare, que está mirando a Simon con una expresión rara.

«No entres sin avisar, si me permites. No es él mismo. Déjame ir contigo. No lo van a encontrar solos. Quizá pueda calmarlo.» Simon se esfuerza por enmendar su error.

«¿Qué quieres decir con que no es él mismo?» pregunta Clare.

«Solo… raro. Como si fuera otra persona. Me asustó, la verdad. Me fui.»

Clare y yo cruzamos una mirada. Los dos sabemos que Danny tiene un pésimo genio.

Vamos, pues.

«Síganme.» Simon agarra las llaves del bol de fruta olvidado sobre la mesa del comedor. «Si llevamos las luces encendidas, él nos verá acercarnos. No lo quiero espantar. Cuando estemos cerca, te aviso. Nos conviene dejar el coche y caminar el resto.»

«Estás actuando como si estuviéramos cazando a un criminal», dice Clare.

Simon no dice nada.

«Creo que Simon tiene razón, Clare. Ya está totalmente oscuro. Son casi las nueve. Quédate aquí con Gracie. Yo voy con Paul y Simon. No debería tener que ver esto.»

Clare asiente, con lo que supongo es alivio.

«Hay comida en la nevera, y junto al fregadero siempre guardo un buen montón de chocolate y patatas fritas.» Simon señala hacia la cocina tras ponerse el abrigo.

«¡Chocolate!» Se le iluminan los ojos.

«Haz lo que sea necesario para que esté contenta.» Le doy un beso en la cabeza a Gracie antes de salir tras Simon, dejando a Clare completamente deshecha.

40

Danny

Amit tiene la boca reseca y agrietada. La sangre de su nariz rota se ha endurecido en el labio superior, como un bigote sucio y marrón. Siente temblando en la silla, los párpados tan pesados que apenas puede mantenerlos abiertos.

«Aquí.» Me acerco a él, le agarro la cara y le vierto un poco de agua en la boca. Se contrae por el frío, un segundo, luego se lanza al agua como un perro hambriento. Su lengua rosada, gigante, sale a tatear el aire, buscando cada gota escapada.

«Gracias.»

Suelto una sonrisa mofadora y me doy la vuelta. No quiero sus gracias, y nada —absolutamente nada— va a detenerme.

«Tienes suerte de que Simon se llevó el teléfono, sino estarías escuchando otra vez esa mierda.»

«No te puedo decir lo que no sé.»

Apretó un botón. Arranqué un trozo de madera en llamas del bidón de aceite y se lo clavé en el pie desnudo. Amit soltó un grito agudo, más bestia que humano.

«Deja de joderme, mierda. Hablarás… o te voy a seguir haciendo daño.»

Gime y baja la mirada hacia la piel enrojecida y con ampollas de su pie. Un halo de ascas encendidas se esparce a su alrededor, como si el suelo lo hubiera mordido. Intenta retener el pie hinchado, pero las esposas en los tobillos lo mantienen clavado, inmóvil.

Abro otra botella de agua y la vacío sobre su pie, apagando las brasas y haciendo que las ampollas griten aún más.

«Te pagaré.» Aprieta los dientes. «Tengo dinero. ¿Cuánto quieres?»

«No quiero tu dinero.» Lo miro con un asco que no conocía.

«Por favor. Simran te dará el dinero. Su padre es rico. Con ese dinero, puedes encontrar a tu hija.» Su súplica es misera.

«Buen intento.» Le doy la espalda y camino hacia la puerta.

«No, no te vayas. Necesito un médico. ¡Por favor!» Ignoró sus súplicas mientras cerraba la puerta tras de mí y salía a la oscuridad.

Necesito aire fresco. Con el frío que corta como cuchillo, doy vueltas alrededor del edificio, tratando de encontrar la forma de hacerlo hablar. Nada funciona.

Hasta hace poco estuve seguro de que Hope estaba viva. Pero desde que llegué a este lugar, esa certeza se esfumó. Como si la hubiera perdido. Hay más distancia entre nosotros que nunca. Tal vez la negativa de Amit a cooperar está avivando mis sospechas: que la mató.

Devorado por una mezcla de tristeza y rabia ciega, me doy la vuelta y le pego un puñetazo a la pared de piedra con toda la fuerza que tengo. El crac seco de mi nudillo al romperse me late en los oídos mientras caigo de rodillas, agarrándome la mano. Al instante lo odio: estúpido. Lo último que necesito es una lesión.

Crujiente la mano, regreso adentro, agradecido por el calor que aún desprende la fogata que apenas arde.

A la luz, examino la mano ensangrentada. Los nudillos, hinchados y abiertos. El dolor no deja de arder.

«Mierda», murmuré, echándole agua a la herida para limpiarla mientras buscaba algo con qué cubrirla. Amit me mira. Y sé lo que

piensa.

«No me mires, mierda». Rugí, y él giró la cabeza de inmediato. Por primera vez me doy cuenta: tiene miedo de mí. Y descubro, con una alegría sobrecogedora, que me encanta. Tengo la ventaja, aunque todavía no se haya roto. Eso me llena de esperanza. Mientras me envuelvo los nudillos con un puñado de papel de cocina, observo cómo el blanco se tiñe de rojo sangre, luego de carmesí. Ver cómo la sangre se infiltra me recuerda a una rosa desdoblándose. Es hipnótico. Casi hermoso.

Estoy más tranquilo ahora, como si por fin hubiera encajado. Estoy al mando. Me siento en el suelo, cerca del fuego, frente a Amit, esperando que se dé cuenta.

«Déjame contarte algo sobre mi hija». Mi voz es tranquila, firme. «Hope nació el 21 de julio de 2006. Pesaba dos kilos y trescientos gramos. Era minúscula. A su madre le costó veintiocho horas darla a luz. Pero después de los médicos, las enfermeras, el gas de la risa y una punción lumbar que casi la mata, Libby la trajo al mundo. No lloró. Salió en silencio y miró a su alrededor, como si ya supiera quién era. Yo corté el cordón umbilical. Mis manos temblaban tanto que no pude evitar llorar. Es uno de los pocos momentos en que he llorado. Era tan pequeña, tan perfecta... pensé que la rompería cuando la enfermera me la puso en brazos por primera vez». El recuerdo es tan vívido como el día que pasó. Lo recuerdo todo. «Fue nuestra primera hija. Hay algo que no se puede recuperar... algo que solo pasa una vez». Bajo la mirada hasta mi mano izquierda —la que no tiene vendas— y me quedo mirando mi alianza. «La llegada de Hope cambió mi vida para siempre». Tragué. «Se convirtió en todo. Mi razón para despertarme, para aguantar ese trabajo de mierda. Todo era por ella. Y por su madre». Me levanto del suelo, obligado a caminar otra vez. Mi mano late. No quiero sentirlo.

«Era el alma más feliz, un bebé tranquilo. Nunca se quejaba, nunca exigía. Al principio fue agotador, claro, pero mi mujer y yo acabamos descubriendo que criarla era fácil. Despertar y ver su carita frente a la mía… era lo mejor que había en el mundo. Sonreía todo el tiempo.» La imagen de ella, sentada sobre la colcha de nuestra cama, con un año, me golpea sin aviso. «Siempre reía.»

«A los diez meses, mi mujer y yo nos casamos. Fue uno de los días más felices de mi vida. Tenía una esposa hermosa y una hija encantadora. ¿Qué más podía pedir?»

«Hope recorrió el pasillo sostenida por una amiga. Llevaba un vestidito de color crema que le costó una fortuna a su madre. Aún hoy repaso las fotos de ese día. Ella era la estrella, todos la buscaban con la mirada. Libby y yo estábamos orgullosísimos. Que estuviera allí, en ese día… lo convirtió en algo sagrado.»

Al volver la cabeza hacia Amit, lo veo con los ojos cerrados. No quiere oírlo.

¿Te duele escuchar esto?

No responde.

«Ella fue lenta en desarrollarse. No tenía prisa por caminar ni hablar. Hope era…» Hago una pausa. «*es* tan cautelosa. No hace nada hasta que lo siente hasta en los huesos. No iba a caminar hasta estar segura de que podía hacerlo sin caerse. En su segundo cumpleaños, finalmente dio sus primeros pasos sin ayuda… y nunca cayó ni una sola vez. Recuerdo ese día con una claridad que duele. Hacía sol. Hicimos una barbacoa en el jardín. Vinieron mi mamá y mi papá. Libby hizo un pastel en forma de oruga. Le llevó horas. Hinchamos una piscina de plástico y Hope estaba sentada dentro, salpicando agua al viejo perro de mis padres, que se lanzaba al agua como un loco, tratando de atrapar las gotas con la boca. Al atardecer, simplemente dejó de agarrarse de la silla y caminó por todo el patio. Fue un día perfecto.»

«Cuando entró en la guardería, no abrió la boca. Los demás niños charlaban sin parar, blablablá, pero Hope no dijo nada. Luego, cuando ya tenía casi tres, empezó a hablar… en frases completas. Coherentes. Hasta entonces, su mamá y yo estábamos deshechos. Pero otra vez, lo hizo a su manera.»

«Ser padre de una niña significa querer protegerla. La idea de que alguien le haga daño… — tienes una hija. Ya sabes cómo es.»

«Mi trabajo es criarla. Enseñarle a ser fuerte, a no depender de nadie. Caminarla hasta el altar. Ser abuelo de sus hijos. Eso… era todo lo que quise. Ser un buen padre. Pero no. Gracias a ti, la

decepcioné. Pero la voy a encontrar, Amit. Créeme: la voy a encontrar. Y tú me vas a ayudar. Podemos hacerlo fácil… o difícil. Tú eliges.»

Me apoyo en la mano para levantarme—error fatal. Entrecierro los dientes y me pongo de pie. El trasero me duele como si me hubieran sentado sobre hielo. Junto a la ventana, recojo un fragmento de vidrio roto, filudo como una cuchilla. Alguien ha estado disparando gotas de plástico aquí... niños, seguro. Pequeños agujeros redondos, perfectos, salpican los cristales como constelaciones de impactos. Uno de los fragmentos aún cuelga del marco, afilado, centelleando en la luz danzante del fuego.

Capta mi mirada y veo cómo el prisma de colores se desvanece, devorado por mi sombra que se cierra sobre él.

«Siempre te vi como un fantasma. Amit, el tipo sonriente que pasa el día detrás de la caja, cobrando pan y leche. Tan... agradable. ¿Cuántos años llevas en esa tienda? Parece una vida entera. ¿Estabas ahí cuando Hope era un bebé? ¿Miraste dentro de su cochecito, esperando el día en que podrías arrancarla de su familia y violarla?». No soy yo quien habla. No puedo creer que estas palabras salgan de mi boca. «¿Ha habido otras? ¿Tu propia hija? ¿Ella es ahora tu nueva obsesión?»

Tengo la hoja de cristal roto en la mano y la giro lentamente, con cuidado, examinándola desde todos los ángulos.

«¡No dices esas cosas sobre mí!» Amit se sacude en la silla, lanzándose hacia atrás y hacia adelante con una ferocidad que nunca había visto en él —ni en toda mi vida.

«¿Has tocado un nervio?» Apoyo el vidrio contra mi barbilla y dejo que el borde frío se hunda en mi piel mientras él sigue meciéndose en la silla. El chirrido de las patas de madera contra el suelo es doloroso, como uñas arrancando una pizarra.

«¡Quédate quieto, mierda!» Ya no estoy tan seguro de quién manda aquí. Está rabioso. Creí que yo llevaba el control. «¡Te lo corto, carajo!» Las palabras se me escapan antes de pensarlas, pero nada me hace caso.

Como en cámara lenta, veo cómo la silla se vuelca y el hombre atado a ella se estrella contra el suelo. Con los reflejos del pánico, lo

agarro con mi mano mala y evito que su cráneo se estrelle contra el suelo. Con un aullido que me desgarra la garganta, lo arrojo de vuelta a la posición vertical con toda la fuerza que me queda.

Caí en una bola, apretando mi mano muerta mientras me preguntaba: ¿Moriré? Pequeños puntos blancos bailaban frente a mis ojos mientras escupía un charco en el suelo. El sabor amargo de la bilis me golpeó de vuelta al aquí y ahora.

Amit está sentado en su silla, el horror grabado en su rostro hinchado y manchado de sangre, fijándome con los ojos desorbitados. —Estás loco —murmura, apenas un susurro roto. —En serio… estás loco.

Casi no oigo lo que dice mientras me enderezo.

Yace en el suelo, a pocos metros, el trozo de cristal que sostenía. Lo recojo sin pensarlo y me acerco a mi prisionero.

41

Libby

«¿Qué diablos fue eso?» susurro en la oscuridad, sin quitar los ojos del pequeño edificio iluminado a lo lejos.

«No sonó bien.» Simon sonaba asustado.

«Ya estamos casi allí.» Paul adelantó, como un cazador furtivo. O no lo oyó… o fingía no pensar en lo que significaba.

«¡Alto! ¡Alto!» Grité más fuerte de lo que quise.

«¿Qué es?» La figura de Paul giró en la oscuridad. Sobre nosotros, el cielo estaba lleno de estrellas.

«Esto no está bien. No podemos simplemente entrar allí. ¿Y si…?» Mis palabras se apagaron... igual que mi esperanza.

«Bien. Quédate aquí, entonces. Pero yo voy a hacerle ver la luz.» Paul es tan testarudo como su hijo.

«¿No oíste eso?» Simon se pega a mi lado, y me aferro al calor de su cuerpo. Paul no dice nada.

«¿Y si es Danny el que está en peligro?» Me giré hacia Simon, paralizada por lo que nos esperaba en la cabaña, alta en la colina.

Nadie dice nada. Nos quedamos allí, paralizados por el frío y el miedo, bajo el universo que gira arriba, su peso sobre nuestros hombros.

«Si subo y lo llamo... no se va a asustar.» Simon, por primera vez, dice algo con sentido. «No le extrañaría verme.»

Temblaba en el frío glacial y miré el reloj en mi móvil.

«Son casi las dos de la mañana.» Ojalá hubiera traído guantes. Esto es Escocia en diciembre, por Dios. «Quizá esto no haya sido buena idea.»

«Escuchaste ese ruido.» La voz áspera de Paul atravesó la oscuridad. «Ya no tenemos tiempo.»

Entonces, en la distancia, el zumbido de motores. Mirando hacia el campo negro, intento localizar de dónde viene. Mi cabeza gira de izquierda a derecha, buscando el origen.

«¿Qué coño es eso?» Estoy putamente asustado.

«Suena como autos.» Paul saca el móvil del bolsillo del abrigo, enciende la linterna y barre la oscuridad con la luz, tratando de ver de dónde viene el sonido.

Nadie ve nada, pero el ruido se está volviendo insoportable.

42

Danny

«Te dije, maldito crío, que conseguía respuestas»—el borde roto del vidrio le desgarró la piel en la nuca, expulsando carne rosa y sangrante que brillaba contra su piel morena, cansada. La sangre chorreó de la herida y se derramó por su espalda.

Amit chilla como un cerdo cuando me alejo de él.

«Eres una porquería», digo, tapándome la nariz mientras el olor a caca me sube por la nariz. «Jesús Cristo». Se me llenan los ojos de lágrimas y el vómito me sube por la garganta otra vez.

«Animal», escupí en el suelo.

«¿Me habrías dejado ir al baño si lo hubiera pedido?» Amit ni siquiera se molesta en disimular su sarcasmo, y me deja sin aliento que aún tenga energía para esto.

«Chúpate la verga, cerdo.» Es increíble que aún no haya hablado, ni siquiera después de abrirle la piel. Es más duro de lo que imaginé.

«Creo que el animal eres tú.» Amit habla con los dientes castañeteando. El dolor y el frío lo están desgarrando, y por fin veo la grieta. Pero me pregunto: ¿cuánto más voy a tener que hacerle? ¿Cuánto más va a sangrar? ¿Y yo? ¿Hasta dónde llegaré?

Agotado por el pulso sordo de mi mano rota, me dejo caer contra la pared de enfrente. La piedra es fría y dura, pero me sostiene. Me

rindo al suelo y dejo caer la mano sobre mis rodillas.

Amit y yo nos clavamos la mirada, como si el primero en parpadear muriera. No pestañeamos. Ni uno. Y cuando por fin dejó caer la cabeza,_gitando por el corte en la nuca_, sonreí sin mover un músculo. Uno a cero.

«Cuando Hope tenía casi cuatro años, Libby anunció que estaba embarazada de nuestro segundo hijo. Llevábamos tiempo intentándolo, pero no había salido como esperábamos. Recuerdo que me senté con Lib y le dije a Hope que dentro de unos meses tendría un hermanito o una hermanita. Ella lo asimiló como siempre: en silencio, sin reacción inmediata. Luego, con voz tranquila, dijo que esperaba que fuera una hermana. Lib y yo nos reímos, le prometimos que no podíamos asegurar si sería niño o niña... pero que, fuera como fuera, la amaría de todo corazón.»

«Con los meses, mientras la tripa de Libby se hincha, a menudo veía a Hope apoyada en ella, escuchándolo. Estaba segura de que le susurraría… y le diría si era niño o niña.»

Amit gime.

«Puto», le lanzo una piedra cualquiera a la cabeza, pero se me fue justa —por suerte para él—. Se le levanta de golpe y el pánico en su cara me basta: no volverá a abrir la boca.

«Cuando nació Gracie, casi me sentí en paz de que no fuera niño. No digas que no me habría encantado tener un hijo: tirarle un balón, enseñarle a afeitarse… lo de siempre. Pero yo conocía a las chicas. Sabía qué iba a pasar con Gracie. Un hijo? Eso sería meterme en lo desconocido.»

«Era rara, con orejas de duende que se le doblaban en la punta y asomaban por los lados de la cabeza. Como las de su madre solían ser —me dicen— antes de la cirugía.»

«Era la ley de los desdichados: el parto fue pan comido, pero al traerla a casa descubrimos que Hope le había dado varicela. Fue una pesadilla. Tenía una fiebre de locura, y ya empezaban a salir las primeras manchas. Mi mamá, que la había cuidado en el hospital, insistió en llevársela a su casa unos días. Nadie quería arriesgar a la

bebé recién nacida. Pero mandar a Hope lejos justo después de traer un bebé nuevo a casa… no lo aceptamos bien. Ofrecí ir con ella, pero me dijo: "Quedate con ella". Tenía razón. Pero la culpa me destrozaba.»

Antes de que Mamá la llevase de vuelta a Tunbridge Wells, le dejamos mirar bien a su hermanita. Hope la observó por primera vez como si fuera una figura de porcelana, algo alienígena y demasiado frágil para tocar. Lib y yo moríamos por dejarla abrazar a Grace… pero sabíamos que sería un error.

«Lib le dijo a Hope que se iba de vacaciones especiales con la abuela, así que no tendría que oír llorar a su hermanita toda la noche. Le prometimos que habría regalos esperándola al volver. Eso ayudó un poco.» No puedo evitar sonreír al recordar a mis dos hijas juntas por primera vez. Había anhelado ese momento durante meses.

«Cuando nació Gracie, Lib y yo supimos al instante que nuestra familia estaba completa. No queríamos más hijos. Ya teníamos nuestras dos mitades.» La sonrisa se desvanece de mi rostro. «Pero tú me la llevaste. Y ahora falta una pieza de nuestra familia.»

Me levanto, apoyándome en la mano buena, y me lanzo contra Amit, que se quedó clavado, viéndolo todo. Escupo un bolo de flema y se lo crío en la cara. Le estalla en la frente y baja lento, como una babosa.

«No me mates.» Los ojos de Amit se llenan de terror y lágrimas.

«¿Por qué no?» No pienso matarlo.

Si me dejas vivir, te lo diré.

43

Libby

«¿Cómo nos encontraste?» le suelto entre dientes al inspector King, que se queda allí, malditamente pomposo. Sonríe, satisfecho, y no responde.

Esta situación se va a la mierda cada minuto. Danny, maldito seas por ser tan idiota.

Paul, Simon y yo nos miramos en la oscuridad, sin decir nada, preguntándonos si también estamos jodidos.

"Esto es asunto de la policía." King se aclaró la garganta.

«Es mi marido.»

«¿Qué vas a hacer?» preguntó Simon con voz vacilante.

«Podríamos detenerte por ayuda y encubrimiento en un secuestro.» King le apuntó con su linterna a los ojos de Simon y se la clavó allí, tenaz. «Pero ahora tenemos un secuestro en curso. Alátense y dejen que hagamos nuestro trabajo.»

En la oscuridad, las figuras empiezan a surgir —unas, luego más — zumbando alrededor. Nos tienen rodeados.

«Déjenme hablar con él. Estoy seguro de que esto se puede resolver sin más problemas.» Paul da un paso adelante, hablando con autoridad.

«No lo dejo entrar, señor.»

«Voy a entrar ahora mismo, a la mierda con tu permiso.» Paul se gira de golpe y se lanza hacia el edificio, pero King le agarra el brazo con un puño de hierro.

«Estás metiendo las narices en un asunto de la policía. Si lo arruinas, no me quedará más remedio que detenerlo.» King no iba a aceptar un no.

Paul se desploma, y por primera vez en mucho tiempo, su cuerpo frágil delata cada año de su vida.

«Paul», le rodeo el hombro con la mano, «hagamos lo que él dice». No sirve de nada luchar.

«Vamos a acordonar la zona. Necesitamos que vayan allá, detrás de la línea». King dirige el haz de su linterna hacia un oficial junior, ordenándole que nos lleve lejos.

«¿Qué vas a hacer?» El frío me muerde la nariz.

«Empezamos con el contacto. El negociador de rehenes llega enseguida. Nos quedamos aquí.» King se gira de nuevo hacia el oficial. «¡Ya sácalos de aquí!»

«Creía que estabas de nuestro lado»; mi voz se quebró.

«Señora Bird, no puedo consentir lo que ha hecho su marido. Secuestrar a alguien es un crimen, por mucho que digas que fue por una buena razón.»

«Si eso es cierto, ¿por qué coño Chadrad anda suelto?» La ira me golpeó la cabeza como un puñal, y de pronto ya no podía dejar de temblar.

«Ninguna prueba que sugiera–»

¡Claro que sí, claro! El zapato. ¿Lo olvidaste? Estás tirando el tiempo y el dinero de todos persiguiendo a mi marido… cuando hay un secuestrador de niños suelto por ahí.

«Lib.» Simon se puso entre el inspector y yo.

«¡Tengo todo el derecho a estar loca de rabia!»

«Baja la voz», ordena King. Hago caso solo porque no quiero asustar a Danny y empeorar las cosas.

«Vamos al coche y que ya se encarguen ellos.» Me doy cuenta de que Simon está siendo razonable ahora, pero para mí ya no hay

vuelta atrás.

«Qué pena que no se te hubiera ocurrido antes de ayudar a Danny a cometer el error más grande de su vida.» Le aparto la mano del hombro y me voy a zancadas.

Cuando me acerco al convoy de patrullas reunido a cien yardas de la cabaña, la situación se vuelve real. Hay policías con armas, más patrullas de las que he visto juntas. Me da una rabia terrible que gasten tanta energía en esto... y no en buscar a Hope.

Kerry me avista y echa a correr hacia mí.

«¿Te encuentras bien, Libby?»

«¿Qué piensas? No tengo tiempo para ser educada.»

«Claro.» Se encoge y tira el cuello del abrigo sobre la cara.

«Me rastreaste el móvil, ¿verdad?» Por fin me doy cuenta. Ella no dice nada, pero su expresión lo dice todo. «Así es como llegaste malditamente rápido.»

«Tengo que saber: ¿Danny lleva algo?»

«¿¡Qué?!» La idea es ridícula. «¿Eso es lo que creen todos? Danny no tiene ni puta idea de dónde conseguir un arma. No es ningún criminal de mala ralea. Solo está desesperado. Está buscando a nuestra hija — algo que ustedes ni siquiera han logrado hacer.» Mis palabras cortan el aire como cristal, y su cara se desmorona. Al instante quiero tragármelas. «Mira, Kerry… lo siento. Estoy colapsado. No me lo puedo creer. Como si ya no fuera suficiente…» Mis palabras se pierden en el hielo del aire.

«Ven, siéntate en el coche y calienta un poco. No se puede estar parado aquí con este frío. Tengo té en un termo.» Su voz era tranquila y cálida.

«Gracias por ser amable conmigo.» Una sonrisa casi inexistente se dibuja en el borde de sus labios mientras abre la puerta trasera y me hace seña de que suba.

«Tengo que ir a hablar con mi inspector. Quédate aquí. Vuelvo en un momento.» Cierra la puerta con suavidad, dejándome solo en silencio, con el miedo como único acompañante.

CAPÍTULO 44

Danny

«¡Habla!» Mi cara está tan cerca de la suya que nuestras narices casi se rozan, y huelo la sangre, orina, mierda… con cada bocanada.

«Yo… yo…» tropieza, su acento indio sonando como una parodia de mal gusto, «hablaré si te vas y te sentás allá». Asiente con la cabeza hacia la pared del otro lado de la habitación.

«Escúchame bien: no tengo tiempo para juegos, y tú no mandas aquí.» Me enderezo, el pecho abultado, ignorando el dolor en la mano. Me está jodiendo la cabeza, y ya me veo sacando el puño con la mano sana, y golpeándole la cara una y otra vez, hasta que ya no sea un ser humano.

Forzándome a mantener la compostura, regreso al fuego que escupe en el tambor de aceite y me quedo pegado a la hoguera, fijando la vista en las llamas.

Esto es. Este es el momento que has esperado. Va a soltarlo.

45

Libby

Llevo casi una hora sentada en el coche, viendo cómo la policía inunda el campo oscuro con sus linternas y radios estáticos. Nadie ha movido un músculo para acercarse al edificio, ni siquiera ha intentado comunicarse con Danny. Me pregunto… ¿sabe él que estamos aquí? Y si lo sabe… ¿qué tiene planeado hacer al respecto?

Nunca en mi vida me he sentido tan lejos de él como ahora. Sabía que algo no andaba bien… pero claro, no andaba bien. Hope lleva meses desaparecida. Nos enfrentamos al primer Navidad sin ella —y todavía no sabemos dónde está ni qué le hicieron.

Este eterno infierno nos sigue hundiendo más y más en la desesperación. Danny nunca habría imaginado hacerle daño a nadie cuando lo conocí por primera vez. Sí, tiene mal genio, y ha dado algún puñetazo cuando algún imbécil se pasaba de la línea... pero eso es normal. Él no es un secuestrador. No es un delincuente. Ni un asesino.

Pero si se desmorona, si siente que lo acorralan, no sé qué podría hacer. Nos transformamos tanto por lo que pasó que ya no sé quién es él… ni quién soy yo. Nuestro matrimonio se rompió, y ahora dudo que algúna vez volvamos a ser los mismos. Cada vez que nos miramos, nos recordamos lo que ya no está. Pero necesitamos el

uno al otro para sobrevivir. Antes éramos tan fuertes… Mr. y Mrs. Invencibles.

Nadie sabe qué es lo que realmente lleva dentro hasta que ocurre lo peor. Algunas huyen… o se quedan y luchan. Supongo que Danny es un luchador. Pero ¿qué soy yo entonces?

Aquí, sentada, aferrada a un termo ya frío, me pregunto si tendré la fuerza para aguantar hasta el final… y estar ahí para Danny cuando más me necesite.

Me sobresalto al oír un golpe seco en la ventana. King me observa a través del vidrio. Abro la puerta y salgo.

«¿Y?»

«Tenemos controlado el área. Nada entra ni sale sin mi permiso.»

«Seguro que las ovejas locales se les van a caer los pantalones.» Sé que no necesito ser sarcástico, pero algo en él me provoca.

«Entiendo que esto debe ser un momento muy difícil para usted, Sra. Bird.» No se deja llevar. «Pero necesito que me responda unas preguntas. ¿Puede hacerlo?»

Miro al hombre en quien confié para encontrar al secuestrador de mi hija, y todo lo que siento es una decepción amarga.

«Solo quiero que esto termine.»

«Bien.» Percibe mi descontento y desvía la vista. Los dos sabemos que falló con Hope. Quizás, solo quizás, lo haga bien con Danny.

«Responderé a cualquier pregunta que tengas —me acerco hasta volver a estar en su mirada— si me prometes que no le harás daño a mi marido.»

King se queda quieto un momento, ponderando su respuesta. «No hay motivo para pensar que necesitemos recurrir a la fuerza… por ahora.»

«Eso no es una respuesta.»

«Es la única que tengo por ahora. Si respondes a mis preguntas, entonces podría responderte como corresponde.»

«Bien. ¿Dónde quieres hablar? No tenemos muchas opciones.»

"Tenemos el coche de la escena estacionado al final de la senda. ¿Te importa acompañarme?" Hace un gesto con la mano, cortés pero firme, para que pase primero.

«¿Por qué no pasa nada? ¿Y todos ahí, sin moverse?»

«Esperamos al negociador de la NCA. Ya deben estar llegando.»

«¿NCA?»

«NCA», avanza el inspector con las manos a la espalda, largas zancadas sobre el sendero lodoso.

«Eso suena grave.»

«Lo es, señora Bird. Esto es muy grave, de verdad. Su marido ha secuestrado a un hombre y lo tiene encerrado en un edificio en mitad de la nada.»

«¿Cómo lo sabes? ¿Le pediste a Danny que dejara ir a Amit? Tal vez solo estén hablando.» Las palabras suenan tontas, incluso para mí misma.

«Para eso está el negociador.»

En pocos segundos, ahí está: un furgón policial, blanco y monstrous, que nos domina como un Winnebago gigante.

King se acerca a la puerta y la abre.

«Adentro», ordena, mientras subo a lo desconocido.

Dentro, una línea de computadoras y máquinas. Los agentes pasan los dedos sobre los teclados sin levantar la vista, como si ni siquiera me vieran llegar.

«¿Quieres un té?» King se echa una ración en un vaso de poliestireno y sopla en el vapor que sube.

«No, gracias. Ya me sobra el té.» Se encoge de hombros, sin dejar de sorber.

«¿Sabías lo que tramaba tu marido?» Sus ojos, pequeños y penetrantes, se clavan en los míos.

«Ya déjamelo claro.» Estoy harta de sus juegos. «No. No tenía la menor idea. No me dijo nada. Me convenció de ir a ver a mis padres a Cornualles... supongo para poner en marcha su plan loco. No me lo puedo creer. Él detesta a mis padres. Debería haberlo visto venir.»

«Hablé con la señora Chadrad. Dice que tú y tu marido fueron a verla... y que sintió que la amenazaban.»

«¡Joder! Primero me ofrece té… y luego me interroga. No fue así.»

«¿Admites que fueron ustedes?»

‘Eso fue hace meses. ¿Crees que estaría aquí, suplicándole a Danny que lo dejara ir… si yo tuviera algo que ver? ¿En serio?’

«Señora Bird, sólo quiero saber qué llevó hasta esto.»

«Que se la llevaran a Hope. Eso fue lo que desencadenó todo.»

«Pero su marido no tiene antecedentes.»

«Sí, claro que es fuera de carácter. No hace falta ser inspector para darte cuenta, inspector. Está desesperado.» Un nudo se me formó en la garganta y por un momento no pude hablar.

Uno de los agentes, pegado al teléfono, se gira hacia nosotros. «Señor, el negociador está en camino. En cinco minutos.»

Las cosas van a volverse aún más graves.

46

Danny

«Habla, o te cortaré otra vez.» Amit levanta los ojos hacia mí como un perro que acaba de recibir una regañina—el miedo pegado en la mirada, la cabeza baja, esperando lo que viene.

«¿Me lo juras si te lo digo?»

«Sí.» Si mi mano no estuviera hecha un desastre, cruzaría los dedos para que te creas que digo la verdad.

«Está bien. Tu hija pequeña llegó a mi local.»

Me martillea el corazón en el pecho y no sé si respiro.

«Quería una revista, así que la vi pasar las páginas de todas.»

Empiezo a sentirme mal.

«Entonces decide que quiere una con un cepillo de juguete, así que se acerca al mostrador y me lo da.» Se queda en silencio y fija la mirada en el suelo.

«¿Y luego?» No aguanto más. ¡Dímelo ya!

«Metió la mano en el bolsillo para sacar dinero, pero se le cayó al suelo.» Los ojos oscuros de Amit recorren la habitación, cualquier cosa menos mirarme.

«Se estrelló la cabeza contra el mostrador al levantarse. Fui a ver si estaba bien y le apoyé la mano en el hombro.»

La idea de que este bastardo retorcido toque a mi niña me desmorona. Sin dudarlo un instante, le pego una patada en el pecho y la silla se voltea hacia atrás. Sus manos, atadas a la espalda de la silla, aguantan el golpe entero. Y entonces se oye un crac horrible, seguido de un grito de Amit: no un chillido, sino un aullido desgarrado que rompe el aire.

«Dijo que no me haría daño.» Su voz se quiebra de desesperación.

Respirando sin control, le di un shrug y le volví a patear las costillas.

Amit tose, y un chorro de sangre le salpica la boca. En sus ojos, el mismo horror que siento en el mío. Y entonces, empieza a ahogarse.

Una parte de mí quiere hacerlo bien y levantarlo del suelo, pero me divierte verlo sufrir. Ahora está en pánico, tosiendo una y otra vez. Sangre y saliva se arrastran por la comisura de su boca y se deslizan por su rostro. Estoy fuera de mí, observándolo como si fuera una película.

«No puedo respirar», tose.

No me muevo.

«Por favor, ya lo digo.»

«¿Dónde está ella?» No siento nada por el hombre que yace en el suelo, moribundo frente a mí.

47

Libby

«¡Señor!» Un oficial con un arma grande se lanzó dentro de la furgoneta. «¡Escuchamos gritos… de la casa!» Sus ojos grises estaban desorbitados, y el frío le había tiñido la nariz de rojo.

King me lanza una mirada que no entiendo y sale corriendo al exterior para hablar con el policía armado. Lo sigo, tambaleándome al bajar de la furgoneta. Las piernas me flaquean y el mundo da vueltas.

«¡En posición! Tengan vista limpia del sujeto. El negociador viene —solo tenemos que aguantar unos minutos.»

«Sí, señor.» El oficial da la espalda y se aleja, hablando por la radio que lleva en el chaleco.

King me pasa por alto y se dirige hacia un grupo de oficiales de más rango, reunidos a unos metros de distancia.

Al quedar sola en el frío, miro a mi alrededor, desesperada, buscando a Simon y Paul. A lo lejos, una nube de humo de cigarrillo se eleva contra la noche negra, y sé que él la ha encendido. Avanzo a trompicones por el sendero de lodo seco, casi cayéndome en mis botas de tacón, hacia él.

No puedo sacar de la mente la imagen de esa pistola de metal.

¡Simon, Paul, ¡pasó algo!

«¿Qué?», espeta Paul.

«No lo sé—me faltaba el aire por el frío. Escuché gritos saliendo del edificio. ¿Sabes que hay policías armados aquí?»

«Los vi antes» —suelta Simon, suelta el pitillo y lo pisa—.

«King me dijo que traen un negociador, ¡pero le ordenó a los de armas rodear el edificio y tenerlo bien a la vista a Danny!»

Simon y Paul se miran, como si el tiempo se hubiera detenido.

Rompo el silencio. «¿Qué hacemos ahora?»

«No le van a disparar». Paul intenta sonar seguro, pero se le quiebra la voz. «Quizá no fue Amit el que gritó». Los tres sabemos que es casi seguro que sí fue él. «Seguro que esperan al negociador antes de hacer algo descabellado».

«Tengo tanto frío». Me froto las manos y me doy cuenta de que ya otra vez me castañetean los dientes.

«No aguanto esto», dice Simon, cerrando los ojos y tapándose la cara con las manos. «Esto no sirve de nada. Hay que entrar y hablar con él».

«Estoy de acuerdo», asiente Paul.

«Pero no nos van a dejar entrar», digo.

«Quizá si nos acercamos lo suficiente, le gritamos que se cuida.» Simon va diciendo lo primero que se le ocurre.

«Pero podría pillar el pánico y hacer algo loco.» Esta situación se va de las manos.

«No podemos quedarnos mirando.» Simon se hace un pitillo.

«Dame uno.» La mano temblorosa se extendió de pronto, necesitando fumar otra vez.

«Venga, entonces,» metió Paul, y me hizo alzar una ceja. «Hace veinte años que dejé de fumar.»

No me lo podía creer… Nunca lo supe. Hoy es el segundo hombre en mi vida que me deja sin aliento. Y en silencio, ruego que esto sea todo.

48

Danny

«Me sentaré aquí y te veré morir ahogado si no me respondes ya.»

Acariciando mi mano rota, me agaché sobre los talones y incliné la cabeza hacia un lado para mirarlo mejor. Amit tenía los ojos desorbitados, como los de un toro loco. Los blancos de sus ojos habían desaparecido; sus pupilas eran dos pozas negras, sin fondo.

Amit sigue escupiendo y chacoteando mientras me levanto y me acerco al tambor de aceite, aferrándome a la esperanza de que el calor del fuego alivie ese dolor agudo, cortante, que me desgarran los dedos.

De reojo, un rayo de luz atraviesa la ventana y me lanzo al suelo. Hay alguien fuera con una antorcha.

El pánico me estruja el pecho y miro a Amit: no puedo dejar que muera. Si alguien viene a encontrarme aquí, no puedo estar sentado con un muerto.

Rascando el suelo de rodillas, levanto a Amit hasta que se queda erguido. Tan cerca de él, oigo el jadeo en su pecho. Debe de haberse roto alguna costilla cuando lo pateé. Todo se ha ido de las manos, y ahora alguien se arrastra afuera. Por un segundo pienso

que puede que Simon haya vuelto… pero él no se arrastraría por ahí con una antorcha.

Estoy agradecido de que Amit no haya visto la luz de la antorcha —si lo hubiera hecho, habría intentado gritar.

Sin detenerme, agarro el rollo de cinta, arranco una tira y se la pego con fuerza sobre la boca. No puede gritar. Se contrae al sentir el adhesivo rozar sus heridas.

«No te muevas ni chistes, mierda.»

Amit asiente con una mueca exagerada, y la herida en la nuca se vuelve a abrir, dejando correr otra fina línea de sangre.

No aparto la vista de la pequeña ventana donde vi la luz de la linterna. La noche volvió a ser una negrura pegajosa, y nada más se mueve. Pero sé lo que vi. Alguien está ahí fuera.

Entonces, la cabaña se llena de luz. Luces brutales la rodean, clavándonos como bajo focos. Me paralizo.

«Daniel Bird», resuena una voz potente por el megáfono. «Soy Dave Hardy, negociador de la policía. Estoy aquí para hablar contigo y encontrar una salida pacífica a esto.»

Hay una pausa, y mi corazón late a mil por hora.

«Dime que estás ahí, Dan. ¿Puedo llamarte Dan?»

Me quedo clavado. No sé qué decir. Saben que estoy aquí. Mierda.

«Dan, ¿me escuchas?» La voz del hombre es rasposa, demasiado serena.

—Sí —llamo, y se me quiebra la voz.

—Bien. ¿Te importa si te llamo Dan?

—Bien. Como si hiciera diferencia.

—Dime si Amit Chadrad está contigo.

De pronto me doy cuenta de que estoy rodeado. Todos allá fuera saben que Amit está aquí, pero aún no puedo aceptar cuán grave es esto.

—¿Está Amit contigo, Dan?

—Sí.

—Bien. Vale. ¿Lo lastimaron, Dan?

Ojalá ese maldito dejara de decir mi nombre. Sé lo que está haciendo. No soy tonto. Pero no sé qué contestar.

—Dan, ¿está herido Amit? —La voz brama de nuevo.

—Está bien —dije.

—Vale. Bien.

Esto no está bien, creo.

—Tienes arma, Dan. Dime la verdad, o no nos sacamos de esto.

¿Armad? No soy un loco con un arma. —No, no tengo ninguna— digo, al entender lo peligroso que deben creer que soy.

—¿Tienes alguna arma? —grita Dave. Y ahora… no sé qué responder.

—No. Es media verdad.

—Bien, Dan. Voy a tratarte como te corresponde. Puedes confiar en mí. Pero necesitas apartarte de Amit. ¿Lo harás?

—No. No voy a ceder. Después de todo lo que he hecho, no me van a doblar tan fácilmente. ¡Lo confesó! Lo conseguí. Enrollo mi brazo sano alrededor de su cuello y lo mantengo en una llave de cabeza, para que todos vean que no estoy jugando.

Cayó el silencio mientras planeaban su próxima jugada.

—OK, Dan. Vamos a hacer esto juntos, para que todos salgamos vivos. Nadie tiene que salir lastimado. *Ya la herieron*, pienso, aprieto más el agarre mientras Amit se agita en la silla.

—Lo siento, pero no lo suelto hasta que me dé lo que quiero.

—Déjennos encargarnos.

—Han pasado meses, y la policía ni siquiera ha movido un dedo. Este pedófilo anda suelto, libre como el viento. Ya tuvieron su oportunidad. Ahora… lo hago yo.

—Esta es la primera vez que te veo. Pareces un hombre razonable. Sé que estás al límite, pero esto no soluciona nada. No eres el culpable, pero no te puedo ayudar si no colaboras. ¿Lo harás, Dan?

—Hasta que no me diga dónde la tiene.

—Eres capaz. No eres tonto. Sabes que tienes que dejarlo ir, Amit. Tu mujer y tu hija dependen de ti.

—Lo hago por ellos.

—Libby no quiere que le hagas daño a Amit, Dan. Quiere que lo dejes ir… y que salgas sano. Eso es todo lo que queremos.

—¿Lib está contigo? Siento que se me va la determinación.

—Sí, Dan. Está preocupada por ti. Te ama.

Esas tres palabras me desgarran… pero sigo sintiéndome como un animal acorralado.

—¡Y yo la amo! —grito—. Por eso hago esto. Nosotros merecemos saber qué le pasó a nuestra niña.

—Esto no puede ser.

—¡Dejadme en paz o lo mato, joder! —Amit se retuerce otra vez —. ¡Estoy serio! ¡Aléjense!!

—No podemos hacer eso, Dan —dice Dave con calma—. No lo vamos a permitir.

—No puedes detenerme. Le clavo los dientes en la parte superior del cráneo sudado de Amit y aprieto con todo lo que tengo. Por la cinta aislante, chirría como un cerdo degollado.

—Dan, el edificio está rodeado. Policías armados están dentro. Esto no tiene por qué acabar mal… pero tú sí puedes hacer que termine así.

¿Policías armados? ¡Joder!

Con toda esa luz artificial que invierte la habitación por la ventana, sé que estoy plenamente a la vista. Arrastro a Amit en su silla, las patas de madera rechinchando contra el suelo de piedra, y me desplazo a ciegas, buscando ocultarme: que los policías con las armas apuntando no me vean.

«Lo único que quiero es hablar con Amit. Después lo suelto. Pero necesito cinco minutos para las respuestas que necesito; de lo contrario, esto se va a poner feo de verdad». Oigo la voz saliendo de mi boca... pero no la reconozco. Esa... no soy yo.

«¿Por qué no me dejas entrar, Dan? Hablaremos, cara a cara.»

«¿Por qué?»

«Porque estoy aquí para ayudarte. Permíteme ayudarte, Dan.»

«¿Cómo podrías siquiera ayudarme?»

«Déjame asegurarme de que Amit está bien; luego, tú y yo le hablamos.»

«No.»

Ese hombre no entra. Nunca podría mirarlo a los ojos.

Libby

—Déjame intentarlo. Por favor, háblale. Creo que puede ayudar. Me agarro al abrigo de Dave, jalando la manga como si fuera la última cosa que me sostiene. Él no mueve un músculo. Sus ojos, helados y fijos, clavados en el edificio, esperando que Danny vuelva a hablar. Cuando no responde, Dave se gira hacia mí. Y con un clic, apaga el megáfono. Ahora, solo nosotros. Y la oscuridad que hay entre nosotros.

—Vale. Mantén la calma. Háblale de tu vida con él. De tu hija. No menciones a Chadrad. Cree que lo hace por ti—y usará cada palabra que digas como arma. Dile que quieres que vuelva a casa. Esto no lo quiero.

Asiento. Agarro el megáfono.

—Si se descontrola, lo corto. Queremos que esto termine.

Al encender el megáfono con las manos temblorosas, Dave dio un paso atrás. El escenario es mío ahora. Tengo que acertar.

—¿Danny? Mi voz suena rara… distorsionada. Soy yo. Lib. El silencio me estrangula. No puede ignorarme. —Danny, por favor… háblame. Espero.

—Lib… —su voz es un susurro apenas, desvaneciéndose.

—Vuelve a casa… Te extraño. No necesitas hacer esto. Vuelve a casa… dejemos esto…

—¡Lo admitió todo, Lib! ¡Confesó! Estamos a un paso de tenerlo todo… Solo cinco minutos más. Te lo juro: esto termina ahora.

—No, Danny. Esto se acaba ahora. Ya conseguiste la confesión. Y eso basta. Deja que la policía lo lleve desde aquí. Ya basta. Ahora… alejate.

El silencio me deja sin aliento. Aquí, en el frío, con el viento y la oscuridad pegados a mí… nunca, en toda mi vida, me he sentido tan solo.

—Hope no querría esto —grito. Me agarro a un clavo ardiendo.

Él sigue sin hablar.

Siento una mano en el hombro y giro… y ahí está Dave.

«Hiciste lo que pudiste». Me arrebata el megáfono y vuelve al sitio donde estaba con King, ya en silencio, planeando su siguiente movimiento.

«Debe de estar tan asustado». Me limpio la nariz con la manga del abrigo mientras Simon se acerca y me abraza. El olor a tabaco en su ropa me lleva de vuelta a mi abuelo.

«Va a darse cuenta, Lib. Va a estar bien.»

«Si quiere hablar con Amit, ¿por qué no lo hace? Pregúntale al monstruo lo que tengas que preguntar y sal de allí. No entiendo.»

Está atrapado—y está perdiendo la cabeza.

«Lo sé. Yo también me siento así.» Miro a Dave y King, en plena discusión. «Esto no me cierra.»

CAPÍTULO 50

Danny

«Vale, cerdo de mierda, todo el mundo sabe que estás aquí. Ahora tienes audiencia, hijo de puta. Es hora de cantar como un canario. Voy a arrancarte la cinta adhesiva y me vas a decir exactamente lo que le hiciste a mi hija. Si no lo haces, esto se va a eternizar. Te toca a ti: hablas y sales de aquí vivo. No hablas… pues no será cosa bonita.»

Amit asiente lentamente.

Antes de despegarle la cinta, le clavo la mirada en la cara, aterrada. Quiero que sepa que no juego.

Sus ojos están en ruinas: rojos, hinchados, llenos de lágrimas. Ya no es el hombre que traje aquí veinticuatro horas atrás.

Arranco la cinta sin piedad y lo miro mientras jala aire como si fuera la primera vez. El ruido que sale de su pecho se vuelve más fuerte con cada bocanada. Me pregunto, sin creerlo del todo, si ya lo he matado.

Digo mientras Amit mira a su alrededor, esperando hallar ayuda.

'Yo… yo…' Su voz es un ronquido roto, las palabras salen atragantadas.

¡Habla, cabrón! La baba salpica de mi boca.

«Bueno… se golpeó la cabeza.» Lucha por girarse hacia la ventana, pero las amarras lo mantienen clavado en la silla.

¿Y?

«Entonces digo que la subo para ponerle hielo en la cabeza. Ella me sigue. No la hago daño, lo juro.» Los ojos de Amit recorren la habitación iluminada por focos, buscando una salida. Sé lo que piensa.

«¿Cómo pasa Hope de estrellarse la cabeza en tu tienda a desaparecer? Explícamelo.» Se me acaba la paciencia.

«Bueno, yo… ella… digo, cuando subimos al piso, se pone el hielo en la cabeza. Después se quedó dormida. En la mesa. Intento despertarla. De verdad que intento. Pero no se mueve.»

Me está diciendo que está muerta—that fue un accidente. Se me quiebran las piernas. Caigo al suelo, me cubro la cabeza con las manos y suelto un grito que me desgarra por dentro.

51

Libby

«¿Qué coño fue eso?» Levanto la mirada hacia Simon; su cara reflejaba el pánico puro.

«No lo sé.» Lanza una mirada hacia King y Dave, que ya han volteado hacia el edificio.

Dave avanza un paso y acerca el megáfono a la boca.

«Dan, ¿todo está bien ahí dentro?» Nos quedamos sin aliento, esperando una respuesta que no contesta.

«Dan, hablame. Necesito saber que tú y Amit están bien.» King da la espalda a Dave y habla por la radio.

Veo cómo la policía armada avanza hacia la cabaña, los cañones apuntando. Como si el tiempo se hubiera roto.

«Dan, necesitas hablar conmigo.» La voz de Dave se le rompió, y su desesperación se propaga por las colinas oscuras. «¿Dan?»

«¡Dijo que fue un accidente!» Danny grita, sus palabras desgarrando el aire helado y silencioso. «¡Dice que está muerta. Mi bebé. ¡Está muerta!»

52

Danny

«¿Dónde está ella?» Me arranco del suelo. Las piernas no me sostienen. Me acerco al que mató a mi hija. He esperado meses por esto. Ahora que sé… casi prefiero no haberlo sabido nunca. En segundos, el mundo se partió. Hasta entonces, una parte de mí todavía la creía viva. Que algún día la volvería a ver.

«¿Qué le hiciste? ¿Dónde está su cuerpo?» No quiero creer que haya un cuerpo. Las lágrimas me arrasan, y, extrañamente, he olvidado el dolor en la mano. Algunas cosas… duelen mucho más.

«Si me sueltas… te lo digo.» Amit no se atreve a alzar la mirada. La cabeza erguida hacia el suelo.

«No. Me lo dirás… ahora.»

Antes de tener tiempo de pensar, reacciono y le agarro el cuello. Es gordísimo, blando, y aprieto hasta el límite. Los ojos se le salen de las órbitas, la boca se abre de par en par, buscando aire como un pez en seco. Sigo apretando. No siento el dolor en mi mano rota. No oigo a la policía gritando afuera. Su cara se tuerce en púrpura. Puedo sentir la sangre en sus venas intentando subirle a la cabeza. Su pulso late contra mis palmas.

Entonces veo cómo se ensanchan las venas de sus ojos, rojas como cristales rotos. Su lengua sale arrastrándose, se contorsiona

como una costilla de carne cruda. Su aliento sabe a sangre vieja. Su cuerpo se sacude como una cuerda que se quiebra. Oigo un chasquido seco dentro de su garganta. Y entonces—ah, Dios—ese olor: caca. Otra vez. Sigo apretando. Más. Hasta que su cuerpo se derrumba. Hasta que la luz en sus ojos se apaga, lenta, como una vela que se ahoga. Una hilera de sangre le gotea por la comisura de la boca, baja por la barbilla. Pero no suelto. No voy a soltar. Ni siquiera cuando la policía estalla en la habitación y me apunta con las armas. Ni siquiera cuando oigo el clic de las cargadoras. Ni siquiera cuando el primer disparo rompe el aire.

53

Libby

Todos corren hacia la cabaña. Figuras giran en un torbellino, lanzándose hacia el caos. Pero yo no puedo moverme. Ni siquiera puedo moverme. No oigo los gritos que vienen de todas partes. Veo sus bocas moverse... pero no oigo nada.

Como si fuera un fantasma, me desdibujo fuera de mi cuerpo y veo el caos desplegarse, completamente desconectada. Paul avanza hacia el edificio, ahora vivo con policías, técnicos de forense y un par de paramédicos.

Mis piernas no se mueven. Se quedan atrapadas en la tierra dura bajo mis pies. Simon sigue a mi lado, y no decimos nada.

Cuando King finalmente emerge de la escena, lo veo acercarse. Cada paso largo que da me hiela por dentro. Los agentes que giran a nuestro alrededor se desvanecen como humo cuando me alcanza.

«Lo siento. No tuvimos elección.» King se erige como una estatua, las manos unidas frente a él. Simon se tapa la boca con la mano y se aleja, dejándonos clavados el uno en el otro, sin decir una palabra.

«Lo estaba matando.» Detrás de King, veo dos bolsas negras being wheeled out de la cabaña. ¿Cuánto tiempo he estado aquí... parado?

«Están muertos.» Miro cómo abren las puertas de la ambulancia y cargan las bolsas.

Sí. King da un paso hacia mí, como si fuera a agarrarme. Pero no caigo. No puedo moverme. Mis ojos están clavados en las bolsas negras. Desde aquí, no sé quién está en cuál. Se ven iguales. Es extraño. No reconozco su cuerpo. No sé en cuál de las dos está él.

No escucho a King, que sigue hablando. Me muevo hacia las bolsas. No recuerdo haber caminado, pero mi cuerpo sigue moviéndose. A solo unos pasos de las ambulancias, con sus luces de emergencia, me detengo. Sigo sin saber cuál es Danny. Las bolsas no dicen nada. Solo cuerpos que podrían ser cualquiera.

«¿Dónde está Danny?» Una paramédica se voltea hacia mí. Ya sabe quién soy. Sacará algo de una bolsa médica escondida bajo una silla en la ambulancia y se acerca.

«Ven, siéntate, cariño», dice ella, despegando la manta de aluminio de su envoltorio de plástico y cubriéndome los hombros. El crujido de la hoja es agudo, repentino, como un chasquido estático, como el miedo hecho sonido, mientras me lleva hacia la ambulancia.

«Tengo que saber dónde está.»

«Estás en shock. No creo que sea buena idea que veas el cuerpo en este momento.» Su acento escocés era suave, pausado, como las colinas que nos envuelven.

«Es Danny.» No puedo verlo como un cuerpo.

«Por supuesto.» Me guía a sentarme.

«Te va a ser más fácil verlo cuando lo hayan arreglado.»

«¿Pero cuál es él?» Empiezo a temblar sin poder parar, como si la tierra se partiera bajo mí. Ella no se mueve. Y entonces entiendo: solo yo estoy así.

«A tu marido lo van a llevar al hospital.»

«Quiero ir con él.»

«No va a ser posible.»

«No puedes llevártelo. Soy su esposa.» Las lágrimas se me escapan, y de golpe me ahogo, porque la náusea me muerde.

«Respira.» El paramédico me frotaba la espalda mientras vomitaba por todo el suelo frío.

Inclinada sobre mí, mirando lo que quedaba de mi estómago en el suelo, aparecen unos zapatos marrones de hombre. Sin levantar la vista, sé que son de Paul. «No puedo…» El pánico me estruja. Siento que me estoy ahogando.

Paul se agacha hasta quedar a mi altura. La cara roja, hinchada, los ojos azules aún borrosos de llanto.

«Se ha ido.» La voz de Paul se rompe. ¿A quién le está hablando?

«No.» Tartamudeo y me derrumbo en el suelo, apretando las rodillas contra el pecho y metiendo la cara entre ellas. «No puedo perder a nadie más. No a Danny. Así no.»

Siento cómo el paramédico da un paso atrás, dejándonos solos con el peso de todo lo que acaba de suceder.

«Ahora está con Hope», dice Paul, soltando un suspiro entrecortado antes de levantarse y alejarse. Ninguno de los dos nos atrevemos a mirarnos—ni siquiera un segundo más.

CAPÍTULO 54

ENERO 2014

Libby

Llegó el día del funeral. El choque de Danny muerto… y luego descubrir que Hope también estaba muerta. Me quedé catatónica durante días. No recuerdo qué pasó. Policías. Preguntas. Prensa. Todo sigue siendo como un sueño misterioso, como si le hubiera pasado a otra persona.

Al principio, Paul y Clare querían estar cerca de nosotros. Querían pasar tiempo con su única nieta y con lo único que les quedaba de su hijo. Pero yo no aguantaba ni el mío, ni el suyo. Tenía tanto por digerir en esos primeros días.

Alex, mi maravilloso hermano, intervino. Les dijo con suavidad que se fueran a casa, que se dejaran llorar a solas, antes de que Gracie se ahogara en la miseria de tantos extraños. Tenía razón. Finalmente, Paul y Clare accedieron a volver a Tunbridge Wells. Creo que fue la llegada de la prensa a mi puerta —una vez más, como si no hubiera suficiente dolor— lo que los convenció. Ninguno de nosotros quería ver sus caras en las portadas de los tabloides.

Una mañana helada, mientras recogía la leche de la puerta, me Topé con Tom Daler. El tipo me metió un Dictaphone en la cara y me

preguntó si alguna vez había sospechado que estaba casada con un asesino. Sin pensarlo, rasgué la tapa de aluminio y le tiré la leche en la cara. No sé quién se quedó más sorprendido. No esperé saberlo. Cerré la puerta de un golpe. Media hora después, aún temblaba de rabia.

El doctor Vogler vino a verme un par de veces y dijo que vivía con las secuelas del shock. Me advirtió que me vendrían flashbacks, amnesia, desconexión y ansiedad. No se equivocaba.

Los flashbacks y las pesadillas eran lo peor. Mi cabeza me jugaba malas pasadas, y de pronto me encontraba dentro del edificio justo cuando disparaba. En esas pesadillas le gritaba a Danny, rogándole que se alejara de Amit, pero él no me escuchaba. Nadie me oía. Gritaba en silencio. Un segundo después, despertaba empapada en sudor, temblando.

No podía ni pensar en acostarme sola, y como Gracie se desmoronaba tras la pérdida de su padre, la dejé dormir conmigo cada noche. Despertar de una pesadilla significaba contener la respiración, no mover un músculo, con la esperanza de no despertarla. Ella se revolvía a mi lado, susurrando, a veces llorando en sueños, como si huyera de algo que yo no podía ver.

Nunca se me pasó por la cabeza que tendría que aprender a manejar a una niña en duelo. Nadie se prepara para eso. Sí, la gente pierde a sus abuelos, y duele, pero una niña no debería perder a su hermana mayor ni a su papá… especialmente no así. Es como una película mala, y nosotros estamos metidos en medio, sin nadie que grite: «¡Corte!».

Tras horas enteras sin saber cómo enfrentar el funeral, Alex finalmente me ayudó a decidir. El problema era que el nombre de Danny ya era basura. Aunque algunos intentaban entender cuán desesperado estaba, nadie podía pasar por alto que había matado a un hombre. No sé cómo me siento al respecto. Teníamos las respuestas que necesitábamos sobre lo que le pasó a nuestra hija, pero sus acciones no la devolvieron, y nos dejaron a Gracie y a mí sin él. Y, extrañamente, no hubo paz. Hasta que Amit confesó, nos agarramos a esa esperanza estúpida de que ella aún vivía, de que

volvería. Cuando Danny murió, se llevó esa esperanza — la única cosa que nos había aguantado durante esos meses horribles.

El mayor problema con el funeral fue que la gente de toda la zona venía a rendir homenaje a Hope, pero no querían ni llorar por Danny. Aunque jamás supimos dónde había escondido Amit su cuerpo, nos decidimos a hacerle un funeral igual. Así, por fin podríamos dejarla ir. Pero yo quería que estuviera con su padre. Tras una decisión que me partió el alma, Danny fue incinerado en un pequeño servicio cerca de Cambridge, en el vacío entre Navidad y Año Nuevo.

Hoy, el primer día laboral de 2014, se haría un homenaje sólo para Hope.

La comunidad entera se volcó con el caso. Hombres y mujeres de todas las esferas de la vida se unieron en la búsqueda desde los primeros días. Extraños pegaban carteles en cada esquina, pidiendo cualquier pista. El apoyo... era abrumador.

Extrañamente, el párroco de la iglesia de Santa María Magdalena empezó a aparecer por aquí, a visitarme. Era un hombre delgado y menudo, con el cabello canoso que esparcía una cantidad absurda de caspa, como una fina capa de nieve posada sobre sus hombros.

El reverendo Robert Waller estaba allí desde antes de que nosotros llegáramos. Siempre lo veías paseando por el pueblo, las manos tras la espalda, la cabeza inclinada. Dan y yo jamás le habíamos dirigido la palabra. No iba a misa. No creía. Pero una vez había entrado en la iglesia.

Ickleton había albergado en la Edad Media un convento benedictino, y en 1979 —año en que yo aún no había nacido—, un incendio intencional devoró la iglesia. Bajo la capa de cal que ocultaba sus paredes, el fuego dejó al descubierto una serie de pinturas bellas y raras, datadas en el siglo XII.

No me flippa la religión, pero el arte... eso es otra historia. Poco después de mudarnos al pueblo, Danny y yo entramos en la iglesia para ver los famosos murales: los que cuentan la vida de algunos santos y algunas historias bíblicas. Los colores se deslizaban por las

paredes en rosados suaves y marrones apagados, como tapices desvanecidos que susurraban siglos. Recogimos un folleto cerca de la puerta y descubrimos que no solo eran únicos en Inglaterra—eran el único ejemplo que aún sobrevivía de su tipo en todo el mundo.

De pie en la iglesia, con las cabezas levantadas al techo, sentíamos la historia los envolviendo. A pesar del olor a libros viejos y polvo, el edificio tenía algo… que te atraía. Fue entonces cuando entendí por qué la gente del pueblo volvía, semana tras semana.

La iglesia lo era todo. Por fin lo entendí.

Danny y yo nunca nos habíamos mezclado con la vida del pueblo. Vivíamos en nuestra pequeña cabaña en las afueras, y siempre nos bastaba con asentir de paso. Espero que no lo vieran como grosería —pero no buscábamos amigos. La vida en un pueblo inglés se vuelve asfixiante si te dejas arrastrar demasiado. Pero desde el secuestro de Hope, parecía como si nuestra vida ya no fuera solo nuestra. Todos se creían con derecho a enterarse de lo que pasaba, de quiénes éramos en realidad.

Cuando el vicario se presentó en mi puerta con ese maldito alzacuello, supe de inmediato que no iba a gustarme.

«Hola.» No abrí la puerta del todo, temiendo que la prensa acechara.

«Soy Robert Waller.» Su voz nasal rasguñaba el aire. «He venido a expresar mis condolencias.» El hombre se quedó allí, en el frío, tenso y tieso.

«Bueno, gracias. Soy Libby.» ¿Qué más iba a decir?

«Me preguntaba si podría pasar un momento.» Se sacó un gran pañuelo de algodón del bolsillo del abrigo y se limpió la nariz con un gesto nervioso.

No me apetecía parecer grosera, y una parte de mí temía a cualquier hombre de la iglesia, así que me aparté para dejarlo pasar.

«No me quedaré mucho.» Dobló el pañuelo con cuidado y lo guardó en el bolsillo. «Solo quería presentarme como se debe.»

«Gracias por venir, reverendo. Pero te advierto: no creo en nada.»

El hombre gris no parpadeó. "No hace falta tener fe para conocer el sufrimiento."

«Nada que objetar.»
«Hemos estado rezando por ti y tu familia.»
Me encendió. «Qué amable.»
«El Señor te enseña sobre el perdón» —Robert siguió hablando, con una voz que todo lo cura y todo lo roba— «y para encontrar consuelo, debes dejar que el perdón entre en tu interior.»
«¿A quién?»

El hombre que le hizo daño a tu hija.
¿Qué te importa?
«Cuando estés orando y tengas rencor contra alguien, perdónalo, para que tu Padre en el cielo te perdone a ti tus pecados». Marcos, capítulo 11, verso 25.
Me quedé paralizado, sin saber qué responder.
Pero no oro.

Rezamos por ti Libby.
«¿Y me pueden decir… si todos perdonaron a mi marido por su pecado?» Escupí la palabra como si me quemara la lengua. «Se supone que yo tengo que perdonar al hombre que mató a mi hijo. Pero ¿me dicen que le piden a su congregación que lo perdone a él?»
«Tienes que perdonar a los dos.»
«Tal vez. O tal vez no es asunto tuyo.»

'Creí que necesitabas hablar de lo que pasó. Es un caso trágico… y sé que estás sufriendo.'
«Claro que sí. Pero no sufrí como ella.» Mis manos empezaron a temblar.

'Si no quieres hablar conmigo, habla con alguien más: amigos, familia… o la policía.'
¿Para qué hablar con la policía? Mataron a mi marido.

Robert suspiró y se limpió la nariz otra vez.
Lo siento. No entiendo qué quieres de mí.

«Quería que perdonaras al que se llevó a tu hijo. Por ti.»

«Gracias por pensar en mí, pero esto lo haré a mi manera.» Lo saqué.

Después de todo lo que había pasado, lo único que quería era quedarme sola para desmenuzarlo. Pero el mundo no paraba de hablar de lo que Danny había hecho. El crimen de Amit… ya ni lo recordaban. Todo el mundo solo hablaba de Danny.

En las semanas que siguieron a lo ocurrido en Escocia, supe hasta el último detalle de la última confrontación de Amit con la policía.

Amit dijo que matar a Hope fue un accidente. Nunca sabremos si decía la verdad, pero todo el mundo pensaba que mentía—sobre todo con su historial criminal. Si fue un accidente, ¿por qué no llamó? ¿Por qué escondió su cuerpo? Nada de esto tenía sentido. Me dijeron que, tras confesar que la había matado, Danny se desató y lo estranguló hasta dejarlo muerto.

También supe que, durante las horas en que Danny mantuvo a Amit como rehén, lo torturó. Nunca lo entenderé. Sí, Danny tenía mal genio, como tantos hombres, pero en el fondo no era violento. Lo empujaron hasta ese punto.

Una semana después de su muerte, recuerdo encender la tele y ver a un psicólogo siendo entrevistado sobre lo que llevó al tiroteo. Era un tipo de aspecto empalagoso, con el pelo gris y grueso como un caso de estudio andante. Lo miró al entrevistador como si estuviera hablando a una sala llena de estudiantes y soltó que lo ocurrido solo tenía sentido si se estudiaba el Experimento de la Prisión de Stanford —el de 1971, en Estados Unidos. Un profesor de psicología usó a unos estudiantes para ver qué pasaba cuando los convertías en presos o en carceleros. Los dividieron en dos grupos y los encerraron en una versión falsa de prisión. Lo que sucedió después dejó helados a todos. Los que fueron asignados como carceleros se volvieron salvajes. Autoritarios. Crueles. Sin haber dado jamás señales de tal cosa. Eso —dijo el doctor— era exactamente lo que le pasó a Danny con Amit. La conclusión del experimento era simple: no eran los hombres. Era la situación. La situación, y no quiénes eran en realidad.

«Vemos una correlación clarísima entre este estudio y el trato inhumano que el señor Bird impuso al señor Chadrad», concluyó el doctor en el telediario matutino.

Tras la entrevista, el canal recibió una avalancha de llamadas, todas con ganas de opinar. Cuando una mujer dijo que Danny era «simplemente malvado», apagué el televisor. Ya tenía suficiente con especulaciones y tonterías. Nada de lo que se analizara explicaría jamás por qué Danny hizo lo que hizo. Lo que me encendía era que nadie —ni siquiera un medio— se preguntó qué hizo Amit o por qué. Amit se convirtió en víctima, y su crimen desapareció sin dejar rastro. La atención se quedó en Hope y en la tragedia de su vida truncada demasiado pronto… pero cómo y por qué murió fue ocultado bajo la alfombra.

Nunca sabré cómo sobreviví esas semanas. Debería haberle dado de comer a Gracie y cambiarla. La vida seguía, de alguna manera… pero todo se desdibujaba.

Cuando llegó el funeral de Danny, estaba rota. Una barbaridad de Valium me mantuvo en pie. Gracie, que siempre había sido una niña delicada, se fue volviendo más delgada. Su piel era tan pálida que las ojeras le abrazaban las mejillas. Se volvió silenciosa. Cerrada.

Cuando la senté y le dije que su papá ya no estaba, se metió el pulgar en la boca y se calló. Desde entonces, no lo ha sacado. No me suelta ni un segundo. Me acompaña hasta el baño. Como si temiera que yo también me vaya.

Esta mañana, tendida en la cama, espero a que se despierte. Intento prepararme para lo que viene. La prensa volverá, no hay duda. Arruinará nuestro pequeño pueblo, nuestro único refugio.

Cuando estuve con el funerario planeando el funeral de Danny, el hombre amable me preguntó si quería un ataúd para Hope. Me dejó sin aliento. No lo había considerado. No tenía sentido tener un ataúd sin ella. Me explicó que, a veces, la gente necesita algo físico donde dejar caer el dolor, aunque la caja esté vacía. Que era simbólico. Pero no podía soportarlo. Ninguna caja vacía me ayudaría a aceptar que se había ido. Solo me recordaba una y otra vez que no teníamos su cuerpo, su pequeño cuerpo, para enterrar. Le dije que no, con cortesía. Después de hablarlo con Alex, acordamos que el nombre

de Hope iría grabado en la piedra que iban a poner en los jardines de la crematoria.

El homenaje se celebraría en el salón de la escuela de Hope. La directora, la señora Fenton, dijo que era el lugar ideal—y todos los alumnos, amigos y familiares fueron invitados. También propuso plantar un árbol en el patio, en su memoria. Lloré cuando lo dijo, pero asentí, era algo hermoso. Antes de darme cuenta, las profesoras de su clase, Joanne Robertson y Helen Claire, habían hecho una colecta para comprar un cerezo, y lo plantaron al día siguiente.

La gente que me rodeaba, a la que ni siquiera había visto antes, se acercó sin pedir nada a cambio.

Mientras Gracie se movió a mi lado en la cama, le despejé los rizos castaños, apagados, de la cara. No importa cuánto durmiera, nunca parecía descansada. Nosotras también.

«Buenos días, monita.» Se frotó los ojos y estiró los brazos. Gracie sonrió apenas antes de arrimarse más, enterrando la cara en mi brazo. La apreté contra mí, sintiendo lo delgada que estaba. Su pelo olía a pan recién horneado. Inspiré hondo, guardando ese olor en la memoria, como si fuera el último.

«¿Sabes que hoy le decimos adiós a Hope?» Le hablé suave, con miedo de que no lo recordara. No respondió. «Vamos al colegio a cantar canciones que a Hope le gustaban. ¿Recuerdas cuál elegiste?» Su cabeza se movió, apenas, y casi me rompió en dos que me respondiera así. «¿Cuál era otra vez?» La conozco de memoria. Pero necesito oírla hablar. Necesito oírla.

«—Estrellita, estrellita… —El aliento de Gracie, tibio, se posa en mi brazo.»

«Sí, así es. ¿La cantamos juntas, pequeñita?»

Gracie sacude la cabeza con furia y se mete aún más bajo el edredón.

«Vamos, cariño, la podemos cantar juntas». Un nudo me subía por la garganta solo de imaginar que alguien más que Hope la cantara. «Está bien. No hace falta».

Nuestra conversación se interrumpe con el timbre agudo del teléfono. Contesté, maldiciendo el sonido, y deseé en secreto que hoy fuera algo que solo la familia debía saber.

«¿Sí?»

«Ah, hola, Lib.» La voz australiana de Mike se filtra por el teléfono.

«Hola, Mike.» ¿Por qué me llama a esta hora?

«Solo quería saber cómo están aguantando.»

«Bueno, ya sabes. Se va a poner pesado.»

«Sí, claro.» Él se detiene. «Mira, si quieres, dime que me largue. Pero me preguntaba… ¿te importaría si Eva y yo te acompañamos hasta la escuela? Sé que tienes a tu familia, pero… no sé. Tal vez te gustaría tenernos ahí.»

Solo la vi una vez desde que supe que Hope había muerto. No aguantaba mirarla, porque los recuerdos me cayeron encima. Se me olvida fácilmente que Gracie y yo no somos los únicos que lloramos.

«Claro. Sería bueno. Creo que a Gracie le haría bien.»

«Bueno, si estás segura. No quería molestarte… pero pensé que tal vez te haría bien tener a tus amigas contigo hoy.»

'Quizá sí. No lo sé. Esto es tan surreal, Mike. ¿Cómo pasó esto? ¿Por qué le digo adiós a mi bebé?'

«Ah, Lib, no llores. Me pongo algo y Eva y yo nos vamos ya. Os hacemos el desayuno. Hoy necesitas todo el apoyo que puedas.»

55

Esperanza

Llevo un buen rato arrancándome la piel de los pies. Se sienten como cuero seco, agrietado. Pensé que, para ahora, ya me habría acostumbrado a la oscuridad... que al menos vería sombras. Pero sigo ciego como una talpa. Y qué sentido tiene, si ahora creo que estoy bajo tierra. A veces huele fuerte —como el café que bebe papá, mezclado con hierba mojada. No sé si me gusta o no. A veces creo que sí... pero quizá ya solo me he acostumbrado a olerlo.

Otra cosa a la que me estoy acostumbrando es a estar solo. Al principio extrañaba a Zoe… pero ahora sé que aquí solo soy yo.

Lo más raro es lo que me pasa cuando no pienso en nada. Como si a veces ni siquiera existiera… pero cuando empiezo a pensar de nuevo, vuelvo a ser real. Es muy raro, un poco como si pudiera viajar en el tiempo, pero cuando no estoy aquí, no sé adónde voy ni qué me pasa. Son esos momentos—cuando viajo en el tiempo—los que me hacen volver a doler en esos lugares. A veces creo que tal vez duermo… y que ahí es donde se pierde todo ese tiempo vacío. Aquí no hay nada más que pensar.

A veces silbo canciones solo para ahuyentar el miedo, o murmurar rimas de cuando era niña. No arregla nada… pero por un rato, mantiene la oscuridad a raya. Y en ese instante, estoy de

nuevo allí: corriendo por el patio con Gracie, la risa enredada entre los árboles, mis amigos gritando mi nombre como si nada pudiera rompernos.

En la escuela, Eva y yo creamos el Groovy Club. Solo para las chicas del grupo. Nadie más. Ni un solo chico. Teníamos una contraseña secreta y escribíamos notas que escondíamos en nuestras mochilas: listas de lo que haríamos en el Groovy Club. Era divertido. Yo era la jefa, y Eva, mi secuaz.

Un domingo que me aburría hasta los huesos, mientras mamá y papá miraban fútbol en la tele, hice insignias para cada una del Groovy Club. Eran preciosa, con purpurinas que brillaban como estrellitas. Joanne y Helen dijeron que eran bonitas... pero no se llevaban al colegio. Así que las poníamos al final del día, cuando esperábamos que nos recogieran del patio. Me pregunto si mis amigas todavía tendrán sus insignias… ¿o las tiraron? ¿Tal vez ni siquiera recuerdan quién fui? Eva ya tendrá otra mejor amiga. Ojalá no fuera tan sola.

CAPÍTULO 56

ABRIL 2016

Libby

La primera vez que nos besamos, me deshice en un mar de nervios. Nadie me había mirado así en tanto tiempo, y aunque ya estaba con alguien, parte de mí aún se culpaba por no estar con Danny.

Me ofreció con tanta amabilidad venir a pasar la Nochevieja conmigo. Sabía lo difícil que era esa época del año. Todo todavía estaba tan crudo.

Solo habían pasado dos años desde que perdí a Danny y supe que Hope había muerto, y el tiempo se arrastraba. Gracie había empezado la escuela, y ahora iba todos los días, me dejando con horas vacías.

Aún extrañaba a Danny cada día. Él era el amor de mi vida, el padre de mis hijos. Sin él, nada volvería a sentirse igual.

Con el tiempo, los demás del pueblo empezaron a darnos espacio. El párroco seguía apareciendo, a pesar del frío que le devolvíamos. ¿Por qué no dejaba de aparecer? Jamás iba a encontrar a Dios, ni a poner un pie en una iglesia.

Venía una vez al mes, siempre con un caramelo para Gracie. Al principio lo odié por eso. Luego, sin darme cuenta, ya no lo odiaba

tanto. Robert dejó de sacar la Biblia y habló de cosas normales. Nunca más volvió a mencionar el nombre de Amit.

Una vez me preguntó si a Gracie le gustaría ir a la iglesia algún día a oír el coro cantar, pero negué. Por muy amable que pareciera, nunca dejaría que mi hija se apartara de mi vista, ni siquiera si fuera con él. Nos sentábamos juntas, tomábamos una taza de té, y él, como siempre, se disculpaba y se iba. Fue entonces cuando supe que él había ayudado a que la gente olvidara lo que nos había pasado. Estaba de nuestro lado. Pero no entendía por qué insistía, sobre todo después de todo lo hostil que había sido yo.

Después de que Danny murió, no pude seguir adelante. Era lo nuestro, y sin él no tenía sentido. Así que, para sobrevivir, empecé a hornear tartas para ocasiones especiales. Nunca supe hacer la base, pero sí sabía hacerlas hermosas. Con un poco de ayuda de Betty Crocker y el boca a boca, me empecé a construir un negocio. Convertí el cuarto de invitados en mi cocina, donde horneaba y jugaba con el azúcar. Nadie cree cuánta herramienta se necesita para hacer una tarta de boda.

Después de hornear cupcakes para una feria escolar, supe que era el trabajo perfecto para mí: podía trabajar desde casa y estar siempre cerca para recoger a Gracie del colegio. Decidí no trabajar los fines de semana, para tener tiempo juntas… pero muchas veces no era posible.

Paul y Clare fueron maravillosos. Me ayudaron mucho — sin ellos, habría perdido la casa. Y aunque estar allí sin Danny y Hope dolía, de algún modo, seguir allí los mantenía cerca. No estaba lista para dejarlos ir. No estaba lista para decir adiós.

Mike fue un pilar durante los primeros años. Él también había perdido a su esposa, así que sabía lo que sentía. Tener a alguien con quien hablar del duelo… fue un alivio. No solo éramos padres solteros: las dos éramos madres de una sola hija.

Eva siempre fue dulce con Gracie, y cuando supo que Hope se había ido, se hizo cargo de ella. Creo que ayudó a Gracie tener a Eva

cerca. Extrañaba tanto la compañía de Hope que Eva era lo siguiente mejor.

Los cuatro pasábamos horas juntos: visitábamos el parque, íbamos a pizzerías, y simplemente hacíamos el imbécil para matar el tiempo. En cierto modo, Mike era autoritario. Nunca nos preguntaba lo que queríamos… siempre decidía por nosotros. Al principio me sacaba de quicio; era tan distinto a Danny en eso. Pero luego empecé a encontrarlo… tierno. Incluso atractivo.

Mike venía al menos dos veces por semana. Nos sentábamos charlando mientras las chicas subían arriba o salían a jugar. Por primera vez en mucho tiempo, me sentía parte de una familia. Así que cuando me besó, no me pareció raro. Me sentía bien. Ambos estábamos solos. Nos llevábamos bien. Y eso fue todo lo que necesitamos.

Nunca sentiría por él lo que sentía por Danny—but I realized I didn't have to. No need to compare them. With Mike, everything was different. We weren't looking for love. Just company. And somehow, we found it—in each other.

Insistí en ir despacio, no solo por nosotros, sino por las niñas. Gracie y Eva ya habían sufrido bastante, y yo me había jurado no ser quien les añadiera más dolor. Explicarles lo que pasaba entre Mike y yo? Teníamos que andar con cuidado. Eva lo entendió al instante: sonrió, me hizo un pequeño asentimiento como si hubiera estado esperando esto. Gracie tardó un poco más en pillar la idea, pero no daba la impresión de que le importara. Para ser honesta, parecía más feliz. Más Mike en casa significaba más Eva también—and that was all she really wanted.

Le di una llave para que entrara y saliera cuando quisiera. Mi cabaña y jardín eran más grandes que su casa, así que, sin decirlo, terminamos convirtiéndola en nuestro lugar.

Cuando entró esa tarde, sonreía como el Gato de Cheshire. Le pregunté qué le había puesto esa sonrisa.

«No quería contártelo hasta tenerlo todo arreglado —pero ya reservé unas vacaciones para los tres, Lib.» Sacó del bolsillo trasero

de sus vaqueros un papel impreso y me lo dio. En él brillaba una villa resplandeciente con piscina. «Creí que todos necesitábamos un poco de sol. Está confirmado para las vacaciones de mitad de mayo.» Sus ojos no parpadeaban, llenos de una alegría demasiado limpia. «¿Qué dices?»

«Es guapísima. ¿Dónde diablos es?»

El Algarve. Así que va a hacer sol, perfecto.

«Los niños se van a morir de emoción. Qué idea más bonita.» Me acerco donde está sentado y me tiro sobre sus piernas, envolviéndole el cuello con los brazos. «Podría acostumbrarme a esto.»

57

MAYO 2016

Esperanza

Ahora estoy triste todo el tiempo. Recuerdo haberle dicho a Zoe que papá vendría a salvarnos… pero ya no lo creo. Lleva tanto tiempo que estoy aquí. Siento que debería ser más mayor, pero no sé si eso es cierto. Sin ver el sol ni la luna, he perdido la noción de todo. Podría ser Navidad. O Pascua. O simplemente otro día que nunca recordaré.

Si fuera Pascua y estuviera en casa, Mamá y Papá me ayudarían a buscar huevos por el jardín. Es raro cuántos huevos deja siempre el conejo. Al final siempre hay dos grandes: uno para mí y otro para Gracie. Siempre iguales, para que no peleemos. El conejo de Pascua sabe lo que hace.

Pensar en el chocolate me tiene con hambre. Tal vez si soy buena —muy buena—algún día me darán un poquito. Sólo un bocado. Eso sería todo lo que necesito. Me pregunto si Zoe estará comiendo chocolate ahora, en algún lugar. Espero que sí. Si ella logró salir… entonces yo también puedo. Pero aún no entiendo. ¿Dónde diablos fue? ¿Por qué ella escapó y yo sigo atrapada aquí?

A veces me digo que estoy jugando a las escondidas, que me escondo en un armario a esperar que Gracie me encuentre. Solíamos jugar eso todo el tiempo. Yo soy mucho mejor que ella. Ni siquiera Mamá y Papá me encuentran, la mayoría de las veces. Se quedan justo ahí, cerca, y oyen cómo dicen: «¿Dónde estará?». Yo me cubro la boca con la mano para que no oigan reírme.

Pero ahora me pregunto si tal vez ellos creen que estoy escondida. Tal vez lo estoy. No recuerdo qué pasó. ¿Me perdieron… jugando? ¿Será que no llevo tanto tiempo aquí después de todo? O quizá esto es como *El león, la bruja y el armario*, y estoy atrapada en algún armario. Pero entonces pienso en la voz… y sé que no es cierto.

Me pregunto si tal vez pronto tenga otro amigo. Zoe apareció de la nada, así que quién sabe… ¿y si un día aparece alguien nuevo? Eso sería... un alivio.

58

Libby

Tras un vuelo tranquilo y un trayecto corto, llegamos a la villa, empotrada en la colina con vistas que se despliegan hacia la costa. La casa, Villa Montanha, es una estructura de piedra cubierta de un rosa desgastado que brilla bajo el sol, mientras la grava de la entrada crujiente parece susurrar bajo nuestros neumáticos.

Las chicas saltan fuera del coche de alquiler plateado y corren hacia una mujer rellenita que las esperaba, con raíces grises y gruesas y un vestido de verano verde lima que parecía llevar siglos allí. El sol me estruja los hombros descubiertos mientras salgo del coche húmedo de sudor, sacudiendo el aire con las manos como si eso pudiera hacer alguna diferencia.

«¿Familia Kelly?» Sonríe con una amplitud que no deja lugar a dudas, y no tengo el valor de corregirla.

«Soy Mike Kelly. ¿No será Lina?» Su camisa naranja chillón de mangas cortas se le adhiere a la espalda mientras le estrecha la mano. Aún lo veo como bajo. Danny le llevaba al menos tres dedos de ventaja.

«¿Te doy una vuelta?» Su acento la vuelve casi rusa.

«No hace falta. Lo solucionamos todo, ¿verdad, chicas?» Mike llama a los niños, que han desaparecido por detrás de la casa para

ver qué hay.

«Vale, vale.» Se encoge de hombros, como si no fuera nada, y nos despide. «Si necesitan algo, llaman. Voy enseguida. El número está en la villa.» Y se aleja, arrastrando las chanclas negras de plástico por el camino, golpeando las gravas con un ritmo que solo ella entiende.

«Me pregunto si todos los locales son así de fáciles», levanto una ceja mientras saco una maleta pesada del maletero.

«Lo hago yo, Lib.» Mike se adelanta y carga la bolsa hasta la puerta. «Vamos a ver cómo es nuestra nueva casa, ¿qué dices?» Desliza la llave en la cerradura y empuja la puerta.

La villa es amplia y luminosa al entrar. El vestíbulo lleva a la cocina, a la derecha, con suelo de terracota, armarios Shaker que me encantaron al instante y un enorme fregadero de estilo Belfast. Una barra corta la cocina del comedor, donde hay una mesa redonda de metal y cuatro sillas. El diseño estaba perfecto.

Sigo a Mike mientras vuelve al vestíbulo y me lleva a la sala de estar al otro lado. En el extremo opuesto, una chimenea moderna y abierta domina la pared. Cuesta creer que aquí haga frío. Las ventanas de piso a techo despliegan una vista impresionante del campo que se desliza hacia el mar, y sobre la piscina donde las niñas ya están chapoteando, probando el agua y regándose con risas. Hace tanto que no la veía así de feliz, y me inundó la alegría. Por un instante, pienso que es Hope. En vez de Eva.

Nunca amaré a Mike como amé a Danny, pero quiero que Gracie sea feliz, que crezca con una familia alrededor. Es un buen hombre. Y, sinceramente, eso basta.

«¿Estás bien, cariño?» Mike me rodea los hombros con el brazo, y apoyo la cabeza contra él.

«Estoy bien. Solo es raro sentirme feliz. No puedo evitarlo. Me siento culpable. Ellos están muertos… y aquí estoy yo, disfrutando de la luz del sol. Los echo tanto de menos.»

«Seguro que es normal. Yo sentí lo mismo después de Emma. Va a ir poniéndose más fácil.»

«Gracias por entenderme.»

«No hay de qué.» Me sostiene la cabeza entre las manos y me besa la frente. «Vamos a la piscina. Estoy sudando como una monja en una tienda de chiches.»

«¿Puedo contarte algo?» susurro, fijándome en sus ojos.

«Claro. ¿Qué quieres?»

«No estoy muy segura de esas camisa naranja.» Me salió una sonrisa.

«¡Oye, esta es una de mis favoritas!» Da un paso atrás y se mira, mientras yo me río como una loca. «Vale, tal vez tengas razón.» Se ríe, y empieza a desabotonarse la camisa sudada.

«¡El último en entrar paga los platos!» Dejo caer el vestido y corro hacia nuestras maletas a buscar mi bañador.

«¡Vamos, mamá!» Gracie aparece en el marco de la puerta, con el ceño fruncido. «Nos tenías esperando como desde el juicio final.»

«¡Voy, monita!»

«¿Sabes dónde está mi—?» Antes de que termine la frase, ya le he sacado el disfraz de la bolsa y se lo he lanzado con un gesto brusco. «Gracias, mamá.» Sonríe, rápida y demasiado intensa, y sale corriendo. Las sandalias las deja caídas en el pasillo, como si no las necesitara más.

«Niños.» Mike se ríe, se quita los shorts y sale corriendo solo con los boxers.

«¡Oye, eso es trampa!» Mis palabras se funden en el eco de su risa, que se estrella en las paredes y me inunda de algo que casi duele.

59

Libby

Tras una semana dichosa y lenta, sumergidos en el sol, le dimos las buenas noches a las niñas en nuestra última noche en la villa y nos tomamos una cena romántica en el porche.

Es un auténtico australiano: maestro de la parrilla, y nos prepara una ensalada de pasta llena de hierbas y unos camarones asados de hasta dos palmas.

El dulce vino blanco portugués baja perfectamente, y nos dejamos caer bajo la bóveda de estrellas, absortos en la calma. De pronto, un murciélago cruza el silencio, a cazar.

«Gracias por esta semana increíble. No me sentía así de tranquilo desde hace una eternidad.»

Mike está sentado frente a mí, la luz plateada de la piscina danzando sobre su rostro.

«Sí, ha sido buena, ¿verdad?» Sostiene la copa de vino entre los dedos y hace girar el líquido con lentitud. «He estado pensando.» Apoya la copa sobre la mesa y se inclina hacia mí, los ojos no apartándose de los míos. «Debemos mudarnos juntos.» Deja que la palabras se hundan en el aire antes de continuar. «Los dos hemos sufrido. Ya no quiero estar solo. Quiero estar contigo. Que las chicas

crezcan juntas, siempre. Sé que es temprano… pero nos conocemos desde siempre. Te quiero, Lib. Nos encajamos. Tenemos sentido.»

«Sigo extrañándolo, ya sabes.»

Bajo la mirada hacia mis manos, y al instante, mi vista se clava en el dedo anular. La alianza sigue ahí.

«Es normal. No quiero reemplazar a Dan. Él es el padre de tus hijos. Solo quiero que seamos felices.» Giré el anillo hasta que el metal me quemó la piel. Ya no más.

"OK," digo, me quito la alianza y la dejo sobre la mesa, "hagámoslo."

"¿En serio? ¿Así de fácil?" pregunta, con los ojos llenos de incredulidad.

¿Por qué no? Tengo que dejar marchar el pasado. Extraño a Hope cada segundo de cada día, y nunca viviré sin ella. Pero le debo a Gracie ser feliz. Ella tiene que ser mi foco ahora. Le encanta tenerte a ti y a Eva cerca. A mí también.

Pensé que me dirías que saltara.

«No sé cuál de los dos está más desconcertado, pero hemos tenido una semana hermosa. ¿Por qué tiene que terminar así? Todos merecemos algo de paz. Sé que Danny querría que fuera feliz.» La alianza me marcó la piel. No puedo deshacerme de nuestro matrimonio como si fuera un recuerdo olvidado. «Eres un buen hombre, Mike. Eres un padre increíble para Eva… y has sido mi roca. No necesito pensarlo dos veces. Vamos a hacerlo.»

«No sabes lo feliz que me hace eso, Lib.» Se inclina sobre la mesa, toma mi mano y la besa. «Esto es un nuevo comienzo para los tres.»

Asiento, sabiendo que tiene razón, pero no sé si de verdad estoy lista.

60

Esperanza

Cuando era pequeña —como Gracie ahora— la oscuridad no me asustaba. A Gracie sí le da miedo. Así que dejamos la puerta entreabierta, solo un poquito, para que no llore.

Antes de que naciera, mamá y papá me ofrecieron una luz de noche si la quería, pero les dije que me gustaba la oscuridad porque era cómoda y no veía nada que me diera miedo.

Ahora la oscuridad ya no me gusta, y ojalá hubiera dicho que sí cuando me ofrecieron la luz. Porque ahora paso todo el tiempo en la oscuridad, y eso me hace pensar en las noches en casa, en mi cuarto. Me gustaba estar allí, pero ahora sé que nunca más me gustará la oscuridad.

En vez de no ver cosas horribles, sé que están por allí, cerca. Y siento que todavía me están mirando. No saber quién — me aterra.

A veces siento que soy como James, de *James y el gran melocotón*, atrapado dentro de una fruta, mientras una araña gigante y peluda se arrastra por fuera, tratando de abrirse paso hasta adentro. Sigo pensando que quiere comérseme… y que me guarda para el final. Como cuando Mummy hace el asado y yo dejo el yorkshire pudding para el último. Porque es mi favorito.

Mummy always gives me extra portions if I finish everything else—and I always do, because I live for Yorkshire pudding. Hers is the best, by far. The ones they served at school with Christmas dinner? Total garbage.

Pensar en mi comida favorita me da hambre. Después de un asado en casa, siempre íbamos por helado de postre. Mi favorito es el chocolate, pero a Gracie le gusta más el de fresa, así que Mummy siempre tiene dos botes en el congelador. Y es raro, porque Gracie siempre pide postre… pero nunca se lo termina, así que normalmente me termino dos cuencos. Daddy y Mummy ponen los ojos en blanco cuando les deslizo su cuenco, pero no hacen nada.

Daddy dice que odia el desperdicio, pero yo sé que solo son buenos conmigo. Ya no recuerdo cómo se sentía… hace tanto que no los veo. Ya no puedo verles bien la cara. Los recuerdos se borran, como si los mirara por una pantalla empañada. No quiero que se vayan para siempre. No quiero que me hayan olvidado.

61

JULIO 2016

Libby

«Estoy embarazada». Esas palabras... no suenan como mías.

Mike se queda parado, inmóvil, dejando que mis palabras se hundan en el silencio. Ni siquiera sabemos si estamos respirando.

El día había ardido caliente, y las niñas estaban arriba… dormidas.

Desde que volvimos del Algarve, decidimos que Mike y Eva se mudarían a mi casa y venderían la suya. Una vez vendida, solo nos quedará decidir si nos quedamos en Mill Cottage... o buscamos algo nuevo para empezar de nuevo juntos.

Mike deja la bolsa en el suelo y una sonrisa se le escapa, lenta, casi imperceptible.

«Ah, Lib, eso es maravilloso.» Se lanza atraviesa la habitación y me envuelve en sus brazos.

«¿Lo es?» La idea aún no termina de encajar.

«¿No lo es?» Me deja en el suelo y se aleja un paso.

«No lo sé. Esto no es lo que habíamos planeado.»

«A veces hay que dejarse llevar por la vida.»

«La vida me ha llevado a sitios de mierda en los últimos años, Mike. No sé cuántas más sorpresas puedo aguantar.»

«Esto no es como lo que le pasó a Hope y Danny. Esto es nada parecido. Es una buena sorpresa, de verdad.» Lo veo en sus ojos.

«Solo hace unos meses que estamos juntos. Acabamos de mudarnos bajo el mismo techo. Esto está loco.»

«¿Y qué quieres hacer, entonces? ¿Deshacerte? ¿Me estás diciendo eso?»

No me hables así. Como si yo fuera un monstruo que se pasa la vida abortando. No es justo. Es una sacudida, Mike. Solo necesito un poco de tiempo para darle vueltas.

¿Cuánto avanzado estás?

No lo sé. Quizá ocho semanas. Pensé que éramos cuidadosos.

«Las cosas así pasan.» Se encoge de hombros, y eso me lanza al límite. Me giro y me desplomo en el sofá. Mike se acerca detrás de mí y empieza a masajearme los hombros con esa premura falsa. «Ve a bañarte. Descansa un poco. Estás rígida. Hablamos después.»

«Hace demasiado calor para bañarme.» Me inclino hacia adelante, apartándome.

«Jesús, Lib. ¿Qué quieres que diga? Yo también me lo esperaba.» Mike se da la vuelta y se va a la cocina. «Voy a por una cerveza», dice, con voz ronca.

«No te enfades», empiezo a suavizar. «Ven, háblame.»

Mike aparece de nuevo en el marco de la puerta, con una botella de cerveza en la mano y el ceño fruncido. «¿Qué sentido tiene lo que voy a decir? Nada va a cambiar.»

«Claro que sí. Necesito saber cómo te sientes con esto.» Le doy una palmadita al sofá al lado mío. Mike se saca un trago largo de la cerveza, asiente... y se sienta.

«Tengo cuarenta y siete años. Durante casi toda la vida de Eva, he sido padre soltero. ¿Me imaginé tener más hijos? No. Nunca. Pero no sabía que terminaríamos juntos, ni que podría volver a ser tan feliz. Mi casa ya está en el mercado, y entre nosotros hay algo bueno. Sí, esto no estaba planeado… pero ¿por qué no podríamos

hacerlo? Eres una buena madre. Podemos darle a un niño un hogar seguro, lleno de amor. Para mí, es así de simple. Pero tú has vivido lo que yo no he vivido… y no es mi cuerpo. Lo que quiero decir es que apoyaré tu decisión… aunque creo que esto puede funcionar.»

«¿Y Eva y Gracie? Están bien así, solo las dos. Otra persona... un hermano o hermanastra suyo... podría cambiarlo todo.»

«Es cierto. O podría ser perfecto.» Mike posa la cerveza sobre la mesa y apoya la mano sobre mi rodilla. «Ya perdiste a uno, Lib. ¿De verdad quieres perder a otro?»

No lo había visto de ese modo.

«Sabes que se acerca el cumpleaños de Hope.» La tristeza me envuelve.

«Sí. Lo sé.»

Cuando su mano descansa suavemente en mi vientre, sé lo que voy a hacer.

62

OCTUBRE 2016

Libby

Mike ha estado hasta el cuello con el trabajo, así que me encargué yo de vender su casa. Una pareja mayor encantadora, que se muda de Kent para estar más cerca de su hija, le hizo una oferta —y él la aceptó. Todo se volvió real en cuestión de días.

Las náuseas matutinas fueron terribles al principio. No podía moverme del sofá sin tener ganas de vomitar. Fue espantoso, pero el Dr. Vogler me dijo que pasaría. Y así fue… pero no antes de pasar semanas sintiéndome una mierda.

Cuando Mike y yo nos sentamos a contárselo a las chicas, me paralicé. Todo entre los cuatro iba tan bien... y temía que un nuevo miembro lo volviera loco. Pero, para mi sorpresa, Eva se iluminó. Me abrazó con fuerza y dijo que siempre había querido un hermano o hermana de verdad.

Gracie no lo tomó bien. Sentí que pensaba que estábamos intentando reemplazar a Hope. Se había acostumbrado a ser mi única, y la idea de que un bebé se metiera en medio la pusiera de los nervios. Pero el entusiasmo de Eva fue contagiando, poco a

poco, hasta que al final ella también empezó a mirar hacia adelante, sin querer, como si algo en ella ya lo hubiera aceptado.

Después de mucho hablar, Mike y yo decidimos que queríamos saber si era niño o niña. Ya habíamos tenido bastante. Pensamos que saberlo nos haría sentir que teníamos el control.

Estábamos nerviosos, sentados en la sala de espera del hospital, esperando a que nos llamaran para la ecografía de las veinte semanas. La rodilla derecha de Mike no paraba de moverse, y tuve que darle un codazo en las costillas para que se callara. A nuestro alrededor, otras mujeres embarazadas acariciaban sus barrigas, mirando a sus parejas como si fueran milagros. Mike y yo no nos mirábamos ni por accidente. Me sentía un poco enferma. Había vivido este día mil veces en mi cabeza. Ya sabía que amaría al bebé, fuera niño o niña… pero negar que tenía miedo sería una mentira. Parte de mí temía que fuera una niña. Un niño habría sido más fácil. Tener un hijo sería una nueva aventura. Pero otra hija… la idea me dejaba helada. ¿Y si el bebé se pareciera a Hope? ¿Sería… un alivio? ¿O una maldición?

Entonces, una enfermera de Europa del Este, un poco gruesa, con un uniforme azul, apareció en el umbral y nos llamó adentro. Recogí mi bolso donde lo había dejado, caído a mis pies, y Mike y yo salimos, casi arrastrando los pies, de la sala de espera.

Nuestros pasos reverberaban en el corredor, iluminado hasta el cansancio, mientras la enfermera nos guiaba.

«Adentro». Mantenía la puerta abierta. Pasé por ella, y Mike se quedó incómodo a mi espalda mientras yo me tumbaba en la cama y me lo saqué por encima del vientre.

«¿Es tu primer bebé?» Metió papel entre mis piernas para que el gel no me manchara la ropa.

«No.» El gel frío se extendió sobre mi vientre, pero no me advirtió. Ya lo había sufrido antes. No me sorprendió.

Entonces la enfermera se sentó con un golpe en el taburete, tomó el ecógrafo y lo deslizó de un lado a otro por mi piel blanca y lubrificada.

Después de un minuto o dos de que ella presionaba distintas zonas de mi vientre, el sonido estalló de la máquina: cascos de caballos galopando por campos abiertos.

«El latido del bebé», dijo, poco interesada.

Mike se acercó más a la máquina y se asomó por encima de mí para mirar la imagen en blanco y negro de la pantalla. El feto se movió, arqueando la espalda, como si hiciera calentamiento antes de una competencia.

«¿Quieres saber el sexo?», preguntó la enfermera, poco interesada.

Mike y yo nos miramos, sin decir nada, buscando confirmación en los ojos del otro.

«Sí», dije, «queremos saber.»

«Va a ser —» su pausa se alargó como si el tiempo se hubiera detenido, mientras movía lentamente el escáner, buscando cada detalle con precisión, «una niña.»

«Al menos no tenemos que comprar un montón de cosas nuevas.» Mike tenía el brazo alrededor de mis hombros mientras salíamos del hospital y cruzábamos la llovizna del otoño. No había dicho una sola palabra desde que dejamos la sala de ultrasonidos. Mi cabeza daba vueltas, intentando entender cómo me sentía. «Las chicas van a flipar.» Buscó las llaves del coche en el bolsillo del pantalón. «Oye, ¿qué pasa?» Me vio por encima del techo del coche y vio las lágrimas que se acumulaban en mis ojos.

«Una niña.» Susurró.

«Va a ser tan querida, Lib.»

«¿Y si no puedo protegerla?» Las palabras se llevó el viento.

«No pienses así. Lo que le pasó a Hope…» Él se calló, y la lluvia se desató sobre ellos.

«Quiero que nos mudemos.» Me quito las gotas de lluvia de la nariz al abrir la puerta del coche. «Lo siento, pero no aguanto volver a criar otra hija en esa casa. Demasiados ecos.»

«Lo entiendo.» Mike mete las llaves en el encendido y arranca el coche.

«¿Y si nos mudamos todos a tu casa y vendemos la mía en vez de la tuya? Aún no han firmado los contratos. No es demasiado tarde.»

«Mi lugar es demasiado pequeño, Lib. No serviría.» Típico hombre. Siempre el práctico.

«No puedo quedarme en Mill Cottage. Por favor, encontremos otro lugar antes de que llegue.»

Después de una semana, ya me había acostumbrado a la idea de que Mike y yo íbamos a tener una hija. Incluso empecé a emocionarme, y un día subí al ático a sacar la ropa de bebé que había guardado. Era duro ver sus cosas—pero algo en mí necesitaba creer que parte de ella seguiría viva en ella.

Mike y yo hasta discutimos nombres. No fue fácil —no habíamos estado casados, ni siquiera habíamos hablado de eso—, pero le aseguré que la niña llevaría ese apellido. Me pareció bien.

«Creo que deberíamos llamarla May», dijo una noche, mientras cenábamos. «Fue concebida en mayo.»

«Me gusta», hice girar los espaguetis en el plato.

«¿Pero?» —dejó los cubiertos—.

«Pensé en llamarla Fe. Como Esperanza, Gracia y Fe.»

Mike se relajó en su silla y me clavó la mirada.

«Pero este niño va a ser Kelly, Lib… no Bird.» Lo dijo suavemente.

«Tienes razón. Fue una estupidez.»

«No fue estúpido, pero creo que tenemos que pensar en el futuro…»

Evité dejarme llevar por la emoción y me puse a comer.

«May» —dije con la boca llena de pasta—, es un buen nombre

63

Libby

La casa de Mike, en Coploe Road, es una pequeña casa aislada de dos dormitorios. Está al otro extremo del pueblo, justo al borde de una pequeña colina, la única que hay en muchos kilómetros a la redonda. Por fuera, ha visto días mejores: la pintura blanca está desgastada y manchada aquí y allá, como si nadie la hubiera tocado en años. Pero el jardín delantero es de cuidado perfecto. Mantiene el césped cortado con meticulosidad y las malas hierbas bajo control, como si su vida dependiera de ello.

Dentro, falta el toque de una mujer. Pocas fotos decoran las paredes, y la mayoría de las ventanas tienen persianas, no cortinas. El sofá era macizo, y ni un cojín a la vista. Había hecho lo posible por hacerlo acogedor, pero, como muchos hombres, nunca logró darle calor.

Examinar su casa me dio una revelación que nunca había visto: en su dormitorio, al fondo del armario, había una bolsa grande llena de cosas de su esposa muerta. Incluso guardaba su vestido de novia. Mike es más sentimental de lo que jamás hubiera imaginado.

Voy a recoger a las chicas del cole y nos dirigimos a su casa. Las dejo merendando crisps y garabateando en la sala mientras me pongo con la habitación de Eva. Ella no quiso ayudarme a ordenar

sus cosas, y sinceramente, lo agradezco. Sé muy bien cómo se aferran las chicas a todo, hasta el último lazo de pelo desgastado. Así que, sí, no me quejo de poder hacer una limpieza sin que ella esté encima de mí como una detective.

Su habitación es un caos: juguetes por todas partes, ropa amontonada como escombros. Con bolsas negras en mano, empiezo a separar: un lado para lo que guardamos, el otro para el resto. La pila de basura crece rápido—muñecas rotas, horquillas quebradas, zapatos sin pareja. Como Eva ya se llevó casi todo a la Cabaña del Molino, no me complico: si ya no le importa, no se salva.

Cuando por fin veo la alfombra por primera vez, me pongo a cuatro patas y meto las manos bajo la cama, sacando puñados de cosas que ni sabía que tenía: revistas de chica arrugadas, lápices, libros, juguetes de plástico y piezas de Lego, todo a la pila de la basura. Al fondo, pegado a la pared, distingo algo más: lo alcanzo a duras penas. Tosiendo entre el polvo, me siento con el objeto en la mano.

Me quedo helada.

Sostengo una zapatilla rosa pequeña. La misma que llevaba Hope el día que desapareció.

Dejo caer el zapato al suelo y me arrastro hacia atrás, sobre el trasero, alejándome de él. Yace allí, cubierto de polvo. Casi espero que se mueva. Como si hubiera visto un fantasma. El bebé en mi vientre da una patada seca, como si ella también sintiera el pánico.

Busco la otra zapatilla como una loca. Si la encuentro, todo estará bien. Revuelvo los cajones, el armario, doblo el edredón del revés, empujo la cama lejos de la pared—¿y si estaba ahí, escondida? Nada. Nada. No está. No está en esta habitación. No está.

Desesperada, destrozo la montaña de basura. ¿Y si estaba ahí dentro? Cuando termino, la habitación está igual. Como si nunca hubiera movido un dedo.

Me aprieto la zapatilla contra el pecho y bajo de un salto las escaleras para encontrar a Eva. Las niñas están clavadas a la tele como zombis, los sacos vacíos y sus zapatillas tirados por el suelo.

«Eva.» Mantengo la voz lo más calmada que puedo. «¿Puedo tenerte un segundo, cariño?»

Ella sigue pegada a la tele.

«Eva, ven aquí, por favor.» Mi voz se eleva, más suave pero más firme. «Necesito que me ayudes con algo.»

Se gira, me lanza una mirada de odio por haber interrumpido su programa. Por un instante, tiene exactamente la cara de su padre. «¿No puedo terminar de ver *Shaun la oveja* primero?», gruñe.

«No. Será rápido. Solo ven aquí un segundo.» No quiero que Gracie vea el zapato. Se levanta del sofá y avanza hacia mí con pasos pesados, casi furiosos. Y por primera vez, siento el sabor amargo de lo que viene: la adolescencia.

«¿Qué?» Cruza los brazos sobre el pecho, me mira de reojo pero no deja de pegarle la vista a la tele.

«¿Es este tu zapato?» pregunto, levantando la zapatilla rosa, agrietada y sucia.

«No lo sé.» No me está prestando atención.

«Bueno. Lo hallé bajo tu cama.»

«Entonces, es eso.» No me está ayudando en absoluto, y siento que la rabia me sube... pero tengo que contenerme.

«Solo encuentro uno. ¿Dónde está el otro?» Susurro, con la voz más dulce que puedo.

'No.'

«Mírame, Eva. Esto es importante.» Le doy la vuelta para enfrentarme, sus ojos abiertos de puro shock.

«No sé dónde está el zapato.»

«¿Estás segura de que es tuya?» Le extiendo la zapatilla de lona, obligándola a mirarla.

«Tal vez.» La mira como si pudiera encontrar la respuesta en la tela. «No recuerdo.»

Quiero seguir presionando, de verdad, pero me callo.

«Está bien. Ve a ver los dibujos animados. Enseguida nos vamos.» Se aleja sin soltar el zapato.

«¿Me lo das, por favor?»

«Sí.» Me lo devuelve, me mira rara.

«Gracias. Tengo unas cosas más que terminar y luego nos vamos. ¿Bien?»

Eva se encoge de hombros y vuelve a su sitio en el sofá mientras yo giro y subo las escaleras, agarrándome al zapato, la cabeza en penumbra de pensamientos.

CAPÍTULO 64

Libby

Tras llevar a las niñas al colegio, voy a ver al cura. Necesito hablar con él sobre lo que encontré.

Robert no espera que aparezca en su casa, así que cuando llamo a la puerta, me mira como si viera un fantasma.

«Libby, ¿qué quieres?» Se sniffee con fuerza. El hombre siempre tiene un resfriado.

«Necesito hablar con alguien ya. Estoy al borde de la locura. ¿Puedo entrar?»

Robert se ve incómodo y propone dar una vuelta por el cementerio en vez de quedar ahí.

«Encontré su otro zapato», solté.

«¿Perdón?» Se le frunció el entrecejo.

«El zapato de Hope. El perdido. El que nadie encontró.»

«¿Dónde?» Robert se le blanqueó la cara.

«En su casa.»

«Eso no puede ser.» Sacude la cabeza.

«Pero sí lo hice.» Saco la zapatilla de mi bolsa y se la tiendo. Por encima de nosotros, en un árbol, un mirlo llama a su hembra.

«¿Cómo sabes que era suya?» Robert me mira como si estuviera loco.

«Sólo lo sé.»

«Libby» —me agarra los hombros con sus manos huesudas— «Amit mató a Hope. La policía y los periódicos lo dijeron. Ya está cerrado. Tú lo sabes. Él confesó.»

«¿Y si no fue él? Nunca la hemos encontrado. ¿Y si alguien más la tiene?»

Robert me quita el zapato de las manos y lo estudia con esa mirada de quien ya sabía lo que iba a encontrar. «Sabes que Mike no haría algo así. Yo también lo sé. Estás embarazada, agotada, perdida en tu propia cabeza. Vete a casa. Ponte los pies en alto. Deja de castigarte por algo que no es tu culpa.»

No puedo seguir mirándolo a los ojos, así que me aferro a los Blackbird, que brincan sobre el suelo, arrancando gusanos.

Robert lo dice otra vez, mientras pasea la mano suavemente sobre el zapato: «Amit mató a Hope.»

«Tienes razón. Lo siento. No sé qué me ha cogido.»

«Se que te impactó encontrar este zapato aquí, pero no puede ser de Hope. Estás confundido.»

«No sé qué estoy haciendo. Lo siento por haberte perdido el tiempo.»

«Siempre puedes venir a hablar conmigo.» Se rascó el cuero cabelludo y una lluvia de escamas blancas cayó sobre él.

«Me voy a casa a descansar. Gracias, Robert. ¿Podemos por favor mantenerlo entre nosotros?»

«Claro.» Sonrió, mostrando los dientes torcidos, rotos por los años.

«Nos vemos pronto. Gracias de nuevo.» Me volví y me alejé del camposanto.

Cuando confirmo que Robert ha regresado a la vicaría, vuelvo a la casa de Mike, determinada a encontrar el otro zapato. Me costó dormir la noche anterior, girando una y otra vez, atrapada en lo que significaba mi descubrimiento.

No le mencioné el zapato a Mike anoche. No quería sonar como una loca. Me había colado la zapatilla en el bolso —sabía que nunca pensaría en buscarla allí.

Caminoy por la calle empapada, sujetando el bolso con fuerza contra mi costado, sintiendo el borde rígido del zapato hundirse en mi cadera. El bebé ha estado pateando como loca desde que lo encontré—como si supiera. Como si también sintiera algo mal.

Cuando entré en la casa fría y vacía, un escalofrío me atraviesa. El lugar se siente como un mausoleo. No lo había notado antes. Me había metido tanto en meter cosas en cajas que no me había parado a pensar en lo malo que era estar aquí, rodeada de objetos de una vida que no es mía. Él debería estar aquí. No es mi decisión qué hacer con las cosas de Eva o con las de su mujer muerta.

Cierro la puerta delantera, que cruje tras de mí, y me digo que no tengo que dejarme asustar por nada. Pero encontrar ese zapato encendió algo en mí.

Todas las preguntas que tenía tras la muerte de Danny me asaltan de nuevo: *¿Y si Amit no lo hizo? ¿Y si Danny se equivocaba? ¿Y si Hope sigue viva? ¿Y si nunca llegaré a saber qué le pasó?* Me estoy volviendo loca, y no hay nada que pueda hacer para detenerlo. Todo lo que quería enterrar ha resurgido como una marea y no se da por vencida.

Trato de decirme que es solo un zapato, que cientos de niños han llevado el mismo par que Hope, pero la voz dentro de mi cabeza grita: *algo no cuadra*. Hago todo lo posible por recordar cuando Eva venía a jugar con ella… ¿La vi alguna vez con esos zapatos rosas? Mi memoria se niega a responder. Una y otra vez vuelvo a esto: Eva no recuerda si el zapato es suyo. ¿Cómo no se acuerda? ¡Tiene que saber si tenía unos zapatos así!

Entonces empiezo a temer lo que significa encontrar este zapato en esta casa. Si era de Hope, ¿por qué estaría aquí? ¿Qué significa?

Entro en la cocina y bebo agua del grifo, helada. Me hiela los dientes y sabe a metal, como si el caño estuviera sangrando. Supongo que nadie lo ha usado en mucho tiempo.

Dejé atrás la cocina vacía y pasé de habitación en habitación, buscando con urgencia el otro zapato. Pero no estaba. Y entonces la misma sensación que me invadió al dejar a Danny para ir a Cornualles regresó con una violencia que me paralizó. Lo sé hasta en los huesos: algo está mal.

Mi bolso me cuelga pesado del hombro mientras subo las escaleras hacia el dormitorio de Mike. Cuando encontré las cosas de su esposa muerta en el armario, decidí dejarlas ahí. Las dejaría para lo último. No soporto abrir lo que dejó alguien que ya no está. Me llevó directamente de regreso a lo que tuve que hacer con las cosas de Danny y Hope. No pude tirar nada. Nada. Todo sigue ahí, en el ático, acumulándose como ofrendas. Cuando supe que estaba embarazada por tercera vez, lo tomé como una señal: que había hecho bien al guardarlo todo. Como si, de alguna manera, fuera a volver a necesitarlo.

Al revolver la bolsa de ropa que perteneció a Emma Kelly, me siento sucia. Como un mirón. O algo así. Nunca la conocí, así que es raro tocar sus cosas.

Aplasto ese sentimiento y saco cada prenda, doblando cada pieza con precisión sobre el suelo. Su estilo era totalmente distinto al mío, y empiezo a preguntarme cómo era ella. Mike ha hablado de ella. He visto sus fotos. Pero aquí, en el suelo, tocando lo que ella usó, me siento como si ella estuviera aquí.

Cuando la bolsa queda vacía y aún no encuentro el zapato perdido, me doy cuenta de que quizás lo que nos unió a Mike y a mí fue la pérdida. Los dos hemos perdido a alguien crucial. No todos entienden lo que es. Me aterroriza que nuestro dolor sea lo único que nos une… y entonces recuerdo la vida que crece dentro de mí.

Estoy siendo ridícula, me digo, levantándome del suelo y metiendo de nuevo la ropa doblada en la bolsa. Desde que encontré esa zapatilla rosa, me siento desequilibrada—como si mis nervios estuvieran al filo. Suma las hormonas, y no es de extrañar que esté hecha un為basket.

Levanto la bolsa y la devuelvo al armario de Mike, cerrándolo con fuerza. No quiero volver a ver esas cosas. Ya he invadido demasiado su privacidad… por hoy.

Al bajar las escaleras, sé lo que me espera: el sótano. Lo dejé para el final porque odio las arañas. Mike dice que las sacó a todas cuando vino a limpiar el fin de semana, pero dudo que las haya encontrado todas.

Sigo apretando la zapatilla mientras empujo la puerta del sótano. Mi barriga pesada me desequilibra al pie de las escaleras, mirando hacia la oscuridad. Necesito las dos manos para bajar, así que meto la zapatilla en el bolsillo. El hedor a humedad me golpea como un puño, espeso y ácido, y mis dedos rastrean la pared a ciegas, buscando el interruptor. Cuando finalmente tocan metal, suelto un resuello que ni sabía que estaba conteniendo—y entonces, titilando débilmente, una bombilla colgada a lo largo de las escaleras se enciende con una luz tenue.

No puedo evitar mirar los ladrillos desnudos a ambos lados, pero me obligo a no buscar telas de araña. Bajo lentamente al sótano. Al pie de las escaleras, mis ojos se acostumbran a la luz débil que cuelga en el cuarto. Contra una pared, colgadas como reliquias, unas herramientas. Debajo, una bolsa de carbón, una silla rota y varios cajones de cartón sucios, a punto de reventar.

Al otro lado de la habitación, unas estanterías viejas albergan objetos olvidados, cubiertos de telarañas grasientas y polvorientas. Miro a mi alrededor, pero no sé por dónde empezar. No me atrevo a tocar esas cajas —¿y si sale una tarántula?—. Menos eso, aquí abajo no hay nada que valga la pena. Decido irme. Me doy la vuelta. Y entonces. Algo roza la parte de atrás de mi cabeza. Antes de que pueda pensar, ya lo agarré: el rastrillo, apoyado en la pared. Lo giré de golpe hacia atrás.

Los dientes oxidados del rastrillo se estrellan contra la pared trasera y la atraviesan como si fuera mantequilla. Suelto el instrumento. Mi corazón late como un tambor contra las costillas antes de darme cuenta: solo era una telaraña. Solo una maldita telaraña. Trago duro, la mano se eleva al pecho, intentando engullir aire como si hubiera estado bajo el agua demasiado tiempo.

El rastrillo todavía se clava en la pared. Tiro. Nada. La superficie era una pared de listones. Me alzo de puntillas y pego la cara a los agujeros, intentando ver qué hay al otro lado. El bebé dentro de mí me patea las costillas, como si quisiera gritarme algo. Pero lo ignoro. Y empiezo a rascar. Los agujeros desmoronados. La polvo me cubre los dedos. Y sigo rascando.

El olor que se filtra por la pared es algo que nunca había olido: viejo, podrido, amargo. No lo reconozco… pero sé que algo podrido está detrás.

Metí el dedo por uno de los agujeros y lo clavé, tirando con fuerza hasta arrancar un trozo del tablero. Una nube de polvo estalló en mi cara y me hizo toser como si me estuviera ahogando.

Cuando la tos se calmó, a pesar del olor a podrido, volví a desgarrar la pared. Los bordes astillados me rebanaban las palmas, pero seguí desgarrando.

Algo está detrás de esa pared. Algo escondido, y necesito saber qué es. Como si estuviera poseída, sigo jalando la pared, viendo cómo el agujero se ensancha con cada tirón. Las yemas de mis dedos están ensangrentadas y el olor se intensifica, pero sigo tirando… hasta que oigo un ruido detrás de mí y me doy la vuelta.

Mike está abajo, observándome.

«¿Qué estás haciendo?», pregunta, la cabeza inclinada de lado.

«Yo... pues... yo—»

«¿Te animaste a hacer algo de bricolaje?» Su risa llena la habitación.

«Fue un accidente. Hice un agujero… y luego, yo no sé, solo quise ver qué había detrás de la pared.» Mis palabras se me escapan, se pisotean unas a otras.

«Ah, Lib, ahora que estás así no deberías hacer eso. Vamos arriba, te pongo un buen té caliente.»

¿Sabías que esta pared estaba aquí? Me tiemblan las manos. La adrenalina me embiste.

«No. Ni siquiera sabía que estaba ahí. Vamos, te limpiamos. Estás cubierto de polvo.» Siento que quiere que me vaya… y eso solo me aferra más fuerte a la idea de quedarme.

«Quiero ver qué hay detrás de esa pared, Mike. ¿No te mueres por saberlo?» Me paso los dedos por el suéter, sin levantar la vista.

«Seguro que solo es un antiguo hueco de chimenea o algo así.» Se posiciona al otro lado de la escalera, y de pronto ya no soy solo un cuerpo atrapado… soy una presa. Y entonces lo entiendo.

«¿Qué haces aquí? Pensé que estabas trabajando.»

Mike se hundió sobre uno de los peldaños húmedos y enterró la cabeza entre las manos.

«¿Por qué no pudiste dejarlo? Ese maldito zapato. Eva me dijo que la estabas cuestionando.» Su voz ya no era la suya. Parecía la de alguien más.

«No lo entiendo.» Fingo ignorancia.

«Tenías que venir a husmear, ¿no?» Sacude la cabeza y me mira con ojos muertos.

«No entiendo. ¿De qué estás hablando?» Mi mano baja al vientre, tratando de calmar a la criatura que crece dentro de mí.

«Podríamos haber sido felices, los cinco. Pero tú te volviste loca por un zapato. Ni siquiera era de Hope. Debía de ser de Eva. Y no podías dejarlo ir. Siempre tenías que meter tu nariz donde no debías.» Se levanta y da tres pasos amenazantes hacia mí. Retrocedo, tratando de abrir distancia, pero caigo por el agujero en la pared y aterrizo sobre el suelo empapado, pegajoso. Rebusco en la oscuridad como un animal atrapado, y mis dedos encuentran algo frío, sólido. Lo agarro. No sé qué es. Pero lo aprieto como si fuera la última cosa que me separa de la muerte.

Tardo un instante en reconocer lo que tengo en la mano. Mi cerebro no logra entender qué es. Entonces lo suelto, y cae al suelo con un golpe seco, y el eco se me clava en la cabeza, persistente, vivo.

Me quedé paralizada. Lo vi: el hueso humano que acababa de sostener. Con un grito silencioso, lo aparté de un salto y me encogí en una esquina, entre la dark y la humedad que se pegaba a la piel.

«No se suponía que la encontraras, Lib. Nadie debía. Se fue de las manos. Fue un accidente.» Mike se interpone frente a mí, bloqueándome la salida, y me mira sin pestañear. El niño que llevo dentro da patadas con violencia, y siento el sabor metálico del miedo en la boca. Busco una salida en ese espacio hueco y asfixiante, pero lo que encuentro es el pequeño esqueleto de un niño, deshecho en el suelo.

«No es lo que parece. Le ofrecí una galleta. Era tan bonita... solo quería darle un beso. Pero se descontroló. Le dije que dejara de gritar, pero no paraba... así que la traje aquí. Lo siento, Lib. De

verdad. Intenté que se callara, que se calmara... pero no me escuchaba.»

No puedo apartar la mirada del esqueleto, a apenas unos pasos de mí.

«Le dije, ya sabes, que si me dejaba darle un beso y un abrazo, podía irse a casa. A ella le gustó. De verdad que sí. Te juro que no la hice daño. Ella me quería. Fui muy suave... pero luego intentó morderme, y no me quedó más remedio.»

Lágrimas me corren en silencio por la cara mientras me arrastro hasta el esqueleto, con las manos y las rodillas contra el suelo.

«Solo quería que se viera tan bonita... No quería matarla.»

«Dile su nombre.» La palabra se quiebra entre sollozos mientras aprieto los huesos contra el pecho. Mike no me mira. «¡Dilo!»

«Zoe.» Mike lo dice como si fuera un ángel.

«¿Quién es Zoe?» Dejo caer los huesos. Confundida. Asqueada.

She was my first. Such a pretty little thing—bright auburn hair, eyes so dark you could drown in them. The poor kid was ignored by her mother. All she ever wanted was to be loved.

Lo hace parecer tan inocente.

Mi mente gira como un torbellino, tratando de encajar las piezas.

«¿Esto no es Hope?» —me limpio la mocos de la cara, agarrándome a la más delgada esperanza de que mi hija siga viva—.

«No, estúpida.» Mike saca una linterna y un llavero del bolsillo, gira el llavero entre los dedos y se agacha frente a mí. El café en su aliento me llega de pronto, y por un instante logro olvidar el hedor a muerte que se cierne en el aire estancado.

«¿Dónde está ella?» Tartamudeo. Él enciende la linterna y la apunta al rincón más lejano.

Allí... está.

La luz cegadora ilumina otro montón de pequeños huesos. El cráneo, de traverso sobre la tierra, tiene un agujero del tamaño de una moneda de cincuenta peniques. Al verla, noto el grillete alrededor del hueso de la pierna. Hasta entonces vomito.

«Quería amarla. Estaba hecha para ser mía. Vino a buscar a Eva. Pero me mordía y me mordía, así que tuve que hacer algo. Cuando le puse la cadena al tobillo, tiraba y gritaba. Le dije que se callara,

pero no paró. Seguía fingiendo que no quería que la besara. Fue mía menos de una hora. Aquí sigue.» Mike atraviesa el gran agujero en la pared y se acerca a frotarme la espalda.

«Déjame en paz», lo empujo, ahogándome en oleadas de vómito que me recorren el cuerpo.

«No me hagas esto, Lib. Ya te dije que fue un accidente». Su voz suena herida, como si realmente lo creyera. Levanto la mirada hacia el monstruo, buscando a quien juré que amaba. «Ahora tenemos otra niña en mente.»

Por primera vez, el bebé no se mueve. Estoy mirando la pequeña protuberancia que se alza bajo mi sudadera, y todo mi cuerpo empieza a temblar mientras me aparto de Mike.

«Necesitas cuidarte mejor». Se levanta, dominándome, y se limpia el polvo de los pantalones. «Ya no eres el centro de todo.»

«Si te crees que vas a tocar a este niño, te equivocas.» Intento levantarme, pero mis piernas no me responding.

«Vamos, eso no es gentil.» Mike me inmoviliza con las manos sobre los hombros, lo suficiente para cerrar la esposas de tobillo.

«¿Qué estás haciendo?» Tironeo la cadena metálica, tratando de desgarrarla de la pared.

«Tienes que relajarte a partir de ahora.» Se acerca al esqueleto de Hope y desliza la yema de un dedo por uno de sus huesos.

«¡No puedes hacer esto! Alguien me va a encontrar.» Sigo tironeando, tratando de aflojar el grillete.

«Shhh.» Mike se acerca y aparta con suavidad un mechón suelto de mi rostro. «Necesitas descansar. Tenemos que pensar en el bebé.» Sus ojos se llenan de un amor retorcido. «Voy a cuidarte. A las dos.»

Gracie.

«Deja en paz a Gracie. ¿Me oyes? ¡No toques ni un solo pelito de su cabeza!» Mi grito retumba contra las paredes de mi prisión, y polvo y tierra se desprenden a mi alrededor.

«Vas a espantar a los cuervos si sigues con eso…» Intenta sonar tranquilo, pero sé que le teme.

«Estás acostumbrado a amedrentar a niñas. No te gusta cuando te devuelven el golpe, ¿verdad?» Me agito, tiro de la cadena clavada

en la pared. «¡Güevón!» Grito, escupiendo.

Se aleja un paso y me escruta un instante—no lo tenía previsto. Esto no formaba parte del plan. Me tomó por sorpresa, y ahora está improvisando, con la mente acelerada y el miedo justo debajo de la superficie.

«Quédate aquí hasta que aprendas a comportarte como se debe. Volveré cuando lo hagas.»

Me detengo en seco, dejo que las cadenas se deslicen y caigan al suelo. No quiero quedarme aquí sola.

«Ves, así ya está mejor.» Su sonrisa me revuelve el estómago.

«Te traigo de comer y una manta, vuelvo ya. No quiero que el jefe se pregunte dónde me metí», dice Mike sin mirar, subiendo las escaleras con paso pesado. La puerta del sótano se cierra con un clic. La oscuridad se despliega como un cuchillo. Me derrumbo de rodillas y sollozo.

No sé cuánto tiempo me dejaron aquí abajo. No tengo noción del tiempo. La oscuridad me devora.

Cuando por fin abre la puerta en lo alto de las escaleras y comienza a bajar, ya estoy lista. He esperado este momento desde que Hope desapareció. Me encierro en el suelo frío, las rodillas pegadas al pecho, una barrera entre él y mi bebé.

Mike enciende la linterna sobre mí y me ciega por un segundo. —Ahí estás.

—¿Dónde está Gracie? —me tiembla el labio.

—Está bien. Viendo dibujos animados en casa con Eva. Les dije que iba a la tienda. No puedo quedarme mucho. —Deja la bolsa de plástico en el suelo, saca un paquete de galletas y un cartón de leche.—Tienes hambre. —Me entrega el cartón y me lo bebo todo de un trago.

—Ay, glotona —me pasa el pulgar por el rostro y me limpia los labios con cuidado.

Es entonces cuando actúo. Sacó un trozo de hueso astillado desde atrás y se lo clavé en el pecho. Mike se derrumba, la linterna se le escapa, y una mancha roja se extiende como una herida viva en su jersey. La linterna rueda por el suelo, lanzando destellos locos por la habitación antes de quedar inmóvil.

Tose, y la sangre salpeta sus labios. Sus pupilas se dilatan como si algo las absorbió. Sus ojos ya no son más que negros.

Aún agarrado al hueso astillado y ensangrentado, lo clavo en la pantorrilla de Mike. Se fracciona los vaqueros y se hunde en la piel, en el músculo. Él aúlla, y la sangre que le sale de la boca se esparce por la habitación como una explosión de pintura en spray.

«Deberías saber que *mi* hija se llamará Faith Bird. Nunca sabrá que tú exististe.» Lo miro a los ojos.

Semi-sentado, sonríe entre la sangre, una mano agarrada al pecho, la otra a la pierna. Le doy la vuelta al hueso y le entierro la punta áspera en la cabeza. Al impacto, ambos se quiebran. Un segundo después, Mike se desploma, muerto, y una charca de sangre carmesí, brillante, se extiende bajo su cráneo destrozado.

Tiritando, suelto el resto del hueso de la pierna de Hope al suelo y veo cómo la sangre de Mike se extiende, arrastrándose hacia mí. Me encogí, tratando de escapar, pero la sangre llega a mis zapatos y siento cómo se mete dentro de mis pantalones.

El bebé patea, y me derrumbo, llorando sin control, devorado por el caos que he creado.

Llevo horas atrapado aquí, luchando contra el grillete que me clava el tobillo, y es inútil. El collar de metal que me ata a la pared no se rinde ni un milímetro. Ni siquiera una raja. Solo mi sangre en la pared, y mis uñas rotas.

Me helé. El cuerpo de Mike se contrajo. Creí que aún respiraba, pero sus ojos estaban abiertos y vidriosos, la hendidura en su cráneo demasiado profunda como para que alguien saliera con vida. No sé por qué se movía, pero se movía. Le di la espalda y apreté la frente contra la pared hasta que dejó de moverse.

Sentado en esta cueva, rodeado de muerte, no puedo dejar de preguntarme si yo soy el siguiente.

No puedo dejar de pensar en Gracie, dejada sola, sin nadie que la ame ni la cuide, y en la vida que llevo dentro, apagada antes de nacer. No lo permitiré. Tengo que salir de aquí. Tengo que sobrevivir a esto.

Tumbada en el suelo empapado, cierro los ojos y dejo que ella esté aquí. Nunca sabré qué le hizo… y no necesito saberlo. Durante tanto tiempo creí que las respuestas me traerían paz. Ahora sé que no es así. Extiendo la mano y dejo que mis dedos se hundan en sus huesos. Por fin… está de vuelta.

«Lo siento tanto, cariño.» Deslizo los dedos sobre el cráneo frío, recordando cómo se sentía su cabello entre mis manos. «Nadie te va a hacer daño nunca más. Papá está aquí. Voy a cuidarte.» Justo cuando empiezo a creer que nunca me encontrarán, escucho pasos sobre mi cabeza.

«¡Hola! ¡Ayuda! ¡Aquí abajo! ¡Alguien!» Los pasos se detienen. ¿Fueron reales? «¡Por favor! ¡Aquí abajo! ¡Ayúdenme! ¡Necesito ayuda!»

Poco a poco, la puerta en lo alto de las escaleras crujió un poco más. Dos siluetas pequeñas miraban hacia abajo, hacia el sótano.

—Mamá —llama Gracie desde abajo, agarrada con fuerza a su muñeca.

—Sí, cariño, soy yo. Necesito ayuda.

—¿Qué pasó? —pregunta Eva, junto a Gracie, tan aterrada como ella.

—No bajéis aquí. Os quedáis arriba. ¿Entendido?

—¿Por qué, mamá? —la vocecita le tiembla.

—Sed buenas chicas y hacedme caso. Tenéis que ir a buscar a alguien mayor. Me he roto el pie y no puedo subir las escaleras. ¿Lo podéis hacer, chicas? ¿Podéis ir a buscar a alguien mayor?

—No sabíamos dónde estabas. Esperamos... y esperamos. Pero nadie venía —susurra Eva.

—Está bien. Estoy bien. Pero tenéis que ir a buscar a alguien mayor. ¿Podéis?

—¿Quién…?

—Id juntas y golpead todas las puertas del pueblo. No os muevan de la otra. Probad con la señora Collins en la casa de huéspedes o con Robert en la vicaría. Diles que estoy en el sótano y que no puedo ni moverme. Que llamen a la policía. ¿Lo podéis hacer, chicas?

Ambas siluetas asienten… y se desvanecen.

—Bien. Buenas chicas. Cierro los ojos. Aprieto los huesos de Hope contra el pecho y me dejo llorar.

65

Hope

No sé qué está pasando, pero toda esa oscuridad, todo ese miedo... se ha desvanecido. Ahora, todo es un blanco cegador. Miro hacia abajo, y allí estoy yo. Mi cuerpo está bien—sin cortes, sin moretones. Y ese collar metálico alrededor del tobillo? Se derritió. Desapareció.

Aparece Zoe. La veo. Por primera vez. No es lo que esperaba. Tiene el pelo pelirrojo, ojos oscuros y lunares por toda la nariz. Sonríe—verdaderamente feliz.

«¿Dónde estamos?» murmuro mientras me agarra la mano.

«Es hora de ir a casa.»

«Pero mi familia no está aquí.» Miro a mi alrededor—buscándolos.

«Tu papá te espera.» Una luz flotante rodea a Zoe. Parece un ángel.

En la lejanía, contra la niebla blanca que lo cubre todo, vislumbro la silueta de mi padre.

«¡Papá!» Nunca había sido tan feliz. «¿Lo ves?», le digo a Zoe sonriendo, «te lo dije: vendría a recogernos.»

EL FIN

AGRADECIMIENTOS

Sin la menor duda, este es el libro más difícil que he escrito. Siempre evité tramas con niños: porque en la vida real, o en la ficción, cosas horribles no deberían sucederles. Pero necesitaba escribir sobre lo que verdaderamente significa ser padre. Este es el fruto de eso.

Tras el inmenso apoyo que recibí por *La esposa del óptico*, tenía miedo de que este me defraudara. Espero que no sea así. Cada libro mío es distinto, y me gusta que cada uno me empuje por caminos nuevos. Quiero aprender, mejorar con cada una de mis historias, y espero que lo sientas, lector.

Hay tantas personas maravillosas en mi vida que no puedo dejar de sentirme afortunado. A todos los blogueros que apoyan a autores y editoriales independientes: gracias por ayudar a escritores como yo—Sarah Hardy, Noelle Holten, Maxine Groves, Emma Whelton, Joanne Robertson, Nicki Southwell, Joseph Calleja, Sarah Kenny, Helen Claire, Shell Baker, Amanda Oughton, Susan Hampson, Lorraine Rugman, Peter Best, Emma Mitchell y Alexina Golding—por nombrar solo unos pocos.

Mis compañeros en Bloodhound Books son un gusto total trabajar con ellos. Las personas que se encargan de arreglar lo que dejo hecho un desastre deberían recibir una medalla. Crime Fiction Addict en Facebook y todos los administradores que se rompen la cabeza para que los escritores independientes de novela negra consigan el reconocimiento que se merecen: no paren.

Un hurra a TBC y sus miembros por todo lo que hacen.

Como siempre, hay gente a la que le debo todo. Sin orden particular: Andrew Barrett, por los tips de forense; Kerry-Ann Richardson, por la guía sobre procedimientos policiales; Tom Walker, por la info sobre anestesia; al inspector que no quiere que lo

nombren, pero que me sacó de los pozos con su conocimiento; Anita Waller, por su apoyo inquebrantable y su sabiduría infinita; a mis hijos, que aguantan mis locuras y siguen siendo mi razón; y a mi marido: eres todo.